



TOM CLANCY:

JUEGOS DE PODER

Creado por Tom Clancy y Martin Greenberg

POLITIKA

Lectulandia

AÑO 1999. La repentina e inesperada muerte del presidente de Rusia sume en el caos a la Federación Rusa. Las desastrosas cosechas dejan a millones de ciudadanos expuestos a una devastadora hambruna y los disturbios parecen inevitables. Ante la gravedad de la situación, uno de los líderes provisionales rusos pide ayuda al presidente de los Estados Unidos. Pero esta petición coincide con un ataque mortal perpetrado por un grupo terrorista que conmueve a Estados Unidos, y cuyos indicios apuntan acusadoramente hacia el Parlamento ruso. En plena agitación en Rusia, el empresario norteamericano Roger Gordian decide tomar medidas para salvar su multinacional y a sus empleados. Dispuesto a descubrir a los responsables del ataque, ordena la intervención de su grupo de control de crisis. Sin embargo, Gordian no se percató de hasta dónde están dispuestos a llegar los terroristas y cuánto tiene para perder.

Lectulandia

Tom Clancy & Martin Greenberg

Politika

ePub r1.0
FLeCos 12.03.16

Título original: *Tom Clancy's Power plays: Politika*
Tom Clancy & Martin Greenberg, 1997
Traducción: Victor Pozanco

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

AGRADECIMIENTOS

QUIERO expresar mi agradecimiento a Jerome Preisler por su valiosa colaboración en la preparación del manuscrito. Y, asimismo, dejar constancia de mi reconocimiento por su ayuda a Larry Segriff, Denise Little, John Helfers, Robert Youdelman, Tom Mallon, del Putnam Berkley Group, todos ellos maravillosos; y también a Phylis Grann, David Shanks y Tom Colgan, así como a Doug Littlejohns, Frank Boosman, Jim Van Verth, Doug Oglesby y al resto del equipo de Politika, y a todos los colaboradores de Red Storm Entertainment. Como siempre, reitero mi agradecimiento a Robert Gootlieb, de la agencia William Morris, mi agente literario y amigo. Pero, sobre todo, a ustedes, mis lectores, que son quienes han hecho posible el éxito de nuestro empeño colectivo.

TOM CLANCY

El Kremlin, Moscú, 24 de setiembre de 1999

JAQUECAS, vodka y aspirinas; aspirinas, vodka y jaquecas.

La combinación bastaba para hacer tambalearse a cualquiera, pensaba el presidente Boris Yeltsin, que se daba masaje en la sien izquierda con la mano mientras se introducía tres tabletas en la boca con la otra.

Cogió el vaso que tenía encima de la mesa y bebió un largo trago. Luego empezó a contar en silencio hasta treinta, agitando el vodka en la boca para disolver las aspirinas.

Veintiocho, veintinueve y... adentro. Volvió a dejar el vaso en la mesa, bajó la cabeza y se oprimió los párpados con las palmas de las manos. Luego aguardó.

Al cabo de un rato su dolor de cabeza remitió, aunque no tanto como en días anteriores. Ni mucho menos. Además, estaba un poco mareado. Pronto tendría que añadir una tableta más a su remedio casero. Cuatro de una vez. O quizá hiciese un experimento. Aumentaría la cantidad de vodka y se tomaría las aspirinas acompañadas de un solo trago, sin disolverlas. Sin duda, así le resultaría menos desagradable. ¿Qué efectos podía tener una sobredosis? En realidad, ya lo sabía. Puede que, antes de que todo terminase, volviese a encender el televisor para ver las noticias y se viese bailar como un loco al compás de un rock-and-roll durante un alto de la campaña, comportándose como un adolescente ebrio.

Yeltsin siguió sentado frente a su mesa con los ojos cerrados; las cortinas de las ventanas estaban corridas para impedir el paso de la luz del sol que daba en el lado este de la plaza Roja. Se preguntaba por qué tenía tantas jaquecas y mareos, y por qué tenía que beber nada más levantarse por las mañanas.

Sin duda, la respuesta no podía ser muy tranquilizadora. Pero ¿por qué no pensar menos en sí mismo y preguntarse por su estado político? Si, tal como creía, el poder de un presidente electo era, en el mundo moderno, básicamente simbólico, ¿cómo debía de ser interpretado el decadente estado físico del hombre que ocupaba tal cargo? El hombre que en toda su vida no había tenido más que resfriados (y que jamás había bebido una copa durante el día) antes de acceder al cargo, se había convertido en un hombre que había perdido todo apetito sexual pero que, nada más poner los pies en el suelo por las mañanas, sentía la irresistible necesidad de beberse un vodka; en un hombre que ya había pasado demasiado tiempo en el quirófano, pensó palpándose la cicatriz dejada por su última operación de *bypass*.

Yeltsin se irguió en el sillón y abrió los ojos. Veía pandearse y temblar los estantes de la librería que tenía frente a la mesa. Respiró hondo y parpadeó dos veces, pero lo seguía viendo todo borroso. ¡Por Dios, qué mal se sentía! Estaba seguro de

que en gran parte se debía a la tensión que le producía el trato con Korsikov y Pedachenko, sobre todo con este último. Hacía tiempo que intoxicaba al país con su retórica... una intoxicación que venía propagándose con mayor rapidez desde que había conseguido una plataforma en televisión, desde la que fomentaba sus ideas extremistas. ¿Qué ocurriría si se agravaba la situación en las zonas rurales del sur? Propiciaría que Pedachenko clamase contra la corrupción que fomentaban los dólares occidentales y contra la amenaza que, según él, representaba la OTAN (y, sobre todo, el Acta Fundacional) para los intereses rusos. Esto no eran más que abstracciones para sus seguidores. Pero el hambre era otro asunto. Todo el mundo entendía lo que era el hambre, que no se mitigaría con las palabras tranquilizadoras de sus adversarios políticos. Pedachenko era un hombre inteligente y oportunista. Sabía qué teclas había que tocar. Y era difícil sustraerse a su carisma. Si las espantosas predicciones que se hacían acerca de las próximas cosechas eran mínimamente acertadas...

Yeltsin optó por desechar la idea, y guardó la botella de vodka en el cajón inferior de la mesa. De un momento a otro empezarían a parpadear las luces de sus teléfonos y sus secretarios llegarían con carpetas y resúmenes de informes. Le plantearían multitud de problemas, muchos de los cuales requerirían su inmediata atención. Y le entregarían documentos que tendría que leer y firmar.

De modo que tenía que sobreponerse.

Estiró las piernas, echó el sillón hacia atrás y se levantó. Volvió a ver temblar los estantes de la librería. Apoyó la mano izquierda en la mesa y aguardó unos momentos. Esta vez no conseguía que se le aclarase la vista. Aguardó un poco más, sudoroso y mareado. Incluso sentía náuseas. Oía latir su corazón. De pronto el roce del cuello de la camisa se le hizo opresivo. Le faltaba el aire.

¿Qué le ocurría?

Cogió un teléfono de la consola, convencido de que no tendría más remedio que cancelar todas las citas de las próximas horas. Necesitaba descansar.

Pero antes de que Yeltsin pudiera pulsar el botón del intercomunicador, sintió un intenso dolor en la cabeza que lo cegó y lo hizo echarse hacia atrás pese a estar apoyado en la mesa. Se llevó las manos a las sienes con los ojos desorbitados, como si quisiera evitar que le estallase la cabeza. Gimió aterrado y se abalanzó literalmente sobre el teléfono. Apenas lo había rozado con los dedos cuando le sobrevino el ataque. Todo su cuerpo tembló en un puro espasmo y, aunque se sujetó al borde de la mesa, cayó al suelo agitando los brazos de un modo incontrolable, con los dedos crispados como garras.

Yeltsin había entrado ya en coma cuando su secretario lo encontró diez minutos después.

Dos horas más tarde, los médicos del hospital Michurinsky certificaban la muerte del presidente de la Federación Rusa.

San José, California, 6 de octubre de 1999

HACÍA muchísimo tiempo que Roger Gordian se sentía incómodo cada vez que oía la palabra *soñador* antepuesta a su nombre, cuando se referían a él en los medios de comunicación o lo presentaban en conferencias o reuniones de negocios. Pero había terminado por comprender que a todo el mundo le colgaban una etiqueta, y que unas etiquetas eran más útiles que otras. Los pesos pesados del Congreso no obligaban a hacer antesala a los que tildaban de *soñadores*. Los altos cargos militares prestaban más atención a sus ideas que a las de los que tenían fama de ser personas corrientes, medianamente inteligentes, con gran sentido de la laboriosidad y un anticuado celo empresarial estilo Wisconsin. Gordian era consciente de que debía contar con la imagen que tenía de sí mismo y con la que los demás tenían de él, porque ambas eran, en cierto modo, bastante válidas. Y a ello se atenía según lo que en cada momento más conviniera a sus objetivos.

Esto no significa que Gordian fuese proclive a la falsa modestia, pues estaba orgulloso de su éxito. Le bastaron cinco años para convertir la Tech-Electric, una empresa en bancarrota que compró a precio de ganga en 1979, en uno de los fabricantes de productos informáticos más importantes. A principios de los años ochenta, su empresa, que rebautizó UpLink International, se había convertido en uno de los principales proveedores del Estado, especializado en tecnología de satélites de reconocimiento. Y, a finales de la década, sus grandes inversiones en investigación y desarrollo y su compromiso en el diseño de un completo sistema de inteligencia al servicio de la expansión militar de la época dieron como resultado la GAPSFREE la tecnología de reconocimiento más rápida y precisa que existía en el mercado mundial, y el sistema de teledirección de misiles y proyectiles de alta precisión más avanzado que se había concebido. Y, todo ello, antes de que Gordian diversificase sus intereses...

Con todo, no debía uno perder la noción de la perspectiva, se aconsejaba Gordian. A pesar de sus veinte años de logros profesionales, seguía, por lo visto, sin saber cómo hacer funcionar un matrimonio. O quizá lo había olvidado, como creía su esposa, Ashley.

Gordian suspiró al pensarlo y miró el sobre de grandes dimensiones que le había dejado en su mesa, junto al habitual montón de periódicos. El sobre lo había enviado por el servicio nocturno urgente la agencia de publicidad encargada de sus nuevos catálogos y folletos y, sin duda, contenía maquetas para que les echase un vistazo. En seguida las vería; pero antes tomaría su café de costumbre con su bollo de arándanos y leería la prensa. Cogió el ejemplar del *New York Times* que estaba encima del

montón, separó el cuadernillo de internacional del resto y le echó un vistazo al sumario. Había un artículo de Alexander Nordstrum en la página 36. Tomó un bocado de bollo y un sorbo de café, dejó la taza en el platito y se limpió los dedos en una servilleta. Después empezó a hojear el cuadernillo.

En una entrevista que concedió al presentador de un *magazine* de noticias de la televisión, la semana anterior, le preguntaron a Gordian si se pasaba el día en algún centro de control electrónico, rodeado de paredes cubiertas de arriba abajo de pantallas de televisor, zapeando de la CNN a los teletextos de todas las cadenas como un tecnocrático *Big Brother*, la personificación orwelliana del estado totalitario.

Gordian se confesaba un adicto compulsivo a la prensa escrita, a pesar de su contribución a los medios de telecomunicación más modernos. El entrevistador le dirigió a la cámara una mirada escéptica y ligeramente acusadora, insinuándole a la audiencia que Gordian mentía. Pero Gordian tenía la suficiente experiencia para no tratar de convencerlos de lo contrario.

Al pasar la hoja para leer el artículo de Alex, las dos páginas centrales resbalaron hasta su regazo y cayeron al suelo. Gordian se inclinó hacia adelante para recogerlas y estuvo a punto de volcar la taza de café al hacerlo. Al incorporarse volvió a colocar las páginas en su sitio. Y entonces reparó en que, inadvertidamente, las había puesto boca abajo y las enderezó.

Buenooo, pensó. Hablando de saber verse con objetividad... Debería añadir una obvia y tremenda torpeza para dominar los cuadernillos del periódico a mis carencias personales.

Gordian tardó cosa de un minuto en dominar el periódico y comenzar a leer el artículo de Nordstrum.

LA TROIKA RUSA

¿PODRÁ EL CANCERBERO DE TRES CABEZAS SOBREVIVIR A SU PROPIA MORDEDURA?

Alex R. Nordstrum

En las semanas siguientes a la repentina muerte del presidente ruso Boris Yeltsin, los observadores occidentales creyeron que, con casi toda seguridad, se produciría un pulso entre las distintas fuerzas políticas, y muchos temían que se produjese un golpe similar al que protagonizaron elementos de la vieja guardia del Partido Comunista y que terminó con la era Gorbachov en 1991. Sin embargo, la crisis fue conjurada (según algunos, pospuesta) gracias a la formación del gobierno provisional que en la actualidad detenta el poder. Pero ¿parece la pugna en el seno del Kremlin menos inevitable ahora que Vladimir Starinov es presidente en funciones, y Arkadi Pedachenko y Andrei Korsikov han accedido a compartir el

poder con él, hasta la indeterminada fecha en que se levante el estado de emergencia nacional y puedan celebrarse elecciones democráticas? Y, de nuevo, no faltan en Occidente quienes creen que no; y quienes auguran un alzamiento popular, propiciado por el enfrentamiento entre los tres líderes.

Ciertamente, es imposible ignorar los síntomas. Aunque haya demostrado una indudable habilidad política, el ex vicepresidente Starinov sigue debilitado por su estrecha colaboración con Yeltsin, cuya popularidad estaba bajo mínimos en sus últimos tiempos. Acosado por problemas que van desde las críticas por la escasez de cereales hasta el galopante aumento del Sida y de la drogadicción, Starinov se ha convertido en el foco del creciente descontento en todo el país. Mientras tanto, pese a las afirmaciones que lo niegan, fuentes moscovitas informan de que su rival Pedachenko, líder del partido nacionalista Honor y Tierra, lleva semanas negándose a entrevistarse con Starinov, alegando incompatibilidades entre sus agendas.

Desde luego, no cabe duda de que Pedachenko ha estado ocupado. Ha hecho un desmesurado uso de los medios informativos para acaparar el protagonismo político e instar a la aceptación de sus criterios extremistas, que son declaradamente antiamericanos y añoran «los buenos tiempos» del régimen comunista. A medida que las tensiones entre Pedachenko y Starinov parecen conducir a un enfrentamiento, Korsikov, un apparatchik de la vieja escuela, con fuerte apoyo en el Ejército, parece contentarse con permanecer a la expectativa, aguardando a ver cuál de los dos gallitos muerde el polvo.

No acierta uno a imaginar que semejantes compañeros de cama, que han sido incapaces de no zaherirse cada vez que se han reunido en la misma estancia, puedan llegar a un consenso acerca de los grandes problemas de política nacional e internacional que afectarán a las futuras relaciones de Rusia con Estados Unidos y otras potencias mundiales. En este mar de incógnitas una cosa parece clara: el presidente de Estados Unidos debe apoyar sin demora a Starinov, cuya filosofía reformista, política y económica, y fuertes lazos con Occidente representan la línea más clara de continuidad respecto al gobierno anterior. Sin la credibilidad que conseguiría merced a este apoyo, parece condenado al sacrificio en el altar de la política rusa. Pero, como de costumbre, la Casa Blanca se muestra titubeante...

Gordian frunció el entrecejo y dejó el periódico a un lado. Confiaba en que su consejero de política exterior no estuviese dando palos de ciego. Experto en historia y política coetánea, Nordstrum tenía un increíble talento para predecir los acontecimientos políticos a través de un análisis del pasado del país y de los protagonistas del momento.

Además de una puñetera habilidad para amargarme las mañanas, se dijo Gordian.

Bueno..., eso no era del todo justo. Lo cierto era que la opinión de Nordstrum acerca de la situación rusa la había oído ya de sus propios labios..., pues, en definitiva, para eso le pagaba. Lo que lo inquietaba era que Alex expresara una

opinión tan pesimista en semejante tribuna pública, cuando estaban a punto de empezar las obras para la construcción de una estación en Kaliningrado, dentro de un mes, y, sobre todo, ante la inminente visita de Starinov a Washington.

Gordian volvió a llevarse la taza de café a los labios, pero lo desechó en seguida porque se había enfriado. Daba igual, tomaba tantos durante el día que uno menos importaba poco.

Repuesto de su pequeña contrariedad, Gordian abrió su agenda con la idea de llamar a Dan Parker para que le anticipase cuál era la reacción de la Casa Blanca frente a la petición de Starinov de ayuda a la agricultura. Luego se reuniría con Scull y Nimec para ver qué opinaban ellos sobre el asunto.

Cogió el auricular.

Eran las 9.00, hora de ponerse a trabajar.

Región del Cáucaso, junto al mar Caspio, Rusia,

10 de octubre de 1999

EL molino de harina estaba silencioso.

En su medio siglo de vida, Veli Gazon había llegado a familiarizarse cumplidamente con las monstruosidades que la naturaleza podía cometer cuando se volvía hostil. Había perdido a dos hijos a causa de la epidemia de cólera que afectó a la región hacía seis años; y a su esposa en un terremoto hacía veinte años; y parte de su granja en las inundaciones que asolaron los pastos al desbordarse el río. Las arrugas de su rostro reflejaban todos los sufrimientos que había tenido que soportar. Y la profundidad de sus ojos evidenciaba su fortaleza para sobrevivir pese a tantas desgracias.

No era un hombre que sintiese gran necesidad de comodidades ni creía que nadie tuviese derecho a ellas. Esa manera de pensar le era totalmente ajena; no la entendía. Descendiente de una tribu alana que cultivaba la tierra desde hacía siglos, albergaba la innata creencia de que en esta vida bastaba con trabajar y preservar la propia dignidad. Quejarse o desear más no haría más que traer desgracias y provocar que la naturaleza hiciese otra cruel demostración de su poder.

Y, sin embargo, ese día, entre los barriles que en otros tiempos estaban repletos de trigo, entre las silenciosas estructuras de montacargas y cintas transportadoras, muelas y cedazos... Estaba furioso. Y asustado.

Muy asustado.

Aspiró profundamente el humo de su cigarrillo, liado a mano, lo mantuvo un momento en sus pulmones y lo exhaló por la nariz. Su familia había regentado aquel molino de trigo desde los tiempos del colectivismo controlado por los soviéticos, y se convirtió en propietaria de pleno derecho cuando las empresas estatales se privatizaron. Veli, su hermano y sus primos reunieron el dinero suficiente para pagar, a unos funcionarios corruptos, mucho más de lo que valía la vieja maquinaria y, a trancas y barrancas, lograron que el molino funcionase, incluso durante los años de mayor escasez.

Pero ahora..., ahora el molino estaba silencioso, cerrado, y la planta desde la que partían los sacos de harina estaba desierta. Los vagones de ferrocarril que normalmente transportaban el grano desde las fincas a los silos, y los sacos de harina desde el molino a los almacenes de las comarcas del norte, atestaban las estaciones donde las locomotoras, silenciosas y frías, eran ateridos testigos de aquel cielo gris de

octubre.

No había grano que moler.

Nada.

La *chiomoziom*, la fértil tierra negra que nutría los trigales incluso en los años más catastróficos, no había logrado producir siquiera una parca cosecha. En agosto los trigales no habían dado más que desmedradas espigas. Se presentó una delegación del Ministerio de Agricultura, tomó muestras de la tierra y dictaminó que la pérdida de la cosecha se debía a la sobreexplotación. También añadieron que el agua de la lluvia estaba contaminada. Pero lo que los burócratas no dijeron fue que la sobreexplotación había sido ordenada por su propio ministerio, en los tiempos en que prescribía cuotas de producción obligatorias y regulaba la distribución de los alimentos. Lo que no dijeron fue que el agua de lluvia había sido contaminada por el vertido de gases a la atmósfera de las fábricas estatales de municiones y productos químicos.

Lo que no dijeron los funcionarios del Ministerio de Agricultura antes de marcharse fue que no había manera de remediar el daño causado de cara a la próxima siembra, ni de cara a la siguiente.

Quizá era demasiado tarde, se dijo Veli Gazon. El molino estaba silencioso.

Silencioso como una tumba.

No había grano.

Veli se humedeció las yemas del pulgar y del índice con un poco de saliva, para no despellejarse el labio al quitarse el cigarrillo apagado de la boca, y se guardó la colilla en el bolsillo de la camisa. Luego, con el tabaco de aquella y otras colillas, liaría otros cigarrillos. No podía desperdiciar nada. No había grano.

Ni en su pueblo, ni en el de al lado, ni en ninguno de los campos que se extendían desde el mar Negro al Caspio. Y eso significaba que pronto... Atterradoramente pronto...

Lo único que abundaría en Rusia serían los gritos de los hambrientos y los lamentos de los moribundos.

La Casa Blanca, Washington, 26 de octubre de 1999

—... EN Rusia, el pan lo es todo —acababa de decir Vladimir Starinov con su marcado acento ruso—. ¿Entiende?

El presidente Ballard reflexionó unos momentos sobre las palabras de Starinov.

—Creo que sí, Vladimir —dijo el mandatario americano—. Por lo menos, en la medida en que es posible desde aquí.

Ambos permanecieron en silencio unos momentos.

Seguidos por los fotógrafos de la Casa Blanca, los dos presidentes se retiraron hacia la espaciosa sala de conferencias revestida de paneles de madera situada al final del pasillo, al otro lado del despacho Oval, impacientes por llegar a un acuerdo de ayuda de emergencia antes del almuerzo programado con los líderes del Congreso. En el lado de la mesa en el que se sentaba Starinov estaban su ministro de Interior Yeni Basjir, notorio valedor de los comunistas, y Pavel Moser, un alto cargo del Consejo de la Federación Rusa. Junto al presidente americano estaban el vicepresidente Stephen Humes, la ministra de Agricultura Carol Carlson y el ministro de Asuntos Exteriores Orvel Bowman. Un intérprete de la Casa Blanca llamado Hagen se sentó a un extremo de la mesa, aunque con la sensación de no hacer ninguna falta.

El ruso, que tenía la cara redonda, los ojos grises y llevaba gafas de montura metálica, miraba muy serio al presidente Ballard.

—Quiero dejar claro que lo que he dicho debe entenderse literalmente —puntualizó Starinov—. Lo que les importa a los votantes americanos son sus opciones. Si la relación entre precios e ingresos se mantiene estable, las opciones aumentan y los políticos salen reelegidos. Si la economía renquea, las opciones se reducen y los líderes son sustituidos. Pero las preocupaciones del pueblo ruso son más básicas. No les preocupa lo que vayan a comer sino si van a comer. —Respiró hondo para tomar aliento y luego añadió—: Puede que el mejor modo de ilustrar lo que digo sea refiriéndome a la excepción. ¿Han estado ustedes alguna vez en el restaurante MacDonald's de Moscú? Los rusos ahorran durante meses para poder llevar a sus hijos a tomar una verdadera comida..., me refiero a los rusos que trabajan, claro está. Hacen cola durante horas para entrar, como si en aquel local se encontrasen los prodigios más inimaginables. Y, en cierto modo, así es. Para ellos es un despilfarro. Un capricho. Y para los que viven fuera de la capital, y que a menudo están sin trabajo, es un lugar al que nadie sueña poder ir. ¿Entienden? El pan es lo único que pueden permitirse. Sin pan, millones de rusos no tendrían nada que poner en la mesa, absolutamente nada. Sus hijos morirían de hambre. Y, con justificación o

sin ella, se sublevarían contra sus líderes.

El presidente Ballard se inclinó hacia adelante con los codos encima de la mesa y el mentón apoyado en los dedos extendidos.

—Sobre todo, supongo yo, contra un líder que pide ayuda a Estados Unidos y regresa con las manos vacías.

Ambos mandatarios se miraron con fijeza.

—Sí —reconoció Starinov—. Incluso podrían tacharlo de incompetente. Y, por desgracia, hay elementos dentro del gobierno, algunos de los cuales aún albergan resentimiento hacia su país por los tiempos de la guerra fría, que estarían encantados de utilizar tal fracaso para incitar al electorado ruso y ganar ventaja.

Touché, pensó el presidente americano. O sea, que lo que me estás diciendo es que puedes durar menos que un caramelo a la puerta de un colegio.

Ballard miró a la ministra Carlson.

—¿Qué ayuda podríamos proporcionarles, Carol? ¿Y con qué rapidez podríamos enviarla?

Carol Carlson era una mujer de cincuenta y cinco años, muy elegante, con la inagotable energía y buen aspecto de una persona diez años más joven. Frunció los labios con expresión reflexiva fingiendo hacer un cálculo mental. En realidad, ella y el presidente ya habían analizado la cuestión.

Ballard respetaba a Starinov, le caía bien, y, sobre todo, lo necesitaba como aliado. Estaba dispuesto a hacer lo que fuese para aumentar su popularidad y mantenerlo en el cargo. Además, sin asomo de cinismo, le agradaba la idea de dar de comer a millones de niños hambrientos. Con todo, no le hacía ascos en absoluto a utilizar los alimentos como instrumento (o incluso como arma contundente) para obtener concesiones en materia de reducción de armamento y en otras negociaciones comerciales.

—Tenemos reservas suficientes para proporcionarles por lo menos cien mil toneladas de trigo, avena y cebada, y una cantidad menor de maíz —dijo la ministra tras lo que le pareció una pausa suficiente para reflexionar—. En cuanto a la rapidez... Creo que podríamos hacer los primeros envíos dentro de un mes. Aunque, por supuesto, siempre y cuando el Congreso nos lo autorice.

Ballard asintió y miró al vicepresidente.

—¿Qué puede decirme sobre ayuda financiera, Steve?

—He recomendado trescientos millones de dólares en préstamos, como parte de un acuerdo global. Para ser realistas, debemos tener garantías de la devolución de la mitad de esa ayuda, con estrictas condiciones acerca del uso que se haga de ella y de su devolución.

—En mi opinión, lo más difícil será la distribución eficaz —señaló el ministro de Asuntos Exteriores Bowman—. Aunque la participación de soldados americanos se reduzca al mínimo, es preocupante que pueda producirse una situación similar a la de Somalia.

Como todos los reunidos entendieron, era una manera delicada de aludir a una situación en la que los soldados americanos podrían verse obligados a repeler la violencia de las masas dedicadas al pillaje y a expoliar los cargamentos de trigo de camiones y silos.

Basjir miró a Bowman con fijeza. El ministro ruso de Interior era un hombre de mediana edad, de tez oscura y facciones planas heredadas de sus antepasados del Lejano Oriente, conocido en los círculos diplomáticos por ser tan fiel a Starinov en lo personal como abiertamente crítico respecto de su política prooccidental.

—Con el debido respeto, señor ministro, mi gobierno se basta para organizar la distribución de alimentos a nuestros ciudadanos —objetó Basjir—. No veo ninguna razón para una intervención directa de sus soldados.

—En realidad, pensaba en términos de un amplio programa de ayuda alimentaria —se justificó Bowman aclarándose la garganta—. Si las Naciones Unidas colaboran, como es de esperar, es probable que pidan que mi país envíe tropas para integrarse en un contingente internacional de ayuda en lo que declararán zona catastrófica. Y nos sería muy difícil negarnos a una petición así.

Basjir se rebulló en el sillón pero no replicó. Al notarlo envarado, el presidente pensó que era una buena ocasión para intervenir y relajar la tensión.

—¿Y si no adelantásemos acontecimientos? —dijo Ballard con la campechana sonrisa que tan útil le había sido en su carrera. Miró el reloj y luego de nuevo al vicepresidente—. Nuestra comparecencia en el Congreso está programada para dentro de media hora. ¿Con qué apoyos podemos contar?

—El senador Sommers de Montana parece estar muy fuerte —contestó Humes—. Es clave en la Comisión de Relaciones Exteriores y siente gran admiración por la labor del presidente Starinov para preservar y profundizar las reformas económicas fundamentales.

Además de que su estado ha tenido cosechas récord en los últimos tres años, y enormes excedentes, pensó el presidente.

—¿Y los del otro bando?

—El senador Delacroix se opondrá, sin duda. Pero su partido se mostrará dividido en este asunto, y dudo que haga algo más que refunfuñar.

El presidente Ballard asintió con la cabeza.

—De acuerdo, creo que ya podemos pensar en el almuerzo —dijo el presidente en tono entusiasta—. Confío en no ser el único de los presentes que se siente optimista respecto a las perspectivas.

—Gracias, amigo mío —dijo Starinov sonriendo—. Yo también confío... tanto en su liderazgo como en la generosidad y solidaridad de su pueblo.

El presidente ruso en funciones le tendió la mano a Ballard y se las estrecharon vigorosamente. Basjir les dirigió en silencio una mirada inexpresiva.

Kaliningrado, Rusia, 26 de octubre de 1999

GREGOR Sadov se movía en la oscuridad como un ladrón en la noche. Pero Gregor no era un ladrón, por lo menos no en aquella misión. Él y su grupo tenían planes más ambiciosos.

Su objetivo se alzaba en la oscuridad. Era un edificio de tres plantas que ocupaba toda una manzana de aquel sector de la ciudad. Se trataba de un almacén con entradas por los cuatro lados y una zona de carga en la parte trasera. En tiempos más prósperos trabajaban en dos turnos, durante los que un incesante río de camiones descargaba alimentos que una flota se encargaba de distribuir.

Pero aquéllos no eran tiempos prósperos. Ahora, el almacén estaba a menos de la mitad de su capacidad y sólo trabajaba un turno, un turno que no empezaría hasta dentro de tres horas.

Gregor alzó una mano. A su alrededor, los miembros de su grupo se confundieron con las sombras y permanecieron inmóviles, esperando su siguiente orden.

Sadov sonrió para sus adentros. Era un nuevo grupo, pero mejoraban. Después de meses de intenso entrenamiento, los cuatro que habían sobrevivido evidenciaban progresos prometedores.

Sin dejar de sonreír, Sadov cogió las gafas de visión nocturna que llevaba prendidas del cinturón. Gregor había pasado las siete noches anteriores apostado frente al almacén, cronometrando las rondas de los vigilantes, contando cuántos efectivos podían oponérseles y trazando sus planes.

Había catorce vigilantes; diez patrullaban a pie alrededor del edificio, sin ceñirse a ninguna pauta, y el resto patrullaba por el tejado. No se ocultaban. Los propietarios del almacén no querían que sus vigilantes detuviesen a nadie. Sólo pretendían ahuyentar a los ladrones y evitar el pillaje. Y, por lo tanto, pensaban que cuanto más ostensible fuese la vigilancia, mejor.

Los vigilantes iban armados con pistolas al cinto y subfusiles ametralladores AK-47. Gregor estaba seguro de que tenían también rifles antidisturbios bajo llave en algún armario, pero las armas no le preocupaban. Porque si él y su grupo llegaban a verse en una situación en que los vigilantes pudieran dispararles, querría decir que la misión había fracasado.

No, no eran las armas lo que más le preocupaba. Eran las unidades K-9: un vigilante con un pastor alemán en cada unidad. No parecían patrullar de manera sincronizada, pero Gregor había reparado en que siempre coincidía que, mientras un vigilante patrullaba con su perro por un lado, el otro lo hacía por el lado opuesto.

Eso le proporcionaba una ventaja porque siempre había dos de los lados sin la

amenaza inmediata de los perros. Su grupo tendría, aproximadamente, dos minutos y medio para entrar, hacer su trabajo y salir. Probablemente, uno de los K-9 tardaría un poco más en pasar frente a la entrada que pensaban utilizar, pero ése era el tiempo mínimo de que dispondrían.

Y tendría que bastarles.

Gregor Sadov se ajustó las gafas y les hizo señas a sus hombres para que hiciesen lo mismo. Al cabo de unos momentos estuvieron todos preparados. Sólo les quedaba aguardar.

No tuvieron que esperar mucho. Gregor observaba con plena concentración, siguiendo con la mirada a la K-9 que patrullaba por los dos lados que veía. Desde el lugar en el que estaba, podía deducir con bastante precisión dónde se encontraba el otro vigilante con el pastor alemán.

Al cabo de menos de tres minutos, Gregor vio que uno de los hombres doblaba una de las esquinas del edificio. Sadov se llevó la mano derecha a la altura de la cintura y pulsó dos veces un botón de la radio que llevaba prendida del cinturón. No dijo nada, no era necesario. Bastaba con la doble señal.

Al otro lado del edificio, Nikita, la única mujer del grupo de cinco dirigido por Gregor, abrió silenciosamente las puertas de las jaulas tapadas que había traído consigo, pulsó un botón de un mando que había colocado en el suelo y que produjo una pequeña descarga eléctrica en la base de las jaulas. La reacción fue inmediata: dos conejos salieron rápidamente de las jaulas huyendo de la inesperada y dolorosa descarga.

Nikita ya contaba con que los conejos cambiarían de dirección en cuanto el dolor remitiese y oliesen a los perros. Pero entonces ya no importaría. Todo lo que tenían que hacer era llamar un poco la atención.

Y lo consiguieron. Tal como Gregor había planeado. El perro que estaba más cerca ladró y, al cabo de un instante, el otro empezó a ladrar también. Nikita sonrió para sus adentros, cogió las jaulas y se escabulló entre las sombras para aguardar el regreso de Gregor.

Gregor Sadov oyó ladrar a los perros pero no dio la orden de iniciar la operación. En lugar de ello, aguardó hasta el momento en que, como habían hecho las siete noches anteriores, los vigilantes volviesen la cabeza para ver por qué ladraban.

Sadov alzó la mano para que ninguno de los miembros de su grupo se moviese y luego, cuando el último vigilante se dio la vuelta, cerró el puño y bajó el brazo. Al instante, su grupo avanzó con sigilo al amparo de las sombras. Como siempre, Sadov iba delante.

En el almacén había fuertes medidas de seguridad. Varios vigilantes patrullaban por el interior sin aparente sincronización, pero la mayoría recorría el exterior, dejándose ver, para ahuyentar a todo aquel que pretendiera robar los productos alimenticios almacenados allí. Con los tiempos que corrían, los alimentos eran más preciados que el oro... y Gregor estaba allí para conseguir que su precio fuese aun

más alto.

Desde un buen punto de observación, Sadov dio la señal para que los miembros de su grupo se dispersasen. En el exterior, los perros dejaron de ladrar, pero eso ya no importaba. Dentro del almacén, a oscuras, el grupo de Gregor tenía ventaja sobre los vigilantes. Y pronto realizarían una segunda maniobra de distracción.

A través de sus gafas de visión nocturna, Gregor vio que sus hombres se dispersaban en la oscuridad dejando caer sus pequeños artilugios (bloques de parafina que contenían granos de trigo y serrín acoplados a un mecanismo piezoeléctrico que produciría una chispa al activarse). Eso era todo lo que necesitaba para ayudar a derribar un régimen. En cuanto él diese la señal, el mecanismo de los bloques de parafina, estratégicamente situados, haría saltar las chispas que provocarían el incendio. En pocos minutos, el almacén quedaría envuelto en llamas.

Lo mejor del plan era que nadie podría probar nunca que fuera un incendio intencionado. La parafina era muy similar a la cera que utilizaban para sellar cajas y cartones, y el serrín y el grano se confundirían con la madera de los cajones y su contenido. Sólo quedarían los mecanismos piezoeléctricos, pero eran tan pequeños que probablemente quedarían totalmente destruidos cuando el almacén ardiese.

Mientras sus hombres colocaban los bloques de parafina, Gregor desactivó el sistema de extintores fijos. Era una instalación antigua y quizá no funcionase, pero Gregor nunca corría riesgos innecesarios.

Al darse la vuelta, después de desactivar el sistema de aspersores, un movimiento inesperado le llamó la atención. Uno de los vigilantes había entrado por la puerta del otro lado y se adentraba en el almacén, en dirección hacia ellos.

Mal asunto. Un vigilante no podría detenerlos, pero podía disparar y eso atraería a más hombres de los que Gregor y su equipo estaban en condiciones de afrontar.

Y había un problema aún mayor. Cualquier disparo que se hiciese, tanto si lo hacían los vigilantes como ellos, atraería a más vigilantes. Esa era la razón de que Gregor hubiese preferido que su grupo cumpliera la misión sin armas, pero... habría sido tentar demasiado a la suerte. Incluso los mejores planes podían torcerse. Y sus hombres, todo su grupo, merecían la oportunidad de sobrevivir.

Gregor fue a coger la radio, pero demasiado tarde. Vio que Andrei desenfundaba la pistola.

No tuvo alternativa. Y no titubeó. Desenfundó su cuchillo y lo lanzó. Podía haberse abalanzado sobre el vigilante pero no se atrevió, pues conocía a Andrei. Al ver caer al hombre, Andrei podría interpretar que se agachaba y disparar de todas maneras. De modo que Gregor hizo lo único que podía hacer: le lanzó el cuchillo a Andrei.

La pesada hoja penetró en el cuello de Andrei, pero Gregor no miraba. En cuanto lanzó el cuchillo, avanzó en dirección al vigilante.

Andrei gruñía mientras se ahogaba con su propia sangre. Al oírlo, el vigilante fue a darse la vuelta, pero las manos de Gregor hicieron fuerte presa en su cuello y, con

un movimiento seco, lo desnucó poco después de que expirase Andrei.

—¡Mierda! —exclamó Gregor quedamente, y dejó el cuerpo del vigilante entre dos cajones, como si se hubiese apoyado allí para hacer un alto en su ronda.

No era perfecto, pero fue lo mejor que se le ocurrió improvisar. Además, no era necesario que las autoridades creyesen que había sido un accidente. Su misión consistía en incendiar el almacén sin dejar pruebas concluyentes de que el incendio había sido intencionado. Con suerte, y contando con la habitual incompetencia rusa, el incendio pasaría por un accidente. Pero si no..., daba igual. La población estaba hambrienta y aterrorizada. Aunque las autoridades lograsen averiguarlo, no se atreverían a hacer público que el incendio había sido intencionado. No lo harían si no querían provocar el pánico que tanto se esforzaban en evitar.

Gregor se volvió hacia Andrei, le extrajo el cuchillo del cuello, limpió la hoja y volvió a enfundarlo. Luego se cargó el cuerpo al hombro. El resto del grupo ya había terminado de repartir los bloques de parafina y había llegado el momento de marcharse.

Sadov se colocó mejor el cuerpo de Andrei para llevarlo más cómodamente y dio la señal de retirada. Sus hombres se reunieron con él en la puerta más alejada del inicio del fuego. Ninguno de ellos dijo una palabra, pero por el modo en que llevaba el cuerpo al hombro, Gregor pensó que todos habrían aprendido aquella noche una buena lección. Ninguno de ellos se ofreció a portar el cadáver.

De pie en la oscuridad, junto a la puerta, mirando hacia el exterior, alerta ante la posible llegada de alguno de los vigilantes, Gregor se metió la mano en el bolsillo y accionó el botón de encendido. Al cabo de unos momentos vio la primera columna de humo.

Los vigilantes se movilizaron rápidamente, con mayor rapidez de lo que Sadov esperaba, pero eso era una ventaja. El fuego estaba demasiado bien prendido para que pudieran apagarlo y la rápida reacción de los vigilantes no hizo sino facilitar la huida y aumentar su pequeño margen de seguridad. Gregor conocía bien el trigo y sabía con qué facilidad ardía, por lo que quería estar lo más lejos posible del almacén antes de que el edificio quedase envuelto en llamas.

Y de nuevo dio la señal de huir. La misión estaba cumplida y tenía que llamar para comunicarlo. Sus jefes estarían muy satisfechos por su trabajo de aquella noche, y con la compensación por sus servicios él y sus hombres podrían ir tirando unos días.

Al adentrarse en la noche, trató de no pensar demasiado en los errores que habían cometido. Atrás, las primeras llamas anaranjadas se encaramaban hacia el cielo y se oían las primeras explosiones.

Territorio de Jabarovsk, junto a la frontera ruso-china,

27 de octubre de 1999

A orillas del río que los rusos llaman Amur y los chinos Heilongjiang, o río Dragón Negro, se alzan un grupo de viviendas dispersas que forman el pueblo de Sikachi-Alian, habitado por la tribu indígena de los nanai, de población demasiado exigua para aparecer en ningún censo y encantada de ser ignorada. Sin un solo hotel ni restaurante, el enclave se encontraba muy alejado de las principales rutas de transporte. No atraía a más visitantes que los arqueólogos que iban a estudiar de vez en cuando los petroglifos milenarios, grabados en las peñas que respuntean las orillas fangosas del Amur.

Su propio aislamiento, y su proximidad a la frontera, lo habían convertido en un lugar ideal para que su grupo pudiera reunirse en secreto.

El pesquero que habían alquilado, una vetusta embarcación de madera, había salido de Jabarovsk al anochecer y había recorrido unos cuarenta kilómetros río abajo. Los viejos motores Kermath, que tenían más de cincuenta años, sonaban como si fuesen a romperse de un momento a otro. Los faros de la proa brillaban como ojillos entre la bruma, que se oscurecía rápidamente con el ocaso y la llovizna. Habían desmontado todos los instrumentos desde la bodega a la borda. La trainera no llevaba tripulación. En la cabina no había más que un ocupante, un timonel nanai que apenas hablaba ruso y a quien se le había dicho que permaneciese en cubierta si quería cobrar.

Ahora estaba anclada en las negras aguas que fluían frente a los embarcaderos del pueblo y el castigado motor del barco se hallaba en silencio. En la bodega, los pasajeros ocupaban asientos improvisados entre los mamparos, zarandeados por el cabeceo y balanceo de la trainera.

Los rusos, Romual Possad y Yuri Vostov, llegaron en vuelos separados desde Moscú por la mañana de aquel mismo día. Teng Chou hizo un viaje más lento, a través de una ruta más fatigosa. Salió de Beijing en avión hasta el aeródromo de Harbin, y luego viajó durante toda la noche en el asiento de atrás de un Jeep militar. Al llegar a Fuyuan, a las siete de la mañana, fue directamente a la estación fluvial y cogió el aerodeslizador, que lo condujo hasta Jabarovsk, en la orilla rusa del Amur, donde se encontró con funcionarios del consulado chino tres horas después. La cabezada que dio en las dependencias de sus anfitriones apenas lo rehizo del duro viaje.

Sentado frente a él, Gilea Nastik, la única mujer del grupo, maldecía en silencio el frío y la humedad que le calaban los huesos. En aquella parte del mundo, pensó contrariada, no había transiciones estacionales. Pasaban del verano al invierno de la noche a la mañana. Su cuerpo fibroso y bronceado por el sol del desierto no estaba hecho para un clima tan crudo.

—Bueno, tú mismo —dijo Gilea en ruso, cansada de los titubeos de Possad, que llevaba casi diez minutos sin abrir la boca—. ¿Conseguirás la aprobación de tus superiores del ministerio o vamos a perder el tiempo?

Possad se mordisqueó el labio inferior.

—No lo sé —contestó él—. No te engañes. Sé cómo podría conseguirse, siempre y cuando dispongamos del dinero. Y de una fiable red de contactos.

Gilea lo miró con fijeza. La piel de sus pómulos se tensó, dándole a su cara una expresión de feroz depredadora. Luego bajó la vista y se miró las manos moviendo la cabeza.

—Ya he garantizado financiación ilimitada. Y el equipo necesario —dijo Teng Chou en tono cortante—. Deberías saber que soy hombre de palabra.

Possad miró a Vostov.

—Tus contactos en Estados Unidos... ¿Estás seguro de que se puede confiar en ellos?

Vostov tuvo que hacer un esfuerzo para dominar su irritación. Los velados aires de superioridad que se daba Possad le resultaban tan exasperantes que casi lo odiaba. Desde los chupatintas a los altos cargos, todos los burócratas del gobierno eran unos cabrones hipócritas: debían de mirarse muy poco al espejo para no ver reflejados su egoísmo, su codicia y su deslealtad.

—Si todo el mundo se atiene a lo acordado —dijo Vostov—. Es así de sencillo.

Possad llevaba tanto rato mordisqueándose el labio que había terminado por hacerse sangre. En cuanto conoció a aquellos tres, tuvo la sensación de caer desde un puente a un abismo insondable. Pero tenía órdenes. ¿Qué podía hacer sino cumplirlas?

Los comunicados desde la delegación de Washington indicaban que Starinov había llegado a un rápido acuerdo con el presidente americano y que la mayoría de los congresistas parecían inclinarse a darle su apoyo. Un programa para aliviar una hambruna, encabezado por Estados Unidos, se pondría en marcha muy pronto. Y la prensa de Moscú ya ensalzaba a Starinov como a un salvador. Había utilizado la preciosa ayuda alimentaria para reforzar su imagen y acallar las críticas que se le hacían. No tardaría en «venderles» a los rusos la continuidad de las interminables concesiones que hacía a Occidente.

Sólo una acción drástica podía cambiar el curso que tomaban los acontecimientos, pensaba Possad. Y si sus aliados para urdir el complot tenían que ser un sinvergüenza enriquecido con el tráfico de drogas, el robo y la industria del vicio, un traficante de armas indonesio al servicio de Beijing y una mujer despiadada que traficaba con

vidas humanas..., bien. Puesto que se había visto abocado al infierno por necesidad, ¿qué opción tenía sino confraternizar con los demonios?

—De acuerdo —dijo al fin Possad—. El plan tiene posibilidades, y estoy dispuesto a aconsejarle al ministro que siga adelante con él. Pero hay otra cuestión...

—Sé a lo que juego, como la acción de mi grupo anoche en Kaliningrado debería de haber dejado claro —dijo Gilea, que lo miró con sus ojos oscuros y brillantes como lascas de ónice pulido—. No le quepa duda de que todas las acusaciones recaerán sobre la derecha. El señor Chou y yo ya hemos estudiado cómo puede hacerse.

Chou inclinó ligeramente la cabeza a modo de asentimiento pero no dijo nada.

Permanecieron en silencio un rato en la bodega, atestada y fría. El barco cabeceó. El agua chocaba rítmicamente contra el fondo del casco. Los oxidados ensamblajes crujían y chirriaban.

—Lástima que este cascarón no tenga comodidades dignas de una persona —dijo Vostov—. Ahora tendríamos que estar celebrándolo con champán y brindando por nuestro éxito.

—Y por el próximo Año Nuevo —dijo Gilea.

Los carnosos labios de Vostov esbozaron una sonrisa.

—Sí —dijo—. Eso sería lo apropiado.

A Possad se le hizo un nudo en el estómago al mirarlos. Por lo visto, aún tenía mucho que aprender acerca de la crueldad humana. Al cabo de un momento miró a través del único ojo de buey de la bodega. El cristal estaba empañado y apenas se veía, pero necesitaba mirar hacia lo lejos, recordarse que el mundo que siempre había conocido seguía allí, que no lo había dejado del todo atrás...

A través del circular ventanuco no se veían más que tinieblas.

Kaliningrado, Rusia, 2 de noviembre de 1999

—MIRA, Vince, no es por tocarte las pelotas, pero ¿podrías volver a explicarme por qué hemos tenido que venir desde tan lejos a la ciudad?

—Mi cargo se define exactamente como director de valoración de riesgos, ¿verdad?

—Sí, por supuesto...

—Pues ahí tienes la primera parte de la respuesta. Estoy aquí para valorar riesgos. Esa es mi parcela. Y Roger Gordian me paga muy bien para que la cuide. ¿Quieres que te dé también la segunda parte de la respuesta?

—Bueno..., claro. Por algo te he preguntado, ¿no?

—En efecto. Me lo has preguntado y te lo voy a contestar encantado —dijo Vince, que sujetaba el volante del Range Rover con ambas manos y miraba por el rabillo del ojo al hombre que iba sentado a su lado—. La segunda parte de la respuesta es que tú *también* trabajas para Gordian. Y que tu trabajo, como miembro de nuestro eficiente equipo de mosqueteros, es ocuparte de la seguridad y, por lo tanto, procurar que nada me ocurra.

—De acuerdo —asintió Neil Perry señalando hacia la ventanilla—. Me parece que allí hay un sitio libre...

—Da igual. Hay muchos sitios libres para aparcar más adelante —dijo Vince Scull—. Pero, para acabar de contestarte, tú...

Vince se interrumpió a media frase y pisó el freno. El Rover se detuvo en seco a escasos centímetros de un destartado taxi Volga que se había detenido en mitad de la calle para que bajasen sus pasajeros.

Scull contó hasta diez entre dientes, fulminando con la mirada al desvencijado vehículo, de cuyo tubo de escape salía una negra humareda que se elevó y cubrió casi por completo el parabrisas del Rover. Bajó la ventanilla y asomó la cabeza.

—¡Venga, *tovarich!* ¿Va a quitar de en medio ese trasto o qué? —gritó a la vez que tocaba insistentemente el claxon—. ¡*Skarieh!*

—Deberías tener más paciencia cuando conduces, Vince. Estamos en un país extranjero.

—No hace falta que me lo recuerdes. Creo que aún no me he repuesto del trastorno horario, después de pasar doce horas en un avión, desde América a San Petersburgo y luego... otras tres hasta este *oblast* dejado de la mano de Dios.

—Ya. Me hago cargo. Pero ya te han aligerado bastante la cartera en la autopista esos ladrones de la Gosavtoinspektsia.

—No me recuerdes eso tampoco —dijo Scull sin dejar de tocar el claxon. Frunció

el entrecejo al recordar que, hacía un rato, los de la *Gosa* (la policía de tráfico), so pretexto de que iba a cien en un tramo en el que sólo estaba permitido circular a sesenta, habían salido disparados tras ellos en un coche patrulla, un Ford Escort, con la sirena y luces destellantes encendidas, haciéndoles señas para que se detuviesen.

Vince se detuvo inmediatamente. Les mostró el carnet de conducir, la documentación del coche y su pasaporte americano, con el visado correspondiente, como le pidió el agente en un inglés chapurreado. Scull siguió sentado en el interior del vehículo, dándose a los demonios mientras el agente examinaba la documentación y dos de sus compañeros le apuntaban a la cabeza con sendos Kalashnikov, algo bastante corriente cuando la policía rusa hacía parar a alguien en la autopista. Al cabo de veinte minutos informaron a Scull de la infracción que supuestamente había cometido, le hicieron pagar una suma exorbitante en metálico y en el acto (algo también bastante corriente) le dijeron que siguiera adelante, advirtiéndole que podían confiscarle el carnet de conducir, o incluso llevarlo a la comisaría acusado de delito penal, si volvía a rebasar el límite de velocidad autorizado.

El taxi que le impedía el paso arrancó y Vince dejó de tocar el claxon, para alivio de Perry.

—Bueno, Neil, volviendo a lo de mi respuesta —dijo Vince acelerando—, la tercera y penúltima razón por la que hemos venido a la ciudad es para comprar arenques ahumados, que en las tiendas de aquí venden básicamente a nuestros vecinos de Krautland, y que es una de las pocas cosas que me gusta de este país. Es imposible encontrarlo allí, en el quinto pino, que es donde están construyendo nuestra estación de telecomunicaciones.

Perry refunfuñó casi inaudiblemente y se dijo que, ya puestos, quería saber la respuesta completa.

—¿Y cuál es la cuarta razón?

—Pues que, a dos o tres manzanas de aquí, hay una preciosa taberna frecuentada por americanos que trabajan en la Xerox —repuso Scull—. Y he pensado que es buen sitio para agarrarla.

Perry sonrió y se recostó en el respaldo. Bueno..., ésa sí que era una respuesta por la que merecía la pena esperar.

Tal como Scull lo veía, lo que se esperaba del bonito título de su trabajo era muy simple y sencillo: lo habían contratado para ayudar a su jefe a planificar el futuro, a base de conjeturas plausibles sobre cómo podía ser ese futuro. Lo que ya no era tan sencillo era aislar realmente los factores que era clave analizar. Por ejemplo, Gordian quería que hiciese previsiones acerca de cuáles podrían ser las consecuencias de una crisis agrícola en Rusia, qué efecto podrían tener en el clima sociopolítico del país y en la construcción de la base de lanzamiento para el UpLink, el satélite de comunicaciones europeo de órbita baja. Lo más habitual era recurrir a los resúmenes

de noticias, precedentes históricos y datos estadísticos desnudos; en opinión de Scull, ése era un recurso propio de perezosos. Los conflictos que podían desencadenarse desde la mesa de un despacho eran limitados. Inevitablemente, fuerzas que no podían cuantificarse sobre el papel entrarían en juego e impulsarían los acontecimientos en una u otra dirección. Para detectarlos había que utilizar el «radar» personal, saber interpretar cambios sutiles y estar muy alerta acerca de todo lo importante que pudiese ocurrir. Cuanto más de cerca observase uno los acontecimientos, mejor.

Y eso era lo que había querido expresar cuando le dijo a Perry que estaba en Kaliningrado para «valorar riesgos». Hacía doce semanas que había estado por última vez en Estados Unidos y toda la información que había encontrado allí apuntaba a que la escasez de alimentos en Rusia se agravaba. Alarmado por los informes, quiso ver por sí mismo hasta qué punto era grave la situación y, en cuanto regresó al país, decidió que lo primero que haría sería viajar a alguna población de cierta importancia. Y, desde donde estaba en aquellos momentos, la situación se parecía mucho a la sentencia de divorcio que una juez le había entregado hacía un par de semanas, y que, oficialmente, disolvía su matrimonio y lo obligaba a pasarle una pensión a su ex esposa.

La tienda de comestibles que tenía enfrente estaba cerrada a cal y canto. Los escaparates estaban vacíos. Las lunas estaban resquebrajadas como si las hubiesen apedreado, y remendadas con tiras de papel adhesivo. En la puerta había un letrero que decía: NIUTU PISHA (no hay alimentos), escrito a mano con caracteres cirílicos. Era similar al letrero que había visto en una panadería una manzana más abajo que decía NO HAY PAN, y del mismo tenor que el de un puesto del mercado que estaba cerrado: NO HAY FRUTA NI VERDURA.

Scull pensó que era significativo que en ninguno de los letreros dijese simplemente CERRADO. Parecía obvio que los tenderos ausentes querían desalentar a los hipotéticos ladrones para que no forzasen las puertas, tratando de convencerlos de que no había nada que robar.

Se acercó a la entrada de la tienda, hizo pantalla con la mano a la altura de las cejas y miró hacia los estantes vacíos.

—¡Mierda! —exclamó contrariado—. Ya puedo olvidarme del arenque ahumado.

—Me parece que aquí es más fácil emborracharse que comer —dijo Perry, que estaba de espaldas a Scull mirando hacia un lado y otro de la calle. Le parecía apropiado que Kaliningrado tomase su nombre de uno de los menos destacados camaradas de Lenin. En su mejores tiempos, Kaliningrado era una población triste y desangelada. Los coches eran viejos, la gente iba desaliñada. Las calles formaban una retícula en cuyo laberinto se alineaban fábricas, almacenes comerciales y edificios contruidos con bloques de cemento prefabricados. Embutida entre Polonia, Lituania y los estados del Báltico, la región (que había sido parte de Alemania hasta el término de la primera guerra mundial) estaba separada del resto de Rusia por varias fronteras. Su valor se debía esencialmente a su situación estratégica, como «colchón» territorial

y ciudad portuaria. Incluso el atractivo que tenía para los turistas alemanes carecía de encanto, pues no iban a la ciudad por el placer de visitarla ni para divertirse, sino por su estatuto de puerto franco, libre de impuestos.

—¿Vamos al bar? —preguntó Scull dándose la vuelta.

—Espera. Me parece que estamos de suerte —dijo Perry señalando hacia la esquina.

Allí, un vendedor ambulante descargaba cajas de la parte de atrás de una furgoneta. Un grupo de quince a veinte personas se había arremolinado a su alrededor. La mayoría eran mujeres pobremente vestidas que portaban sacos de lona.

Scull frunció el entrecejo y se echó hacia atrás un mechón de su pelo, ya escaso. Pero era un mechón rebelde que volvió a venírsele sobre la frente.

—Olvídalo —dijo—, no pienso hacer cola. Vamos —añadió con acritud.

Perry titubeó. Dos jóvenes de poco más de veinte años, con feas chaquetas de cuero, se habían situado junto a una anciana que se alejaba con su compra. Uno era muy alto y el otro de mediana estatura. El más bajito bebía de una bolsa de papel marrón y caminaba tambaleándose.

Envuelta en un chal de invierno, raído y oscuro, con su bolsa de la tienda llena, la mujer trató de adelantar a los jóvenes, pero éstos en seguida la flanquearon y siguieron andando a su altura.

A Perry se le hizo un nudo en el estómago. Le había ocurrido a menudo en sus tiempos de detective de la policía de Nueva York. Sus claros ojos azules se fijaron en los tres, le tocó el hombro a Scull y señaló en dirección a la anciana que flanqueaban los jóvenes.

—¿No te parece eso un poco raro, Vince? —preguntó Perry.

Scull le dirigió una mirada inexpresiva. En aquellos momentos sólo pensaba en ir a beber.

—Pues me parece que esos dos tipos deben de vender algo —contestó—. A lo mejor tienen arenques ahumados.

—Lo que buscan los tipos que se mueven en el mercado negro son divisas —dijo Perry negando con la cabeza—. ¿Los has visto alguna vez abordar a una *babushka* de esa manera?

Scull guardó silencio. La anciana se había detenido en mitad de la acera y apretó la bolsa contra su pecho. Los dos tipos seguían a su altura. El más alto había introducido la mano derecha en el bolsillo de su chaqueta y señalaba a la bolsa de la anciana con la izquierda.

—Esos tipos la van a atracar —dijo Perry.

—No es asunto nuestro. Ya intervendrá alguien.

—¿Quién va a intervenir? —exclamó Perry, que hizo un ademán señalando hacia ambos lados de la calle.

Los viandantes que pasaban por la misma acera por la que iba la anciana no parecían percatarse de lo que ocurría, o acaso no quisieran intervenir.

¿A qué coño estoy esperando?, pensó Perry corriendo calle abajo.

—¡Joder, Neil! —protestó Scull pisándole los talones—. ¡Estamos en un país extranjero!

Perry no le hizo caso y al llegar a la altura de los dos jóvenes posó la mano derecha en un hombro del más alto.

—Bueno, ya está bien. Dejadla tranquila —dijo Perry en un elocuente ademán para que siguiesen adelante.

El joven alto se envaró un poco pero mantuvo el paso. El más bajito fulminó con la mirada a Perry y bebió un trago de lo que contuviese la bolsa marrón. Scull se acercó a él por el otro lado. En el centro del grupo la anciana se había llevado la mano a la boca y miraba en derredor titubeante, asustada y nerviosa.

—He dicho que os larguéis —insistió Perry consciente de que el ruso seguía con la mano en el bolsillo de la chaqueta—. ¡*Pahkah!*

El tipo lo miró de reojo y encogió los hombros tratando de zafarse. Tenía los ojos pequeños y penetrantes, y necesitaba un afeitado. Perry le apretó más el hombro.

El alto lo miró y, de pronto, ladeó el cuerpo y le escupió en la cara. Sacó una navaja del bolsillo y atacó a Perry, quien encogió el cuerpo para evitarlo y agarró al ruso por la muñeca izquierda tirando hacia abajo. El ruso intentó mover la muñeca hacia arriba pero Perry le asestó un fuerte golpe con el canto de la mano en el antebrazo. Oyó crujir el hueso. El delincuente dejó caer la navaja al suelo gimiendo de dolor. Sin soltarlo de la muñeca, Perry lo atrajo hacia sí y le dio un rodillazo en la entrepierna. El ruso se dobló hacia adelante y cayó al suelo.

Al ir a agacharse para recoger la navaja del suelo, oyó ruido de cristales rotos. Miró al ruso más bajito, que había sacado de la bolsa la botella que llevaba y la había roto contra la fachada del edificio. Amenazaba a Scull con el arma improvisada. La cerveza, que resbalaba por la pared contra la que había golpeado la botella, se encharcó en la acera con un rodal de espuma.

Scull le sonrió. El ruso lo atacó con el casco quebrado de la botella, que goteaba. Scull se movió lo justo para evitar que lo hiriese en la cara, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un pequeño aerosol. Una nube cónica brotó hacia la cara del atacante. El ruso dio una arcada, dejó caer la botella rota y empezó a tambalearse cegado. Se llevó las manos a la cara al sentir el efecto del gas que dilataba los capilares de sus ojos y le inflamaba las sensibles membranas de la nariz y de la boca.

Vince volvió a guardarse el aerosol en el bolsillo, le dio la vuelta al ruso cogiéndolo por el hombro y le lanzó un puñetazo a la boca del estómago. El ruso dobló las rodillas y cayó junto a su amigo jadeando y moqueando.

Scull lo miró sin moverse. Desorientado, con los ojos enrojecidos y lagrimeando, el ruso gaseado no parecía tener suficiente y forcejeaba por ponerse en pie. Pero Scull le lanzó una patada al rostro. El delincuente se llevó las manos a la nariz, que le empezó a sangrar en seguida, y cayó de espaldas.

—Más te valía no moverte —le espetó Scull.

Perry reparó en que aún tenía en la mano la navaja del ruso alto; la cerró y se la guardó en el bolsillo de atrás del pantalón. Y entonces notó que le tiraban de la manga de la chaqueta. Era la anciana. Una sonrisa iluminó su cara redonda.

—*Spasibo* —dijo dándole las gracias en ruso. Luego sacó dos naranjas de la bolsa de lona y se las ofreció—: *Bolshoya spasibo*.

Perry posó la mano en su brazo.

—Gracias por ofrecérnoslas, abuela, pero es mejor que se las quede usted —dijo indicándole con la mano que volviese a guardarlas en la bolsa—. Y váyase a casa. *Bishir yetso*.

—Nosotros tendríamos que marcharnos también —dijo Scull.

Perry miró en derredor. Un grupo los había rodeado. Los coches y los autobuses avanzaban lentamente por la calle, aunque muchos curiosos aminoraban el paso en la acera para ver qué ocurría.

—Sí —dijo Perry—. ¿Aún te apetece que vayamos a tomar algo?

—Estoy más sediento que nunca —le aseguró Scull.

—Pues vamos —dijo Perry.

Y echaron a andar calle abajo a paso vivo.

Washington, 5 de noviembre de 1999

GORDIAN tenía la sensación de que Dan Parker le había estado guardando las espaldas desde que se conocieron, hacía ya... unos treinta y cinco años. En Vietnam, donde estuvieron destinados ambos en el ala 355 de cazas tácticos, Parker era el artillero del Phantom con el que realizó innumerables salidas para bombardear territorio enemigo. Al sobrevolar los enclaves del Vietcong, aprendieron lo difícil que resultaba alcanzar con sus bombas objetivos camuflados, volando a casi dos veces la velocidad del sonido. Y comprendieron la importancia que tenía desarrollar armas teledirigidas, que permitiesen a los pilotos soltar su carga en zonas peligrosas sin verse obligados a hacer múltiples pasadas sobre los objetivos y chuparse el dedo y levantarlo para saber por dónde soplaba el viento.

La última salida que Gordian realizó con su caza fue el 20 de enero de 1968. Lo derribaron mientras llevaba a cabo una misión de apoyo a unos siete kilómetros de Khe Sanh. Saltó al vacío con su asiento eyectable en la vertical de una ladera controlada por el enemigo. Y apenas empezó a desprenderse de su paracaídas se vio rodeado de ametralladoras norvietnamitas. Como piloto, era un prisionero muy valioso, porque podía proporcionar información acerca de las tácticas y de la tecnología de las Fuerzas Aéreas... Y valioso también para sus captores, que, en lugar de cortarle la cabeza y pasearla como un trofeo, lo encerraron en una jaula para exhibirlo. Pero, a lo largo de los cinco años que pasó encarcelado en Hanoi, no proporcionó ninguna información y resistió las técnicas del palo y la zanahoria de los norvietnamitas, que unas veces le prometían la pronta liberación, y otras lo amenazaban con recluirlo en una celda de castigo y torturarlo.

Mientras tanto, Dan Parker completó su segundo período de servicio y en 1970 regresó a Estados Unidos cargado de condecoraciones. Era hijo de un destacado congresista californiano que, gracias a sus contactos con personalidades de la vida social y política, consiguió, por medio de la Cruz Roja, llegar hasta Gordian durante su largo cautiverio. La organización humanitaria le proporcionó la asistencia médica básica; le entregaban cartas y paquetes e informaban a su familia sobre cómo se encontraba, pese a la falta de cooperación del gobierno norvietnamita, que ignoraba los acuerdos de la Convención de Ginebra sobre el trato que había que dar a los prisioneros de guerra.

Los desvelos de Dan para ayudar a su amigo no terminaron ahí. A medida que las conversaciones de París avanzaban hacia un acuerdo de alto el fuego, presionó para que Gordian fuese uno de los primeros prisioneros de guerra que liberasen. Y, aunque salió de su cautiverio debilitado y delgado, Gordian estaba mucho mejor de lo que

hubiese estado de no ser por la intervención de Dan.

En años sucesivos, el apoyo de Parker se centró en el campo profesional; su amistad y respeto mutuo no dejó de crecer. Sus experiencias en Vietnam los convencieron de la necesidad de una tecnología que combinase sistemas de navegación y de reconocimiento avanzados con un sistema de misiles teledirigidos. En sus salidas, muchas veces ambos tuvieron que dar verdaderos palos de ciego poniendo sus vidas en peligro y causando innecesarios daños colaterales a la población civil. Y Gordian no había olvidado que el culpable de que pasase tanto tiempo en un campo de concentración fue un misil ruso tierra-aire que no vio venir. Aunque las cosas habían cambiado espectacularmente desde la aparición de las armas inteligentes, existía aún una falta de integración (una fisura, por así decirlo) entre el sistema de localización de objetivos por rayos infrarrojos y los radares de reconocimiento.

En los años ochenta Gordian empezó a entrever cómo era posible, por lo menos teóricamente, llenar esa fisura utilizando las modernas comunicaciones vía satélite... Y Dan estaba en condiciones de ayudarlo a conseguir la financiación necesaria para llevar a la práctica sus ideas. Dan había seguido los pasos de su padre en la política y, en su tercer período como senador por California, formaba parte de varias comisiones del Congreso. Su confianza en Gordian fue determinante para conseguir unos fondos que, sumados a las enormes inversiones del propio Gordian en la R&D, abrieron el camino para el desarrollo del proyecto Sinfisuras, el programa más formidable con que contaba el ordenador central del satélite UpLink.

Por su adaptabilidad al *hardware* existente en la aviación y las comunicaciones, el Sinfisuras parecía cosa de magia. Era un programa interactivo con los satélites GPS, y permitía al piloto o al artillero de un caza saber exactamente dónde estaba en relación a su objetivo, o qué arma o nave enemiga podía localizarlo con el radar. Proporcionaba datos en tiempo real, transmitidos directamente desde los satélites a los ordenadores de a bordo, y utilizaba un radar de infrarrojos que le permitía ver a través de la niebla y el humo. Además, era un equipo ligero y lo bastante pequeño para poder ser acoplado a cabezas de misiles, incluso en aparatos de sencilla tecnología como los A-10. Así se transformaban, con algunas modificaciones en la cabina, en letales cazabombarderos capaces de lanzar las armas más tecnificadas. Esta versatilidad hacía que el programa Sinfisuras fuese el más barato, y más eficaz, de los sistemas de teledirección de misiles que se habían diseñado.

Como consecuencia de ello, la empresa de Gordian se convirtió en líder mundial del sector.

Y le hizo multimillonario.

Tras alcanzar ese gran hito profesional, muchos empresarios se habrían retirado o, por lo menos, se habrían dormido en los laureles. Pero Gordian ya había empezado a llevar sus ideas hacia la siguiente fase lógica. Apoyado en su enorme éxito, ramificó su grupo de empresas. Penetró en docenas de países, abrió nuevos mercados y

absorbió muchas empresas de los sectores químicos, de telecomunicaciones, de telefonía y de distintos subsectores industriales en los cinco continentes. Su objetivo más ambicioso era crear una sola red mundial de comunicaciones vía satélite que permitiese las transmisiones telefónicas desde un móvil, fax o módem a cualquier punto del globo.

Lo que impulsaba a Gordian no era ni el ego ni el deseo de seguir enriqueciéndose, sino el convencimiento de que ese sistema contribuiría a cambiar la vida de millones de personas, y quizá la de miles de millones, llevando la moderna tecnología de las comunicaciones hasta el último rincón de la tierra. Tal como él lo veía, el rápido acceso a la información era un arma. Había regresado de Vietnam con el firme compromiso consigo mismo de hacer todo lo posible por oponerse a todos los regímenes totalitarios y opresivos. Entre otras cosas, porque pudo observar sobre el terreno lo débiles que eran esos gobiernos frente a la libertad de las comunicaciones.

Sin embargo, para alcanzar su objetivo necesitaba el apoyo de una docena de países clave. Los necesitaba para que le asignasen frecuencias de radio a su empresa. Los necesitaba para que le permitiesen acceder a sus programas espaciales, y poder realizar los numerosos lanzamientos de satélites terrestres que la NASA no podía hacer. Y los necesitaba para construir estaciones en países repartidos por todo el planeta, para conectar con su red de satélites y alimentar de señales las líneas terrestres. Gordian también necesitaba a Dan Parker. Como siempre. Por supuesto. Desde 1997, Dan lo había guiado a través del laberinto normativo que acompañaba la evolución de los satélites de comunicaciones. Últimamente, seguía muy de cerca los debates del Congreso que podían afectar a sus planes de disponer, antes de fin de año, de una estación terrestre de telecomunicaciones en Rusia.

Ahora, sentado frente a Dan en el Washington Palm de la calle Diecinueve, Gordian bebió un trago de cerveza y dirigió la mirada hacia las viñetas humorísticas, sobre la política del país, y las fotografías deportivas que cubrían las paredes. Dan agitó su martini para fundir los cubitos de hielo, tan impaciente porque les sirvieran la comida como de costumbre.

Estaban sentados a la mesa del rincón que siempre elegían, bajo una cariñosa caricatura de Tiger Woods. Diez años antes, cuando empezaron a ir a almorzar allí una vez al mes, el dibujo que había en aquel rincón era el de O. J. Simpson, que había cedido el lugar de honor a Marv Albert y éste, a su vez, a Tiger Woods.

—Tiger —musitó Gordian—. Una leyenda típicamente americana.

—Crucemos los dedos porque siga ahí arriba —dijo Parker.

—¿Quién puede disputarle el trono?

—No sé.

Siguieron aguardando. Casi todos los clientes eran cargos políticos, periodistas, empresarios, y algunos turistas que esperaban ver allí a alguien importante. Pero, por el momento, Gordian no había reparado en que nadie los mirase. ¿Tan mal se había

peinado aquella mañana?

—Bueno —dijo—, ¿qué opinas de las últimas pataletas aislacionistas de Delacroix?

Dan miró de reojo a uno que estaba comiendo un sandwich de ternera en la mesa contigua.

—Estoy muerto de hambre —dijo.

—Ya lo sé —dijo Gordian—. Está visto que no consigo que dejes de pensar en la comida. Dan se encogió de hombros.

—Por lo que les he oído a mis colegas en el Senado, Delacroix viene presionando en lo de siempre. Se queja del coste de la ayuda a Rusia. Y, en mi opinión justificadamente, alega que la factura de nuestra misión de paz en Bosnia terminó por ser cinco veces superior a las estimaciones iniciales. Y que el parlamento ruso y la banca están controlados, en gran medida, por la mafia, lo que significa que un porcentaje de los créditos que concedamos irán a parar a los bolsillos de funcionarios corruptos.

—¿Y qué más? —preguntó Gordian tras beber otro trago de cerveza.

—Aduce que la oferta del presidente equivale a un apaciguamiento. Porque trata de conseguir concesiones para las próximas rondas de las conversaciones START, y de prohibición de pruebas nucleares, a base de darles un caramelo en lugar de negociar como es debido.

Gordian vio que un camarero se acercaba hacia ellos con una fuente.

—Ya están aquí nuestros solomillos —dijo.

—¡Ya era hora! —exclamó Dan desdoblado la servilleta—. No sé por qué tardan tanto en servir.

Gordian miró el reloj.

—No han sido más que diez minutos, Dan.

Permanecieron en silencio hasta que el camarero les hubo servido y se alejó.

Dan cogió los cubiertos y atacó el solomillo.

—Buenísimo —farfulló imitando los gestos de Boris Karloff en *La novia de Frankenstein*.

Gordian empezó también a hacerle los honores al solomillo, que surtiría el efecto de darle un respiro a Dan antes de reanudar la conversación.

—Lo que me comentas se refiere a la postura pública de Delacroix —dijo—. Pero ¿qué hay de sus motivaciones ocultas y oportunistas?

Dan lo miró y aguardó antes de contestar para no hablar con la boca llena.

—Es un alivio saber la pobre opinión que te merecen los cargos electos.

—Exceptuándote a ti —dijo Gordian.

—¿Recuerdas cuando Delacroix encabezó la intentona de reducir los servicios sociales hace unos años? —preguntó Dan.

—No es fácil de olvidar —repuso Gordian—. Se dedicó a dar palos a todos en el Senado, ¿no?

—En una sesión reciente también lo hizo. Se montó una piñata por su cuenta. Pero no le dio a la olla de la calderilla sino a la del agua... Y salió escaldado —dijo Dan cortando un trozo de solomillo—. Es un bocazas.

—Pero, por lo menos, es coherente.

—Lo importante es que nadie ha olvidado su intervención, que incluso los conservadores consideraron absurda y falta de sensibilidad social —dijo Dan—. Lo que ahora teme Delacroix es quedar en evidencia si no se opone a que se destinen millones de dólares en alimentos y ayuda financiera al extranjero, y nada menos que para los rusos.

—Son dos cuestiones distintas —dijo Gordian moviendo la cabeza—. Aunque quisiéramos ignorar el carácter crítico de la situación...

—Que muchos cuestionan —puntualizó Parker a modo de inciso.

—Pero se trata de una cuestión de importancia estratégica para nuestro país —le aseguró Gordian.

Dan apuró su martini y le hizo señas al camarero para que le trajese otro.

—Mira..., no me gustaría tener que defender al pit bull de Luisiana. Pero, mira, ponte en su lugar. Imagina cuál será la actitud de los adversarios políticos de Delacroix si se sigue adelante con el programa de ayuda. Los mismos que están a favor del programa lo acusarán de hipocresía y le recordarán a la opinión pública que él es quien quería que se suprimiera el almuerzo de los niños americanos en la escuela pública.

Gordian volvió a guardar silencio. Miró al plato. Desde que Ashley le había ordenado a su cocinero que omitiese las carnes rojas de sus menús (no recordaba si a causa del contenido de grasas saturadas, los antibióticos cancerígenos o los aditivos potenciadores de esferoides) los solomillos que comían en el Palm tenían una aura de rebelión; se habían convertido en un respiro, incluso en una escapatoria de la saludable monotonía de la verdura del tiempo, el pescado y las pechugas a la plancha. Y para realzar este placer prohibido, para saborearlo en toda su plenitud colesterólica, había pasado de pedirse el solomillo *au point*, a pedírselo *saignant*. Una vez al mes, soltaba amarras del tristón embarcadero de su dieta y se convertía en un lobo, en un carnívoro de tomo y lomo, que hundía los colmillos en la presa tras el éxito de su caza.

Sin embargo, ese día no tenía demasiado apetito. Le había hecho tan poco honor al solomillo que sentía el impulso de pedirle disculpas.

—Dos de los empleados que tengo en Rusia estuvieron en Kaliningrado el otro día —explicó Gordian—. ¿Recuerdas a Vince Scull? Te lo presenté hace tiempo.

—Sí —contestó Dan Parker—. El experto en prospectiva política. Un tipo inteligente. Un poco antipático, ¿no?

—No le pago para que sea encantador. No hay nadie mejor que él en la previsión de las grandes crisis. Se ha marchado de Kaliningrado convencido de que, dentro de un mes, habrá disturbios en toda Rusia a causa de la escasez de alimentos. —Gordian

hizo una pausa para pedirle al camarero que le trajese otra cerveza y luego añadió—: Hace veinte años, Vince Scull trabajaba para una empresa canadiense radicada en Irán, y les aconsejó a sus jefes que cogiesen los bártulos y se largasen del país. Los responsables de la compañía pensaron que su apreciación era de un pesimismo exagerado. Pero, seis días después, el *ayatollah* se hizo con el poder y sus partidarios asaltaron la embajada norteamericana y tomaron como rehenes a todos los miembros del personal diplomático. Scull permaneció en el país y logró sacar de Irán a varios diplomáticos. Cuando el peligro de que los matasen hubo pasado, Scull dimitió y yo lo contraté.

—¿Y en qué se basa para estar tan seguro de que se va a producir un desastre en Rusia?

—En muchas cosas. Puedo enviarte por fax una copia de su informe si quieres. Argumenta que Kaliningrado depende menos de la producción local de alimentos que otras ciudades, supongo que debido a que gran parte de los mismos llegan a través del puerto franco. Y, sin embargo, los mercados están allí vacíos. Y si la población de Kaliningrado pasa hambre, peor lo pasará la población de San Petersburgo o de Moscú.

El camarero le sirvió la cerveza y Gordian bebió en seguida un trago.

—Ya sé que es anecdótico —continuó Gordian—, pero Vince incluso se ha visto envuelto en una pelea con unos navajeros que trataban de robarle una bolsa de comida a una anciana. Y eso le ocurrió a la media hora de haber llegado a la ciudad.

—¿Intentas decirme que lo que ocurra en Kaliningrado ocurrirá en toda Rusia?

—Más o menos.

—Puede que el incidente a que te refieres velase la bola de cristal de Scull —dijo Parker—. Y tampoco hay que descartar que esté totalmente equivocado. Ocurre en las mejores familias.

—O sea que Starinov viene a mendigar aquí por capricho, ¿no? ¿Es eso lo que tratas de decirme?

—Si le preguntases a Bob Delacroix te diría que Starinov ha exagerado la magnitud de la crisis, que necesita un problema importante que él pueda afrontar y desvíe la atención de su rival Pedachenko. Algo que lo haga aparecer como el estadista que puede codearse con los grandes líderes mundiales.

Gordian fijó sus ojos grises en su amigo.

—No estoy hablando con Delacroix —dijo—. Tengo a más de cien empleados en el oeste de Rusia en estos momentos, Dan. Y otros ochenta o noventa contratados para terminar las obras de la estación de telecomunicaciones. Dejemos a un lado por un momento lo que yo he invertido allí, y dejemos también a un lado los intereses nacionales. Esas personas están en una posición muy vulnerable y mi principal preocupación es su seguridad. Si el acuerdo de ayuda corre el riesgo de ser rechazado, voy a sacar a mis empleados del país. De modo que dime, a ver, ¿cómo crees que pinta el panorama?

Dan escuchó en silencio mientras Gordian hablaba, agitando su martini. Las yemas de sus dedos dejaban tenues improntas en la helada superficie de la copa.

—Es probable que el presidente consiga la aprobación —dijo Parker apurando el martini—. Que logre que, por lo menos, parte de la ayuda se materialice. Y, con un poco de suerte, eso bastará.

—«Probable... por lo menos... un poco de suerte...» ¿No te parecen demasiadas cautelas semánticas para dos frases? —dijo Gordian.

Dan lo miró y se encogió de hombros.

—Lo que más trabajo me costó durante mi primer año de congresista fue aprender a moderar mis expectativas. Y creo que ésa es una de las razones de que todavía conserve el escaño.

—O sea que vienes a decirme que lo único que podemos hacer es estar alerta y esperanzados.

—Sí.

Gordian se recostó en el respaldo de la silla pensativo.

Dan miró al plato de su amigo.

—¿No vas a terminarte el solomillo? —le preguntó.

—No —contestó Gordian.

—Pues... ¿por qué no me lo pasas?

Región de Kaliningrado, 16 de noviembre de 1999

OCULTO entre las sombras, Gregor Sadov observaba el incendio. En los últimos cuatro días, él y su grupo habían incendiado siete almacenes. Y, por fortuna, la única baja que había tenido había sido la de Andrei. Con todo, no era suficiente. Pero, claro..., nunca bastaba.

Con la mano izquierda se oprimía el costado, sujetando un pañuelo contra la pequeña herida que había sufrido. No estaba seguro de si había sido un fragmento de metal de la explosión del último almacén o si uno de los vigilantes le había disparado y le había producido un rasguño. Pero daba igual. Era una herida dolorosa pero no profunda, y Gregor no era de los que dejaba que un pequeño dolor los frenase.

No, no era la herida lo que lo preocupaba. Era el mensaje que había recibido aquella mañana. Breve y conciso, como siempre, el mensaje decía simplemente: «Los incendios de los almacenes, efectivos. Pero se necesitan más. Prepare a su grupo para atacar a intereses norteamericanos en la zona.»

Eso decía. No concretaban qué clase de intereses norteamericanos debía atacar, ni cuándo. Gregor sabía que no le comunicarían esta información hasta que les pareciese oportuno. A él no le importaba. Sabían cómo trabajaba, y que no atacaría hasta que él y su grupo estuviesen preparados.

Allí entre las sombras, sujetándose el pañuelo en la herida, Gregor miró hacia el almacén envuelto en llamas y sonrió.

Elaine Steiner cerró la caja de herramientas que tenía a sus pies, se limpió las manos y se incorporó lentamente, arqueando la espalda para aliviar la tensión después de haber estado arrodillada tanto rato. Un mechón de su pelo entrecano se había salido del pañuelo con el que se lo recogía para trabajar y volvió a remetérsele. A su lado, Arthur, su marido, cerró la puerta del panel de servicio, se incorporó y ladeó la cabeza de izquierda a derecha para relajarse.

Estaban en uno de los pequeños edificios del perímetro del complejo que Roger Gordian estaba construyendo en la región de Kaliningrado, escasamente poblada. La ciudad más cercana estaba a 90 kilómetros de allí y, por lo tanto, aquel complejo tenía que ser en gran parte autosuficiente, con un bloque de apartamentos para el numeroso personal y varias instalaciones para su esparcimiento. Además, también tenían que ocuparse de la seguridad. Grandes medidas de seguridad. Aunque eso era igual dondequiera que fuesen.

Elaine y Arthur habían estado con Gordian prácticamente a lo largo de los últimos

veinte años. Él elegía los emplazamientos para sus estaciones de telecomunicaciones y los Steiner se encargaban de dirigir la construcción y de velar después por su buen funcionamiento. Era un buen trabajo y se ganaban bien la vida. Además, resultaba una labor gratificante, sobre todo, como en aquel caso, cuando se trataba de terminar la primera estación de telecomunicaciones on-line.

—No ha estado mal —dijo él mirando a Elaine.

Ella le sonrió. Arthur siempre veía el lado positivo de las cosas. Era lo que Elaine más admiraba en él, quizá porque ella era muy pesimista.

—No, salvo cuando falla —dijo ella, que lo hizo girarse de espaldas y empezó a darle masaje en el cuello—. ¿Te has olvidado ya de cuando no conseguíamos que el sistema estuviese *on-line* durante más de diez minutos seguidos?

—Ya —dijo él agachando la cabeza para que el masaje fuese más efectivo—. Esos malditos transistores que nos vendieron los afganos son anticuados y se calientan. No había manera de averiguar qué pasaba.

—Y esto no era más que un trozo de cable defectuoso. Les dije a los rusos de mantenimiento que no podían instalar un cable tan largo sin intercalar fusibles. Pero como nunca nos hacen caso...

—Ya nos lo harán —dijo Arthur—. Aprenderán.

Elaine suspiró y movió la cabeza, pero sonreía con expresión benevolente mientras seguía dándole masaje. Era bueno saber que en la vida había cosas que no cambiaban.

—Vamos —dijo ella—. Queda una botella de vino del último envío. Nos vendrá bien para cenar.

Arthur se dio la vuelta y la rodeó con sus brazos. Le limpió una mancha de grasa que tenía en la mejilla y la besó delicadamente.

—¿Ves? Ya está todo enderezado otra vez.

Brooklyn, Nueva York, 28 de noviembre de 1999

EL espejo que cubría de arriba abajo una pared del despacho de Nick Roma no tenía ni una mota de polvo, ni la más pequeña mancha. La inmaculada superficie no tenía la menor imperfección. Nick hacía que uno de los chicos (a él le gustaba llamarlos así) limpiase el espejo con Windex una, dos y hasta tres veces al día; y con mayor frecuencia aún si la más leve mácula afectaba a su reflejo. En cierta ocasión, el espejo se rayó un poco accidentalmente y lo hizo cambiar aquella misma mañana.

Nick no creía que fuese una manía. Cuidaba mucho su aspecto y la imagen del espejo era muy importante para él. Ciertamente, era lo más importante en su despacho del club Platinum; más importante que su centro de multimedia, que su teléfono o que su bloc de notas. Tan importante, por lo menos, como su MP5K.

Ahora, Nicky estaba frente a su espejo retocándose la indumentaria, ajustándose la camiseta negra de cuello cisne, alisándose la pechera para que quedase bien remetida en sus vaqueros negros de marca. Todos los detalles tenían que ser perfectos.

Desde la ventana de la segunda planta del edificio, situado en la avenida Quince, se veía un camión que se arrimaba a la zona de carga.

Nicky miró su Rolex.

Eran las 11.00.

El envío llegaba con puntualidad. Estaba seguro de que también vendrían a recogerlo puntualmente. La gente con la que trataba era muy cuidadosa en estas cosas.

Se miró las botas para cerciorarse de que brillaban tanto como el espejo. Eran unas botas negras de media caña, de piel de lagarto o algo parecido, y requerían cuidados especiales; muchos más que las de piel corriente, desde luego. Uno de los chicos las limpiaba y abrillantaba todos los días, igual que hacían con el espejo. Pero había que estar siempre encima de ellos, comprobar que utilizasen crema neutra y no betún negro. Porque el betún estropeaba la piel y sin unas botas en condiciones tendría pinta de inmigrante de Pequeña Odesa. La sola idea lo enfurecía.

Seis meses atrás, un tribunal federal de distrito lo juzgó por contrabando de gasolina, aunque, en realidad, lo acusó de defraudar a Hacienda tres millones de dólares en impuestos a través de complicadas maniobras contables. En sus conclusiones finales, la acusación le dijo al jurado que él era Vori V. Zakone, un padrino de la mafia de Europa Oriental. Utilizaron palabras como *bochya*, «hombre fuerte» en ruso, para describirlo. Lo acusó de dirigir una rama americana de un sindicato del crimen al que llamaron a veces *organizatsiya* y otras *mafiya*. En un

momento del juicio, afirmó que su organización estaba cerca de convertirse en una fuerza tan influyente como la de las familias de la Cosa Nostra y de las bandas asiáticas.

«Estaba cerca», recordó contrariado Nicky, que sacó el peine del bolsillo de atrás del pantalón y se lo pasó por su pelo ondulado.

El juicio duró dos meses pero logró salir absuelto. El veredicto resultó un tanto engañoso, porque la identidad de cada uno de los miembros del jurado se mantuvo en absoluto secreto. Entraron y salieron del juzgado en vehículos camuflados, escoltados por un enjambre de agentes de la BECO (la Brigada Especial contra el Crimen Organizado). Durante el juicio sólo se dirigían a ellos con un número asignado. La rubia de preciosas piernas a quien Nick sonrió e hizo más de un guiño era el número 1. El tipo obeso que se sentaba con las piernas cruzadas era el número 9. Todo se rodeó de gran secreto. Pero Nick se mofó del secretismo judicial. Se mostró tenaz. Sus hombres tenían contactos en la Fiscalía que podían acceder a lo que risiblemente llamaban banco de datos de «alta seguridad», y se hicieron con la información necesaria para «tocar» a dos miembros del jurado.

Cincuenta mil dólares (además de garantías para las familias de los jurados de que serían protegidas de accidentes y desapariciones) compraron la absolución de Nick Roma. A él le parecía justo. En realidad, él se consideraba básicamente un negociador. A sus treinta y cinco años había llegado a acuerdos de reciprocidad con italianos, colombianos, chinos e incluso *yakuza*. Había progresado paulatinamente desde negocios más o menos callejeros, como la prostitución y el tráfico de drogas al por menor, hasta conseguir introducirse en el sistema bancario, poniendo en práctica elaborados programas financieros, abriendo nuevos mercados, allá donde veía que podía ganar un dólar. También tenía contactos con empresas legítimas y con grupos políticos y había instalado oficinas de pagos para sus actividades en una docena de estados. Por eso se ofendió tanto cuando el ministerio fiscal lo describió como un mañoso de medio pelo que lideraba una banda de secuaces de su misma etnia.

Tal como él lo veía, nada estaba más lejos de la verdad. Emigró de Rusia con sus padres a los seis años y, desde entonces, no había salido de Estados Unidos, ni siquiera de la ciudad de Nueva York. Cuando él tenía doce años, su madre consiguió la nacionalidad para ella y su hijo. Se esforzó mucho para hablar bien inglés y lo había logrado, sin asomo de acento extranjero. A los veintiún años se cambió legalmente el nombre. Y ya no se llamaba Nikita Romanov sino Nick Roma.

Eran tan americano como cualquiera de los que estaban en la sala del juzgado. Y cada vez que pensaba en el fiscal se prometía que le haría pagar su insulto con creces. De él no se burlaba nadie. Él...

Oyó llamar a la puerta. Se dio el último toque al peinado y volvió a guardarse el peine en el bolsillo de atrás del pantalón.

—¿Quién es? —preguntó mirando por la ventana.

Ya habían cargado los paquetes que traía el camión y los habían entrado en una

carretilla de mano al *nightclub*. Nick vio que el conductor cerraba la puerta trasera del vehículo, volvía a subir a la cabina y se alejaba.

La puerta se entreabrió y uno de los hombres de Nick, un tipo musculoso llamado Bakach, asomó la cabeza.

—La mujer árabe está aquí —dijo su subalterno con marcado acento extranjero—. Con su amigo.

Nicky volvió a mirarse en el espejo. Habían llegado antes de lo que esperaba. Fuesen cuales fuesen los planes que tuviese la mujer para la mercancía, no cabía duda de que no perdía el tiempo.

—Hazlos pasar —dijo satisfecho con su aspecto—. Y diles a Janos y a Kos que quiero los paquetes.

Bakach asintió con la cabeza, desapareció y regresó al cabo de un minuto con los visitantes. Nick se dirigió a la mujer al verla entrar.

—Hola, Gilea.

Era una mujer hermosa, muy sexy. Llevaba una melena negra hasta los hombros y sus ojos rasgados le recordaban a los de un gato. Su abrigo de lana a cuadros, desabrochado, dejaba ver sus piernas, largas y bien torneadas, bajo una minifalda de piel.

Roma se preguntó si estaría interesada en algo más que una relación profesional.

—Nick —saludó ella.

Los tacones altos de sus botas resonaron en el suelo al adentrarse en la estancia. El hombre alto que la acompañaba tenía una cicatriz en la mejilla que desaparecía bajo una desaliñada perilla. Se detuvo un paso más atrás que ella. Nick notó el bulto de la pistola que llevaba bajo la chaqueta de piel.

—He visto el camión abajo —dijo Gilea—. Supongo que ha llegado lo mío, ¿no?

—Ahora lo subirán —contestó señalando hacia una silla que estaba frente a su mesa—. ¿Por qué no te sientas un poco mientras esperas?

Ella lo miró con frialdad.

—Prefiero estar de pie.

Al cabo de unos minutos volvieron a llamar a la puerta. Nick fue a abrir y dos de sus hombres entraron cargados con una caja de madera. Había otras dos cajas en el pasillo. Sus hombres dejaron en el suelo la que portaban y entraron las otras dos. Encima de la tapa de la tercera caja llevaban un escoplo.

Gilea permaneció de pie, en silencio, mirando las cajas.

—Querría echar un vistazo —dijo.

Nick miró a Kos asintiendo con la cabeza.

Kos cogió el escoplo, introdujo el filo entre la tapa y el borde superior de la caja e hizo palanca para abrirla. Mientras aguardaba, Nick no dejaba de observar a Gilea, que lo miraba a su vez con los párpados entornados y se humedecía el labio inferior con la punta de la lengua.

Cuando levantaron la tapa de la caja, Gilea se inclinó y metió la mano entre los

bloques de espuma que protegían el material.

La caja estaba llena de globos recubiertos de espejos, como los que giraban y emitían destellos en muchas discotecas y *nightclubs*. Eran del tamaño de un pomelo. Nick tenía un globo igual, pero mucho más grande, que pendía del techo de su club.

—Dame el escoplo —dijo Gilea mirando la caja extasiada, y alargó la mano hacia Kos.

Kos le pasó el escoplo sin decir palabra.

Gilea observó durante unos momentos los globos. Luego sacó uno y lo golpeó con la barra. El globo se agrietó y volvió a golpearlo de modo que lo partió en varios fragmentos que cayeron al suelo. Sólo quedó en la mano de Gilea el camuflado contenido del globo. Era un paquete rectangular y plano con ideogramas chinos pintados a un lado. Su envoltorio transparente contenía una sustancia blanca y cerúlea que parecía un bloque de plastilina.

—El plástico —dijo Gilea.

Cerró los ojos y siguió de pie, con la cabeza echada hacia atrás. Oprimía el paquete con los dedos crispados y le temblaban los labios.

—Buen trabajo —añadió, y se volvió a mirarlo radiante al cabo de unos momentos.

Nick le sonrió mirándola a los ojos.

—Siempre hago un buen trabajo.

Nick Roma aguardó mirando por la ventana de su despacho. Kos asomó la cabeza por la puerta y confirmó lo que Nick ya sabía: Gilea y su guardaespaldas se habían marchado. Nick le indicó que podía retirarse y Kos cerró la puerta.

Había llegado el momento de comprobar su seguro.

Nick se acercó al espejo, sacó el peine del bolsillo y se lo pasó por el pelo. Fantaseaba con la idea de inclinarse a besar la mano de una hermosa mujer. Volvió a guardarse el peine y pulsó un pequeño botón del panel inferior izquierdo de su espejo, un botón tan pequeño que era imprescindible saber que estaba allí para verlo.

El gigantesco espejo se abrió lentamente ante sus ojos. Detrás había una cámara, y una serie de monitores que reflejaban las imágenes de las cámaras de vídeo instaladas en distintos sectores del edificio. Las cintas eran de larga duración y grababan durante las veinticuatro horas del día.

Era como un seguro.

Se agachó en la cavidad que se había abierto en la parte baja del espejo y sacó la cinta que había grabado lo ocurrido en su despacho. Aquella cinta de Gilea abriendo un globo y sujetando con la mano el bloque de goma-2 como si fuese un consolador y estuviese impaciente por llegar a casa y probarlo era una garantía. No es que temiese que lo atrapasen. Pero, llegado el caso, estaba seguro de que aquella cinta, y toda una videoteca de cintas similares que tenía a buen recaudo, le servirían para «entrar por

una puerta y salir por otra», como rezaba la expresión popular que se refería a quien va a la cárcel como a un hotel a pasar el fin de semana.

Después de poner una cinta nueva en la cámara, pulsó un botón de la cara interna del espejo. Un dispositivo hizo asomar una pantalla gigante de televisión extraplana en la pared del fondo del despacho, y ocho bafles situados en puntos estratégicos alrededor de la estancia. Nick Roma sólo tenía lo mejor de lo mejor. Mientras aguardaba, no podía evitar pensar en los otros usos que le podía dar a su espejo con una mujer tan hermosa. Era una imagen preciosa.

Por más inverosímiles que fuesen las imágenes, un hombre necesitaba sus fantasías.

Lo hacían conservarse joven.

Puso la cinta en el aparato de vídeo, detrás de un panel oculto en la pared de su despacho, y luego se recostó en el respaldo del sillón a ver el espectáculo.

En el centro de la ciudad, en un almacén abandonado cuyo propietario estaba camuflado entre tantas empresas subsidiarias que ni siquiera el más tenaz de los investigadores daría con él, una filmación idéntica a la que Nick estaba mirando pasó en formato digital a un potente ordenador. Fechada electrónicamente y con el dato del lugar donde se había realizado, la información se transmitió en secreto, de un modo casi imperceptible. El sistema de Nick funcionaba a la perfección.

En cierto modo, la escena que acababa de grabar y todas las que tenía almacenadas en el disco duro eran tan explosivas como la goma-2 que acababa de venderle a Gilea.

La información mataba tanto como el explosivo plástico.

Y no tardaría en hacerlo.

Nueva York, 23 de diciembre de 1999

EL jefe superior del Departamento de Policía apenas podía disimular su impaciencia, estaba deseando que se hundiese el *Titanic* y poder regresar en seguida a casa y estar a sus anchas.

Salvo raras excepciones, detestaba los musicales. No los entendía. Y el que estaba viendo debía de ser el más confuso que había visto nunca. La mayor tragedia de la historia de la navegación, en la que murieron unas mil quinientas personas, ahogadas y devoradas por Dios sabe qué habitantes de los mares, y a alguien se le ocurre la idea de convertirlo en un espectáculo de Broadway. No veía qué valor de entretenimiento podía tener una tragedia humana tan horrenda, la verdad. ¿Qué podían cantar y claquetear todos aquéllos? ¿Que se iban a hundir todos con el barco?

Miró a su esposa, que estaba sentada a su lado, muy atenta al escenario. Parecía que le gustaba. O, mejor dicho, no lo parecía sino que le gustaba. Lo notaba por su manera de ladear el mentón y por los tenues hoyuelos que se le formaban junto a las comisuras de los labios. Cuando dos personas llevan casadas tanto tiempo como ellos, uno adivina lo que el otro piensa con sólo mirarlo. Luego, mientras tomaban café, ella le hablaría elogiosamente de los decorados, las interpretaciones, la coreografía y la escenografía. Y él la observaría con una sensación parecida a la del flechazo que sintió hacía treinta años, cuando aún iba al instituto, en su primera cita. Admiraría sus vivaces e inteligentes facciones, su piel suave y achocolatada, su manera de vestirse y los gráciles movimientos de sus manos al comentarle los distintos aspectos del espectáculo. Se maravillaría de todo lo suyo y se preguntaría qué había hecho él en esta vida para merecer el constante apoyo que le había prestado durante todo su matrimonio, una fe y una perseverancia que lo habían ayudado a subir desde las duras calles de Harlem al cargo más importante del Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York.

Pero aún faltaba para ese café. Todavía estaban en el primer acto de aquella enloquecida e incomprensible canturía acerca del colosal naufragio del transatlántico cuyos pasajeros tuvieron la muerte más fría y desolada.

Harrison miró el reloj preguntándose cuánto iba a durar aún su tortura. Hasta las nueve. Una hora. O quizá más, porque algunas obras duraban hasta las diez y media o las once, ¿no? Sintió cierta incomodidad al preguntárselo, pues eso era algo que la primera autoridad policial de la ciudad debía saber, ¿no? A ver si iba a resultar que empezaba a perder el contacto con la realidad. Uno podía disfrazar Times Square tanto como quisiera, uno podía sustituir las sex-shops por el maravilloso mundo de Walt Disney, pero las manos que ocultaban los immaculados guantes blancos de

Mickey Mouse tendrían siempre las uñas negras. Siempre sería un lugar donde el vicio y la violencia podían asomar de las sombras y arrastrarte a su mundo como aquellos imbéciles que bailaban en el escenario. Se había armado tanto alboroto en los últimos años acerca del renacimiento del barrio que a veces uno podía olvidar que un descenso en la delincuencia no significaba, necesariamente, que los criminales se hubieran marchado con armas y bagajes a otra parte. En realidad, sólo la redoblada y muy visible presencia policial en la zona era lo que mantenía alejados a los topistas, descuideros, putas y drogadictos. Seguía habiendo bolsas negras bajo el Great White Way, y la gente no debía ignorarlo. Y, menos aún, el jefe superior de policía.

Harrison trató de concentrarse en el espectáculo, en seguir, más o menos, el argumento, para tener algo que comentar luego con Rosetta. ¿Quién era el personaje de la barba? ¿El capitán? ¿Un científico? ¡Madre de Dios! No había manera. Había prestado tan poca atención que no tenía ni idea. Un acorde melodramático se elevó desde el foso de la orquesta. Uno de los intérpretes empezó a cantar. La letra aludía a un barco de ensueño. Harrison escuchó unos momentos, pero de nuevo volvió a caer en sus cavilaciones, como si fuese una radio cuyo dial sintonizase por su cuenta otra emisora.

Miraba al escenario pero no veía nada. Volvió a pensar en el plan que quería analizar antes de acostarse. Lo había llamado Operación 2000; sonaba lo suficientemente ampuloso como para llamar la atención en el Ayuntamiento. A lo largo del mes anterior había estado casi permanentemente reunido con sus principales colaboradores, así como con los jefes de la policía de tráfico, la Brigada de Emergencias y la Brigada Contraterrorista Mixta de la Policía de Nueva York y el FBI, para hablar de los problemas que tendrían que afrontar con el fin de velar por la seguridad de la multitud de personas que se congregaría en Times Square para celebrar la Nochevieja. Incluso en un año normal, la labor era una auténtica pesadilla, y el inminente año no era precisamente uno cualquiera. Se trataba, nada más y nada menos, que del 31 de diciembre de 1999. Cambio de siglo. Un acontecimiento que sólo se producía una vez en la vida. Un Acontecimiento; con mayúsculas, señoras y señores.

Y mientras Harrison y sus colaboradores trazaban planes para coordinar unas medidas que, sin la menor duda, se quedarían cortas, ¿qué había estado haciendo el alcalde? ¡Pues prodigarse en los medios de comunicación para potenciar el alud de visitantes que dejarían un río de dólares en la ciudad! El alcalde no se había perdido un solo programa de televisión, y se había llenado la boca con los planes del Ayuntamiento para la gran cuenta atrás, proclamando que el triángulo formado por la intersección de la Séptima Avenida, Broadway y la calle Cuarenta y dos sería «el centro del mundo». Incluso escenificaba su publicidad descorchando una botella de champán para invitar simbólicamente a los espectadores a unirse a la farra del milenio.

Harrison sentía una mezcla de preocupación y resignación. A juzgar por todos los

indicios, la población y los visitantes potenciales respondían a la publicidad del alcalde. Basándose en la ingente cantidad de información solicitada por los turistas, los sondeos y las reservas en hoteles y restaurantes en el centro de la ciudad, calculaban que unos dos millones de jueguistas se concentrarían en Times Square a ver bajar el globo, una esfera de 1,80 metros de diámetro y 250 kilos de peso con centenares de lámparas halógenas. A eso había que sumarle otros tres o cuatro millones más que se repartirían entre Battery Park, el muelle de South Street y toda la orilla de Brooklyn para presenciar el castillo de fuegos artificiales del puerto de Nueva York. Ante ese panorama los efectivos de la policía no bastarían, ni con mucho, para mantener una aceptable presencia. ¿Y para qué? Muchos creían que se acercaba una era milagrosa y, otros, que se avecinaba el fin del mundo. Harrison pensaba que el 1 de enero del año 2000 el mundo sería el mismo manicomio orbitante de siempre, sin más diferencia que unos cuantos muertos más con relación a otras grandes celebraciones.

El jefe superior suspiró sin percatarse de ello. Había momentos en los que le tentaba dimitir, dar la espantada y dejarle el pastel al alcalde. Quién sabía, a lo mejor encontraba empleo para velar por la seguridad junto a los megalitos de Stonehenge o en el monte Fuji, donde la multitud de milenaristas sería menor. O en Egipto, pongamos por caso. Había oído que por la nadería de diez mil dólares por persona una agencia de viajes garantizaba la entrada a una fiesta en la pirámide de Gizé. Y sin duda un jefe superior de policía sería útil para mantener el orden allí. Si Hizzoner quería ser empresario, jefe de pista del mayor espectáculo del mundo, pues muy bien, tanto mayor poder para él. Pero ¿qué derecho tenía a embarcar a los demás fomentando la locura colectiva?

Harrison oyó aplausos y miró al escenario. El telón acababa de bajar y las luces se encendieron. ¿Qué ocurría? Al mirar el reloj vio que eran sólo las nueve y media, demasiado temprano para que se hubiese terminado el espectáculo. Aún no se había hundido el *Titanic*.

Debía de ser el intermedio. Por fuerza.

Rosetta le estaba dando con el codo.

—Bueno, ¿qué te parece? —le preguntó ella risueña.

Es tan trillado y aburrido que ardo en deseos de marcharme a casa, pensó.

—Estupendo —contestó—. Sobre todo esa canción sobre el barco de ensueño.

Rosetta asintió sonriente.

—Estoy impaciente por ver qué ocurre con Ida e Igor —dijo ella—. ¿Quieres que vayamos al bar a tomar algo?

Harrison le tomó la mano.

Se levantaron, se embutieron entre el respaldo de la fila de delante y el matrimonio que se sentaba a su lado y salieron al pasillo, en dirección al vestíbulo. Harrison se dijo que Ida e Igor, quienesquiera que fuesen, no tenían muchas alternativas. O los meterían en uno de los botes salvavidas y los rescataría el

Carpathia, o se hundirían con el capitán y la tripulación. Pero no se lo dijo a Rosetta.
Fuese cual fuese el final, no quería estropeárselo a su esposa.

Nueva York, 28 de diciembre de 1999

MINUTOS antes de su muerte, Julius Agosten empujaba su tenderete con ruedas desde el aparcamiento de la calle Veintitrés tratando de imaginar qué haría si le tocaba la lotería.

Lo primero sería cederle a su cuñado el tenderete, la licencia y la plaza de parking. Stephan era todavía lo bastante joven para soportar las muchas horas que había que pasar en la calle, salir de casa a las cuatro de la madrugada y llegar a casa después de las ocho de la tarde, salvo los fines de semana, que no llegaba hasta pasada la medianoche. Y eso en verano y en invierno, aunque cayesen chuzos de punta o un sol de justicia. Y como Rene y Stephan habían sido padres hacía poco, el tenderete les daría la oportunidad de ganarse decorosamente la vida e incluso de ahorrar un poco para el futuro de la niña.

El Ayuntamiento sólo concedía un limitado número de licencias para vendedores ambulantes y menos aún para emplazamientos como el que Julius se había agenciado: calle Cuarenta y dos esquina Broadway, en el corazón del centro de la ciudad. En los días laborables pasaban por allí muchos ejecutivos con sus maletines y mujeres con modelos caros; miles de ellos atestaban las aceras, salían de las bocas de las estaciones del metro cruzando Times Square, parándose a tomar un café o comer algo de camino a su trabajo. Además, pasaban por allí muchos taxistas, policías, oficinistas; en realidad, gente de lo más variado. ¿Quién tenía tiempo de desayunar en casa hoy en día?

Julius siguió empujando el tenderete calle abajo hasta la furgoneta que lo aguardaba. Las ruedas metálicas resonaban en el asfalto, un ruido muy aparatoso en las silenciosas horas de la madrugada. Dentro de tres horas la ciudad se despertaría, pero ahora las persianas de las tiendas seguían cerradas, nadie entraba ni salía de las puertas giratorias de los edificios de oficinas y no circulaban más vehículos que alguna camioneta de reparto de periódicos o algún taxi, bajo la tenue luz de las farolas. Afortunadamente, porque si la calle estuviese muy transitada, la policía de tráfico aparecería como por ensalmo y lo multarían por aparcar la furgoneta en lugar prohibido mientras iba a recoger el tenderete al parking. Pero ¿cómo lo iba a hacer si no? ¿Ir a pie empujando el tenderete cuesta arriba a lo largo de veinte manzanas? Era una larga caminata por muy buen tiempo que hiciese, y en diciembre se hacía aún más larga.

Cuarenta millones de dólares, pensó recordando lo que le podía tocar por el boleto de lotería que llevaba en el bolsillo. Si le tocaba, se retiraría a algún lugar con buen clima. Compraría una casa grande, una mansión, con muchas hectáreas de

césped y un acceso de gravilla tras una hermosa verja de hierro forjado. Quizá tuviese vista al mar. A Gerty, que Dios tuviese en su gloria, siempre le encantó el mar. Ya no tendría que dejar el tenderete en el parking toda la noche, ni tendría que pagar doscientos dólares al mes por el privilegio de que no lo asaltasen los gamberros ni los ladrones. Ya no tendría que levantarse a las tres de la madrugada para ir al mayorista de Queens a comprar los panecillos y los croissants e ir luego a buscar el tenderete para instalarse en la esquina a esperar la hora punta.

Venía haciendo aquello desde hacía más de diez años, semana tras semana, año tras año. Y aunque Julius no era de los que se quejaban de su suerte, no podía negar que aquel trabajo le pasaba factura. Cada día se le hacía más difícil levantarse tan temprano. Trabajar tantas horas no le dejaba tiempo para pasarlo con sus nietos. Tenía problemas circulatorios en la pierna derecha y, con frecuencia, le dolía el hombro izquierdo. Pero lo peor era que estaba harto de los duros inviernos.

Ese día llevaba una parka acolchada y se había puesto la capucha, pero el cortante viento que llegaba del Hudson le hería las mejillas y el frío glacial le calaba los huesos. Cuando hacía tanto frío, Julius iba añadiendo progresivamente más prendas a su indumentaria, pero nunca bastaban para quitarse el frío de encima.

Suponía que todo ello tenía que ver con que ya había dejado de ser joven. Pero ¿cómo era posible que no se hubiese percatado de que se le escapaba la juventud hasta que ya era demasiado tarde para afrontarlo?

Al llegar a la furgoneta arrimó el tenderete a la parte trasera para acoplarlo. Cuarenta millones, cuarenta millones, cuarenta millones. Con el bote que había en aquel sorteo quizá tenía que haber comprado más de un boleto esa semana, pensó. Tenía entendido que era indiferente jugar un boleto que jugar cien, pensando en estrictos términos matemáticos. Pero aun así...

Nada más terminar de enganchar el tenderete a la furgoneta, Julius oyó rápidos pasos por detrás de él. Ladeó la cabeza sobresaltado. Parecían proceder de la Quinta Avenida.

Y, efectivamente, al cabo de un momento una mujer dobló la esquina.

Al principio, Julius pensó que sería una puta. Porque ¿qué mujer respetable iría por la calle a aquellas horas y menos aún con el frío que hacía? Además, pese a la campaña de «limpieza» de la ciudad, seguía habiendo un activo mercado del sexo por los alrededores, como en la «cola al aire», como la llamaban, a dos pasos de allí, en la calle Veintiocho esquina Lex, donde los coches aparcaban en doble y triple fila los viernes por la noche y no se veían más que melenas cabeceando frente al salpicadero.

Pero, a medida que se acercaba a él, Julius se dijo que no tenía pinta de hacer la calle o, por lo menos, no era como las chicas que estaba acostumbrado a ver en aquella zona de la ciudad, que llevaban siempre dos dedos de maquillaje y se vestían para enseñar la mercancía de modo tan ostensible que era un milagro que no se les congelase. En realidad, la mujer que se acercaba a él se parecía más a las ejecutivas que dentro de unas horas irían a comprarle un croissant.

Llevaba un abrigo de lana a cuadros, unos holgados pantalones y una boina calada casi hasta las orejas. Era muy guapa, de una belleza exótica, de pómulos prominentes. Unos mechones negros que le llegaban por los hombros ondeaban al viento. Avivaba el paso hacia el tenderete exhalando vapor.

—Ayúdeme, por favor —le pidió sin gritar pero muy angustiada—. Por favor.

Julius la miró confundido.

—¿Qué...? ¿Qué le ocurre? —preguntó desconcertado.

Ella se detuvo a menos de tres centímetros de él mirándolo a los ojos.

—Necesito que me lleve —le dijo.

—¿Cómo dice? —exclamó arqueando las cejas.

—Aquí. Mire, se lo enseñaré —dijo ella metiendo la mano en el bolso que llevaba colgado del hombro.

Julius siguió mirándola, cada vez más confundido. ¿Por qué le pedía a un perfecto desconocido que la llevase a...?

Antes de que le diese tiempo a pensar más, oyó un ruido a su espalda y acto seguido sintió algo frío y duro en la nuca.

La mujer asintió con la cabeza.

Pero no se dirigía a él, notó Julius, sino a quienquiera que lo hubiese estado acechando. Se le encogió el corazón. Lo habían engañado, distraído...

Julius no llegó a oír el disparo silenciado de la Glock, ni sintió nada más que el roce del cañón en la nuca cuando su asesino apretó el gatillo y la bala le perforó el cráneo, volándole el ojo derecho y parte de la frente. Julius cayó de espaldas y quedó boca arriba en el suelo, con el ojo que le quedaba desorbitado, como si aún conservara la capacidad de asombrarse. El cañón de la pistola se inclinó hacia abajo y tres disparos más destrozaron la cara del muerto.

Gilea miró hacia un lado y otro y, tras cerciorarse de que no se acercaba nadie, se agachó junto al cuerpo evitando pisar el charco de sangre que ya se formaba en la acera. Desprendió la placa con el número de la licencia que el vendedor llevaba prendida en la parka y se la guardó en el bolso. Le registró rápidamente los bolsillos, cogió la cartera y el manojito de llaves y alzó la vista mirando al hombre que había disparado.

—Larguémonos, Ajad —le ordenó lanzándole las llaves.

Ajad se pasó la mano izquierda por la perilla, se guardó la Glock bajo la chaqueta y abrió la puerta de la furgoneta. Luego arrastró el cadáver, lo aupó al interior del vehículo y lo dejó en la parte trasera.

En la calzada, Gilea comprobó que el tenderete estuviese bien enganchado a la parte de atrás de la furgoneta. Luego rodeó hasta la acera y asomó la cabeza por la puerta. Al ver que había una manta en el suelo del compartimento trasero, la cogió y cubrió el cuerpo del vendedor. Después subió al vehículo y se sentó en el asiento del acompañante.

Ajad se sentó al volante, buscó la llave del contacto en el manojito que le había

pasado Gilea y arrancó el motor. Se alejaron del bordillo y enfilaron en dirección oeste, hacia la calle Veintiocho, con el tenderete traqueteando a remolque.

La furgoneta entró en el recinto de estacionamiento de un taller mecánico de la avenida Once, esquina a la calle Cincuenta y dos. Eran las cinco menos diez pero, aunque el taller no abría hasta las ocho y media, la persiana estaba subida y Ajad entró con el vehículo. Tres hombres con sendos monos grises aguardaban en el interior junto a la puerta de la oficina.

Gilea bajó del vehículo de un salto.

—¿Dónde está Nick? —preguntó.

—No tardará —le dijo uno de los hombres en ruso.

—Ya tenía que estar aquí —le espetó ella contrariada.

El hombre no le contestó.

—El cuerpo está en la furgoneta —dijo Gilea tras permanecer en silencio unos momentos—. Tendrán que deshacerse de él.

—De acuerdo.

Gilea sacó del bolso la placa plastificada de la licencia del vendedor y se la dio.

—Hay que modificarla inmediatamente —le ordenó—. Y el tenderete tiene que estar preparado para esta noche.

—Lo estará.

—Más te vale —dijo ella—. Tenemos menos de tres días.

—No se preocupe, que no habrá problemas.

Gilea se estremeció y se cogió los hombros con las manos.

—Hace un frío espantoso aquí —se lamentó—. ¿Cómo pueden soportarlo?

Él señaló hacia la furgoneta y sonrió.

—Pues estando siempre ocupados —contestó.

Distintos lugares, 31 de diciembre de 1999

MOMENTOS antes de salir en antena, Arkadi Pedachenko titubeaba acerca de cómo empezar su programa semanal de televisión. Desde luego, sus vacilaciones no tenían nada que ver con el cambio de formato del programa ni con una falta de preparación por su parte. Todas las emisiones empezaban invariablemente con un larguísimo spot de diez a quince minutos de duración, en el que él, solo ante la cámara, pontificaba acerca de diversos temas. Durante los siguientes quince minutos, los telespectadores podían llamar por teléfono y él tenía la oportunidad de charlar con ellos de un modo informal. Supuestamente, atendía las llamadas al azar, aunque en realidad la mayoría de las preguntas y comentarios estaban preparados. La segunda media hora del programa estaba dedicada a entrevistas o coloquios con políticos y otros personajes públicos.

De manera que no, su problema no era el formato del programa. Pedachenko valoraba la forma por encima de todo y era reacio a desviarse de lo que había comprobado que funcionaba. Tampoco tenía dudas respecto al contenido del programa, ya que sus comentarios iniciales aparecían en el teleapuntador y su invitado, el general Pavel Ilich Broden, de las Fuerzas Aéreas, había llegado puntualmente al estudio y ya lo estaban maquillando.

El problema de Pedachenko era, más bien, de tono, de estilo, y eso era lo que lo preocupaba en aquellos momentos. ¿Debía utilizar su habitual tono altisonante o adoptar uno más suave y reposado? Sus asesores de prensa le aconsejaban la suavidad, y le habían sugerido que evitase todo aquello que pudiera ser interpretado como pesimismo en unos momentos en los que los telespectadores estaban emocionalmente predispuestos a la fiesta, ansiaban olvidar sus dificultades y necesitaban desesperadamente el aliento de sus líderes. Por otro lado, ¿qué mejor ocasión que la víspera del nuevo milenio para agitar sus sentimientos, para recordarles los males del internacionalismo, el fracaso de las políticas estatales que habían pasado sin solución de continuidad de Yeltsin a Starinov? ¿Qué mejor ocasión para presentarse como el único hombre que podía sacar adelante el país en tan crucial momento de la historia?

Pedachenko reflexionaba sobre todo ello. No era de los que dejaban pasar las oportunidades, pero un poco de mesura en la forma no estaba de más. Le dejaría claro a la audiencia que, en el umbral del siglo XXI, había lugar para el optimismo y la esperanza... si seguían el camino que él les trazaba.

—¡Sesenta segundos! —avisó el regidor.

Pedachenko miró su imagen en el monitor. Veía un apuesto hombre de cincuenta

años, rubio, con el pelo cortado a cepillo, un perfilado bigote y blanca dentadura. Era de compleción fuerte, mantenida a base de ejercicio regular. Consideraba su buen aspecto básicamente como un arma, importante para él por la ventaja que pudiera concederle en la confrontación con sus rivales, más que como algo de lo que envanecerse. Desde niño había aprendido que una sonrisa franca y amable podía atraerle la indulgencia de sus padres y de sus profesores; y ya de mayor había comprobado que esa misma sonrisa era útil para llevarse a las mujeres a la cama y para conseguir el favor de personas influyentes. Era consciente de que su aceptación, como personaje popular en los medios, se debía tanto a que su imagen «daba bien» ante la cámara, como decían en la jerga de televisión, como a sus opiniones políticas. Y le tenía sin cuidado. Lo que más le importaba era conseguir el apoyo popular a toda costa. Lo que le importaba era conseguir sus propósitos.

Señaló a un punto de la frente que le brillaba y una maquilladora asomó desde detrás de la cámara, le aplicó unos polvos y se retiró de inmediato.

El regidor alzó la mano y empezó la cuenta atrás de los segundos que faltaban indicándolos con los dedos.

—Cuatro, tres, dos, uno.

Pedachenko miró a la cámara.

—Amigos y conciudadanos de Rusia, buenas noches —dijo—. Al prepararnos para el nuevo siglo creo que haríamos bien en mirar atrás unos momentos y recordar un poco la historia. A medida que avanzamos hacia un futuro mejor, permitámonos expresar una justa ira por la falta de autoridad que ha dañado la voluntad nacional y causado tantos problemas, problemas que nosotros, cada uno de nosotros, debemos afrontar. Hace dos siglos, en la primera guerra patriótica, nuestros soldados lucharon contra la Grande Armée de Napoleón, expulsamos a los franceses de la capital y los derrotamos. Y, a principios de este siglo, de nuevo volvimos a recurrir al coraje nacional, a nuestra determinación como pueblo, para defender nuestra tierra de los fascistas alemanes y derrotarlos en lo que se dio en llamar la Gran Guerra Patriótica. Esta noche debemos comprometernos todos en la Guerra Patriótica Final. Es una guerra santa que no libramos en el campo de batalla sino desde nuestros bastiones morales. Una guerra en la que no son los cañones y las bombas lo que nos amenaza, sino el estancamiento y la decadencia culturales. Una guerra, queridos compatriotas, que exige apelar a nuestro espíritu, defender nuestras tradiciones y combatir la tentación con una disciplina de hierro.

»Una guerra que no se puede ganar mendigando dólares americanos o las migajas que ellos quieran darnos, ni permitiendo que nuestros jóvenes se corrompan con la música y las modas americanas.

»No negaré que las cosas van mal, pero debemos asumir nuestra responsabilidad...

Al verlo en la pantalla del televisor de su despacho, Starinov tenía que reconocer que no le faltaba razón. Pedachenko machacaba con los temas de siempre, pero sabía

tocar la fibra sensible de la mentalidad nacional con más eficacia que nadie en los últimos tiempos. Su utilización de expresiones como «guerra santa» y «justa ira», que aludían a expresiones similares del himno militar que se hizo más famoso en la segunda guerra mundial, era brillante. Y proclamar que su prioridad política era una nueva guerra patriótica era una inspirada, e incluso sublime, manipulación de los sentimientos en ebullición, que apelaban al orgullo ruso y a sus profundas raíces, comparando los actuales problemas del país con las dificultades del pasado, situando la lucha para superarlas en el mismo plano que las legendarias guerras contra el invasor extranjero. Guerras ganadas, siempre, gracias a que la patria había vuelto a sus propios recursos, y a que sus ciudadanos y sus soldados se habían movilizadado en una verdadera explosión de solidaridad.

Starinov inspiró profundamente y exhaló lentamente el aire. Nunca olvidaría la fiesta del Primero de Mayo de 1985, el cuarenta aniversario de la victoria contra los nazis. La multitud congregada en el parque Alejandro, frente a la Tumba del Soldado Desconocido; el atronador desfile de soldados y tanques y de las bandas militares; los fuegos artificiales en el cielo de la plaza Roja; los inspirados cánticos y las banderas soviéticas; los grupos de ex combatientes de la segunda guerra mundial desfilando con marcialidad, erguidos, dignos y gloriosos pese a la fragilidad propia de la edad.

Starinov fue uno de los que estuvo junto al secretario general Mijaíl Gorbachov y a otros altos cargos del Partido aquel día en un balcón del museo Lenin, asistiendo al interminable desfile, con los ojos bañados en lágrimas de puro orgullo, convencidos de que a pesar de todos los fallos del comunismo, a pesar de los problemas sociales y políticos, la Unión Soviética permanecería fuerte, vigorosa y unida avanzando hacia el futuro.

Starinov entendía muy bien el atractivo de la enardecida retórica de Pedachenko, e incluso lo emocionaba. Y eso era precisamente lo que la hacía tan peligrosa. Ahora, en vísperas del nuevo milenio, temía estar asistiendo a un rebrote nacionalista que, de manera inevitable, conduciría a su país al aislacionismo y a la confrontación con Occidente... Ésa era la razón de que llevase mucho tiempo sin apenas poder conciliar el sueño, sin más que breves intervalos en los que lo asaltaban pesadillas de las que despertaba con sudores fríos, y con la boca seca como si la tuviese llena de polvo y cenizas.

En la pantalla, Pedachenko había dado por terminado su parlamento. Entrelazó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia adelante sonriendo. Sus ojos azules y penetrantes parecían mirar directamente al telespectador.

—Y ahora, amigos, les invito a llamar al estudio con sus preguntas...

—No, gracias, «amigo» —dijo para sí Starinov.

Pulsó el botón de apagado del mando a distancia y la imagen de Pedachenko parpadeó un instante en el vacío. Aunque el aparente rechazo de su intrusión no era real, ¿verdad que no?

Por desgracia, pensó Starinov, las cosas no eran nunca tan sencillas. Porque fuera

de las cuatro paredes de su despacho, de un extremo al otro de la Federación Rusa, Pedachenko estaba en todas partes.

—Adelante con su pregunta.

—Buenas noches, ministro Pedachenko. Me gustaría saber cuál es su opinión sobre la reciente visita del ministro Basjir a China y su propuesta de una creciente cooperación entre nuestros dos países.

—Creo que debemos considerar las intenciones del ministro y los acuerdos específicos con China separadamente. Teniendo en cuenta la ampliación de la OTAN, y otras tentativas recientes de Estados Unidos para monopolizar los asuntos mundiales, estaría de acuerdo con el ministro Basjir en que tenemos muchos intereses comunes con nuestro vecino asiático. La potencia americana es una amenaza que debe ser conjurada y, para conseguirlo, no tenemos más remedio que mirar hacia el este. Pero creo que el ministro Basjir ha incurrido en un irresponsable olvido de su deber al anunciar planes para importar tecnología y armamento chinos. Nuestras fábricas de municiones, que son las mejores del mundo, acusan mucho el descenso de pedidos. Además, China ha sido, desde siempre, uno de sus principales clientes. ¿Por qué, entonces, deberíamos invertir ahora la situación? Me parece un error estúpido...

En su *dacha* del noreste de Moscú, Leonid Todshivalin dormitaba frente al runrún del televisor cuando un estrépito de cristales rotos lo sobresaltó. Se irguió en el sillón y al mirar en derredor vio que una de las ventanas de la parte trasera estaba destrozada. Un aire gélido irrumpió en el salón sembrado de añicos de vidrio y que cubrían la alfombra bajo el alféizar. En un rincón vio entre las esquirlas una piedra que asomaba parcialmente de un papel sujeto con una goma elástica.

Leonid Todshivalin se ciñó el batín, se levantó del sillón y corrió hacia la ventana. Luego se agachó a coger la piedra con cuidado, para no pisar los cristales, mirando de reojo por la ventana hacia el patio cubierto de nieve. No vio a nadie. Pero creía saber por qué le habían lanzado la piedra.

Retiró la goma elástica y desdobló el papel. Sólo había escritas dos palabras con letras mayúsculas.

CABRÓN EXPLOTADOR

Se enfureció. Durante dos meses, la línea férrea para la que trabajaba había transportado trigo americano, desde los silos centrales de Moscú a las provincias más cercanas de la región occidental del país. La cantidad enviada a cada comarca se calculaba de acuerdo a la población y, si Todshivalin no hubiese «distráido» parte de las reservas, lo asignado hacia su ciudad, lo que ésta hubiese recibido, habría sido insignificante. Él asumió el riesgo. ¿Por qué no iba a merecer entonces ganarse unos dólares cobrando un poco más por el trigo que distribuía?

—¡Desagradecidos! —gritó devolviéndoles la piedra—. ¡Borrachos! ¡Largaos de aquí!

No le replicaron. Se irguió maldiciendo entre dientes, pensando que lo mejor que podía hacer era adecentar el salón e improvisar algo para remendar la ventana. Quería pasar la Nochevieja en paz. Pero se las pagarían.

Todshivalin iba hacia la cocina a coger una escoba cuando oyó un fuerte golpe en la puerta. Se detuvo, volvió hasta la ventana y se asomó al patio. Se veían pisadas de varias personas en la nieve. ¿Eran anteriores? No estaba seguro. Además, no le pareció que importase mucho. Lo importante era que describían un semicírculo que se perdía en la esquina de la fachada.

Oyó otro golpe en la puerta. Y otro. Vio que los goznes empezaban a ceder.

—¡Fuera! ¡Largaos! —gritó Leonid—. ¡Marchaos o llamo a la policía!

La puerta seguía cediendo. Uno de los goznes estaba casi desprendido y el cerrojo estaba a punto de saltar. Un nuevo golpe desprendió una astilla de la jamba.

Todshivalin empezó a sudar y a jadear. Sintió un escalofrío en la nuca.

El enfurecido grupo no dejaba de aporrear la puerta.

Leonid permaneció en la entrada del salón unos momentos, sin aliento. Entonces decidió ir a por el rifle que tenía en el armario de su dormitorio. Tenía que ir a cogerlo en seguida, antes de que echasen la puerta abajo.

Cruzó la entrada camino del dormitorio justo en el momento en que reventaban la puerta. Varias astillas salieron despedidas del marco. Leonid se volvió a mirar hacia la entrada. Tres hombres con la cara cubierta con medias negras acababan de irrumpir. Dos de ellos llevaban sendas barras de hierro, el otro llevaba una lata.

—¡Estáis todos locos! —les gritó Todshivalin—. ¡No podéis hacer esto! ¡No...!

Uno de los intrusos se abalanzó sobre él y lo golpeó con la barra en el estómago. Leonid se desplomó soltando una bocanada de aire como un acordeón encogido. Entonces empezaron a golpearlo con las barras de hierro en todas partes. Él se protegió la cara con las manos y le machacaron los dedos. Se hizo un ovillo gimiendo de dolor, llevándose las manos a la entrepierna.

Los intrusos siguieron golpeándolo sin piedad: en el cuello, en la cara. Uno de los golpes le hizo tragarse literalmente los dientes. Leonid sangraba por la nariz y por la boca. Tenía una fea herida en la mejilla.

Con los ojos bañados en lágrimas, vio que el de la lata esparcía un líquido por el suelo que llenó en seguida el salón de un fuerte olor a gasolina. El mismo tipo empezó entonces a rociar los muebles y las cortinas. Luego se acercó a Todshivalin y vertió parte de la gasolina en su batín.

—No, por favor —imploró Leonid sangrando por la boca—. Puedo daros dinero..., comida...

—¡Cállate, cabrón! —le espetó uno de ellos, y le descargó un golpe brutal bajo el mentón.

Los gemidos de Leonid ya eran casi inaudibles y los atacantes se alejaron de él. Tuvo tiempo de ver que uno de ellos le prendía fuego a un trapo con un encendedor.

—*Shliuja* —dijo el hombre a través de la media que le cubría el rostro.

Luego le lanzó el trapo en llamas encima del batín.

Leonid profirió un grito estremecedor al envolverlo las llamas. Oyó los pasos de sus asesinos, que se alejaban. Y allí quedó tendido oyendo rugir las llamas. Una humareda negra lo invadía todo. Se estaba quemando vivo. Oyó una voz y todavía tuvo fuerzas para pedir socorro a gritos. Pero reparó en que la voz era de la televisión. Pedachenko seguía con su perorata mientras a él lo devoraban las llamas. Trató de arrodillarse y llegó a incorporarse un poco. Pero volvió a caer. Olía su propia carne chamuscada y se agitaba entre atroces dolores. Lo habían matado, los muy cabrones, lo habían matado, cabrones, lo habían...

—Adelante. Siguiendo pregunta.

—Lo que yo quiero preguntarle, ministro Pedachenko, es su opinión sobre por qué se ha tardado tanto en poder acceder al trigo americano. Algunas poblaciones del este han recibido un solo camión para centenares de familias. Y donde yo vivo, en las afueras de Stari Oskol, no ha llegado nada.

—Buena pregunta, amigo mío. Como usted sabe, algunos miembros de nuestro gobierno afirman que las disensiones políticas en Estados Unidos son las que han causado la irregularidad de los envíos. Pero creo que, por lo menos, podríamos considerar otra explicación. ¿No cabe la posibilidad de que los americanos realicen un sabotaje económico y hagan que la ayuda nos llegue con cuentagotas? ¿Que se propongan dominarnos con una permanente dependencia de su ayuda? Tarde o temprano debemos preguntarnos...

Vince Scull miró el reloj de pared que tenía enfrente y apagó el televisor. Ya estaba bien. Ya había encajado bastante la insultante verborrea de Pedachenko por aquella noche. Incluso en Rusia un hombre tenía derecho a divertirse en Nochevieja. O, por lo menos, a alejarse de toda aquella mierda.

Volvió a mirar el rostro inexpresivo y redondo del reloj de pared. Eran las ocho de la tarde, o sea que aún no eran las doce del mediodía en California, donde su esposa Anna... No, se corrigió, su ex esposa Anna y sus dos hijas debían de estar haciendo los preparativos para celebrar el gran acontecimiento. Si su memoria no le era infiel, irían todos a casa de la madre de Anna en Mili Valey. Se preguntaba si debía telefonar a las niñas allí. Probablemente, estarían despiertas hasta la medianoche para recibir al nuevo año, al nuevo siglo, al nuevo milenio y quién sabe cuántos más hitos cósmicos, pensaba Scull.

Cuando en California fuese medianoche, allí serían... las siete de la mañana, ¿no?, se dijo Vince, es decir las tres de la madrugada en Nueva York, donde aún vivía su madre, que tenía ochenta y dos años pero estaba fuerte. Suponía que ella lo celebraría a su modo, viendo bajar el globo del edificio One Times Square por televisión, con un vaso de vino apoyado en el brazo de un sillón y una bandeja de pastitas de cóctel en el otro.

Scull se levantó para ponerse el abrigo. Las tres habitaciones del apartamento que le habían asignado en la estación de Kaliningrado, tres habitaciones en un edificio

que servía de residencia y de centro recreativo, y en el que se alojaban más de cien personas, eran tan pequeñas y claustrofóbicas que parecían diseñadas por un ordenador sádico. Necesitaba respirar aire fresco. Lo necesitaba imperiosamente.

Scull se subió la cremallera de la parka y fue hacia la puerta. Cuando ya iba a girar el pomo, dio media vuelta y volvió a la cocina. Pisó el pedal que abría su pequeño frigorífico. Allí estaba la botella de champán, en el estante superior. Pensaba abrirla a medianoche, pero ¿por qué esperar? Sin duda, ya debía de ser medianoche en algún lugar del mundo.

Sacó la botella, abrió la puerta del congelador, del tamaño de una caja de zapatos, y cogió la copa que había dejado allí para la ocasión. Era curioso pensar en el tiempo. Mirar a una estrella lejana y pensar que, en realidad, lo que veía uno era el aspecto que tenía desde allí la estrella hacía varios millones de años. Y viceversa, se dijo. Si un astrónomo extraterrestre, de un lejano sistema solar, viese la Tierra a través de un telescopio gigante, vería dinosaurios pasear por las selvas prehistóricas. Los humanos tenían que hacer un esfuerzo enorme para tratar de reconstruir el pasado, excavaciones en busca de fósiles, debates científicos sobre cómo vivían los monstruos antediluvianos, sobre si el *T. rex* era lento o rápido, listo o tonto. Pero, Mork *el Astrónomo*, desde el espacio, sabría la verdad con sólo echar un vistazo. Para él, aquel día era la Nochevieja del año 2000 de hacía un millón de años.

Y, en cierto modo, resulta aún más sorprendente pensar hacia adelante, ¿no?, se dijo Scull. Dentro de un millón de años, cuando no quede de mí más que polvo, o puede que ni eso, un sabio de este mismo planeta podría verme salir de este mismo edificio con mi botella de champán y dar el paseo que me dispongo a dar. Dentro de un millón de años menos diez, nos vería a mí y a Anna en nuestras primeras vacaciones, un romántico crucero a las islas Caimán, que pasamos casi íntegramente en el camarote cocinando a nuestra primera hija. Y, dentro de un millón de años menos uno, Mork sería testigo del lamentable episodio en el que Anna me pilló in fraganti con otra mujer, por estúpido, imbécil e irresponsable que fui.

Scull suspiró. Tenía la cabeza como un bombo de tanto cavilar. Nunca había estado tan triste. Descorchó la botella, la tapó con la copa vuelta boca abajo y volvió a enfilarse hacia la puerta.

Su apartamento estaba en la planta baja del edificio. Al salir miró hacia las tres antenas esféricas del complejo, que recibían la señal de los satélites. En lo alto de las plataformas de cemento, a unos trescientos metros de allí, la disposición poliédrica de los paneles metálicos les daba el aspecto de enormes gemas talladas.

Sin ninguna razón concreta echó a caminar hacia allí. El aire era frío y cortante. El suelo estaba cubierto de una fina capa de nieve helada. Un tramo de carretera asfaltada cruzaba, de este a oeste, el bosque que ceñía tres de los lados del recinto. Las ramas de los árboles, desnudas y recubiertas de hielo, brillaban como delicado cristal soplado bajo la clara noche de invierno.

Scull se detuvo a mitad de camino entre la residencia y el grupo de antenas

escuchando el silencio. Por detrás se veían luces en casi todas las ventanas, luces que proyectaban una retícula de sombras en la blanca superficie. Casi todo el personal debía de estar en la fiesta que dos de los técnicos, Arthur y Elaine Steiner, habían organizado en una de las dependencias más grandes. Los demás lo celebrarían en la intimidad de sus habitaciones. Y, mientras tanto, Anna y sus hijas estaban a miles de kilómetros de allí.

Vince Scull cogió la copa, se sirvió hasta la mitad y dejó la botella en el suelo. Después siguió allí de pie un rato, pese a que el viento hería sus mejillas, pensando en un brindis apropiado.

—¡Porque mis vicios se extingan antes que yo! —dijo al fin llevándose la copa a los labios.

San José, California, 31 de diciembre de 1999

GORDIAN levantó el pie del freno lo justo para que los neumáticos de su Mercedes SL diesen un giro completo. Luego volvió a frenar y frunció el entrecejo con impaciencia. Decir que iba a 20 kilómetros por hora en la caravana habría sido exagerar. Iba a menos. Flanqueado por dos enormes camiones en el carril central de la Interestatal-280, se sentía como un pececillo atrapado entre dos ballenas varadas.

Miró el reloj del salpicadero. Eran casi las 20.00.

¡Mierda!

Metió la mano en el bolsillo izquierdo de su chaqueta de estilo informal y sacó el móvil. Pulsó el botón de marcado automático del número de teléfono de su casa.

—¿Sí? —contestó su esposa a la primera llamada.

—Hola, Ashley, soy yo.

—¿Dónde estás, Roger? ¿Qué es todo ese follón que se oye de fondo?

—Voy de camino a casa —contestó él—. Es el ruido del tráfico.

Ella guardó silencio. Gordian ya se lo esperaba, pero tampoco él habló.

—Me alegro de ver que no llevas las cosas demasiado lejos —dijo ella al fin en tono sarcástico.

Gordian pensó que se lo merecía. A través del parabrisas, vio un perrito blanco que parecía llevar antifaz negro. Lo miraba por la ventanilla de atrás de un Cherokee.

—Escucha, Ashley, siempre hago el mismo camino. Y si llego a saber que el tráfico estaba como está...

—¿Qué esperabas en Nochevieja? —exclamó ella—. Supongo que no hará falta que te recuerde que tenemos mesa reservada para las nueve, ¿verdad?

—Llamaré al restaurante, a ver si nos pueden pasar la reserva a las diez —dijo él, consciente de lo estúpida que era su proposición, pues, tal como su esposa acababa de señalar, era Nochevieja.

Y en el Trader Vic's estaría todo reservado.

Gordian aguardó a la respuesta. La caravana seguía al mismo ritmo, por llamarlo de alguna manera. El perro del Cherokee tenía el morro pegado al cristal y seguía mirándolo.

—No te preocupes —dijo ella en un tono que pasó del sarcasmo a la ira—. Estoy aquí plantada con mi precioso vestido. ¡Maldita sea! ¡Me diste tu palabra de que llegarías a tiempo!

A Gordian se le hizo un nudo en el estómago. Se enfureció porque no sólo le había dado su palabra sino que había querido cumplirla. Sin embargo, como la mayoría de su personal había salido temprano para preparar la fiesta, él había

decidido quedarse a poner al día el papeleo, aprovechando que por una vez nadie lo iba a interrumpir. Pensó que, si salía del despacho a las seis y media, podía llegar a casa al cabo de una hora. Debió pensar cómo estaría el tráfico en un día como aquél.

—Lo siento, cariño. Tenía que terminar unas cosas...

—Ya. Como siempre. Todo antes que pensar en nosotros —le reprochó ella exasperada—. No voy a discutir esto contigo por teléfono, Roger. No me interesa el papel de esposa incordiante. Además, ya me lo sé de otras veces.

Gordian no sabía qué decir. Los largos silencios de Ashley se le metían en el oído como chillidos estridentes. Ella llevaba varios meses hablándole de separarse, y él nunca había sabido qué decirle. Salvo asegurarle que la amaba, que no quería que lo dejase, y que le sorprendía que creyese que las cosas estaban tan mal entre ellos, que no le cabía en la cabeza que hubiese siquiera considerado la posibilidad de dejarlo.

El tráfico pareció hacerse más fluido por unos momentos. Empezó a notarse por el carril rápido, donde uno de los camiones que lo flanqueaba aceleró. Luego también el Cherokee aceleró y Gordian hizo lo propio.

Pero fue un espejismo. Apenas hubo avanzado la longitud de un coche cuando las luces rojas del Jeep se encendieron. Tuvo que volver a frenar.

—No creo que esté en casa cuando llegues —dijo Ashley.

—Cariño...

—No, Roger —dijo ella—. No. No me vengas ahora con ésas.

El nudo que Gordian tenía en el estómago se agrandaba por momentos. Notaba por el tono de voz de Ashley que no habría más discusión. Se había cerrado en banda.

—Necesito respirar —dijo ella—. No haríamos sino agravar las cosas si nos viésemos esta noche.

—¿Dónde vas a estar?

—Todavía no lo sé. Te llamaré luego y te lo diré.

Y le colgó.

Clic.

Gordian siguió con el teléfono pegado a la oreja durante casi un minuto antes de volver a guardárselo en el bolsillo. Recostó la cabeza en el respaldo, se pasó la mano izquierda por la frente y dejó escapar un hondo suspiro.

Ya no merece la pena preocuparse por llegar pronto a casa, pensó.

El perrito del Cherokee ladraba y meneaba la cola. O por lo menos daba la impresión de ladrar, ya que con los dos cristales que se interponían entre ellos y el ruido del tráfico no podía oírlo.

Gordian le hizo señas al perro, que meneó entonces la cola con más garbo.

—Feliz año nuevo —dijo Gordian.

Nueva York, 31 de diciembre de 1999

23.40 H.

EN una de las plantas superiores de un estilizado edificio de acero y cristal destinado a oficinas, situado en la calle Cuarenta y cuatro esquina Broadway, un grupo de ejecutivos de la multinacional alemana de revistas ilustradas Fuchs Inc. se había congregado frente a los ventanales, que llegaban del suelo al techo, para presenciar el espectáculo. Con gran antelación a su visita, el espacio destinado a oficinas, utilizado por el personal de la delegación americana, se había convertido en comedor-observatorio, con mullidos sillones, grandes catalejos, bar y bufet complementado con el ir y venir de los camareros que ofrecían todo tipo de manjares. También antes de la llegada de los ejecutivos, se había repartido un escrito a los empleados donde se les daban instrucciones para que, el día de Nochevieja, saliesen del edificio temprano. Sólo los altos cargos de la delegación americana y los altos cargos alemanes de la multinacional podrían ver el espectáculo desde el privilegiado mirador.

23.43 H.

Una enorme tribuna cruzaba el centro de Times Square y llegaba desde la calle Cuarenta y dos hasta casi la Cuarenta y tres. La caseta que hacía las funciones de centro de reclutamiento militar y los bancos de la plaza habían sido desmontados por el personal de la Comisión Organizadora del Año Nuevo 2000 creada por el alcalde. Éste ocupaba un lugar preferente en la tribuna, junto a otros cargos públicos, con sus familias, amigos, personalidades políticas y toda una *troupe* de figuras del espectáculo. Se dirigían a la multitud con breves parlamentos, saludaban, gritaban ¡*I love New York!*, sonreían a los objetivos de las cámaras, y animaban a la gente a pasarlo bien pero por favor, por favor... por favor sin enfadarse si alguien les clavaba el codo en las costillas o le plantaba la mano a la novia en el trasero. En el lado norte de la plaza, la pantalla gigante de la Panasonic, que había sustituido a la de Sony en 1996 y había sido conectada a la red de la NBC poco después, proyectaba enormes imágenes de todos los que ocupaban la tribuna, en una superficie de unos doscientos setenta metros cuadrados de pixels, para que todos los congregados en Times Square disfrutasen de su carismática presencia.

Sentado junto a su esposa y a su hija en la tribuna, donde un célebre humorista neoyorquino prodigaba sus gracias ante el micrófono, el jefe superior de policía Bill Harrison se sentía como un trozo de carne fría en una *fondue* improvisada. De un

momento a otro, la aguja del reloj lo ensartaría y lo sumergiría en el hervidero, ante la ávida multitud que aguardaba impaciente a que empezase el festín.

Miraba en derredor con expresión escéptica. No confiaba demasiado en las medidas adoptadas para garantizar la seguridad de los peces gordos del escaparate, además de la seguridad de su esposa y de su hija, claro está, que se habían empeñado en acompañarlo a aquel pandemónium pese a sus enérgicas protestas. Allí estaba el Ayuntamiento en pleno, y suficientes estrellas del espectáculo como para llenar una semana de programación de «Entertainment Tonight». A pesar de los escudos antibalas transparentes que protegían a todos los que se acercaban a los micrófonos, a pesar del enjambre de policías de uniforme, agentes de paisano, guardaespaldas privados que rodeaban la tribuna, policía montada, los perros que olían las bombas y geos apostados en los tejados de los edificios cercanos vigilando la zona, a pesar de toda la propaganda que se había hecho sobre la Operación 2000, algo podía escapárseles. Con una docena de calles que iban a desembocar allí y con tantas estaciones de metro en las inmediaciones, era imposible garantizar la seguridad al ciento por ciento.

El jefe superior seguía atento a todo lo que podía abarcar con la mirada. Sus ojos se posaron brevemente en el camión 1 de la Unidad de Servicios de Emergencia, aparcado junto a la tribuna, en la calle Cuarenta y dos. Además de estar atestado de equipos de salvamento, el enorme vehículo llevaba un verdadero arsenal: desde revólveres a subfusiles ametralladores M16 y lanzagranadas. Detrás había dos furgones más pequeños, con sendas dotaciones policiales de emergencia, una furgoneta de vigilancia y un coche de bomberos.

Harrison sentía cierto alivio al pensar que los agentes de élite de la Unidad de Servicios de Emergencia estaban preparados para afrontar cualquier situación crítica. Si ocurría alguna desgracia, reaccionarían con celeridad y eficacia. Pero una cosa era reaccionar y otra prevenir, y lo ocurrido tiempo atrás en Oklahoma se cernía agoraramente en sus pensamientos aquella noche, al recordarle que bastó un segundo para que muriesen cientos de personas inocentes.

—¿Es ése Dick Clark? —preguntó Rosetta señalando hacia un grupo que estaba al pie de la tribuna—. El que está entre esos cámaras de televisión.

Harrison se inclinó hacia adelante y estiró el cuello.

—Me parece que no —contestó Bill—. Ése parece bastante mayor.

—Nunca se sabe, Bill. Debe de tener ya unos setenta.

—Dick Clark se plantó en los treinta —dijo él—. A diferencia de tu avejentado esposo, que está ya hecho polvo y que se va a quedar como un leño en cuanto ponga la cabeza en la almohada esta noche.

—¿De veras?

—Mis tiempos de noctámbulo pasaron a mejor vida, cariño.

Rosetta sonrió, puso la mano en su muslo y la dejó allí. Siempre que lo miraba de cintura para abajo, se le ponía un nudo en la garganta y se le aceleraba el pulso.

Y aquélla no era una excepción.

La miró sorprendido, conteniendo el aliento.

—Como te he dicho, Bill, nunca se sabe —dijo ella en tono malicioso.

23.45 H.

—Dos pastas de chocolate.

El vendedor se tocó la perilla y negó con la cabeza.

—¿Y de crema?

—Se han terminado —repuso el vendedor mirando el reloj.

Des Sanford miró a su amigo Jamal, que le devolvió la mirada y se encogió de hombros. Ambos adolescentes llevaban gruesos jerséis con capucha y sendos gorros de punto hasta las orejas. Les extrañó que aquel tipo blanco que podía forrarse aquella noche no tuviese nada que vender. Hacía un momento se habían fumado un porro, se habían agenciado una botella de whisky y habían enfilado hacia el tenderete pensando en comer algo. O tomarse un par de cafés para calentarse, pues hacía un frío que pelaba.

Des se frotó las manos. ¿Por qué coño no se celebraba la Nochevieja en julio?

—No iré a decirme que no le queda nada de nada, ¿verdad? —dijo el joven Sanford—. Algo le quedará...

—Lo he vendido todo —les respondió el vendedor a los jóvenes mirando de nuevo el reloj.

Des metió un dedo bajo el gorro y se rascó la frente. Por más años que viviese nunca entendería a los blancos, tanto si eran del Bronx como si tenían acento extranjero como aquél. Con el mogollón de gente que tenía en la otra esquina de la calle Cuarenta y dos, justo bajo el edificio de la pantalla gigante, justo donde bajaría el globo de un momento a otro, y aquel tipo no hacía más que mirar el reloj, como si tuviese algo mejor que hacer que vender, diciendo que no tenía esto ni lo otro.

Des se inclinó hacia adelante y leyó el nombre de la licencia del vendedor.

—Bueno, Julius, díganos qué tiene entonces.

El vendedor señaló vagamente hacia un estante en el que había unas cuantas pastas corrientes.

Des resopló con expresión de contrariedad. Las pastas no sólo tenían aspecto de estar pasadas sino que parecían de fábrica.

—Para comer eso, lo compramos en un bar —dijo el joven—. Lleva usted un cartel bien visible que dice: «Pastas recién hechas.» ¿Cómo no va a tener nada más si aún no es medianoche?

El vendedor fulminó a Des con sus penetrantes ojos azules y metió la mano bajo el mostrador.

Des volvió a mirar a Jamal perplejo, preguntándose si se habría pasado con aquel tipo, que a lo mejor era uno de esos que odiaba a los negros. Quizá tuviera una pistola

en el bolsillo del delantal por si alguno se metía con él. Jamal se estaba preguntando lo mismo. Iba a sugerirle a su amigo que se marchasen cuando el vendedor sacó una bolsa grande de papel marrón.

—Tomad —dijo el vendedor, y metió las pastas que tenía en el estante en la bolsa, la cerró y se la tendió a Des—. Es gratis.

Des lo miró titubeando.

—¿Está seguro?

El vendedor asintió con la cabeza y alargó la mano con la bolsa plantándosela a Des en el pecho.

—Tómalos —insistió el vendedor—, antes de que me arrepienta.

Des aceptó las pastas. Estaba seguro de que si no las aceptaba, aquel tipo era capaz de dejar caer la bolsa en la acera.

—Bueno, pues gracias —dijo el joven, y ladeó el cuerpo y alzó la vista hacia la pantalla gigante de la Panasonic.

En aquellos momentos se veía un primer plano del alcalde, que se dirigía a la multitud desde la tribuna «calentando» la cuenta atrás, diciendo todo tipo de bobadas acerca de que la ciudad de Nueva York era un ejemplo para el mundo, que se habían congregado millones de personas en Times Square, que todo el mundo se divertía, confraternizando en paz, unidos y hermanados y, por favor, si beben, no conduzcan. Ni una palabra en su discurso acerca de los pobres chicos que querían pastas y se habían quedado sin ellas. Pero, bueno, aquello era una fiesta. Por debajo de la cara del alcalde se veía el tiempo desgranarse en números rojos brillantes. Eran las 23.50 h. Sólo faltaban diez minutos para que llegase el gran siglo XXI.

Des tenía que reconocerlo: estaba entusiasmado.

—Vamos, acerquémonos más. Quiero ver bien el globo cuando baje —dijo mirando a Jamal.

Su amigo asintió con la cabeza y le dirigió al vendedor, de mala gana, una leve inclinación de cabeza a modo de agradecimiento por el regalo. Luego se alejaron.

El vendedor los siguió con la mirada y vio que empujaban sin querer a una mujer, que llevaba un abrigo negro de piel y una boina, se detenían un instante para excusarse mirándola de arriba abajo y desaparecían entre la multitud.

—Divertios —musitó el vendedor.

23.47 H.

Gilea se acercó al tenderete de las pastas y miró a Ajad.

—¿No le queda nada? —le preguntó.

—Ya iba a cerrar —contestó él.

—Lástima —dijo Gilea.

—Debe de haber más tenderetes, y a lo mejor tienen pastas —dijo él.

—Sí, he visto varios.

—Pues, entonces, no hay problema —dijo él.

—No, no hay problema —asintió ella, y metió las manos en los bolsillos.

En el derecho llevaba un radiotransmisor, casi del mismo tamaño y forma que un lápiz de labios, idéntico al que llevaba Ajad, aunque con aspecto de aerosol defensivo. Un giro completo del capuchón, en el sentido de las agujas del reloj, transmitiría una señal de frecuencia codificada a un receptor-detonador, colocado en el tenderete, que haría explotar los bloques de goma-2 embutidos entre finas láminas de aluminio que lo recubrían por entero. Bloques individuales del mismo explosivo plástico, con un peso total de casi 50 kilos atestaban los compartimentos que normalmente contenían los ingredientes para las pastas. Además de la goma-2, en los compartimentos había miles de clavos y cojinetes de acero. Disparados en todas direcciones por la explosión, barrerían la zona en centenas de metros a la redonda, multiplicando la fuerza destructiva de la explosión, que rasgaría los cuerpos como si fuesen de papel. Aunque en cada compartimento habían instalado un detonador electrónico, todos los cables confluían en el mismo circuito, de manera que la ignición de las cargas y el disparo de los mortales proyectiles serían simultáneos.

Y eso no sería más que el principio.

Gilea miró el reloj que llevaba en la mano derecha; en la izquierda, metida aún en el bolsillo, tenía el transmisor.

—Ya son casi las doce —dijo mirando a Ajad a los ojos—. Gracias por su ayuda.

—De nada —dijo él—. Buenas noches.

Gilea le sonrió, dio media vuelta y avanzó hacia el lado sur de la manzana.

Ajad respiró hondo y miró su reloj. Él se alejaría del tenderete dentro de dos minutos exactamente, pero le parecía una eternidad.

Quería estar lo más lejos posible cuando la zona se convirtiese en un mar de llamas.

23.48 H.

—... en directo desde Times Square, donde el canal Fox ha destacado a Taylor Sands, que lleva toda la noche en el corazón del acontecimiento. ¿Qué tal por ahí, Taylor?

—Hace muchísimo frío, Jessica, pero eso no ha impedido que la multitud congregada en el distrito esté exultante y, por decirlo con palabras de la letra de una canción de Buster Poindexter, están «muy, muy calientes». Hace unos momentos, un representante del Departamento de Policía me ha dicho que el número de personas congregadas ha superado todas las previsiones. Puede que pasen de tres millones y, por supuesto, desde donde me encuentro es prácticamente imposible ver un centímetro cuadrado, ni en las calzadas ni en las aceras, que no esté ocupado. Pero todos parecen pasarlo en grande y hasta el momento sólo se han producido incidentes menores.

—Taylor, el alcalde parece...

—Perdona, Jessica, no te he oído. ¿Me lo repites? Como probablemente oigáis, la gente ha sacado ya toda la parafernalia sonora y me es muy difícil oírte...

—Te decía que parece que el alcalde está muy en el papel de maestro de ceremonias.

—En efecto. Le ha dirigido unas palabras a la multitud antes de empezar la cuenta atrás para recibir el nuevo siglo y, hace unos momentos, se ha puesto un sombrero de papel rojo y oro con serpentinas. Se rumorea que lo acompañará en el escenario el legendario músico y letrista Rob Zyman, cuya canción *The World's A'Gonna Change* se convirtió en el himno de toda una generación y que, como sabéis, ascendió al estrellato a dos pasos de aquí, en las calles del Greenwich Village. También se espera que suba al escenario junto a Zyman su colaborador Joleen Reese. ¡La noche promete ser extraordinaria!

—Sin duda, Taylor. Gracias. Haremos una breve pausa para la publicidad, y volveremos ya sin interrupción para darle la bienvenida al año 2000, dentro de... exactamente sesenta segundos.

23.50 H.

Sadov llegó al final del pasillo alicatado de la estación IND situada entre la calle Cincuenta y el Centro Rockefeller.

Subió las escaleras al exterior tranquilamente, sin prisa por llegar a su destino. Había cogido el metro hacía quince minutos y había hecho tiempo en un banco del andén, como si aguardase a enlazar con otra línea, hasta que consideró que era el momento oportuno. Podía haber cogido una línea que lo dejase más cerca de Times Square, pero Gilea le dijo que por allí las medidas de seguridad serían más estrictas y que no había por qué correr riesgos innecesarios.

Vio una franja de cielo entre los tejados, más allá de la salida de la escalera. Nada más llegar a la calle notó el aire gélido en la cara. Incluso desde allí, a dos largas manzanas de la plaza, oía los gritos de júbilo y las risas, un torrente de voces humanas que se desbordaba entre los rascacielos. Al llegar a la Sexta Avenida, giró hacia el norte y continuó a paso normal. Su chaqueta de cuero crujió ligeramente al ajustarse el tirante de la bolsa de deporte que llevaba colgada del hombro. Era una bolsa azul de nailon, muy corriente, pero la policía había instalado barreras de control en los cruces y era probable que parasen a todo aquel que llevase una bolsa o un paquete. Por lo tanto, Sadov pensaba aguardar antes del control de la esquina noreste, en la confluencia de la Séptima Avenida y la calle Cincuenta y tres, hasta que la primera explosión llamase la atención de la policía hacia otro lugar. Entonces se confundiría con la desbandada de gente y dejaría caer la bolsa. Al mismo tiempo, uno de los hombres de Gilea, Korut, junto a dos secuaces de Nick Roma, harían lo mismo en las otras tres esquinas de la plaza. Cada una de las cargas que contenían las bolsas

llevaba un temporizador que activaría el detonador a los diez minutos de producirse la primera explosión, cuando el caos fuese mayor.

Quienes estuvieran en la zona de la carnicería quedarían hechos pedazos. Centenares de personas, o quizá miles, resultarían heridas en el caos, aplastadas por la estampida humana. Y los gritos de los heridos y los moribundos retumbarían en las calles ensangrentadas.

Sadov enfiló en dirección oeste al llegar a la calle Cincuenta y tres y miró hacia delante. Un coche patrulla blanco y azul estaba atravesado en mitad de la calle. Unos agentes de uniforme, junto al vehículo, reían y hablaban con los brazos cruzados sobre el pecho, sin otra cosa que hacer que pensar en las horas extraordinarias que iban a cobrar.

Sadov aminoró el paso a la sombra de un edificio de oficinas y miró el reloj. Dentro de unos minutos, pensó, los agentes tendrían mucho que hacer. Fuese cual fuese el número de bajas que produjesen las explosiones, aquella noche sería recordada incluso diez siglos después, cuando el mundo volviese a celebrar la llegada de un nuevo milenio y las mentes sencillas reiterasen su aprensión milenarista y los líderes de países que aún no existían se preguntasen qué pecados podían haber provocado tan sobrecogedora ira.

23.51 H.

Cedido por la FAA, a petición personal del jefe superior del Departamento de Policía de la ciudad, un equipo de detección de explosivos había traído a dos de sus mejores perros al lugar. *Fay* se llamaba así por similitud, y en homenaje, a la FAA, cuyos agentes la cuidaban. Era una labrador negra de cinco años que había detectado maletas bomba en el aeropuerto Kennedy cuatro veces en los dos últimos años. *Hershey* era un doberman retriever que había utilizado su olfato, extraordinariamente sensible, para dar la alarma en la convención republicana el verano anterior. Evitó una catastrófica explosión al alertar al personal de seguridad de la presencia de un bloque de explosivo plástico A-3 oculto en un florero en el estrado. Pese a estar considerado el perro más inteligente del equipo, *Hershey* tenía el defecto de despistarse cuando olía chocolate.

El agente Mark Gilmore llevaba doce años en la rama civil de la FAA y trabajaba con perros desde casi la mitad de ese tiempo. Los perros le encantaban y sabían bien de lo que eran capaces, pero también era muy sensible a sus limitaciones. Y aquel servicio le había preocupado desde el principio, pura y simplemente porque creía que no era factible.

Los perros localizadores de bombas eran especialmente eficaces al rastrear espacios relativamente cerrados o, por lo menos, zonas en que las distracciones fuesen mínimas, como ocurría en las cabinas de los aviones de pasajeros, departamentos de equipajes de los aeropuertos, habitaciones de hotel y, como en el

caso de la convención republicana, auditorios vacíos. Cuanto mayores fuesen las distracciones, mayores eran las probabilidades de que se equivocasen o, simplemente, de que se despistasen. Los grandes espacios abiertos con mucha animación disminuían su capacidad para concentrarse en los exiguos rastros de sustancias explosivas que pudiese haber. En una noche normal, Times Square ya era un lugar poco adecuado para que rastreasen los perros. Y aquella noche, que parecía un híbrido de Jueves Lardero y de *mosh pit* (las sesiones de rock heavy metal que, más que baile, eran puro «contorsionismo estrujado», y que tan de moda estuvieron en los ochenta), sería una avasalladora, febril y estruendosa selva de imágenes, sonidos y olores.

El movimiento básico era una dificultad añadida. A primeras horas de aquella noche, cuando había mucha menos gente, los perros aún tenían un poco de espacio para moverse, pero en aquel momento el bosque de piernas era impenetrable y empezaban a inquietarse. Esto significaba que había que llevarlos con poca traílla y limitar su campo de acción a los sectores acordonados, como el de la zona restringida de la tribuna reservada a los *vips*.

Gilmore tenía el problema adicional de asegurarse de que los excitados animales no se deshidratasen, porque eso no sólo podía producirles un *shock* sino incluso matarlos en cuestión de minutos si el *shock* era muy fuerte. Con 65 kilos de peso cada uno, necesitaban beber mucho para evitar que su acelerado metabolismo canino se recalentase. Consciente de ello, Gilmore había traído varias garrafas de agua mineral de cinco litros en el furgón del equipo detector de bombas, aparcado frente al edificio One Times Square, y los jadeantes perros habían tirado de él hacia allí dos veces en la última hora.

El agente estaba junto al escenario, viendo a Rob Zyman y a Joleen Reese ocupar sus asientos junto al alcalde, cuando notó que *Fay* volvía a tirar de la traílla. Esto lo molestó porque, faltando tan poco para la cuenta atrás, quería estar cerca del inagotable hervidero humano por una razón que tenía que reconocer que no era del todo profesional. Gilmore era un fan de Zyman desde que su hermano mayor llegó un día a casa con su primer álbum, «Big City Ramble», a finales de los años sesenta y, como las apariciones en público de Zyman eran cada vez menos y más espaciadas, pensaba que quizá aquélla fuese su última oportunidad de verlo actuar antes de que se colgase al hombro su desvencijada guitarra Gibson y se alejase por el camino solitario. Aunque sólo cantase un par de estrofas de *Auld Lang Syne*, con su voz ronca, tan célebre como parodiada, Gilmore pensaba que sería un acontecimiento digno de ver.

Pero *Fay* empezó a jadear y a tirar indicándole de manera inequívoca que necesitaba llenar el radiador.

Gilmore se dirigió hacia el furgón con los perros tirando de él, con menos de un palmo de traílla, sin rebasar la franja despejada bajo el escenario. *Fay* llevaba un palmo de lengua fuera; *Hershey*, en cambio, estaba más por la labor. Iba con la

cabeza gacha, olfateando a derecha e izquierda, comportándose como si acompañase a su compañera por pura caballerosidad canina.

De pronto, a unos diez metros de donde estaba aparcado el furgón, *Hershey* se detuvo en seco y giró a la izquierda, hacia la multitud, gimiendo y ladrando, con sus afiladas orejas tiesas. Gilmore lo miró perplejo, el perro estaba frenético. Y aún le extrañó más que *Fay* ladrase también furiosa, tirando en la misma dirección que *Hershey*, como si se hubiese olvidado milagrosamente de que estaba sedienta.

Cada vez más inquieto, Gilmore soltó unos centímetros más de traílla. Los perros empezaron a tirar hacia la izquierda con más fuerza, casi haciéndolo tropezar con la barrera de un control policial. Les ordenó seguirlo y pasaron entre dos barreras policiales, mirando escrutadoramente a la multitud.

Pero todo lo que veía era gente. Miles y miles de personas, tan hacinadas que parecían formar un solo y amorfo organismo. La mayoría miraba hacia el escenario o hacia la pantalla gigante de la Panasonic, impaciente por el comienzo de la cuenta atrás. Faltaban menos de diez minutos.

Y entonces Gilmore vio el tenderete del vendedor a unos tres metros de donde él se encontraba, en la esquina de la calle Cuarenta y dos, con un letrero pintado que decía PASTAS RECIÉN HECHAS. No le habría prestado más atención de no ser por dos detalles curiosos: los estantes estaban vacíos y el vendedor acababa de salir por la puerta lateral como si tuviera prisa.

Gilmore observó a *Fay* y a *Hershey*, que miraban fijamente al tenderete con el pelo erizado.

Gilmore se alarmó. No demasiado en un primer momento, porque pensó que era muy posible que *Hershey* no hubiese olido nada más letal que restos de una pasta de chocolate, y que *Fay*, simplemente, se hubiese dejado llevar por la avidez de su goloso compañero. Pero se alarmó lo bastante como para no pasar de largo sin investigar.

Dejó que *Fay* y *Hershey* tirasen de él de nuevo. Se abalanzaron hacia el tenderete como misiles teledirigidos, gruñendo, echando chispas por los ojos. Intimidado por el tamaño y agitación de los perros, el mar de jueguistas les hizo un pasillo.

Cuando estaba a un metro del tenderete, el vendedor se detuvo.

—Perdone —dijo Gilmore mirándolo con fijeza; los perros tiraban de la traílla con tal fuerza que temió que le arrancasen los brazos—. ¿Le importaría apartarse a un lado un momento? Me gustaría echarle un vistazo a su tenderete.

El vendedor lo miró fijamente.

—¿Por qué?

—Rutina —repuso Gilmore.

Ajad no se movió y se quedó mirando alternativamente a los perros y a Gilmore. El policía reparó en un tenue brillo de sudor en las mejillas del vendedor.

—Estoy ocupado recogiendo —dijo el vendedor humedeciéndose el labio inferior—. No sé qué quiere de mí.

—Señor —dijo Gilmore, más alarmado aún—, me temo que va a tener que quitarse de en medio.

Ajad siguió sin moverse. Tragó saliva dos veces y metió la mano izquierda en el bolsillo de la chaqueta.

—¡Anda y que te jodan, americano de mierda! —exclamó.

Sacó un objeto cilíndrico del bolsillo e hizo girar uno de los extremos con la mano izquierda.

Gilmore fue a desenfundar la pistola pero no le dio tiempo ni a llevar la mano a la pistolera.

Teniendo en cuenta lo que sucedió después, no habría servido de nada.

23.55 H.

El agente que se encontraba en la furgoneta de la Brigada de Servicios de Emergencia tuvo tiempo suficiente para notar un bip en su equipo de control, una especie de transmisión de baja frecuencia en la banda de los 30 a los 50 megahertzios, más débil que el sonido de un móvil o de un busca, pero mucho más fuerte que la que podría haber captado procedente de un mando electrónico para abrir los coches que muchos automovilistas utilizaban a modo de llave de seguridad.

El agente miró a su compañero, que estaba sentado en un taburete a su lado, pensando que el bip que había captado era lo bastante inusual como para comentárselo.

—¿Qué te parece que puede ser. Gene, ese...?

El estruendo del estallido ahogó el resto de la frase a la vez que la furgoneta, su dotación y todo lo que había dentro quedaba desintegrado por una incontenible ola de fuego.

23.55 H.

Gilea estaba en la esquina de la Sexta Avenida y la calle Cuarenta y dos. Había estado aguardando toda la noche con el detonador en la mano cuando la explosión llenó el cielo de un insólito resplandor. Luego le llegó el estruendo que atronó en sus oídos y la hizo estremecerse y temblar como temblaba el suelo. Las alarmas de los coches y de los edificios empezaron a aullar por todas partes, los cristales de las ventanas de los edificios de oficinas de la avenida saltaron hechos añicos.

Ajad, pensó. Le latía el corazón acaloradamente y el sabor metálico de la adrenalina llenaba su boca.

Sin aliento, de puro júbilo, Gilea se apoyó en la pared para no perder el equilibrio mirando hacia Times Square. Sus ojos reflejaban los destellos anaranjados de la montaña de llamas que se elevaba frente a ella.

—Espléndido —musitó—. Es espléndido, Dios mío.

San José, California, 31 de diciembre de 1999

EN Nueva York eran las doce y cinco. Allá donde las cámaras de televisión habían mostrado breves planos de las distintas escenas de la ruidosa celebración en Times Square, se veía ahora una masa de llamas anaranjadas, respunteada por llamas más pequeñas que, vistas desde arriba, parecían cerillas encendidas sobre una oscura superficie.

Cerillas, pensó Roger Gordian. Ojalá fuesen sólo cerillas.

Estaba lívido, horrorizado sin poder dar crédito a lo que veía. Tenía la mano crispada sobre el brazo del sofá y le temblaban los dedos. La copa de Courvoisier que se le había caído de la mano seguía volcada en el suelo. En la alfombra se había formado una mancha purpúrea. Pero se había desentendido de la alfombra, desentendido del hecho de haber dejado caer la copa, desentendido de todo lo que no fuese la tragedia que tenía lugar ante sus ojos.

Las doce y cinco.

Hacía diez minutos, millones de personas de todo el mundo se disponían a saludar al nuevo siglo como si estuviesen en el andén de una estación de ferrocarril para ver llegar al circo a la ciudad. Pero, en lugar de ello, algo que tenía mucha más semejanza con el Apocalipsis había irrumpido por la vía. Y, de un modo un tanto extraño, en los instantes posteriores a la explosión, Gordian se había resistido a la realidad de lo que ocurría, tratando de desechar aquella intrusión, de creer que era un error, que algún técnico del canal de televisión había pulsado por equivocación un botón que había disparado la proyección de una película catastrofista en lugar de seguir emitiendo desde Times Square.

Pero no era de los que escondían la cabeza debajo del ala durante mucho tiempo, sobre todo ante algo evidente.

Se levantó estupefacto y permaneció inmóvil, sujetándose en el respaldo del sofá para no perder el equilibrio, con la sensación de que el suelo del salón se inclinaba bajo sus pies. Y, sin embargo, mientras miraba al televisor, pese al *shock*, parte de su mente mantenía su capacidad de análisis e interpretaba automáticamente las imágenes que veía en la pantalla, ajustaba la escala, calculaba la magnitud del desastre. Era una habilidad, quizá algunos lo considerasen un defecto, que adquirió en Vietnam, como la caja negra a bordo de un avión: un mecanismo interno de observación que, aunque el resto de su ser estuviese emocionalmente paralizado, seguía funcionando.

Las llamas de la parte inferior izquierda parecen de un edificio. Grande. Y, por encima, ese rodal brillante en forma de lágrima, es una llama de elevadísima temperatura que refleja mucha luz. Probablemente sea gasolina inflamada y metal...

un coche en llamas, tal vez. No, no es un coche. Parece más bien un camión o una furgoneta. Quizá un autobús.

Gordian respiró hondo. Le temblaban los labios y estaba seguro de que si se movía, tropezaría. Allí de pie frente a la pantalla que reflejaba la espantosa vista de Times Square, mientras el presentador farfullaba fragmentarias informaciones acerca de lo que había ocurrido, recordó Vietnam, recordó los bombardeos, recordó las llamas que respunteaban la selva como furiosos furúnculos. Tanto si se la jugaba frente a un misil ruso tierra-aire como si miraba hacia un bunker del Vietcong sobre el que acababa de caer una bomba de 250 kilos, sabía interpretar los vestigios de una escaramuza aérea como señales de éxito, fracaso o peligro. No imaginaba que esa habilidad fuese a serle nunca útil en la vida civil y en aquellos momentos habría dado cualquier cosa por estar equivocado.

Los puntitos son cascotes. Y esa zona moteada, negra y roja, desde donde se eleva la humareda más densa tiene que ser un socavón, probablemente el centro de la explosión.

Gordian se impuso concentrarse en la información de la CNN. La voz de la presentadora llegaba débil y como ausente, aunque sabía que tenía el volumen del televisor muy alto, lo bastante como para que se oyese desde otras habitaciones. Pero estaba solo. Echaba de menos a Ashley. Había seguido la transmisión de la fiesta de Times Square desde su despacho, se había servido un coñac y había oído lo que había oído con toda claridad.

Ashley, pensó. Lo había llamado a las diez para decirle que estaba con su hermana en San Francisco y, por un momento, pensó en llamarla allí. Pero ¿qué le iba a decir? ¿Que no quería estar solo en un momento como aquél? Teniendo en cuenta la poca atención que le había dedicado últimamente, su necesidad parecía egoísta, e injusta.

Concéntrate en la periodista. No debes perderte nada de lo que diga.

—... vuelvo a recordarles que lo que están viendo son tomas en directo desde lo alto del edificio Morgan Stanley, en la calle Cuarenta y cinco esquina Broadway. Me indican que la cadena ABC, que ha estado emitiendo desde ese emplazamiento, le ha dado permiso al resto de los medios informativos para que utilicen sus cámaras hasta que puedan restablecerse otras transmisiones desde la zona. No llegan imágenes desde Times Square a nivel de la calle... lo que haya ocurrido ha dañado los equipos móviles... y, aunque todavía no se ha confirmado que la explosión haya sido causada por una bomba, queremos advertirles de que no hay la menor evidencia de que se trate de un ingenio nuclear, como ha afirmado un comentarista de otra cadena. La Casa Blanca ha anunciado que el presidente hará una declaración antes de una hora...

Gordian sintió como si un gélido dedo recorriera su espina dorsal al recordar una frase que él no había utilizado, ni oído utilizar a nadie, en muchos años: «Ya está el Spooky en faena.» De nuevo era otro recuerdo de Vietnam. Los Spookies eran aparatos AC-47 dotados de ametralladoras de 7,62 mm que acribillaban las

posiciones enemigas en plena noche. Formaban cortinas de fuego a razón de seis mil disparos por minuto, y uno de cada tres o cuatro proyectiles era una bala trazadora. Mientras que las tropas americanas de tierra, que se encontraban a prudente distancia, se sentían protegidas por el sólido muro de fuego vertido por el inadvertido aparato, el pobre soldadito que estaba agazapado en las trincheras cercanas sentía terror ante aquellas salidas. Le parecía que los cielos desataban toda su ira. Como si no hubiese seguridad en ninguna parte.

—... a ver, sólo un momento —dijo la presentadora ajustándose el auricular—. Oigo que el gobernador de Nueva York ha decretado el toque de queda en la ciudad, que será impuesto con todo rigor por la policía así como por unidades de la Guardia Nacional. Repito: el toque de queda ha entrado en vigor en los cinco distritos de Nueva York...

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Gordian—. ¡Dios mío!

Aquella noche, en América, Spooky estaba de nuevo en faena.

Nueva York, 1 de enero de 2000

EL jefe superior del Departamento de Policía, Bill Harrison, no llegó a oír la explosión que mató a su esposa. Pero recordaba otras muchas cosas del espantoso atentado, demasiadas; cosas que lo atormentarían mientras viviese.

Recordaba estar sentado junto a Rosetta en el sector de personalidades de la tribuna. Le apretaba la mano mientras con un ojo miraba al dúo de cantantes, que se habían unido al alcalde en el centro del escenario, y con el otro observaba a dos perros de la FAA, rastreadores de bombas, que estaban armando un buen alboroto a unos metros a su derecha. Recordaba el tenderete que había allí y haber pensado que, probablemente, los perros habían olido algo bastante menos letal que un explosivo, y que quizá les habían prohibido las pastas de crema y similares porque estaban a dieta. Pero de pronto reparó en la seria expresión del agente que llevaba los perros, reparó en su lenguaje corporal al hablar con el vendedor y empezó a preocuparse. Llevaba veinticinco años en la policía, había empezado patrullando las calles de la parte alta de Manhattan y conocía la cautela que mostraban los agentes al abordar a personas sospechosas.

Se mantiene a más de dos metros de ese individuo para poder vigilar sus movimientos, sus manos, pensó Harrison. Y tiene la mano derecha cerca de la pistola.

Harrison recordaría siempre cómo se le encogió el corazón al ver que el vendedor se llevaba la mano al bolsillo y el agente se disponía a desenfundar. Siempre recordaría su sensación de pánico, de que el tiempo corría mucho más de prisa de lo normal, como si rebobinasen una cinta de vídeo para mostrar una escena crítica. Luego alzó la vista hacia la pantalla Panasonic, vio que eran las 23.56 y pensó: Cuatro minutos, a punto de dar las doce, que es cuando han de sincronizarlo todo a la perfección para que no ocurra nada que los obligue a hacer bajar el globo antes de tiempo.

Siempre recordaría que ladeó la cabeza hacia Rosetta y a su hija, Tasheya, pensando en sacarlas de allí y crispó los dedos en la mano de su esposa, se levantó de la silla y tiró de ella apremiándola. Rosetta le dirigió una mirada inquisitiva y perpleja e incluso musitó: «¿Qué ocurre?» Pero, antes de que pudiera contestarle, todo se convirtió en un brillo cegador. Una ráfaga de viento abrasador lo derribó. El suelo temblaba. Cayó en un mar de luz infernal, sin soltarse de la mano de Rosie, sin soltar la mano de Rosie, sin soltarla de la mano...

Y, de pronto, el brillo que los envolvía se abrió como un telón siniestro. El calor remitió. Harrison se percató de que aún estaba en la tribuna, caído en el suelo, de costado, con la mejilla sobre un montón de escombros. Tenía la cara mojada,

pegajosa. El mundo parecía haber perdido el equilibrio, estar boca abajo. Tenía los pies más altos que la cabeza.

Había fuego y humo a su alrededor. Llovían cristales. Las sirenas aullaban en la noche y había gente por todas partes; unos, ensangrentados e inmóviles; otros corrían, gateaban, gritaban, gemían llamándose. Por todas partes.

Harrison oyó un crujido aparatoso y un estrépito metálico por encima de él. Se percató vagamente de que la parte central de la tribuna se había hundido, con ambos extremos doblados hacia abajo y hacia adentro, o así le parecía desde su neblinoso ángulo de visión. Las llamas crepitaban y asomaban entre las tablas. Tenía la sensación de estar echado en una rampa de madera y lo que, hasta hacía unos momentos, eran hileras de sillas, formaba un laberinto de líneas quebradas. Había enormes bloques de cemento esparcidos por todo el derredor. Más que Times Square aquello parecía un paisaje lunar.

Harrison vio un gigantesco hongo de fuego que se levantaba a su derecha. Brotaba de un enorme socavón semejante a un cráter, y en seguida comprendió que debía de ser el lugar donde estaba el tenderete, donde estaban aquel agente y sus perros, el lugar donde se había producido la explosión...

Pensar en la explosión hizo que su mente asomara del aturdimiento que le produjo la deflagración. Entonces reparó en algo espantoso que lo sobrecogió: aún no había pensado en Rosie ni en Tasheya.

Hasta entonces, apenas consciente de la postura en la que había caído, Harrison notó que tenía el brazo izquierdo a la espalda, y que aún sujetaba la mano de su esposa, mucho más pequeña y delicada.

—¿Rosie...? —llamó quedamente.

No hubo respuesta.

—¿Rosie?

Nada.

Harrison se sobrepuso para moverse. El estrépito de hierros retorcidos se hacía más estruendoso y continuo. Estaba tan asustado como abatido. Dejó rodar el cuerpo hacia su esposa y musitó su nombre en un puro gemido, temeroso de preguntarse por qué no le contestaba.

—Rosie, ¿estás...?

Su frase se interrumpió al verla tendida boca arriba, con un ojo cerrado y el otro mirando hacia arriba. Tenía el rostro tan cubierto de sangre y polvo que parecía una máscara del Kabuki. Estaba desgredada, con una mancha húmeda y oscura bajo la nuca. Salvo por el brazo al que a él se aferraba, estaba sepultada bajo un montón de escombros desde el cuello a la cintura.

No la veía respirar.

—Cariño, por favor, por favor..., tenemos que salir de aquí, buscar a Tasheya. Tienes que levantarte...

Rosie no se movió. Sus facciones no reflejaban ni un atisbo de vida.

Frenético, consciente en el fondo de que la había perdido, de que ningún ser humano podía sobrevivir a semejante alud de cascotes, Harrison se incorporó lo justo para apoyar una rodilla en tierra y tiró del brazo de su esposa; tiró de un modo casi salvaje, tiró del brazo atragantándose con sus sollozos y el rostro bañado en lágrimas.

El brazo asomó del todo al quinto tirón, herido por encima del codo, con el hombro casi desgarrado. Le asomaba el hueso.

Harrison la miró con los ojos desorbitados y vidriosos. Su mente se resistió durante unos segundos a aceptar lo ocurrido. Y, entonces, el jefe superior de policía empezó a gritar.

En toda explosión se produce una violenta ráfaga de aire, seguida de una rápida compresión cuando el ávido vacío devuelve el aire desplazado a su centro. Éste es el principio en el que se basan los expertos en demolición para colocar sus cargas de HMX, TNT y amonita en el interior de los edificios para hacer que se desplomen hacia adentro. Cuanto mayor sea la energía liberada inicialmente, más notable es este efecto. La succión después de la explosión de Times Square fue enorme: reventó ventanas, arrancó puertas de cuajo, derribó andamios de hierro, muros, levantó por los aires vehículos y engulló a centenares de personas en sus monstruosas fauces. Los testigos presenciales de la catástrofe compararían después el estruendo de la irrupción del aire al de un tren que se acerca a toda velocidad.

Por encima del sector de la tribuna reservada a las personalidades, en la calle Cuarenta y dos, el ruido de hierros retorcidos se hizo más fuerte por momentos porque la estructura que soportaba la enorme pantalla de la Panasonic, la Astrovision, que resultó gravemente dañada por la detonación, resultó inmediatamente después debilitada por el efecto de vacío y los soportes no resistieron.

A los pocos segundos de la explosión, la gigantesca pantalla de televisión se movió hacia adelante en lo alto del edificio One Times Square y quedó colgando como el marco de una pintura, lo que provocó una lluvia de miles de esquirlas del cristal del tubo de la pantalla y de las lámparas interiores. Los añicos de cristal cayeron como un pedrisco letal que seccionó venas y arterias, amputó miembros, abrió en canal a muchas personas, como un carnicero asesino. Antes de que se extinguiese el estruendo de la explosión, había matado a decenas de personas. En sólo unos minutos, la calzada quedó cubierta de sucios charcos de sangre que caía de la acera y formaba regueros hacia las bocas del alcantarillado, semiobstruidas por los escombros.

La tormenta de esquirlas siguió en oleadas, a medida que otros soportes de la pantalla cedían y se doblaban hacia un lado hasta formar un ángulo de casi noventa grados respecto de su plano original.

Al final, con un último y espeluznante crujido, toda la estructura de la pantalla, y lo que quedaba de ésta, se precipitó a la calzada.

En el brillante resplandor de las llamas que barrían las calles, la sombra de la descendente pantalla se extendió sobre la multitud como una gigantesca campana oscura. Atrapados por sí mismos, los hombres, las mujeres y los niños que estaban abajo no pudieron más que gritar al ver que la pantalla se precipitaba sobre ellos. Mató a muchos en el acto por el peso de la estructura de metal de diez metros de altura y sus electrónicas entrañas, e hirió a los demás con una tormenta de esquirlas, hierro, cables y cristal.

El año 2000 tenía sólo ocho minutos cuando ocurrió.

Dos minutos después, estallaba la primera bolsa explosiva dejada en las inmediaciones de la plaza.

—Policía. ¿De qué emergencia se trata? —preguntó el agente que atendía la centralita.

—Oh, gracias, Dios mío, gracias. No paraba de comunicar. Estoy en una cabina telefónica y ya creía que no iban a contestar nunca.

—¿De qué emergencia se trata, señora? —insistió el agente.

—Mi hija, sus... ojos, oh, Dios todopoderoso, ¡sus ojos...!

—¿Se refiere a una niña?

—Sí, sí, tiene sólo doce años. Mi marido y yo hemos querido que nos acompañase esta noche... pensamos..., ¡maldita sea! Perdona..., por favor..., tienen que ayudarla...

—Tranquilícese, señora. ¿Está usted en la calle Cuarenta y dos esquina a la Séptima Avenida, verdad?

—Sí, sí, ¿cómo lo sabe...?

—El ordenador indica automáticamente dónde se encuentra la persona que llama.

—¡Pues envíen a alguien, por favor! ¡Envíen a alguien en seguida!

—Señora, es muy importante que siga mis instrucciones. Sabemos lo ocurrido en Times Square. En este mismo momento van hacia allí los equipos de rescate, pero se tardará un poco en poder socorrer a todo el mundo y los agentes tendrán que proceder por prioridades. Necesito saber en qué estado se encuentra su hija...

—¿Prioridades? ¿De qué me habla?

—Señora, por favor, trate de entenderlo. Son muchísimas las personas a las que hay que socorrer...

—¿Cree que no lo sé? ¿De qué coño cree que le hablo? Le estoy hablando ¡de los ojos de mi hija! Sus ojos, Dios mío, sus ojos...

Por toda la ciudad, las sirenas de los coches de la policía y de los bomberos ensordecían los oídos con su penetrante estridencia. Por calles y autopistas, flotas de vehículos de emergencia con las luces destellantes encendidas se dirigían a toda

velocidad hacia Times Square.

Escortada por dos furgones policiales, la primera unidad de servicios de emergencia llegó al pavoroso escenario a las 0.04, e inmediatamente montó un puesto de socorro en la calle Cuarenta y cuatro esquina Broadway. Las víctimas eran evaluadas de acuerdo a la gravedad de sus heridas y la capacidad de los equipos médicos para socorrerlas con los limitados medios que tenían a su disposición. Quienes presentaban heridas y quemaduras menores eran conducidos al puesto de primeros auxilios aparcado junto al furgón de los equipos médicos. A los que estaban más graves los colocaban en camillas y cuando éstas se agotaron los colocaban en el suelo. Decenas de personas eran intubadas allí mismo con glucosa y solución salina. A muchas tuvieron que aplicarles mascarilla de oxígeno. Enyesaban miembros rotos, contenían hemorragias, administraban analgésicos a los quemados, que tenían trozos de la ropa carbonizada y la piel chamuscada. Hubo que asistir a nueve personas afectadas de paro cardíaco y aplicarles desfibriladores electrónicos; dos de ellas murieron antes de que los desbordados equipos de emergencia pudieran llegar a asistirlos.

Los muertos fueron etiquetados y alineados en dos hileras en la calle. Pero en pocos minutos se quedaron sin las bolsas negras y se vieron obligados a dejar muchos cadáveres sin cubrir.

En la esquina de Broadway dos adolescentes, chico y chica, estaban aplastados bajo una pesada viga de hierro y una montaña de cascotes, que habían caído de un edificio en obras a causa de la onda expansiva. La joven pareja estaba abrazada al producirse la explosión y sus cuerpos habían quedado atrapados y aún parcialmente entrelazados. La chica estaba muerta, con el pecho destrozado. El chico se había salvado porque la viga había caído sobre él diagonalmente, aplastándole sólo las piernas. Pero, aunque estaba consciente, se desangraba por una enorme herida en la arteria femoral.

Ignorando la amenaza que representaban para sus propias vidas las llamas y los escombros, los agentes de los equipos de salvamento de la unidad 1 trataban de sacarlo de debajo de la viga antes de que llegasen los equipos de emergencia, retirando escombros para poder instalar las bolsas neumáticas que utilizaban para levantar grandes pesos. Las bolsas, de apenas cinco centímetros de espesor cuando estaban desinfladas, fueron fácilmente insertadas entre el pavimento y la viga, y luego conectadas a un compresor de aire accionado por una palanca. El agente que la accionaba infló la bolsa hasta la máxima altura, 1,20 m, sin quitarle ojo al manómetro. Para evitar que el muchacho sufriese más daños era vital que el levantamiento fuese gradual, centímetro a centímetro.

A las 0.08 habían logrado sacar el joven de debajo de la viga y lo habían llevado en camilla, entre las exclamaciones de alivio de los miembros del equipo de rescate. Pero ni ellos ni los equipos médicos iban a tener un momento de respiro. Se oía a otra persona pedir socorro, atrapada bajo un montón de escombros en la acera de enfrente.

Mientras la policía, los equipos médicos y los bomberos porfiaban en la calle Cuarenta y cuatro por hacer su trabajo en aquellas caóticas y peligrosas condiciones, a Bakach, uno de los hombres de Nick Roma, le fue muy fácil pasar sin llamar la atención y dejar su bolsa explosiva en el suelo junto al furgón de los equipos de emergencia, y empujarla luego con el pie bajo el chasis del vehículo.

Minutos después de que hubiesen instalado el puesto de socorro frente a la entrada del bar Jason's Ring, de la calle Cuarenta y cuatro, una camarera empezó a pasarles botellas de agua mineral a los miembros de los equipos de salvamento y a las víctimas. Tenía muchas existencias en el sótano y su jefe iba subiendo cajas con espontánea generosidad.

La camarera acababa de acercarse de nuevo a la boca de la escalera del sótano, para coger otra de las cajas que subía su jefe, cuando oyó una fuerte explosión procedente de la calle. Se llevó las manos a la cabeza horrorizada al ver que el furgón de emergencia saltaba por los aires convertido en una bola de fuego. Una milésima de segundo después, humeantes cascotes penetraron como proyectiles a través del ventanal del bar haciéndolo añicos, chocando contra las paredes, contra la barra y las estanterías de las botellas como una lluvia de meteoritos. La onda expansiva levantó a la camarera del suelo a la vez que la ambulancia y todos los que estaban a su alrededor, miembros de los equipos de rescate, policía, víctimas, todos quedaban carbonizados.

Detrás de la camarera, mirando hacia la destrozada luna de la entrada, su jefe estaba de pie con el abridor en la mano sin poder dar crédito a lo que veía, diciendo que lo que veía, o lo que creía ver, tenía que ser una pesadilla.

Por desgracia no era así. Pasaría mucho tiempo antes de que ninguno de los dos pudiese dormir sin que la pavorosa escena se reprodujese una y otra vez durante el sueño.

Con el rostro tiznado y bañado en lágrimas, Bill Harrison, enloquecido, se abrió paso entre los restos de la tribuna llamando a gritos a su hija, bramando literalmente su nombre una y otra vez, tratando de localizarla destrozado por el dolor, la conmoción y la desesperación. Su mirada vidriosa reflejaba el espanto de un hombre que creyendo acabar de sufrir lo que creía el peor de los golpes se sobrecogía al pensar que pudiera ser el preludio de algo aún más espantoso.

Gateó entre los escombros, levantando trozos de bloque de cemento, trozos de cristal, tablas astilladas, todo aquello que pudiera ocultar algún rastro de su hija. Se había descarnado y quemado las yemas de los dedos al hundirlas en las planchas abrasadas y fragmentos de metal al rojo en su frenética búsqueda.

Exhausto y desalentado, volvió a llamar a su hija a gritos, con la voz

enronquecida y cegado por las lágrimas. Una insoportable consternación le oprimía el pecho y golpeó una plancha con el cascote que llevaba en la mano, de rabia e impotencia. Cuando iba a golpear de nuevo la tabla, una mano se posó en su hombro.

Alzó la vista hacia el rostro que lo miraba.

Cegado.

—Nena... —dijo Harrison como en trance. Tomó su mano entre las suyas, necesitado de tocarla, de sentirla, antes de atreverse a creer que estaba de verdad allí, de pie frente a él—. Tasheya... Oh, Dios mío..., creía que tú también... Tu madre...

Su hija asintió en silencio, llorosa, apretándole el hombro. Tenía la frente y una mejilla heridas y la manga de su destrozado abrigo estaba empapada en sangre, pero estaba viva. Dios bendito, viva. El cantante, Zyman, la ayudaba a mantener el equilibrio con el brazo, aunque él también sangraba y apenas se tenía en pie.

—Vamos, hombre. Tenemos que bajar de aquí antes de que se nos venga todo encima —le dijo Zyman a Harrison—. Esto acabará de hundirse de un momento a otro.

Harrison se cogió de su mano para levantarse y en seguida atrajo a Tasheya hacia sí; sintió su menudo mentón en el hueco de su cuello, sus lágrimas en su mejilla. Y, por un breve instante, allí de pie entre tanta destrucción, comprendió que, aunque nunca, nunca, llegaría a recobrar de aquel golpe, tenía una razón para albergar la esperanza de que algún día estarían mejor.

—Nuestro amigo tiene razón —dijo Harrison asintiendo hacia Zyman—. Hemos de alejarnos de aquí.

Brooklyn, Nueva York, 1 de enero de 2000

EN su oficina del club Platinum, Nick Roma estaba sentado en silencio, pensativo, con las luces apagadas. La sala de baile del piso de abajo estaba también en silencio. Eran las dos de la madrugada. Casi todos los que habían empezado la noche meneando el esqueleto abajo se habían marchado hacía dos horas, dando por terminado su jolgorio al saberse lo ocurrido en Times Square. La noticia había actuado en el local como un virus fulminante. Las pocas personas que quedaban en el *nightclub* eran empleados suyos, desentendidos de todo lo que no fuese emborracharse.

Por supuesto, Nick Roma estaba al corriente de lo que iba a ocurrir. Sabía que la fiesta de Nochevieja se convertiría en una masacre antes de terminar. Pero, en cierto modo, hasta que no lo vio por televisión no se percató de la barbaridad que había ayudado a cometer.

Seguía sentado a oscuras, sin emitir el más leve ruido, pensando. Había notado que apenas llegaban ruidos procedentes de la calle. De vez en cuando, los faros de un coche iluminaban los ventanales que daban a la avenida proyectando una retícula de sombras en sus facciones. Pero casi todo el mundo había desaparecido. Al ver el espeluznante resplandor que había iluminado el cielo y oír las explosiones, se habían ocultado en sus madrigueras como animales asustados.

¿Podían quedar impunes aquellos a quienes había ayudado a desencadenar aquel infierno? Estaba implicado en el atentado terrorista más sangriento que se había cometido en suelo americano, y precisamente en aquella noche, en el corazón de su ciudad más grande... El país no había sufrido jamás un golpe semejante, y la presión de todos los cuerpos policiales para descubrir a los responsables sería enorme.

Roma reflexionó sobre ello unos momentos. ¿Cabía la posibilidad de que los distintos cuerpos policiales se entorpeciesen unos a otros? Puede que sí. En la frenética carrera a la que se lanzarían para ver qué cuerpo practicaba las primeras detenciones, él podía ocultar pistas, negarse a compartir información. Era algo que ya había sucedido en otras investigaciones que amenazaban con crearle problemas, y siempre había logrado sacar partido de la situación.

Con todo, siempre había sido un hombre práctico. Lo que a él le interesaba eran los negocios, no los extremismos políticos. Ignoraba (aunque no tenía especial interés en averiguarlo) por qué se había implicado Vostov en aquel asunto, y les había dejado claro a sus mensajeros que, aunque no quería tener problemas con la *organizatsiya*,

no dejaría que nadie lo controlase desde Moscú. Si Vostov quería ayuda para entrar cargamentos de goma-2 en Estados Unidos, le costaría lo suyo. Y si quería que le proporcionase un apoyo más amplio a Gilea y a su grupo, le costaría aún más; en dinero y en favores con los que tendría que corresponder.

El millón de dólares que le pagaron los rusos disipó sus temores lo bastante para conseguir que colaborase. Pero Roma seguía preguntándose si no había corrido un riesgo excesivo. Seguramente se sentiría menos vulnerable cuando el comando saliese del país.

El ruido del pomo de la puerta al girar lo sacó de sus cavilaciones y lo sobresaltó. Se inclinó hacia adelante a la vez que metía la mano en un cajón de la mesa y empuñaba su MP5K.

No soltó el arma ni siquiera al ver que era Gilea, cuya estilizada silueta avanzaba a través de la penumbra.

—Podrías llamar ¿no? —dijo él.

—Sí —repuso ella, y se giró para cerrar la puerta. Roma oyó que había echado el cerrojo—. Sí —repitió—. Podría llamar.

Roma la vio bajo el tenue resplandor que proyectaban las farolas de la calle.

—El interruptor de la luz está ahí a tu derecha —dijo él.

—Ha sido un éxito —afirmó ella adentrándose en la estancia—. Pero supongo que ya lo sabes.

—Sí, lo he visto por televisión —repuso Nicky, que aún empuñaba la pistola.

Gilea dio dos pasos adelante, con lentitud. Se detuvo frente a la mesa y se llevó las manos al cuello de su chaqueta negra de piel. Se desabrochó los dos botones superiores.

—¿A qué has venido? —preguntó él—. Ya sabes que Zachary no tendrá listos tus papeles hasta mañana. Y supongo que no has venido sólo a darme las buenas noches.

—No, desde luego —dijo ella.

Posó ambas manos en la mesa y se inclinó hacia adelante, acercando mucho la cara a la de Roma, allí en la semioscuridad.

Gilea terminó de desabrocharse la chaqueta, se la quitó y la dejó en una silla. Llevaba un jersey negro. Nick Roma aguardó.

—He disfrutado demasiado esta noche, Nick, y no querría que terminase aún —susurró acercándose más a él—. No es necesario que empuñes esa pistola.

Roma tragó saliva. ¿Disfrutar aquella noche? ¿Qué clase de mujer era Gilea? Era la responsable de una indescriptible carnicería sucedida dos horas antes, y ahora, como si tal cosa...

Nick sintió horror, pero...

Lo que más lo horrorizaba era su incontrolable receptividad respecto del atractivo de Gilea, tan cerca... Era irresistible.

Gilea se le acercó aún más, le rozó la cara con su mejilla; los labios, en su cuello.

—Ya sabes a qué he venido —dijo ella—. Ya sabes lo que deseo.

Roma tenía la garganta seca. Le latía el corazón. Y empezó a jadear. Retiró la mano de la culata de la pistola y atrajo a Gilea hacia sí. Al notar el contacto de su piel suave y cálida, miró al espejo y sonrió para sus adentros.

Nueva York y San José, California, 1 de enero de 2000

6.30 H.

LA ciudad, conmocionada.

No había otra palabra para describir la consternación que se había apoderado de Nueva York. Ni siquiera el atentado contra el World Trade Center supuso una prueba tan dura para las personas y los recursos de Manhattan y de los barrios circundantes.

Desde luego, el atentado contra el World Trade Center no le había quitado el corazón a la ciudad.

Times Square estaba en aquellos momentos casi tan atestada como al producirse la explosión. Los haces destellantes azules y rojos de los vehículos de emergencia, que rodeaban el lugar de la detonación, y los focos de los equipos de rescate palidecían con las primeras luces del alba.

El día prometía ser claro y frío, y la temprana luz parecía un bálsamo. Los obreros municipales habían instalado chimeneas provisionales, de tres metros de altura, para cubrir el vapor que despedían las cañerías rotas y dirigirlo hacia arriba, con objeto de evitar que los miembros de los equipos de rescate se vieran entorpecidos, e incluso heridos, por el vapor a presión. Las nubes de vapor que se elevaban desde las chimeneas sobrevolaban erráticamente el lugar de la catástrofe dándole un aspecto espectral. Multitud de personas con distintos acrónimos estampados en las chaquetas (FBI, NYCFD, ATF, NYPD) se movían entre los cascotes y, con sendos cernedores, filtraban los escombros en busca del menor fragmento que pudiese dar una pista sobre los responsables de la atrocidad. Los soldados de la Guardia Nacional, rápidamente movilizados, mantenían a los curiosos a distancia para que no entorpeciesen el trabajo de los agentes en el cráter formado por la explosión. Pero, todos, por más enfrascados que estuviesen en la búsqueda, dejaban paso a los equipos de emergencia y a los agentes que peinaban la zona con perros rastreadores. Los perros buscaban víctimas; los agentes que los portaban rezaban porque fuesen supervivientes.

La búsqueda no se había interrumpido en toda la noche. De vez en cuando, un perro gañía y escarbaba entre los restos de un enorme anuncio luminoso, tablas rotas de una grada de la tribuna y retorcidos fragmentos de un rascacielos. Un hormiguero de agentes se arremolinaba junto al perro y los miembros de los equipos de rescate se acercaban con toda la parafernalia que podían utilizar en el lugar (sensores de

infrarrojos, micrófonos ultrasensibles, minicámaras de vídeo, aparatos de ultrasonidos, detectores de metales y de movimiento, rayos X...).

A la menor indicación de que una persona sepultada aún respiraba, se volcaban para retirar los escombros y sacarla. Grúas, bolsas neumáticas que podían introducirse desinfladas en los más pequeños huecos y que luego inflaban para levantar con suavidad lo que pudiera estar aplastando a una víctima, palancas, berbiquís y las manos de los obreros se afanaban por llegar a todo el que aún pudiera necesitarlo. Pero, a medida que transcurrían las horas, los desesperados esfuerzos para encontrar supervivientes dejaba paso a la desoladora necesidad de marcar los restos. Banderines fluorescentes de color anaranjado colgaban de finos alambres agitados por el viento; cada uno de ellos indicaba una vida perdida. Al final, cuando estuvo claro que ya no quedaban más supervivientes, empezó la triste labor de recuperar los cadáveres.

Durante aquellas horas, los hombres y mujeres de los cuerpos policiales continuaron su trabajo en busca de pruebas.

A cosa de un kilómetro de allí, la luz de la mañana irrumpía por las vidrieras de St. Patrick, la catedral. El aire del templo, impregnado de incienso y humo de los miles de velas que cubrían las paredes y los altares, parecía un tul irisado.

Pero las personas que llenaban los bancos eran insensibles a la belleza en aquellos momentos. Muchas estaban en Times Square cuando ocurrió la tragedia, pero la mayoría lo vieron por la CNN u otras cadenas. Algunos habían perdido amigos o parientes. El mortal estallido y los gritos de los que agonizaban resonaban aún en su memoria. Nada, ni siquiera el consuelo que buscaban allí en el oficio por las víctimas que se prolongaría durante toda la noche lograría acallar aquel horror.

La reunión tuvo lugar poco después de las doce del mediodía en una sala de conferencias del subsótano de la sede central de la UpLink, en la avenida Rosita, de San José. La sencilla decoración, los ojos de buey del techo, la moqueta beige y la máquina de café; la estancia era casi idéntica a las salas de conferencias de las plantas superiores, salvo por las ventanas. Pero no tener vista a las estribaciones del monte Hamilton sólo era la diferencia más superficial.

El acceso estaba restringido al círculo de personas de confianza de Gordian y todas ellas disponían de códigos digitales personalizados para abrir la puerta. Las paredes de hormigón, de sesenta centímetros de espesor, y los paneles de insonorización garantizaban que ni el más fino oído humano podría captar nada de lo que allí se dijese. Además, el interior de los gruesos muros se había reforzado con planchas de acero, generadores de ruido y otros sistemas ultramodernos de interceptación para contrarrestar toda escucha electrónica. Un equipo de empleados de

seguridad inspeccionaba aquella dependencia regularmente: los teléfonos, los ordenadores y el material de videoconferencia, así como todos los lugares donde pudiesen haber instalado un micrófono oculto, utilizando analizadores de espectro y de rayos X.

Aunque Gordian sabía que el término seguridad era muy relativo, porque siempre podía haber alguien lo bastante ingenioso, lo bastante decidido y con un equipo lo bastante sofisticado para escuchar sus reuniones de alto nivel, esperaba que aquella parte de su centro operativo fuera tan resistente a las escuchas como la cautela y la tecnología de contravigilancia permitían. Tal como estaban las cosas en el mundo de la técnica, lo más que uno podía hacer era ir siempre un paso por delante de los *cernieras* (palabra inventada por Vince Scull para designar a los «cerdos merodeadores»).

Ahora, Gordian miraba a los rostros de las personas sentadas en derredor de la mesa de conferencias, pensando en la mejor manera de empezar una reunión que estaba a años luz de los habituales asuntos de empresa. Se hallaban presentes su asesor de asuntos exteriores, Alex Nordstrum, la vicepresidenta de proyectos especiales, Megan Breen, y el jefe de seguridad, Peter Nimec. Y en una pantalla de vídeo, frente a la mesa, asomaba el rostro de basset de ojos saltones de Vince, que lo miraba con el entrecejo fruncido a través de una conexión vía satélite desde Kaliningrado.

Gordian respiró hondo. Había observado que la expresión de los demás reflejaba su propia consternación.

—Quiero darles las gracias por haber acudido a la cita pese a haberlos avisado con tan poco tiempo —dijo Gordian—. No sé si alguno de ustedes perdió anoche amigos o seres queridos en Times Square. Si alguno está en ese caso, le ruego acepte mi más profunda condolencia —añadió. Luego, sin más preámbulo, miró a Megan y le preguntó—: ¿Ha sabido usted algo de su hermano o de su cuñada?

Morena y estilizada a sus treinta y siete años, Megan lo miró con sus ojos azul zafiro, muy vivaces.

—Todavía no —contestó ella—. Pero eso no significa que hayan resultado heridos. Salvo para llamadas locales, las líneas de Nueva York están colapsadas.

El despreocupado tono de Megan no engañó a Gordian. Mucho tiempo atrás cometió el error de creer que Megan era el típico cerebritito, estereotipado y envarado, que producía la Business School de Harvard, en su caso con el añadido de una licenciatura en Psicología por la Universidad de Columbia; un clon ejecutivo capaz de jugar a juegos mentales. Pero fue una falsa apreciación, una deformación; quizá un vestigio del resentimiento de mediocres subalternos, que es lo que fueron casi todos sus antepasados. Había tardado años en desechar estos injustos y limitadores prejuicios acerca de quienes procedían de familias de mayor rango. Dan Parker fue el primero en hacerle ver las cosas de otro modo. Y Meg se encargó de terminarlo de convencer.

Sin embargo, en cierto sentido, estas ideas estereotipadas fueron una ventaja para Megan cuando Gordian la contrató como cazatalentos para las divisiones de investigación y desarrollo. Quería a alguien con iniciativa para contratar y despedir personal de una manera inteligente y distanciada, y Meg lo hizo bien. Pero también resultó una persona de gran perspicacia y una fiel confidente por añadidura. Y eso no se lo esperaba.

—Tiene usted gente en la costa Este, Pete. ¿Cree que pueden hacer algo para ayudar a Megan a averiguar algo sobre sus familiares? —preguntó Gordian.

—Estoy seguro de que sí —repuso Peter Nimec.

—Bien —dijo Gordian, que permaneció en silencio unos momentos mirando en derredor de la mesa—. Creo que deberíamos comentar lo ocurrido anoche. Preguntarnos por qué, Dios mío, se le ocurriría a alguien hacer algo semejante. Y quién ha podido ser capaz de hacerlo.

—Encienda el televisor y oirá a los «opiniólogos» desbarrando acerca del terrorismo nacional —dijo Nimec—, exceptuando a Alex, aquí presente.

Nordstrum estaba limpiando los cristales de sus gafas con una gamuza que había sacado del bolsillo de su americana de cheviot.

—Colaboro con la CNN como asesor y con otros medios informativos. Me pagan bien y me dan la oportunidad de expresar mis opiniones. No todos los «opiniólogos» desbarran.

—Cuidado, Nimec, que se te cabrea —se oyó que decía Vince Scull a través de los altavoces.

Nimec se encogió de hombros.

—Creo que, en líneas generales, sus opiniones son toda una ironía, si recordamos que, en otros tiempos, la inmediata reacción habría sido achacar cualquier acto terrorista a los árabes. Lo de Oklahoma lo cambió todo.

—O sea que está usted en desacuerdo con la opinión de la mayoría de los medios, ¿no? —dijo Gordian.

—Pese a lo poco que sabemos acerca del atentado, dudo mucho que lo hayan podido llevar a cabo esos subnormales profundos de Ephraim City.

—¿Razones?

—Varias —repuso Nimec—. Por lo pronto, su justificación para cometer actos violentos aquí es un odio paranoico y el recelo de los federales, y creerse que son poco menos que los últimos milicianos de la guerra de la Independencia en lucha por sus libertades constitucionales. Sus objetivos han tenido siempre cierta relación, real o simbólica, con los cuerpos policiales del Estado. Matar a ciudadanos corrientes lo consideran algo colateral respecto a su lucha. —Hizo una pausa para beber un sorbo de café y luego añadió—: Recuerde que el verdadero propósito del atentado al edificio Alfred P. Murrah fue liquidar a varios funcionarios del FBI y del ATF de las oficinas de las plantas superiores. Los daños en las plantas inferiores fueron inevitables, pues la cantidad de barriles de fertilizantes y de gasóleo que McVeigh

hizo explotar pesaban más de dos mil kilos, y no hubiesen podido entrar camuflados en el edificio; por lo tanto, tuvieron que dejarlos enfrente. Lo que quiero decir es que no pudo hacer un atentado selectivo y, por lo tanto, se convenció de que todos los niños y niñas de la guardería eran bajas de guerra necesarias. Bajas aceptables.

—¿Y el atentado del parque olímpico? —preguntó Megan—. Se trata de un espacio público.

—El veredicto sobre la responsabilidad de ese atentado aún no está claro —contestó Nimec—. Pero, incluso en ese caso, creo entender el mensaje que quisieron transmitir. El fuerte convencimiento de esos ultrapatriotas es que en los tres estamentos del Estado, el ejecutivo, el legislativo y el judicial, se han infiltrado agentes de una conspiración sionista..., una secta secreta empeñada en obligar a Estados Unidos a entrar en el «nuevo orden mundial». Y los Juegos Olímpicos son un símbolo de globalización desde su origen. Espero que entiendan adonde quiero ir a parar.

—Pues, a tenor de un razonamiento tan retorcido, cabe aventurar que podrían haber considerado la celebración en Times Square en parecidos términos —objetó Gordian—. Una especie de jubileo mundial que une a personas de todas las naciones.

Nimec agitó levemente la mano en señal de desacuerdo.

—Eso es un poco vago e inconsistente. En el mejor de los casos, estaríamos frente a unos líderes con pocas luces. Y si descendiésemos al nivel del militante de a pie, encontraríamos unos coeficientes de inteligencia que rayan en la subnormalidad; esa clase de individuos que no saben hacer la O con un canuto.

—Si no le importa, Pete, me gustaría que volviésemos a lo que ha dicho hace unos momentos. Acerca de que no cree que hayan sido ellos...

—De acuerdo. Volvamos al ejemplo de Oklahoma —dijo Nimec—. La bomba que hicieron explotar era grande y rudimentaria, porque los autores no tenían acceso a un equipo más moderno para llevar a cabo demoliciones controladas... o, por lo menos, no lo suficiente para conseguir su objetivo. De modo que, en lugar de ello, siguieron una receta que figura en todos los manuales para la fabricación de explosivos (en Internet los anuncian a miles). Un pasaje del libelo racista *Turner Diaries* les dio la idea para el objetivo, y el resto es historia. Todo el episodio se caracterizó por una gran falta de imaginación y la confianza en materiales que se pueden comprar legalmente con facilidad.

—Los testigos presenciales que he oído coinciden en que la explosión inicial surgió del tenderete de un vendedor en la calle Cuarenta y dos —dijo Nordstrum—. También parece que se produjo un incidente entre el vendedor y un agente de una K-9, las unidades que llevan perros rastreadores, minutos antes de la explosión.

—Esto está confirmado por las grabaciones de vídeo —asintió Nimec—. Ya les he pedido a nuestros expertos que hagan ampliaciones por ordenador de lo emitido por televisión. Y también tratamos de localizar filmaciones de videoaficionados. Debía de haber miles de personas con cámaras en el lugar. Pero, incluso a falta de

otras pruebas, creo que podemos conjeturar que la bomba se introdujo en el sector de Times Square por medio del tenderete. Si fue o no con la complicidad del vendedor, no tenemos manera de saberlo.

—Una cosa está clara —dijo Scull—: Quienquiera que instalase la bomba consiguió mucho con muy poco.

Nimec miró hacia el objetivo de la cámara situado encima del monitor del vídeo.

—Sí, la carga era muy pequeña en proporción a su eficacia —admitió Nimec, que frunció el entrecejo molesto por la sequedad de Scull—. Deduzco que debía de ser goma-2, C-4 o HBX.

—¿Y las explosiones secundarias? —preguntó Gordian. Nimec se encogió de hombros.

—Es difícil de aventurar en estos momentos —contestó.

Todos permanecieron en silencio unos instantes. Gordian aprovechó para beber un sorbo de café.

—De acuerdo. Pete, supongamos que partimos de su hipótesis y descartamos a los terroristas nacionales —dijo—. ¿Qué me dice de los militantes del fundamentalismo islámico?

—¿De todos?

—No bromeo —dijo Gordian.

—Ni yo tampoco —replicó Nimec—. Es que las cosas no están nunca tan claras cuando se trata de nuestros enemigos del mundo árabe. Por un lado, es más probable que estén interesados en provocar destrucciones masivas por su propia conveniencia. Su odio a Estados Unidos no distingue entre gobierno y ciudadanos —añadió—. Por otro lado, nosotros, aquí en esta sala, sí debemos distinguir entre el terrorismo patrocinado por ciertos estados y los actos cometidos por grupos extremistas marginales, o por lobos solitarios que tengan ciertos vínculos con unos u otros. La línea divisoria que los separa no está nunca muy clara, pero existe. Y puede ser muy relevante tenerlo en cuenta en este caso.

—Como estoy seguro que nos aclarará —dijo Gordian, que seguía mirándolo con fijeza.

—En mi opinión, el atentado contra el World Trade Center encaja más o menos en la tercera categoría —dijo—. Nunca se ha probado de manera concluyente que existiera un vínculo entre los conspiradores y un gobierno extranjero. Ramzi Yousef, el llamado cerebro de la trama, era una calamidad. Su bomba estaba concebida para hacer que la mayor de las Torres Gemelas se partiese y cayese sobre la otra. Y no ocurrió. También pretendía lanzar una nube de gas de cianuro. Y obviamente, eso tampoco sucedió, ya que el gel de cianuro con el que impregnó la bomba se volatilizó con el calor de la explosión; algo que cualquier estudiante de bachillerato con un suficiente en química habría previsto. Dos años después, Yousef prende fuego a la habitación de su hotel en Manila mientras prepara explosivos líquidos y huye a Pakistán para evitar ser detenido. Y se deja en Manila un ordenador cuyo disco duro

está lleno de datos inculpatorios. Si ese imbécil era un agente de un país hostil de Oriente Medio, sus superiores debían de estar muy desesperados para contratar a semejante inútil.

—De acuerdo en que fuese un memo. No tengo nada que objetar a lo que expone usted —dijo Scull—. Pero, aunque consideremos el terrorismo nacional, creo que no deberíamos dejar de lado a los tipos que hicieron estallar en el aire el avión de la Pan Am.

—Scull tiene razón —dijo Nimec—. Aunque aún es pronto para hacer demasiadas conjeturas, creo que por lo menos a nivel superficial se pueden trazar ciertos paralelismos. En ambos casos se trata de atentados eficaces, bien financiados y muy sangrientos. Y, que Dios ayude a la humanidad, los hombres que los llevaron a cabo eran muy profesionales. Sabemos que el desastre del avión de la Pan Am fue financiado por Libia —aseguró Gordian—. De modo que lo que estaría sugiriendo usted es que, el atentado de anoche, tiene las características de un atentado dirigido por un Estado hostil.

—No me atrevería a ir tan lejos. Aunque, ciertamente, es coherente con varios criterios —dijo Nimec, que se pasó la mano por el pelo, muy hirsuto y corto—. La pregunta es la siguiente: ¿Quién iba a querer hacer algo semejante?

—Creo que entiendo adonde quiere ir a parar, Pete —terció Nordstrum—. Los sospechosos habituales llevan bastante tiempo tranquilos, aunque por distintas razones. En Irán, el gobierno de Jatami trata de congraciarse con la Unión Europea adoptando una postura más moderada que la de sus antecesores. Y lo mismo cabe decir de Iraq, donde Saddam confía en conseguir una reducción de las sanciones debidas a la guerra del golfo Pérsico comportándose como un buen vecino. Y sabemos que los sirios se han embarcado en conversaciones secretas de paz con Israel. De modo que no veo qué régimen musulmán podría estar interesado en estos momentos en armar lío.

—No me ha parecido oírle mencionar a Gadafi en esa lista de reformados —dijo Scull.

Nimec negaba con la cabeza en señal de desacuerdo.

—Siempre tendrá los colmillos afilados, pero no tiene nada que ganar creando problemas en unos momentos en los que sus hermanos árabes se muestran conciliadores. No va a arriesgarse a quedar aislado.

Los cinco permanecieron en silencio un minuto. Gordian se levantó de la mesa, se acercó a su escritorio, se sirvió más café y volvió a sentarse. Se quedó mirando la taza unos segundos sin beber y luego miró a los demás.

—Quizá no estorbe que sea el primero en decir lo que parece estar en la mente de todos —dijo al fin—. Podría ser Rusia o, por lo menos, facciones del gobierno ruso. Starinov tiene muchos adversarios políticos que estarían encantados de ver cómo la población la emprende a huevazos con él... y que tienen acceso a dinero, materiales y personal muy profesional.

Gordian reparó en que Megan fruncía el entrecejo pensativa.

—¿Qué opina usted, Megan? —le preguntó.

—No acaban de encajarme las piezas. Nadie ha reivindicado el atentado...

—Y puede que nunca lo reivindique nadie, permítaseme decir —dijo Nimec—.

En la década anterior, la tendencia de los grupos terroristas era evitar llamar la atención sobre sí mismos, mantener al enemigo en la duda y obligarlo a dar palos de ciego.

—Lo sé muy bien —dijo Megan—. Pero, en este caso, se trataría de un atentado cometido con propósitos muy definidos. Como, por ejemplo, congelar las relaciones entre nuestros países, el debilitamiento del prestigio y autoridad de Starinov dentro de su propio gobierno. En mi opinión, no tendría sentido salvo que pudiera acusársele de algo muy grave de modo directo. Yendo más allá, ¿por qué recurriría Starinov a algo semejante si no quiere precipitar su propia caída? Como le he dicho, no me encajan las piezas. No tiene... lógica.

—Aparentemente, no; por lo menos, todavía no —opinó Nimec—. Pero podemos estar frente a alguien que haya concebido una estrategia sutil que aún no acabamos de entrever.

—Estoy de acuerdo —secundó Nordstrum—. Aunque dé la impresión de que fue hace siglos, sólo han transcurrido doce horas desde el atentado. Tenemos que aguardar a disponer de más información, ver cómo se desarrollan los acontecimientos...

—Y, mientras tanto, ¿qué hacemos? ¿Quedarnos de brazos cruzados? —dijo Scull—. Escuche, Gordian. ¿Imagina el efecto negativo que tendría, en nuestros planes para la estación de telecomunicaciones en Rusia, que el atentado se achacase a Starinov? Yo estoy en Rusia. Y veo de modo muy directo lo que ocurre políticamente aquí. Les aseguro que muchos altos cargos estarían encantados de ver dar media vuelta a los yanquis en sus monturas.

—¡Por Dios, Scull! —exclamó Megan—. Anoche mataron a centenares de personas inocentes, hemos estado hablando de una situación que podría desestabilizar una región entera y usted se dedica a...

—¿A qué? ¿A estar aquí al pie del cañón en videoconferencia a medianoche, hora de Kaliningrado, para tratar de hacernos una idea del panorama general? Si nosotros no nos preocupamos por nuestros intereses en Rusia, ¿quién se va a preocupar? ¿Para qué si no iba convocar Gordian esta reunión, vamos a ver?

Nordstrum resopló y se frotó los párpados.

—Todos sabemos por qué estamos aquí, Scull. Pero creo que Megan trataba de introducir cierta perspectiva...

—Un momento —cortó Gordian alzando la mano—. Estoy seguro de que ninguno de nosotros ha dormido demasiado y todos estamos agotados, pero se han planteado algunas cuestiones sumamente importantes y me alegro de no haber pospuesto esta reunión. Creo que fue Julio César quien dijo que el arte de vivir se

parece más al arte de los luchadores que al de los bailarines, y siempre he creído que lo que quiso decir es que hay que afrontar lo inesperado... Eso..., de frente, coger al toro por los cuernos como en los rodeos, en lugar de ir de puntillas. Ésa es la razón de que desarrollásemos el proyecto Espada. —Hizo una pausa por si alguien tenía algún comentario que hacer, miró a Nimec y añadió—: Pete, quiero que Max Blackburn reúna al equipo encargado de recabar información acerca de quién ha podido ser el responsable del atentado. Que no repare en gastos.

Nimec asintió con la cabeza. A veces Gordian lo miraba con tal fijeza que a Nimec se le representaba la imagen de alguien que con una lupa enfocada al sol trataba de hacer arder una hoja. Era una mirada que hacía que cualquiera se sintiese como si lo impregnase de una sustancia inflamable. Y así lo miraba Gordian en aquellos momentos.

—Creo que lo mejor es que Max vuele a Rusia lo antes posible. Puede coordinar el trabajo desde allí, utilizar la estación como base de operaciones —prosiguió Gordian—. Al mismo tiempo, Pete, siga cualquier pista que encuentre aquí en Estados Unidos. Y espero rápidos progresos.

Nimec asintió de nuevo.

—Pero con discreción, ¿entendido? —apostilló Gordian—. Si los servicios de inteligencia tienen el menor indicio de que investigamos por nuestra cuenta, nos lo impedirán —añadió mirando a los presentes—. ¿Comentarios?

—Sólo uno —dijo Nordstrum.

Gordian lo miró expectante.

—Lo del ejemplo del luchador y del bailarín...

—¿Sí?

—No fue Julio César quien lo dijo sino Marco Aurelio.

Gordian lo siguió mirando. Luego se llevó lentamente la taza a los labios y apuró el café.

—Gracias, amigo mío —dijo.

El salón Azul del ayuntamiento de la ciudad de Nueva York, donde normalmente tenían lugar los breves comunicados a la prensa, resultó insuficiente para la multitud de periodistas de todos los medios que querían asistir a la primera conferencia de prensa desde la explosión. Decidir dónde hacer su declaración no había sido más que una del centenar de decisiones que tuvo que tomar la alcaldía.

Porque el alcalde había muerto en el atentado con el resto del millar de víctimas.

El primer teniente de alcalde estaba en el hospital, donde debería permanecer por lo menos durante una semana. Tenía heridas internas, una tabla de las gradas se le clavó en el vientre. Podía considerarse afortunado por haber salvado la vida y nadie sabía cuándo podría reincorporarse.

La mitad de los representantes municipales de los barrios estaban demasiado

afectados para asistir, y el jefe superior de policía estaba destrozado por su tragedia personal, y demasiado centrado en la investigación, como para andar con las zarandajas de las relaciones públicas, según dijo.

Pero los medios clamaban por cualquier detalle. Lo que fuese. De modo que la secretaria del gabinete de prensa, Andrea DeLillo pasó las últimas quince horas poniendo a dura prueba su capacidad para afrontar la situación. Esquivó a los políticos decididos a chupar cámara. Reunió los datos proporcionados por los miembros de los equipos de rescate, de emergencia y por todos los hospitales. Dejó a un lado su propia consternación (la tragedia la había afectado de modo directo) y el temor a perder su empleo (algo muy probable) en cuanto un nuevo alcalde jurase el cargo. Si podía hacer algo que sirviera para desenmascarar a los asesinos que habían lanzado al ángel exterminador sobre su ciudad, lo haría. Les daría a los medios los datos que tenía. Era todo lo que podía hacer en aquellos momentos. Y rezar porque fuese suficiente.

Los micrófonos estaban colocados en un estrado en lo alto de la escalinata. Una multitud de periodistas de todos los medios se hacinaba en los fríos escalones que llegaban hasta la calle, cortada al tráfico por la policía con barricadas. Flanqueada por representantes de la policía, los bomberos, el Ayuntamiento, y el FBI, Andrea miró hacia la multitud.

Finalmente se acercó al micrófono y empezó a leer su declaración. A medida que los fríos datos brotaban de sus labios, se hizo una promesa en silencio: alguien iba a pagar por aquello. Estaba dispuesta a colaborar personalmente.

Washington, 2 de enero de 2000, del Washington Post:

ALTOS CARGOS DEL FBI NO RESPONDEN A PREGUNTAS SOBRE
LA QUINTA BOMBA

SE AVIVAN LAS CONJETURAS SOBRE LAS PRUEBAS ANALIZADAS
EN LOS LABORATORIOS DEL FBI

WASHINGTON. Durante una conferencia de prensa celebrada hoy en el edificio J. Edgar Hoover de la avenida Pennsylvania el secretario del director Robert Lang se ha mostrado muy evasivo acerca de si el FBI está en posesión de claves materiales que revelen la identidad del autor o autores materiales del sangriento atentado de Nochevieja, que se ha cobrado 700 vidas y herido a miles de personas en Times Square.

En una declaración escrita dirigida a los medios, Lang ha confirmado oficialmente, por primera vez, que la potente explosión que se produjo a las 23.56 h fue seguida por tres explosiones secundarias de «naturaleza deliberada», con lo que ha descartado la posibilidad de que se hubieran producido a causa de los daños en las conducciones de gas que provocó el estallido, como habían difundido algunas agencias de noticias. Lang dijo también que los relatos de los testigos presenciales habían sido «sumamente valiosos para la investigación» y expresó su confianza en que las fotografías y las grabaciones de vídeo realizadas en el lugar del atentado proporcionarían a la policía una clara imagen «de aspectos de relevante interés que ocurrieron antes y después del hecho».

Lang se mostró mucho más cauto, sin embargo, cuando se le preguntó acerca de un objeto encontrado por los investigadores, que se rumoreaba era un quinto artefacto que no hizo explosión. «Sólo puedo decirles que tenemos pruebas sustanciales de que el artefacto en cuestión lo dejó atrás el autor o autores del atentado, y que está siendo analizado en la Unidad de Explosivos de nuestros laboratorios con la ayuda de nuestro centro de datos.» En un breve turno de preguntas y respuestas que siguió a su declaración escrita, Lang dijo: «No nos es posible concretar más en estos momentos, para no perjudicar la investigación, pero queremos asegurarle a la opinión pública, y sobre todo a los familiares de quienes de forma tan indiscriminada resultaron muertos o heridos a causa de las explosiones, que estamos tan consternados como el que más por lo ocurrido y que hemos puesto todos los medios a nuestro alcance para resolver el caso.»

En lugar de entrar en especulaciones acerca de otra posible bomba descubierta

por agentes del servicio de emergencia de la policía minutos después de las fatales explosiones, los comentarios de Lang se centraron en los equipos de analistas que examinan los artefactos explosivos en el laboratorio en busca de pruebas. Además, aunque sin dejar de señalar que las pruebas de residuos de explosivos figuran entre las funciones que, normalmente, realiza el Centro de Datos de la Unidad de Explosivos, Lang se negó a «limitarla naturaleza de lo analizado a unas determinadas características» al contestar a las preguntas de los periodistas.

Las implicaciones de las palabras de Lang pueden ser significativas, en opinión de muchos expertos forenses. Incluso los restos parciales de un artefacto explosivo suelen revelar características de la «firma» del autor que pueden compararse con otros artefactos utilizados en otros atentados y, potencialmente, vincularla así a un sospechoso u organización terrorista...

Los informes acerca de la misteriosa quinta bomba concretaban datos muy valiosos.

La bolsa que contenía la bomba que no hizo explosión fue encontrada frente a una tienda de la calle Cincuenta y dos, esquina con la Séptima Avenida, aunque no por la policía sino por los bomberos. En respuesta a una petición de apoyo operativo del Departamento de Policía, los técnicos en desactivación de explosivos de la brigada del FBI en Nueva York fueron enviados de inmediato, debidamente protegidos con los trajes especiales, a recoger la prueba. Una vez comprobado que el sistema de detonación del artefacto no funcionaba y que, por lo tanto, podían transportarlo sin peligro, la Unidad de Desactivación (con la autorización del director adjunto local) dispuso el envío de la bolsa al cuartel general del FBI en Washington, donde los analistas del Centro de Datos de la Unidad de Explosivos se encargó de examinar el artefacto. Otro descubrimiento en el lugar del atentado, hecho por agentes equipados con focos de luz ultravioleta, tuvo a los agentes en ascuas mucho antes de la llegada de la bolsa. Se había detectado fluorescencia, tanto en la carga que no había explotado como entre las muestras de escombros recogidos en el lugar de la explosión inicial, lo que indicaba con casi toda seguridad que los explosivos fueron marcados con identificadores químicos por el fabricante. Aunque no fuese, jurídicamente, una obligación en Estados Unidos, el marcado químico fue propuesto por el gobierno suizo años atrás, y era una práctica voluntaria entre un número cada vez mayor de fabricantes de explosivos de todo el mundo. Si se incluían marcadores, lo normal era que éstos orientasen a los investigadores hacia el lugar de venta inicial y proporcionasen así valiosa información acerca del comprador del material para fabricar la bomba.

Poco después de que la bolsa con la carga de C-4 llegó al laboratorio, se tomó un fragmento microscópico, se colocó en un portaobjetos y se expuso a un imán Tesla para orientar los marcadores de melamina, partícula químicamente inerte, del tamaño de un grano de polen, y realzarlos con contraste de color. Por lo general, los

marcadores iban mezclados con sustancias explosivas en concentraciones de 250 partes por millón, una proporción que permite al explosivo conservar su plena estabilidad y rendimiento y ser fácilmente examinado al microscopio. En este caso, el microscopio Olympus binocular, equipado con un vídeo Polaroid de 35 milímetros, fue utilizado por un experto forense que, de inmediato, comprobó la presencia de marcadores y, trabajando con febril entusiasmo, los interpretó y fotografió para descifrar el código de colores que proporcionaba la información sobre el fabricante, la fecha de fabricación y el número de lote del explosivo plástico.

A partir de ahí la búsqueda por ordenador ya era pura rutina. La información se cotejó con la del banco de datos sobre explosivos comerciales, recientemente añadido al Sistema de Búsqueda de Referencias de Explosivos (que los técnicos del FBI, tan aficionados a los acrónimos, bautizaron en seguida Siburex), y dieron en el clavo a la primera.

El fabricante fue identificado como Lian International, una empresa de productos químicos que formaba parte de un grupo de Malasia con sede en Kuala Lumpur, dirigido por un empresario de origen chino llamado Teng Chou. Aunque fuese un dato importante, era una nimiedad comparado con lo que descubrieron a continuación. Al procesar el número del lote del explosivo plástico, resultó ser el mismo que el de una remesa recientemente vendida a un distribuidor de municiones ruso que tenía fuertes lazos con el gobierno.

Y con estos datos en su informe, los investigadores del Centro de Datos de la Unidad de Explosivos comprendieron que habían descubierto algo muy importante.

De principio a fin fue un ejemplo de hasta qué punto el cuidado y el análisis diligente de las pruebas podía conseguir resultados fenomenales.

Era también el primer paso para abrir el sendero por el que se adentrarían todos los servicios de inteligencia del país.

Nueva York, 3 de enero de 2000, cementerio de Queens

LA nieve caía suavemente sobre los árboles y los monumentos que lo rodeaban. En otras circunstancias la escena le habría parecido hermosa. También le habría gustado a Rosetta, si hubiera podido contemplarla desde detrás de los cristales de una ventana en una estancia bien caldeada. Se resfriaba con demasiada facilidad para que le gustasen los paisajes invernales si no estaba en una estancia bien caldeada. Había hecho poner mantas en el féretro, pues detestaba la idea de que nunca volvería a estar bien abrigada. En realidad, detestaba todo aquello.

El jefe superior del Departamento de Policía, Bill Harrison, estaba de pie al borde de una tumba abierta. Sabía que no era el único. Aquella misma escena se repetiría cientos de veces a medida que Nueva York enterrase a sus muertos. Pero no le servía de consuelo. En cierto modo agravaba su desolación.

¿Cómo iba a poder vivir sin Rosetta? Era su corazón, su centro de gravedad, la razón de su existencia. Cuando el trabajo lo desbordaba, cuando lo que se veía obligado a ver a diario lo abrumaba, le bastaba llegar a casa para que ella consiguiera sobreponerlo. No podía remediar lo que había visto. Pero cada minuto que pasaba con ella le hacía recordar para qué luchaba, qué pretendía proteger con su trabajo. Ella representaba todo lo positivo de este mundo.

Y ahora iban a meterla en un agujero en el suelo. Traerían el ataúd de un momento a otro. Su dolor era lacerante.

Por enésima vez se preguntó por qué dejó que lo acompañara a Times Square. Podía haberle dicho que no, que no había suficientes asientos. Podía habérselo dicho así pero se inclinó por pensar que la ilusión que le hacía a Rosie estar con él en Nochevieja valía más que los riesgos que pudieran correr.

Sin embargo, le costaba trabajo perdonárselo.

Su hija estaba de pie a su lado. Las lágrimas de Tasheya eran como vinagre en sus propias heridas. Podía haber muerto ella también, simplemente porque él fue incapaz de preverlo ni de evitarlo. Y también a Tasheya la atormentaban las pesadillas. Su adorada hija tenía quemaduras en una muñeca y en un costado. Él pudo haberlo evitado. ¿Por qué no lo hizo?

Hubiese sido demasiado cómodo achacarlo al alcalde. Estaba muerto. Si su incesante politiquero realizó el objetivo haciéndolo más apetecible para los terroristas, ya había pagado el precio más alto que se podía pagar.

Tampoco servía de nada culpar a sus propios hombres. El tenderete del vendedor no le había parecido sospechoso en los pocos instantes en que lo vio. ¿Por qué iba a parecérselo a sus hombres? Según los primeros informes sobre el aspecto del

tenderete, los explosivos estaban tan bien camuflados que ni el ojo más avezado habría visto nada anormal.

Seis agentes con uniforme de gala portaron el féretro y lo depositaron lentamente encima de las correas, sostenidas por dos sepultureros, que harían descender a su esposa. Rosie se alejaría de él hasta que la otra vida lo reclamase a él también.

Temía que el corazón le fuese a estallar de puro dolor.

Tomó la mano de su hija y se la apretó.

Oía el zumbido y el clic de las cámaras.

Incluso su dolor era un asunto público.

Bajaron el féretro con lentitud y, cuando llegó al fondo, el ruido de la madera al dar en la tierra resultó el sonido más desolador que había oído en su vida. Lo atormentaría también por las noches, igual que el de la explosión.

El predicador pronunció palabras de consuelo. En aquellos momentos, sus palabras le resbalaban, se le antojaban inútiles. Puede que, después, a solas, al evocar sus recuerdos de aquel día, encontrase en aquellas palabras parte del consuelo que pretendían proporcionar.

Bill dejó caer encima del ataúd el ramo de rosas que llevaba; vivos toques de escarlata sobre la superficie de la madera pulida que, poco a poco, se cubrieron de nieve que se helaría, igual que su corazón.

El ramo de nomeolvides de Tasheya se unió a la ofrenda de su padre. Cuando el servicio tocaba a su final, Bill lo vio también palidecer sepultado por la nieve.

Había perdido a su Rosie. Sentía un vacío tan enorme que dudaba que su cuerpo pudiera contenerlo. Pero tenía que hacer algo, algo que evitara que el dolor lo paralizase.

Era el jefe superior del Departamento de Policía de Nueva York. Su misión era averiguar quién cometió aquella atrocidad. El día que consiguiera llevar a los culpables ante la justicia, sus heridas podrían empezar a cicatrizar.

Moscú, 6 de enero de 2000

LA sauna de la calle Ulitsa Petrovka era muy frecuentada por mañosos, funcionarios del gobierno y otros personajes de parecido pelaje. Yuri Vostov iba allí dos o tres veces por semana a relajarse, siempre a las doce en punto del mediodía, acompañado de dos mujeres, por lo menos.

Vostov consideraba sus visitas a la sauna como algo terapéutico además de una fuente de intenso placer, un placer que no le había resultado nada fácil conseguir. La razón no era otra que la cicatriz de una herida que se hizo cuando estaba a punto de cumplir los cincuenta años. Por entonces su vigor sexual había empezado a declinar e incluso llegó a temer quedarse impotente después de tener que pasar por varios episodios embarazosos entre las sábanas. Aunque tenía una amplia lista de mujeres jóvenes y bonitas disponibles como compañeras de cama, y aunque todas le echaban tanta imaginación como talento, nada de lo que hicieran conseguía estimularlo. Sus encuentros con tales mujeres transcurrieron de un modo anodino y superficial hasta que, una noche, por consejo de un amigo del gobierno, probó un *menage à trois* (algo que, inexplicablemente, nunca había hecho antes) con dos hermanas conocidas por su afición a montárselo juntas, y, entre sus cuerpos sudorosos, recobró la inspiración.

Vostov suponía que el secreto radicaba en que él siempre había sido más proclive a la cantidad que a la calidad. Al igual que le ocurría con la comida, la bebida y las posesiones, para quedar satisfecho tenía que darse un atracón.

Aquel día, sus compañeras de sauna eran Nadia y Svieta. No eran las hermanas que le mostraron el camino a la ilustración carnal madura, pues, que él supiera, Nadia y Svieta no tenían ningún parentesco, pero resultaban una parejita complaciente. Nadia era morena y no llevaba encima más que unos grandes pendientes de aro. Svieta era pelirroja y le gustaba acentuar su desnudez con un brazalete de oro en el tobillo. Estaban ambas arrodilladas frente a Vostov, que también se habla quitado la toalla. Permanecía sentado en un banco de madera mientras las jóvenes cabeceaban bajo su prominente panza. Sus pechos saltaban libremente en la perlada neblina del vapor de la sauna.

Y, justo en aquel momento, se oyeron unos golpecitos en la puerta que lo sacaron a él y a sus compañeras del éxtasis. Uno de los pendientes de Nadia dejó de golpear en el muslo de Vostov. La melena de Svieta se apartó de su regazo. Ambas lo miraron confusas, sin saber si continuar o interrumpirse.

Vostov frunció el entrecejo maldiciendo a quienquiera que le hubiese estropeado aquel momento.

—¿Qué pasa? —gritó.

—*Prasteeyeh*, señor Vostov —dijo el empleado desde el pasillo—. Lo llaman al móvil.

—¡No le he dicho que no nos molesten!

—Ya lo sé, señor, pero es que no deja de sonar y...

—¡Mierda! ¡Dejadlo! —exclamó Vostov.

Cogió la toalla que pendía de un perchero y se la ciñó a la cintura. Luego entreabrió la puerta y sacó una mano envuelta en vapor.

—Pásemelo, ¿quiere?

El empleado le pasó el teléfono y se retiró. Vostov cerró la puerta y pulsó un botón del teclado para atender la llamada.

—¿Sí?

—Ah, Yuri. Espero no molestarlo...

Vostov reconoció la voz de Teng Chou y arqueó las cejas.

—Pues sí me ha molestado.

—Perdóneme entonces. Pero llevo mucho rato llamando a su despacho...

Vostov miró a Nadia y a Svieta, que se habían sentado en el banco y cuchicheaban y reían, aunque él no le veía la gracia.

—No se preocupe —dijo Vostov más enfadado—. ¿Qué ocurre?

—Cierta persona que ambos conocemos no contesta al teléfono. Supongo que por eso me he impacientado con usted.

—Le dije que lo olvidase —le espetó Vostov—. Además, ¿por qué me mezcla a mí?

—Amigo mío, está usted muy... mezclado —dijo Teng en tono pausado midiendo las palabras. Vostov palideció.

—Ya sabe a qué me refiero. No pienso hacer de intermediario permanente entre ustedes —dijo el ruso.

—Por supuesto que no. Pero fue usted quien concertó el trato —recordó Teng—. Puede que la deficiente línea de comunicación, por así decirlo, no signifique nada. Son días muy agitados para todos nosotros. Con todo, mis socios necesitan ciertas seguridades de que recibirán plena satisfacción, de que las cosas proseguirán tal como se habló.

Vostov les dio la espalda a las jóvenes y bajó la voz.

—Mire, ellos me importan un pito —dijo—. A pesar de lo que usted insinúa, mi parte en el asunto se acabó. Si quiere que llame a nuestro amigo y vea qué le ocurre, lo haré. Pero como un favor, no como una obligación, ¿entendido?

—Sí —dijo Teng sin alterar la suavidad de su tono—. Aunque no debe usted olvidar que la búsqueda de la verdad puede encauzarse con la misma facilidad que se desvió.

Vostov se crispó. Los asiáticos lo exasperaban con su elíptica manera de expresarse.

—¿Qué significa eso, exactamente?

—Debe usted volver a examinar sus intereses, amigo mío. Sería lamentable que entrasen en conflicto con los míos. Los socios, a quienes tan alegremente desdeña, tienen mucha influencia y muy buena memoria para cualquier agravio.

Vostov se crispó aún más y sintió un fuerte dolor en el estómago. ¡Maldita sea!, pensó. Hacía siglos que su úlcera no daba señales de vida. Miró de reojo a Svieta y a Nadia, que seguían con sus cuchicheos y sus risas, aparentemente sin prestarle atención. El deseo era algo muy precario y veleidoso, se dijo. Podía llevar a un hombre desde la alcantarilla a la cumbre... y luego lanzarlo al abismo.

—Llamaré a nuestro amigo en seguida —dijo el ruso, y de inmediato pulsó el botón de desconexión.

Nadia se le acercó para ver si conseguía distraerlo de sus problemas y volvía a concentrarse en el asunto.

—Un momento —dijo él apartándola con brusquedad—. En cuanto termine con este incordio.

Vostov llamó al número directo del ministro para que ningún secretario recordase la llamada. Al cabo de unos momentos oyó una voz irritada.

—Sí, dígame.

—Hola, señor ministro —saludó Vostov con parecida irritación.

—¿Está usted loco, Vostov? ¡Llamarme a mi despacho...!

—Seré muy breve.

—No es ésa la cuestión. Esta línea no es segura.

—Escuche, ministro. No me gusta la política y empiezo a lamentar haberme mezclado en este asunto, pero, ya sabe..., a lo hecho, pecho.

—Déjese de filosofía barata y vaya al grano. Y tenga en cuenta que posiblemente alguien está escuchando.

—De acuerdo. Me limitaré a darle un consejo —dijo Vostov—. Luego haga lo que quiera, pero le sugiero que, por lo menos, preste atención.

—Muy bien. ¿De qué se trata?

—Nuestro socio del extranjero se considera dejado a un lado por su parte. Dice...

—No es socio mío. Es un distribuidor que depende de otros.

—Da igual. Como quiera. No responde usted a sus llamadas o, por lo menos, eso es lo que dice. Y creo que es importante que hable usted con él.

—¿No comprende que tengo cosas muy importantes que hacer, Vostov? No voy a bailar al son que él toque. Si cree que puede robarme tiempo ahora, no quiero ni imaginar lo que podría pretender en el futuro, él y quienes lo manejan.

—Hable con él, ministro. Cálmelo. No querría tenerlo por enemigo.

—Y a mí no me gustaría que tratase de enfrentarnos. Pero tendrá que joderse y esperar a que yo pueda hablar con él.

—Mire, debe usted comprender que es capaz, muy capaz, de levantar la liebre.

—Tenemos otras cosas en qué pensar. Poseo información acerca de las instalaciones americanas en Kaliningrado. Podría estar cociéndose algo que crease

problemas, aunque no sé de qué se trata exactamente. Debemos estar preparados para adoptar rápidamente medidas, en caso necesario. Creo que, en estas circunstancias, es el momento adecuado para que haga usted algo útil.

—No es asunto mío. Ya he hecho...

—Tendrá que hacer más. Necesitaré suministros. Equipo. Puede que incluso más hombres. No cometa el error de creer que puede lavarse las manos ahora.

—¡Maldita política! Como le he dicho antes, nunca debí mezclarme en este asunto.

—Es inevitable implicarse, Vostov. La vida es política. Desde niños competimos con nuestros hermanos para atraernos las atenciones de nuestros padres, peleamos entre nosotros para conseguir lo que deseamos. Estoy convencido de que es entonces cuando empiezan las traiciones. La familia es un círculo en el que alienta Judas y el hermano a quien amamos es nuestro enemigo, ¿no cree?

—No sé. Me pierdo...

—Eso es justamente lo que podría ocurrir. No olvide que estuvo usted en aquel barco en Jabarovsk.

—¿Es eso todo? —exclamó Vostov en tono sarcástico.

—No. Necesito que utilice usted sus contactos, aunque me parecen despreciables. Creo que ha llegado el momento de levantar una cortina de humo. Ciertas facciones podrían tener nuestros mismos objetivos. Convendría desviar la atención de la opinión pública hacia ellos.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Vostov.

—Los nacionalistas, los separatistas, los comunistas y los reformadores... todos ellos están interesados en bloquear la ayuda extranjera. Me parece que ha llegado el momento de señalar en esa dirección, ¿no cree? Y el Ejército y el KGB, el SIR, como lo llaman ahora, han sido injustamente excluidos de la distribución de la generosa ayuda de nuestros enemigos, con lo que se les ha impedido beneficiarse. ¿No cree que alguien debería preguntarles qué opinan de esto y qué piensan hacer? Incluso la Iglesia y la mafia se juegan algo aquí. Mi querido Vostov, cuanto mayor sea la presión sobre Starinov y sobre Occidente, antes conseguiremos nuestros objetivos. Su red de contactos llega a todas partes. Creo que debería utilizarlos.

—¿Qué me está pidiendo? —farfulló Vostov—. No es cosa que pueda improvisarse.

—Pues le sugiero que se prepare cuanto antes. Recuerde, Vostov, que quien no es útil es prescindible. ¿Quiere que comentemos algo más?

—No me ha contestado usted acerca del objeto de mi llamada. Acerca del distribuidor, como lo ha llamado usted...

—Ya le he dicho que tendrá que joderse. En adelante sólo hablaré con sus superiores, y cuando me convenga. Y si usted no me secunda, Vostov, le aplicaré la misma receta. Si es que sigue usted en el juego. De modo que ya está todo claro. Procure estar preparado para cuando lo necesite. Adiós.

—Eh, un momento, no cuelgue... ¿Sigue usted ahí? ¡Maldita sea! ¿Sigue usted ahí? Oiga... Oiga...

Vostov oyó el tono para marcar y estampó el teléfono contra la pared.

—¡Maldita sea!

Un leve murmullo volvió a atraer su atención hacia las jóvenes, que ahora estaban en un rincón algo atemorizadas.

—¿Qué estáis mirando? Venid y haced algo útil.

Útil, ése era el término que había empleado el hombre con quien acababa de hablar por teléfono. ¡Útil! Se sentó y aguardó. Cuando se le acercaron las jóvenes, cerró los ojos. ¡Política! ¡Qué asco! Prefería otras cosas.

Washington, 6 de enero de 2000

CON chándal gris, gorra de béisbol de los Baltimore Orioles y zapatillas de deporte, Alex Nordstrum corría por el paseo. Ponía cara de serena concentración mientras sus largas piernas lo llevaban sendero adelante a ritmo sostenido. Ya había recorrido la mitad de su trayecto habitual. Notaba el oxígeno que nutría su sangre y la agradable sensación de que los músculos de sus muslos y de sus pantorrillas se relajaban.

Moviendo los brazos y las piernas armoniosamente, siguió corriendo hacia Constitution Gardens y hacia el obelisco de mármol del monumento a Washington, donde solía dar media vuelta en dirección este para completar su recorrido diario de tres kilómetros. Quizá tendría que aguardar un poco, pues era probable que Blake no llegase con puntualidad, pensaba Nordstrum. Porque el secretario del ministro de Exteriores desconocía lo que eran la puntualidad y la precisión, pese a haber sido el alumno más aventajado que tuvo Alex en la Facultad de Ciencias Políticas de Georgetown.

Nordstrum siguió con su tranquilo trote, ya que no tenía por qué apresurarse. Al norte del parque, el enorme complejo de edificios del Triángulo Federal se extendía por la avenida Quince. Sus tejados rojos se veían a través de las desnudas copas de los árboles. Hacia el sur, Nordstrum podía ver la columnata blanca y los pórticos del edificio del Ministerio de Agricultura. A cada espiración exhalaba vapor, pero su metabolismo estaba sobrado de energía y apenas notaba las ráfagas de aire frío que le llegaban desde el Potomac y que secaban el sudor de su frente y sus mejillas. La espalda del chándal se había oscurecido con el sudor que brotaba entre sus omóplatos. Era un sudor saludable, que siempre parecía disipar la tensión a través de los poros.

A su derecha, hombres y mujeres bien vestidos pasaban por su lado en coches caros. Casi todos giraban hacia el norte o hacia el sur al llegar a la calle Diecisiete, hacia los museos del centro de la ciudad y los edificios oficiales. Sólo un pequeño porcentaje del tráfico seguía más allá del estanque del monumento a Lincoln, donde la avenida Constitution se convertía en la R-66, que caracoleaba hasta cruzar el puente en dirección a Arlington. A menos de dos kilómetros de donde se encontraba Nordstrum, la luz de la mañana bañaba la cúpula del Capitolio y empezaba a reflejarse en las torretas de ladrillo rojo del castillo Smithsonian. En la amplia franja de paisaje que había recorrido colina abajo, los viandantes y los que corrían como él respunteaban los senderos realizando sus ejercicios; las ardillas y las palomas se disputaban las escasas sobras que podían encontrar en invierno; y los chicos que tenían fiesta en el colegio, con chaquetas impecables y gorros de punto hasta las

orejas que les daban aspecto de duendecillos, se dirigían a la pista de patinaje contigua al Museo de Historia Natural, con los patines colgados del hombro. Los chicos parecían casi tan traumatizados como las ardillas y los pájaros por lo ocurrido en Times Square hacía sólo una semana. Pero sólo lo parecía.

¿Se debía a la fortaleza de la juventud?, se preguntaba Nordstrum. ¿O al endurecimiento de una generación nacida en una época en la que el terrorismo era una amenaza omnipresente, casi a la par con los desastres naturales, los terremotos y los huracanes? No estaba muy seguro de querer saber la respuesta, pero confiaba en que fuese lo primero. En cualquier caso, para él, la grandeza del Capitolio siempre evocaba estrofas del himno nacional que lo hacían sentirse especialmente obligado hacia su país de adopción.

Al llegar a la calle Catorce, Nordstrum se detuvo, sin dejar de hacer ejercicios con los brazos, aguardando a que el tráfico se espaciase un poco y cruzó el paseo hacia el monumento. El césped se extendía a su alrededor como una alfombra.

Encaraba ya la cuesta hacia la loma cuando oyó pasos tras de sí. Al volver la cabeza vio a Neil Blake, que lo seguía cuesta abajo a pocos metros. Neil era un hombre atlético de treinta y cinco años y de atractivas facciones. Llevaba el pelo largo para lo que era habitual en Washington y vestía un chándal negro de marca, con una franja en el costado de color azul eléctrico que le daba aspecto de lo que era: un miembro de la élite del poder, híbrido de «gente guapa» y jet set.

—¿Cuánto hace que me sigues, Neil? —preguntó Nordstrum aminorando un poco el paso.

Blakeladeó la cabeza hacia la calle Catorce.

—He rodeado por la Ellipse y te he visto cruzar el paseo —contestó Neil—. Podría haberte alcanzado antes, pero me ha parado una preciosidad para preguntarme por una dirección y me ha entretenido. Además, he pensado que no te venía mal seguir unos minutos más relajándote con el ejercicio.

—¡Qué considerado eres! —dijo Nordstrum—. ¿Te ha dado su número de teléfono? Por si acaso necesita que le echés otra mano...

Blake se dio unos golpecitos en el bolsillo.

—Ya lo tengo a buen recaudo —contestó.

Nordstrum sonrió. Blake se situó a su altura y corrieron codo con codo en silencio durante un rato. Remontaron la loma y enfilaron hacia el estanque. El agua brillaba con la luz de la mañana.

—Tengo una cosa para ti —dijo Blake—. No ha sido fácil. Si descubren que lo he filtrado, ya puedo ir pensando en abrir esa pastelería que mi primo Steve de Chicago siempre ha querido que montase.

Nordstrum asintió con la cabeza pero no dijo nada.

—¿Conoces el grupo Lian? —preguntó Blake.

—Claro.

—Fabricaron los materiales —dijo Blake.

Nordstrum volvió a asentir serio y pensativo.

—¿Y el comprador? —preguntó.

—La pista pasa por un distribuidor ruso. Y a partir de ahí se pierde.

Guardaron silencio unos momentos.

—¡Bah! —exclamó al fin Nordstrum negando con la cabeza.

—Ya suponía que no te iba a gustar mucho la noticia —dijo Blake.

—¿Y es eso todo? —preguntó Nordstrum tras guardar silencio unos instantes.

—De momento, sí —repuso Blake—. Si averiguo algo más, te lo diré.

—Gracias. Me alegro de haberte puesto sobresalientes en la facultad.

—Los merecía —repuso Blake.

—¡Menudo insolente estás hecho! —exclamó Nordstrum sonriéndole.

—Cada vez pinta más en la dirección que señaló usted el otro día, Gordian —dijo Alex Nordstrum a través del teléfono.

Recién duchado y en albornoz, estaba de nuevo en su casa de la avenida Pennsylvania y había llamado a Gordian para comunicarle lo que Blake le acababa de decir.

—Casi preferiría equivocarme —dijo Gordian—. El grupo Lian... Me suena. ¿No salió ese nombre a relucir en las auditorías de la financiación de la campaña de Thompson, hace unos años?

—Exactamente —confirmó Nordstrum—. Las pruebas de que estaba involucrado en canalizar fondos del gobierno chino en nuestras elecciones no fueron tan concluyentes como las que implicaban a Lippo, entre otros contribuyentes extranjeros, pero eran sólidas. En mi opinión, el dinero del grupo Lian sirvió para potenciar considerablemente, por lo menos, a dos senadores frente a sus adversarios, y es muy probable que gracias a ese dinero consiguieran los escaños.

—Sigo estando bastante de acuerdo con Megan en que la cuestión resulta confusa —dijo Gordian—. ¿Qué conexión puede tener el grupo Lian con los rusos? Y, concretamente, ¿con qué rusos?

Nordstrum se inclinó hacia adelante en el sofá del salón enrollando distraídamente el cable del teléfono en sus dedos.

—Todo lo que puedo hacer es especular —contestó Alex—. Tendría que examinar a fondo mis archivos, analizarlos, antes de animarlo a darle demasiada importancia a esta información.

—Me hago cargo. Siga.

—Hay aspectos que podrían indicar que el ministro ruso de Agricultura, Yeni Basjir, está metido hasta el cuello en este asunto. Él y Lian mantienen muy buenas relaciones desde hace tiempo, al igual que ocurre entre Basjir y miembros del gobierno chino. Además, la familia de Basjir tuvo intereses comerciales en toda Asia hasta la revolución bolchevique.

—¿Qué motivos tendría?

—Basjir no es precisamente americanófilo... ¿Se dice así, no?

—No estoy seguro —dijo Gordian—. Pero el significado está bastante claro.

—Sea como fuere, desconfía del capitalismo y de la democracia. Y, al igual que muchos de su generación, preferiría haber salvado el viejo sistema comunista falseándolo antes que verlo desmantelado —aseguró Nordstrum—. Además, no es un ultranacionalista como Pedachenko, pero es un chauvinista cultural.

—O sea que opina usted que podría querer entorpecer las iniciativas pro americanas de Starinov y hacer que aparezca como un gobernante ineficaz, ¿no? —dijo Gordian.

—Sustancialmente, vendría a estar de acuerdo con lo que usted sugirió en nuestra reunión —dijo Nordstrum, que se percató entonces que había enrollado tanto el cable del teléfono en sus dedos que le costó trabajo sacarlos.

—¿Y no echaría por tierra esa hipótesis el hecho de que Basjir ayudase a negociar el paquete de ayuda? —preguntó Gordian—. Si examina cualquier fotografía de la visita de Starinov a la Casa Blanca el pasado octubre, verá que en todas está el ministro a su lado.

Nordstrum emitió un sonido gutural que era el equivalente a encogerse de hombros.

—Ya sé que usted siempre se inclina por ver el vaso medio lleno, Gordian. Pero sabe tan bien como yo que la actual política rusa no difiere demasiado de la que siguieron Catalina y el zar Nicolás II. Existe una larga tradición de apuñalarse por la espalda en la capital, tanto en la moderna Moscú como en la San Petersburgo del siglo XIX.

Se hizo un breve silencio. Nordstrum se entretuvo en desenrollar el cordón mientras su amigo reflexionaba.

—De acuerdo —dijo al fin Gordian—. ¿Podría redactar un informe para Nimec y enviárselo por e-mail esta noche?

—Quizá no podré darle muchos detalles, pero sí, puedo hacerlo.

—Envíe copias a Kaliningrado, para Blackburn y para Megan. Y a Vince Scull también. A ver qué somos capaces de descubrir entre todos.

—De acuerdo —asintió Nordstrum, que estaba impaciente por desayunar—. ¿Algo más?

—Sólo un pequeño favor.

—Usted dirá.

—A ver cuándo deja esa manía de enrollar el cordón del teléfono mientras habla, o por lo menos utilice un inalámbrico. Porque siempre que hablo con usted oigo parásitos de fondo.

Nordstrum frunció el entrecejo.

—Por usted, jefe, propongo enmendarme —dijo Alex sonriendo antes de colgar.

San José, California, 7 de enero de 2000

INSTANTES después de las once de la noche, Pete Nimec estaba sentado frente a su ordenador portátil en el despacho de su casa con cara de total concentración. Leía el e-mail que acababa de aparecer en su pantalla, acerca de la investigación de Gordian sobre los acontecimientos en Rusia, en el que como asunto figuraba: «Politika.»

Mensaje codificado. 3 documentos agregados.

Asunto: Politika.

›Pete,

›son las dos de la madrugada aquí en Washington

›pero he querido completar y transmitirte los datos

›que pediste antes de meterme en la cama.

›Conociéndote como te conozco, probablemente estés

›on-line buscándolos ahora mismo,

›sin poder apartarte de este condenado artefacto

›hasta verlos en tu correo. De modo que aquí los tienes,

›un poco esbozados, pero es todo lo que he podido hacer

›en tan poco tiempo. Te sugiero que les eches un vistazo

›y te relajes. Es demasiado tarde para que yo pueda dormir

›lo necesario, pero no hay razón que nos quedemos los dos

›levantados hasta que amanezca.

›Saludos. Alex.

Nimec movió el cursor hasta la barra del menú y pulsó el botón de enviar. Luego se echó hacia atrás en la silla y aguardó esbozando una sonrisa. Alex acertaba tantas veces que parecía cosa de magia. Nunca decepcionaba.

Una vez finalizada la transmisión, Nimec se desconectó del servidor de Internet, abrió el primero de los tres archivos agregados y empezó a leerlo en la pantalla.

Perfil: Basjir, Yeni

HISTORIAL

Personal:

Nacido el 2 del 12 del 46, en Vladivostok, Primorsky Kray. Su abuelo paterno tenía una empresa de importación-exportación, antes de la era bolchevique, con oficinas en toda China y en Corea. Su padre, fallecido, formó parte de la primera

generación de oficiales de la Armada de la URSS, destinado a la flota soviética del Pacífico. La madre, fallecida, era de origen mancha. Está casado y vive en la actualidad en Moscú. El mayor de sus dos hijos es violinista. Ha realizado giras con...

Nimec pasó al siguiente apartado. Lo que para Alex era un esbozo otros lo hubiesen considerado casi un ensayo académico.

Político y militar:

Siguió los pasos de su padre y se distinguió en la Armada. Sirvió en la flota soviética del Pacífico durante la guerra fría. Fue capitán de submarinos nucleares clase Noviembre y Echo II, con base en la península de Kamchatka. Fue ascendido a contraalmirante en 1981 y llegó a tener el mando de toda la flota de submarinos nucleares. Ex miembro del Partido Comunista. Se unió al partido de Yeltsin aproximadamente en 1991. Tiene estrechos contactos con el régimen de Beijing, especialmente con los funcionarios del Ministerio de Comercio, que no se interrumpieron en los períodos más tensos de las relaciones chinosoviéticas. Fue nombrado cónsul especial en China por el presidente Mijaíl Gorbachov en 1992. Artífice del refuerzo de los vínculos políticos y económicos entre las dos naciones. Principal impulsor de los acuerdos de cooperación rusochinos de 1996 y 1997...

Los siguientes párrafos incluían un breve resumen de los acuerdos, que eran más declaraciones de principios y de intenciones que pactos formales. Sin embargo, lo que leyó en el mismo apartado un poco más adelante hizo que Nimec se irguiese en la silla vivamente interesado:

En agosto de 1999 Basjir asistió a una cumbre comercial en Beijing y fue el jefe de la delegación negociadora de un acuerdo bilateral de intercambio de armas y tecnología. Algunos rusos representantes del grupo Zavtra (véase el archivo adjunto), del que, supuestamente, Basjir es uno de los principales accionistas, formaban parte de la delegación de fabricantes de armas. Entre los altos ejecutivos empresariales estaba también presente Teng Chou, presidente del grupo malasio Lian Chemicals (véase archivo), al parecer controlado por los chinos.

Nimec leyó estos párrafos dos veces antes de continuar con los ojos casi pegados a la pantalla. Aquello explicaba muchas cosas. Y eso era precisamente lo que le preocupaba. Porque desconfiaba de lo obvio.

Bebió un sorbo de café, que ya se le había quedado casi frío, y leyó el resto del documento.

Basjir fue nombrado ministro del Interior por el presidente Boris Yeltsin en 1999. Y aún conserva el cargo. Parece ser que la amistad con Starinov empezó en la época en que éste era comandante de la división aérea de asalto, estacionada en Petropavlovsk, en la región de Kamchatka. Aunque aún le profesaba amistad y lealtad a Starinov, expresó críticas vehementes respecto al descontrol económico galopante, y por las reformas democráticas de estilo occidental...

Diez minutos después, Nimec terminaba de leer el informe. Lo imprimió, cerró el archivo y abrió el siguiente, que incluía una detallada relación de todas las empresas que controlaba el grupo Lian.

Hasta después de la medianoche no terminó de leer los informes de Nordstrum. La sensación con que se quedó después de haber leído el último fue una versión más acentuada de lo que había sentido cuando iba por la mitad del informe sobre Basjir: la sensación de que todo encajaba demasiado bien. Recordó el viaje que hizo al Gran Parque Temático de Nueva Jersey, muchos años atrás. Se hacía un recorrido en coche por senderos que pasaban por hábitats salvajes simulados, pero los animales verdaderamente peligrosos estaban confinados detrás de vallas no demasiado bien camufladas. La idea era que los visitantes se hiciesen la ilusión de adentrarse en la selva aunque, en realidad, estuviesen bien seguros en un paraje artificial dotado con grandes medidas de vigilancia y seguridad.

Nimec se frotó los ojos y volvió a hacer copias en papel de los informes. Luego salió del programa, apagó el ordenador y bajó la tapa. Echó la silla hacia atrás, se levantó y se estiró a la vez que hacía ejercicios de rotación con la cabeza y distendía los músculos de los omóplatos para compensar tantas horas de inmovilidad. Estaba tan agotado como nervioso, y se conocía lo bastante bien para comprender que no podría dormir. Allí había algo más, algo que no acababa de captar, un aspecto que se le escapaba.

Nimec agitó la cabeza. Necesitaba desesperadamente desconectar.

Salió del despacho, fue hacia el fondo de la amplia estancia que hacía la triple función de salón, comedor y cocina y se dirigió a su ascensor privado. Subió hasta la tercera planta del triplex de su propiedad, destinada por completo a gimnasio y área de entretenimiento. Estaba dividida en cuatro espacios rodeados por una pista circular de *jogging*: el dojo donde realizaba a diario sus ejercicios de artes marciales, un gimnasio plenamente equipado, una pista de tiro insonorizada y la estancia a la que ahora se dirigía. Era una fiel recreación de un sórdido salón de billares de Filadelfia en el que pasó horas cuando era un adolescente, aprendiendo a jugar con los jugadores más expertos y más sinvergüenzas, los que no tenían escrúpulos a la hora de desplumar a los pardillos. Sin embargo, ahora con un taco entre las manos hacía verdaderos prodigios, como su propio padre, sin ir más lejos.

Nimec empujó la puerta y entró. En el salón había dos hileras de mesas de campeonato antiguas, con los bordes rayados y el tapete verde, que hizo restaurar

para que estuviesen en perfectas condiciones. Había una barra de fórmica con anuncios de Coca-Cola y taburetes giratorios de vinilo. También había una máquina de discos Wurlitzer, iluminada con tubos fluorescentes, con grandes éxitos del rock and roll. Había lámparas de plato de baratillo, que pendían del techo y proyectaban un resplandor mortecino en las paredes, llenas de mugre conservada a conciencia. Los recuerdos que atestaban aquel espacio los había ido comprando en tiendas y mercados de segunda mano. Había calendarios con fotos de chicas desnudas y letreros que advertían que estaba prohibido apostar a los menores de edad.

Sólo faltaba el penetrante olor a sudor, humo de cigarrillos y brillantina. Y aunque Nimec suponía que estaba mejor sin este último toque de autenticidad, a veces sentía una perversa añoranza del tufo.

Encendió las luces, cogió uno de los tacos de 600 gramos de la taquera y fue hacia una mesa. Sacó seis bolas del cajón y las dispuso en semicírculo frente a la tronera de un rincón. Enyesó la punta del taco y se inclinó sobre el borde de la mesa. Luego apoyó el taco en el soporte que formaba con los dedos y, metódicamente, empezó a mover el taco adelante y atrás.

Colocó su bola de manera que evitase el retruque. Siempre se debía a imprecisión del jugador, claro está, pero raro era el que no lo achacaba a la mala suerte. Y Nimec tomaba muy en serio la suerte desde sus tiempos en el Ejército, donde se habituó a realizar una serie de rituales (algunos los llamaban supersticiones) para atraerse la buena suerte en combate. Aunque esta tendencia había adoptado distintas formas en la vida civil, conservaba la costumbre.

Ahora, mientras visualizaba la trayectoria que quería darle a la bola de salida, sus ojos grises reflejaban la serena y equilibrada concentración de un tirador de rifle. El quid de la cuestión, en aquella modalidad del billar, consistía en hacer entrar en una misma tronera seis bolas, una tras otra, de derecha a izquierda, y sin que entrase la propia.

Con la muñeca relajada y el brazo apoyado en el borde de la mesa, echó el taco hacia atrás y luego lo impulsó con fluidez y precisión. Tocó la primera bola en la parte inferior central para darle efecto de retroceso. Su bola impulsó a la primera a la tronera, regresó hasta él y se detuvo justo donde estaba la siguiente bola del semicírculo.

Exactamente donde él quería.

Metió en la tronera otras tres bolas en rápida sucesión, pero, al prepararse para tocar la quinta bola, crispó la mano en la parte baja del taco y la punta se levantó en el último instante. Con gran contrariedad, vio que su bola seguía a la quinta al interior de la tronera.

Nimec frunció el entrecejo y en su anguloso rostro se marcaron pronunciadas arrugas. Había fallado como un principiante.

Respiró hondo. Aquella noche se jugaba bastante más que una partida. Muchísimo más. Los informes de Nordstrum parecían indicar que, tal como la prensa

venía asegurando en los últimos días, el FBI tenía en su poder un paquete explosivo intacto. Dudaba que la conexión Lian-Zavtra se pudiese haber confirmado tan rápidamente sin los marcadores químicos, o de otro tipo, incorporados a los ingredientes de la bomba. Desde luego, los residuos químicos de los marcadores de los artefactos que sí habían explotado también habrían proporcionado la misma información, pero la conclusión era idéntica. La huella de Basjir estaba en todas partes. Había buenas razones para sospechar que estaba implicado muy a fondo en la conspiración para realizar el atentado, y quizá fuese su principal inspirador. No obstante, ¿qué motivos podía tener? ¿Avivar los sentimientos aislacionistas en Estados Unidos y provocar un replanteamiento de la ayuda alimentaria que acercaba Rusia a Occidente? Ésa era la única explicación que tenía algún sentido, y planteaba muchos problemas. Basjir era un militar, un oficial que había ocupado los más altos cargos en la armada rusa, y el mando de la segunda flota de submarinos, dotados con misiles balísticos intercontinentales, más importante del mundo. Era también un negociador, acostumbrado a sopesar muy bien sus decisiones. ¿Podría realmente justificarse por el asesinato en masa de civiles para obtener unas ventajas tan indirectas e inciertas? Además, recientemente, había participado en negociaciones de transacciones de armas muy importantes entre su país y China, e incluso podía ser que tuviese intereses financieros en una empresa rusa que distribuía armamento a través de sus empresas consignatarias. Forzosamente tenía que saber lo fácil que resultaba seguir la pista de los explosivos desde el fabricante al comprador, y que la búsqueda terminaría por conducir a preguntas sobre su papel en el atentado. ¿Qué sentido tenía?

Nimec arqueó las cejas, se agachó y volvió a sacar las bolas del cajón. Las colocó en la salida para practicar un poco más. Cuanto más pensaba en la posible complicidad de Basjir, mayores eran sus dudas. No se trataba sólo de que le faltasen piezas para completar el rompecabezas, sino que le parecía que le habían dado piezas que no encajaban para confundirlo.

Pensaba que no podía hacer más que ir paso a paso... y el modo lógico de proceder era seguir el rastro de los explosivos, desde el lugar de origen hasta el punto de venta final.

Volvió a enyesar la punta del taco, se inclinó sobre la mesa y empezó a enviar bolas a la tronera del rincón opuesto. A primera hora de la mañana llamaría a Gordian. Como exportador de tecnología americana, Roger estaba en continuo contacto con los funcionarios de Aduanas, y quizá alguno de ellos pudiera proporcionar información. Si Lian era el fabricante de los explosivos y Zavtra actuó como empresa intermediaria, ¿quién fue el destinatario del envío en Estados Unidos? ¿Y cómo transportaron los explosivos exactamente?

Alguien se había ocupado del último transporte, y Nimec se proponía averiguar quién había sido.

San José, California, y Nueva York, 8 de enero de 2000

NADA más colgar el teléfono, después de hablar con Nimec, Gordian llamó a Lenny Reisenberg, que dirigía su oficina de fletes en Nueva York.

—¿A qué debo el honor de que me llame el *gantse Icnahker*? —exclamó Lenny cuando su secretaria le pasó la llamada.

—Yo creía que era el *groyss makher*.

—Hay una sutil diferencia —dijo Lenny—. Lo primero significa pez gordo y lo segundo, jefazo. Aunque, en general, son términos intercambiables, ya que la mayoría de los peces gordos son también jefazos, y viceversa. Si le hubiese llamado *ahlte kakhker*, viejo mandamás, sí tendría razón para cabrearse.

Gordian sonrió con indulgencia y movió la cabeza. No tenía ni idea de por qué, pero Lenny parecía convencido de que era vital que aprendiese yiddish y, desde hacía diez años, no perdía ocasión de enseñarle algo. ¿Eran los mejores empleados los que tenían la idiosincrasia más marcada? En cualquier caso, los elegía bien.

—Necesito un favor, Lenny —dijo Gordian.

—Y como ahí, entre naranjos, no son más que las nueve de la mañana y sólo se ha tomado un café, supongo que es urgente.

—Muy urgente —asintió Gordian—. Se trata de un exportador ruso, del grupo Zavtra...

—Un segundo, que lo anoto.

Gordian oyó que Lenny rebuscaba por la mesa.

—Se lo deletreo —dijo Lenny—. Z-A-V-T-R-A.

—Exacto —confirmó Gordian.

—Me parece que nunca he trabajado con ellos. Así de memoria...

—Eso es lo de menos, Lenny. Lo que quiero son datos, con fechas, de todo lo que Zavtra haya enviado a Nueva York en los últimos seis u ocho meses. Quizá necesitemos remontarnos algo más atrás, pero empecemos por ahí. También necesito saber los nombres de los destinatarios.

—¿Puedo preguntar por qué debo conseguir esa información?

—Es mejor que no lo sepa.

—De acuerdo —dijo Reisenberg, y resopló al pensar que no le iba a ser nada fácil conseguir los datos—. Veré qué puedo hacer. Conozco a uno del despacho de Aduanas del World Trade Center. Si no nos alargamos más de diez segundos en esta conversación, a lo mejor aún lo encuentro en la oficina. Lo invitaré a tomar algo. Ahora que caigo, creo que tengo lo necesario para que se muestre amable con nosotros.

—Haga lo que considere oportuno, siempre y cuando no salga usted escaldado.

—No se preocupe. Lo llamaré en cuanto averigüe algo.

—Gracias, Lenny.

—De nada. Por eso se me conoce a lo largo y ancho de este mundo como un semental entre purasangres.

—Y todo un *mensch* —dijo Gordian.

—Perdone, pero no hablo francés —ironizó Reisenberg, y colgó el teléfono.

—No me digas que no es una vergüenza que esos nazis de las ligas antitabaco hayan conseguido que no se pueda fumar en ninguna parte, ni siquiera en el cuarto de baño de tu propia casa —dijo Steve Bailey, el inspector de Aduanas que Lenny Reisenberg le había mencionado a Gordian.

Estaba sentado frente a Lenny en un compartimento con mampara de Quentin's, un pub estilo inglés situado frente a las Torres Gemelas. El local tenía todas las paredes revestidas de paneles de madera oscura y una enorme barra en forma de herradura; los camareros, de mediana edad, llevaban trabajando allí el tiempo suficiente para recitar de memoria la carta y andaban de arriba abajo y de abajo arriba continuamente.

—Tiene ventajas e inconvenientes —dijo Lenny encogiéndose de hombros.

—¿No irás a decirme que ves algún problema en que en los restaurantes haya secciones para fumadores? Así es como se hacía antes de que los mojigatos y los afeminados dominaran el mundo —se lamentó Steve Bailey.

—Si quieres que te diga la verdad, compadezco al pobre camarero que corre el riesgo de contraer cáncer de pulmón a causa del humo que, como fumador pasivo, ha tenido que inhalar en su trabajo —dijo Lenny.

—Hablas como el reformado empedernido que fumaba tres paquetes al día —replicó Bailey malhumorado—. Porque, mira, si el propietario siente remordimientos por su personal, no tiene más que contratar a camareros fumadores para que sirvan en las secciones de fumadores.

—Aun y así, Steve —dijo Lenny—, lo que hacían en otros tiempos era calcular las dimensiones de las secciones de acuerdo al número de asientos, y eso dificultaba a Sanidad imponer las normativas. Los inspectores llegaban y contaban cabezas para asegurarse de que no se contravenían las normas —añadió volviendo a encogerse de hombros—. Pero los que regentaban los locales juntaban tanto las mesas que el de al lado casi se te sentaba encima.

—O la chica de al lado...

—Bueno, pero la cuestión es... —dijo Lenny resoplando.

—La cuestión es que me acabo de comer un delicioso estofado de cordero y que llevo un Macanudo en el bolsillo, y querría fumármelo para redondear una cena tan deliciosa —dijo Bailey pasándose la mano por sus rizados cabellos blancos—. Con

cincuenta años y una próstata como un palo de béisbol, no me quedan muchas cosas de las que disfrutar. Y uno tiene derecho a un poco de esparcimiento, Lenny.

Reisenberg lo miró diciéndose que aquel preámbulo le venía al pelo.

—Eso me recuerda una cosa —comentó Lenny.

Metió la mano en el bolsillo derecho de su chaqueta, sacó un sobre con el logotipo del Madison Square Garden y lo pasó al otro lado de la mesa.

—¿Qué es esto? —exclamó Bailey.

—Un obsequio, Steve. Me lo dieron los New York Knicker-bockers y yo te lo doy a ti.

—¿Los Knicks?

—Ajá.

—¡Dios mío!

Bailey tragó saliva y cogió el sobre cautelosamente, casi como si quemara. Al abrirlo y ver lo que había puso unos ojos como platos.

—¡Dios mío! —repitió moviendo la cabeza de lado a lado—. ¡Un abono para toda la temporada!

—Bueno, en realidad, sólo para parte de la temporada, porque ya estamos en enero —puntualizó Lenny mirando a Bailey—. ¿Por qué mueves así la cabeza?

—No muevo la cabeza.

—Ya lo creo que la mueves —insistió Lenny—. Si no te gusta mi regalo...

—Claro que me gusta. Ya sabes que sí. ¿Cómo no iba a gustarme? Pero como Navidad ya ha pasado, y no sabes cuándo es mi cumpleaños, debe de haber alguna razón para que me lo regales, y no sé si me gustaría saber cuál es.

—Eso me ofende, Steve —dijo Lenny, al tiempo que partía con el tenedor un pedacito de tarta de queso y arándanos que se había pedido de postre—. Es un regalo. Porque somos amigos, simplemente —añadió sonriendo—. Aunque, ya que lo mencionas, sí que hay algo que tú...

—No creo que lo haya hecho.

—¿Hacer qué?

—Mencionarlo —dijo Bailey mirando el sobre reflexivo, como si lo sopesara en la palma de la mano. Sin embargo, al cabo de unos segundos se lo guardó en el bolsillo—. En fin..., ya que has sacado a colación el tema de cómo podría yo corresponder, no te cortes y dime lo que sea. Pero teniendo en cuenta que soy fiel cumplidor de las leyes. Siempre que es posible, claro está.

Lenny asintió con la cabeza, engulló el trozo de tarta y se limpió la boca con la servilleta. Luego se inclinó hacia adelante y le dijo a Bailey lo que quería.

—Todo lo que puedas conseguirme —concluyó en voz baja—. Listas de mercancías, embarques, autorización de documentos, todo lo que puedas. Cuanto más, mejor.

—Esa empresa rusa, Zavtra... ¿realiza sus envíos por avión o por barco?

—Puede utilizar ambos medios, supongo yo. ¿Qué importancia tiene?

—La tiene por lo que se refiere a facilitarme el trabajo. El noventa por ciento de las transacciones de importación y exportación se archivan hoy en día electrónicamente, y esto me permite acceder a la información al minuto. Pero se utilizan distintos sistemas de archivo electrónico según sea el medio de transporte.

—¿Y no están interconectados esos archivos?

—Claro. Como te he dicho, no es un problema hacer una búsqueda global. Sólo lo digo para reducir al mínimo el tiempo de búsqueda —explicó Bailey rascándose la oreja—. ¿Cuándo necesitas la información?

—Para hace cinco minutos —bromeó Lenny—. A más tardar.

Bailey hinchó los carrillos y dejó salir lentamente el aire.

—¿Haces siempre lo mismo con tu esposa y tus hijos cuando les regalas algo?

—Mi amor por la familia es incondicional —contestó Lenny moviendo la cabeza—. Sólo me trato con fanáticos del deporte como tú por pura necesidad.

—Anda, pues date prisa y pide la cuenta, tonto —repuso Bailey riendo.

—¡Michael Caine!

—¡No, hombre, que es Tom Jones!

—Tom Jones es un cantante. Lo que pregunta es ¿qué actor británico trabajó en una mina de carbón antes de hacerse famoso?

—Mira, Boch, lo he visto actuar en esa película en la que los marcianos atacan...

—Se veía su imagen en una secuencia, que no es lo mismo. Y, además, Tom Jones era un puto sepulturero...

—¡Que no! Te digo que es Rod Stewart quien fue sepulturero. Tom Jones...

—Mira, dejémoslo correr. No quiero oír hablar más de Tom Jones, ¿vale? Si no era Michael Caine, sería Richard Harris...

—¿Y quién puñeta es Richard Harris?

—¡Por Dios! ¿Estás en la Luna? Es el que...

—Eh, Boch, ¿qué tal estás? —interrumpió Lenny Reisenberg desde la entrada del barracón.

Llevaba cinco minutos con el trasero congelado escuchando a Tommy Boccigualupo, el capataz del muelle, discutir con su ayudante acerca de una pregunta que habían hecho en el programa-concurso que seguían a través del pequeño televisor en color de Tommy. Detrás de él, en el embarcadero de la avenida Doce, las grúas y las carretillas elevadoras transportaban la carga desde las bodegas de los barcos y los volquetes. A la derecha de Lenny, junto a los pilotes, dos palomas le disputaban un trozo de pizza a una sucia gaviota. Más allá, el cielo y el río se confundían en una franja grisácea.

Lenny oyó un campanilleo, pitidos y gritos de los concursantes del programa de televisión. Por lo visto un concursante había ganado un premio. La algarabía resonaba en las paredes de metal ondulado del barracón.

—¡Mierda, Lenny! —exclamó Boch—. ¡No nos has dejado oír la respuesta!

—Perdonad —se excusó Lenny mirando con cara de frío la estufa eléctrica que Tommy tenía a su lado—. ¿Puedo entrar?

—Claro, mi barraca es tu barraca —respondió Boch señalando hacia un sofá casi cubierto de unos cojines Herculon muy aplastados.

Todo un lujo de inconfesable procedencia, seguramente. Lenny recordaba haber tirado uno igual en 1974. Al sentarse, los muelles chirriaron y se le clavaron en el trasero. El brazo del sofá daba la impresión de haber absorbido grandes cantidades de aceite de engrasar en algún momento de su larga vida. Pero el calorcillo de la estufa compensaba del destartado interior.

—¿Qué tal tu hijo? —preguntó Boch ladeando la silla giratoria hacia Lenny.

—Ya no lleva el pelo de color escarlata. Ahora se ha hecho trenzas a lo rasta, como los jamaicanos —repuso Lenny separando las manos con gesto de impotencia—. Pero ¿qué voy a decirle? No saca más que sobresalientes.

Boch emitió un gruñido de conmiseración y se pasó la mano por su pelo brillantado.

—Mi hija mayor, Theresa, va a tener su segundo hijo. Su marido es un vago de siete suelas, ¿*capisce*? No sé si felicitarlo o romperle un hueso.

Lenny se inclinó hacia abajo y extendió las manos frente a la estufa.

—Hijos... —dijo negando con la cabeza.

—Hijos... —repitió Boch suspirando—. ¿Qué puedo hacer por ti, Lenny? Porque, si se trata de otro trabajo urgente para la UpLink, no estás de suerte. Desde el atentado, el director del puerto nos controla hasta la respiración.

—No se trata de nada de eso.

Lenny le dirigió una elocuente mirada y señaló con la cabeza hacia su ayudante, que seguía atento al concurso. Boch asintió con la cabeza.

—Joe —dijo.

—¿Sí? —preguntó el ayudante desviando la mirada del televisor.

—Ve a echarle un vistazo a ese envío de Corea —le ordenó Boch señalando hacia el muelle a través de la ventana—. Recuérdales a los muchachos que lo quiero en el almacén antes de acabar la jornada.

—En seguida.

—Ah, Joe...

—¿Sí?

—Y tráenos café, por favor.

—Vale.

Joe se abrochó el impermeable y salió. Boch aguardó hasta que su ayudante se hubo alejado y miró a Lenny.

—Bueno, ¿de qué se trata? —preguntó Boch.

—Un amigo mío de Aduanas me ha dicho que una empresa llamada Mercury Distribution recibe muchas mercancías en este muelle. Recibió un envío de Rusia

hace cosa de mes o mes y medio.

Lenny hizo una pausa y Boch le indicó con un ademán que continuase.

—Necesito información sobre la Mercury —dijo Lenny—. ¿Son gente legal o qué?

—¿Por qué me lo preguntas? —inquirió Boch mirándolo directamente.

—Porque mi jefe me ha pedido que lo pregunte —repuso Lenny.

Boch se lo quedó mirando unos momentos en silencio.

—En los informativos vienen diciendo que quizá fueron los rusos los que hicieron lo de Times Square —dijo Boch.

—Sí, ya lo he oído.

—Y tú vienes ahora a preguntarme por la Mercury.

—Sí.

—No creo en las coincidencias.

—Ni yo tampoco, pero te juro que no sé más de lo que te digo —le aseguró Lenny—. Hago esto de buena fe.

De nuevo se hizo un breve silencio. Boch restregó los nudillos en su estómago, se los miró y luego los hizo crujir.

—La Mercury la dirige un tipo que se hace llamar Nick Roma —explicó al fin Boch—. Pero no dejes que el nombre te confunda, no es italiano. Se llame como se llame, apesta. Es un cabrón.

—¿Qué clase de mercancías importa?

—No es asunto mío. He de velar por mi salud para poder cuidar del bienestar de mi esposa.

Lenny asintió con la cabeza y se levantó del sofá. Luego fue hasta la entrada y se volvió hacia Boccigualupo. Aunque aún estaba dentro, notaba el frío que lo atería a medida que se alejaba de la estufa.

—Te debo un favor —dijo Lenny—. Ah, y para tu información, la respuesta a la pregunta del concurso es Richard Burton.

—Gracias. Me aseguraré de que Joe lo averigüe —dijo Boch mordiéndose el labio superior—. Y dile a tu jefe que tenga cuidado, Lenny. Podría estar mezclándose con gente peligrosa.

Lenny dio un paso más hacia la puerta y se detuvo con medio cuerpo fuera. En el muelle, la gaviota les había ganado la batalla a las palomas y agitaba triunfante el trozo de pizza en el pico. El cielo estaba más gris que antes.

—Se lo diré —le aseguró Lenny.

A la tres de la tarde, Gordian llamó a Nimec a su despacho.

—Buenas noticias —dijo Gordian—. Acabo de hablar con Reisenberg.

Nimec crispó los dedos en el auricular.

—¿Tiene el material? —preguntó.

—Montones. O, por lo menos, eso me ha dicho —contestó Gordian—. ¿Quieres que nos los envíe por el servicio urgente de la Federal Express?

Nimec reflexionó unos momentos. La Federal Express solía ser eficiente, pero incluso una empresa tan reputada había extraviado paquetes, o los había entregado a quien no correspondía. No podía arriesgarse. Nimec no sabía de dónde había sacado Lenny la información, pero estaba seguro de que alguien tendría problemas si corría la voz de que una persona filtraba información. Además, pensó, puestos a pasar otra noche en vela, prefería pasarla preparando su bolsa de viaje.

—No. Creo que es mejor que vuele yo a Nueva York mañana por la mañana —respondió.

Gordian guardó silencio unos momentos.

—Me huelo que debe de haber pasado usted la noche desgastando la alfombra, Pete —dijo Gordian.

Nimec dejó de pasear de un lado a otro.

—Se nota que no conoce bien a sus empleados —bromeo Nimec.

Gordian sonrió.

—¿Tiene el equipo preparado, Pete?

—Siempre. Me bastará un momento.

—Bien. Porque puede que no tengamos más que eso..., un momento.

—Los avisaré en seguida —dijo Nimec—. Y prepararé mi bolsa. Hasta luego.

Nada más colgar, Nimec pulsó el botón para comunicar con su equipo.

Nueva York, 16 de enero de 2000

CUENTA la leyenda que cuando le propusieron a Alejandro Magno que deshiciese el nudo gordiano, lo partió de un tajo con la espada, en lugar de tratar de estudiar el intrincado laberinto de nudos y revueltas.

Problema solucionado, según Alejandro, siempre pragmático y directo.

Cuando Roger Gordian, Megan Green y Peter Nimec concibieron la idea de organizar un grupo para afrontar las crisis y los problemas en el seno de UpLink, la idea de llamarlo proyecto Espada acudió a la mente de Megan del modo más natural, como un rayo de sol penetrando a través de las nubes en una mañana de verano. La alusión indirecta al apellido de Roger parecía sumamente apropiada, dado el modo realista y resuelto que tenía Gordian de afrontar los problemas, parecido al de Alejandro.

El proyecto Espada era, realmente, su respuesta a los nudos gordianos modernos. Se trataba de una red especial de inteligencia que utilizaba la prospectiva para tratar de anticiparse a los problemas, de desactivarlos antes de que amenazasen la paz y la estabilidad internas, los intereses de su país y los intereses de su empresa... que, por lo general, coincidían.

Sin embargo, el grupo Espada no se limitaba al plano teórico sino que, si las cosas se torcían, disponía de los medios necesarios para actuar con contundencia. Formado por centenares de hombres y mujeres, cuidadosamente seleccionados por Nimec y procedentes de cuerpos policiales y de servicios de inteligencia de todo el mundo, el grupo Espada podía afrontar cualquier situación. La estructura organizativa y operativa creada por Nimec era tan sólida como sencilla. Para poder actuar con la mayor eficacia y secreto, las oficinas regionales tenían instalaciones independientes; los miembros del grupo tenían su base de operaciones en zonas con las que estuviesen personal o profesionalmente familiarizados; y los miembros que tuviesen que cumplir misiones especiales debían operar sin infringir las leyes de los países a los que fuesen enviados ni emplear armas letales salvo que fuese inevitable.

En aquellos momentos, Nimec pensaba que el jefe de su sección local, Tony Barnhart, había seguido todas estas directrices al pie de la letra, por eso confiaba en que su modo de operar se ajustase al plan a pesar de los vientos que soplaban.

Una planta de envasado de carne, construida a principios de siglo, había sido habilitada como cuartel general de Espada en Nueva York. Estaba entre las calles Hudson y Dowar del Soho, cuyo nombre era un guiño al famoso barrio de los teatros londinenses. En los viejos tiempos, antes de la invasión de los rascacielos, desde el balcón de la tercera planta del edificio se podía ver el arco de Washington Square

entre las sinuosas calles de Greenwich Village, Gramercy Park al norte, y más allá, el Empire State señoreando por encima de los más modernos, y menos atractivos, rascacielos de basalto y cristal. En la actualidad, los antiguos puntos de referencia eran invisibles, enterrados en un mar de edificios más nuevos y más altos.

Pero en plena ventisca ni siquiera las grandes torres asomaban en el horizonte. Nimec no veía más que gruesas cortinas de aguanieve, rasgadas por la pirotecnia de truenos y relámpagos.

Nimec le dio la espalda al balcón y miró en derredor de la estancia, donde Barnhart y su compañera de equipo, Noriko Cousins, hacían en silencio los preparativos de última hora. La sala, pintada de gris claro, tenía una chimenea rodeada de baldosas de mármol, sin repisa ni manto, muy estilizada y sencilla. Las llamas crepitaban y proyectaban un resplandor anaranjado en la alfombra, el mullido sofá blanco y el revestimiento de madera de la pared. Bastaba apretar un botón camuflado como si fuese un nudo de la madera para que se abriese un panel que disimulaba el escondrijo del que Nimec había sacado los instrumentos y el equipo que utilizarían en su misión.

Barnhart tenía en su regazo un rifle semiautomático de combate Benelli, con un recubrimiento sintético de color negro no reflectante y una mira telescópica acoplable. El cargador tubular que había introducido por la culata contenía seis casquillos del calibre 12, cada uno de los cuales lanzaba una cápsula de gas lacrimógeno. En bolsas de su arnés de nailon llevaba media docena de cargadores con balas de goma, balas incendiarias y otros proyectiles de neutralización y distracción. Colgados de las correas que cruzaban su pecho llevaba aerosoles de un sedante químico que la piel humana absorbía como una esponja. Y en el cinturón llevaba una porra que producía descargas de alto voltaje.

Sentada en el suelo con las piernas cruzadas, Noriko preparaba cuidadosamente sus instrumentos de cerrajería en la superficie de la mesa. Noriko tenía el pelo muy negro y llevaba cola de caballo. Estaba muy concentrada, con sus ojos oscuros de asiática entornados. Llevaba al cinto una arma parecida a la que utilizaba un personaje del cómic de Spiderman; tenía el tamaño de una pistola de señales y disparaba un filamento impregnado de un polímero superadhesivo. En la alfombra, a su derecha, había un aparato parecido a un gato mecánico que llevaría colgado del hombro y que sólo utilizaría en caso de que, para forzar una determinada puerta, fuese más importante la rapidez que el sigilo.

También tenía a mano, en el suelo, la cápsula de plástico duro de un proyectil Saber paralizante. Antes de salir, lo último que haría sería insertar el Saber en un lanzagranadas de 40 milímetros, acoplado al cañón de un rifle M16. La munición que Noriko había introducido en el cargador eran balas de 5,56 milímetros en el interior de casquillos de plástico del calibre 50. Si se disparaban a pequeña velocidad, controlada por un regulador WRS especialmente diseñado, los casquillos seguían en su lugar a modo de amortiguadores del impacto, que no era letal. A mayor velocidad,

los casquillos reventaban y permitían que fuesen las balas las que impactasen.

Nimec esbozó una sonrisa. Todo tecnología punta, ¿eh?, pensó. Un equipo más moderno que el que había tenido que improvisar muchas veces en Operaciones Especiales. Pero costaba prescindir de los viejos hábitos, y él seguía siendo bastante tradicional. Llevaría botes de humo y granadas deslumbrantes, aerosoles de gas paralizante y su Beretta de 9 milímetros, con munición estándar, por si era necesario utilizar armas letales, pese a su intención de no hacerlo.

Miró el reloj.

Eran las ocho menos cuarto, casi la hora de ponerse en marcha.

—¿Crees que Roma seguirá con su rutina a pesar de este tiempesito? —le preguntó Nimec a Barnhart señalando con la cabeza hacia la ventisca que se veía a través del balcón.

—A menos que se vea con nieve hasta las orejas, dudo que Nicky altere sus costumbres —contestó Barnhart mirándolo.

—Esperemos que en su oficina haya algo que nos sea útil —dijo Noriko alzando la vista.

Nimec asintió con la cabeza. Metió la mano en el bolsillo izquierdo del pantalón y cruzó los dedos sin que Barnhart y Noriko lo advirtiesen.

—Esperemos que sí —dijo.

Brooklyn, Nueva York, 16 de enero de 2000

A través de la ventana, la densidad de los copos apenas permitía ver nada. Las luces de las farolas teñían la nevada de un color sonrosado y le daban una apariencia espectral.

Nick Roma dejó el inalámbrico en el receptáculo y maldijo para sus adentros. Oía el viento soplar con furia y lanzar gruesos copos contra los cristales como puñados de arena. Aunque la lluvia que había caído antes impedía que la nieve se acumulase, estaba seguro de que la ciudad amanecería cubierta por montañas de nieve.

Bueno, pensó Nick, no podía perder su tiempo pensando en el tiempo. Debía centrarse en lo inmediato. Marissa acababa de llamarlo por teléfono para decirle que lo echaba de menos. ¿Por qué no la había llamado?

Era bueno tenerlas inquietas, pues se mostraría generosa con sus atenciones por la noche, querría asegurarse de que no se había cansado de ella. El apartamento de Shore Road donde la tenía le costaba dos mil dólares al mes, aparte de la pequeña fortuna que gastaba en ropa y en chucherías. El dinero era lo que provocaba su pasión, aunque la verdad era que daba tanto como recibía. Y, como en todo trato justo, ambas partes estaban satisfechas.

Nick Roma se levantó del sillón, rodeó la mesa y fue hasta el armario. Cogió de una percha una chaqueta de Armani, se la puso y luego fue a mirarse al espejo; allí se alisó la chaqueta y se peinó. Ya podía nevar, así se ahogasen todos en nieve. El pasaría la noche disfrutando con un cuerpo suave y cálido.

Satisfecho con su aspecto volvió a su mesa. Al lado tenía una bolsa negra con dos botellas de Pinot Noir. Francés. Los vinos americanos no tenían nada que hacer.

Miró el reloj. Las once menos diez. Era domingo y su *nightclub* estaba cerrado. Nick se había reunido en la oficina con sus hombres de confianza. Éstos le habían presentado sus informes como todos los domingos y él les había dado instrucciones y había mediado en sus disputas. La mayoría se quejaban de tener que desplazarse con aquella tormenta de nieve. Si estuviesen en su lugar, se decía Nick, lo verían de otra forma. El ojo del amo engorda al caballo, pensaba. Y quien no lo hiciese así haría oposiciones al desastre.

Ahí estuvo el problema respecto a su participación en lo ocurrido en Nochevieja. En buena parte, se le había escapado de las manos desde el principio. El artefacto que no hizo explosión lo tenía preocupado. Antes de que los medios informativos empezasen a comentarlo, él ya había sospechado algo así. Las primeras noticias sobre el atentado mencionaban sólo tres explosiones posteriores a la inicial. Aunque pecó de optimismo al pensar que, posiblemente, se hubiesen equivocado. Sin embargo, le

quedó la duda y, a medida que pasaban los días, la posibilidad de que fuese cierto se hizo más verosímil. En aquellos momentos, las pruebas comentadas por los medios parecían concluyentes. Tres explosiones, no cuatro. Coincidían las declaraciones de testigos presenciales, las filmaciones de las cámaras de vídeo y las fotografías. Al publicarse la noticia del descubrimiento de una bomba que no hizo explosión y que el FBI la estaba analizando, comprendió que todo era cierto. No paraba de darle vueltas. ¿No lo habrían hecho a propósito Gilea y sus hombres? Y, de ser así, ¿por qué? Era consciente de que se proponían poner palos en las ruedas a determinadas negociaciones entre Rusia y Estados Unidos... Su gran error fue desentenderse de los entresijos de su plan y, por lo tanto, quedarse a oscuras respecto al resultado final. ¿Se había implicado en algo mucho más grave de lo que creyó? Y, de ser así, ¿cabía la posibilidad de que lo sacrificasen como parte de ese mismo plan?

Podía ser que se estuviese dejando llevar por la imaginación... Pero, antes de aquella Nochevieja, lo mismo podía haber dicho de cualquiera que aventurara un atentado de aquellas proporciones en Times Square. ¿Y si le hubiesen tendido una trampa para que fuese él la cabeza de turco? Tenía que analizarlo bien, pese a la actitud que Gilea tuvo con él la noche del atentado y lo que hicieron después, allí mismo en su oficina... O quizá no debería decir pese a sino precisamente por. Se entregó a él como si se abrasara de deseo, como si las llamas que mataron a tantos centenares de personas la invadiesen con un fuego muy distinto. No sabría describirlo de otro modo. Gilea, Gilea. Tanto ardor y luego desaparece, sin más. ¿Qué pensar de ella? Una mujer como Gilea era capaz de todo. De todo.

¿Y si estuviese exagerando sus celos? Ciertamente, estaba muy nervioso desde hacía dos semanas. Supongamos que exagerase, que no lo estuviesen utilizando como peón de una insidiosa partida, y que el hecho de que la bomba no explotase fuese accidental. Pero, aunque la bomba que no explotó no tuviese nada que ver con los planes de Gilea, ¿en qué mejoraba eso su situación? Aunque no mediase ninguna traición, cuando las cosas se torcían alguien pagaba el pato. Lo que le preocupaba era que el análisis de los explosivos condujese a una conexión entre el distribuidor y su empresa de importación. No era un experto en temas científicos, pero sabía que podía hacerse. Las autoridades americanas debían de estar presionando a sus cuerpos policiales para que se practicasen detenciones. ¿Cómo podían inculparlo las pruebas? No lo sabía. Pero no iba a quedarse de brazos cruzados.

El viento embistió la ventana, la ametralló con cristales de nieve y el ruido fue lo bastante fuerte para sobresaltarlo. Nick frunció el entrecejo, desechó sus negros augurios y volvió a su mesa.

Había hecho todo lo que había podido, por lo menos de momento. Sus hombres indagaban para tratar de descubrir qué habían averiguado los federales. Levantarían cortinas de humo allá donde pudiesen. Y si eso no bastaba..., tenía su seguro, sus filmaciones de Gilea acariciando el bloque de goma-2. Estaba seguro de poder hacer un trato si llegaba a verse frente a la justicia.

Volvió a coger el teléfono. Llamó abajo y les dijo a sus hombres que calentasen el motor de su coche. Quería olvidar sus preocupaciones durante unas horas, perderse entre los brazos de Marissa, relajarse.

De lo contrario, si pensaba en lo que podía ocurrir, acabaría volviéndose loco.

Brooklyn, Nueva York, 16 de enero de 2000

—AHÍ va Nicky con sus gorilas —dijo Barnhart.

Nimec estaba sentado a su lado, en el asiento del acompañante del monovolumen, mirando a través del parabrisas en silencio.

—Como un reloj —dijo Noriko desde el asiento de atrás.

Nimec asintió levemente con la cabeza pero permaneció en silencio. Habían aparcado a media manzana del club Platinum, con los faros y el motor apagados. Al no tener encendida la calefacción, una capa de nieve había cuajado en el cristal y dificultaba mucho la visión. No habían utilizado el limpiaparabrisas ni siquiera un momento.

Evitaban hacer nada que pudiera llamar la atención.

Nimec siguió con la mirada a Nick Roma, que se acercaba al bordillo frente al club Platinum. El bajo del abrigo le daba en los tobillos. Iba flanqueado por dos guardaespaldas muy fornidos y otros dos aguardaban en la calle. Los guardaespaldas esperaron hasta que Roma subió a un coche estacionado frente a la entrada; luego subieron a otro coche que estaba justo detrás.

Nimec y su equipo observaron y aguardaron. Los copos de nieve caían en densos grumos sobre el capó.

—¿Y va siempre rodeado de ese pelotón? —preguntó Nimec rompiendo el silencio.

—Yo diría que especialmente ahora —contestó Barnhart encogiéndose de hombros—. Puede que Nicky esté algo nervioso. Debe de querer estar preparado, por si acaso.

Nimec pensó en la respuesta de Barnhart, ex miembro de la Brigada Criminal del FBI, que había reunido un amplio informe sobre el historial de Nick. En la pasada semana, Nimec lo había leído de arriba abajo, y sabía ya todo lo que convenía saber acerca de Roma y de su red. El expediente aseguraba que Nick Roma era quien controlaba en la sombra la Mercury Distribution, una empresa especializada en el transporte de mercancías, tanto legales como ilegales, que operaba dentro y fuera del país.

El 28 de noviembre, la Mercury recibió un envío de diversos productos, etiquetados bajo el rótulo genérico de «complementos teatrales», cuyo destinatario era Partners Inc., una de las muchas empresas subsidiarias que tenía Roma y que, nominalmente, era la propietaria del club Platinum.

Las mercancías llegaron al muelle Red Hood a bordo de un carguero que pertenecía al grupo Zavtra.

—Llueva, nieve o granice, Nicky va al nidito de su novia todos los lunes por la noche —dijo Barnhart sin quitarles ojo a los coches en los que iban Roma y sus hombres, quienes al llegar a la avenida Quince dieron la vuelta y enfilaron en dirección opuesta.

—O él es un animal de costumbres o ella es otra cosa —dijo Noriko.

—Puede que ambas cosas —dijo Barnhart sonriendo—. ¿No estarás celosa, Noriko?

—Antes me lo montaría con una anguila eléctrica —replicó ella.

Nimec siguió con la mirada las luces de los coches que se alejaban en la noche bajo la ventisca. Aguardó diez minutos oyendo la nieve caer en el techo del vehículo. Luego ladeó la cabeza hacia Barnhart, miró a Noriko por el retrovisor y asintió para que ambos lo viesen a la vez.

Los tres se pusieron las capuchas que llevaban remetidas bajo el jersey.

—Vamos allá —dijo Nimec alargando la mano hacia la manecilla de la puerta.

Brooklyn, Nueva York, 16 de enero de 2000

NIMEC se quedó a vigilar en la bocacalle, mientras Noriko y Barnhart avanzaban entre las sombras hasta la parte de atrás del club Platinum. Barnhart llevaba una cizalla en una mano y una linterna sorda en la otra. Colgada del hombro llevaba la pistolera con su Benelli. Estaban dejando huellas de pisadas en la nieve pero era inevitable. Además, si Nick se mantenía fiel a su costumbre y no regresaba hasta el día siguiente, no las vería, porque la nieve las habría cubierto.

La caja de las conexiones del teléfono estaba a la altura de los ojos en la parte exterior del edificio. Noriko la había localizado dos noches antes, cuando fue a inspeccionar y siguió la trayectoria de un cable desde el poste de la calle adyacente.

Noriko se detuvo y examinó la caja metálica y rectangular. Hundida en nieve hasta los tobillos, exhalaba vapor por la boca y por la nariz. Al cabo de un momento, le hizo una seña a Barnhart para que le pasara la cizalla y la alumbrara con la linterna. Los cables del teléfono entraban por la parte inferior de la caja a través de un conducto de polivinilo. Noriko sabía que aquella línea sería la misma que utilizarían para transmitir desde el sistema de alarma a la consola de control. Aunque era posible que Roma hubiese instalado un línea independiente para cada sistema, o incluso una línea celular de apoyo, dudaba que lo hubiese hecho. Como miembro del grupo de intervención que dirigía Barnhart en sus tiempos en el FBI, había irrumpido en muchos domicilios controlados por la mafia, y siempre se había encontrado con sistemas de seguridad muy rudimentarios. La gran mansión de Paul Castellano, por ejemplo, era una excepción, pero eso se debía a que la familia Gambino siempre tuvo pretensiones señoriales. No era el caso de Roma, que era un gángster de la vieja escuela y todavía confiaba en sus pistolas y sus gorilas.

Noriko limpió la nieve que se acumulaba en el conducto de polivinilo y lo sujetó con la cizalla. Un relámpago hizo temblar el aire. Una bolsa de comida salió volando desde un montón de desperdicios acumulados en el callejón y le pasó rozando un pie. Noriko apretó los labios. Cuando hubo cortado el cable casi hasta la mitad, hizo girar la cizalla y la fijó al otro lado, dejando al descubierto los filamentos, que cortó fácilmente.

Salvo que dispusieran de un doble circuito de seguridad, los teléfonos y las alarmas externas habían quedado inutilizadas.

Noriko señaló hacia su izquierda y le devolvió la herramienta a Barnhart, quien vio una puerta que daba al callejón unos metros más allá. Le hizo una seña a Noriko para que lo siguiera y fueron hacia allí.

Noriko se acuclilló junto a la puerta a la vez que Barnhart enfocaba la cerradura

con la linterna. Ella sacó un estuche de piel que llevaba en uno de los bolsillos de su mono, lo abrió y sacó dos ganzúas muy finas. Sujetó una entre los dientes e introdujo la otra por el ojo de la cerradura. Manióbró con habilidad para hacer saltar dos guardas y, al cabo de unos segundos, extrajo la ganzúa y utilizó la otra para hacer saltar los demás rodetes y correr el pestillo.

Noriko ladeó la cabeza hacia Barnhart y él volvió a asentir. Ella llevó la mano derecha al pomo. Si la puerta estaba atrancada por dentro, tendrían que intentar entrar por la parte delantera, con el consiguiente riesgo.

Noriko hizo girar el pomo, empujó con el hombro y la puerta se entreabrió.

—Abracadabra —musitó Barnhart apretándole el brazo cariñosamente.

Ella respiró aliviada y la tensión de sus músculos remitió. Guardó las ganzúas en el estuche y se lo metió en el bolsillo. Barnhart enfocó la linterna sorda hacia la entrada del callejón y la encendió y apagó dos veces. Nimec contestó a la señal oculto entre las sombras y después corrió hacia sus compañeros, con una bolsa de nailon en la mano.

De pronto, oyeron el ruido de un motor y vieron los haces amarillentos de los faros en la calzada cubierta de nieve. Se quedaron inmóviles en la puerta, expectantes. Transcurrió un segundo lentísimo. Y otro aún más lento. Entonces vieron asomar una máquina quitanieves del Ayuntamiento que pasó de largo del callejón, giró a la izquierda y enfiló por la avenida.

Nimec les indicó con un ademán que entrasen en el edificio.

Barnhart fue delante, con las herramientas en los bolsillos, empuñando la pistola de gas paralizante, cuya luz, adosada a la parte baja del cañón, proyectaba un haz cónico hacia la oscuridad más allá de la puerta. Se veía una estrecha escalera a la izquierda que conducía a la parte superior.

Barnhart miró a sus compañeros, señaló con el mentón hacia los escalones y empezó a subirlos.

Nimec y Noriko lo siguieron sin vacilar.

Un rayo cayó en la farola de la esquina de la calle Ochenta y seis y Narrows Avenue justo en el momento en que el coche de Nick Roma giraba en aquella dirección por Shore Road. Durante unos momentos, la lámpara de sodio emitió un brillo más intenso y luego estalló esparciendo sus restos humeantes por la calzada. Las interferencias de la radio del Lincoln en el que iba Roma ahogaron la voz de Michael Bolton.

—¡Qué putada! —exclamó el chofer.

En el asiento de atrás, Roma miró por la ventanilla. A todo lo largo de la avenida, los árboles desnudos se cimbreaban con el viento que llegaba desde la bahía Gravesend.

Roma miró el reloj del salpicadero.

—Son casi las once y media —dijo nervioso—. ¿Por qué leche tardamos tanto en llegar?

—Este maldito tiempo —se justificó el chofer—. Si corriera un poco más, volcaríamos.

Roma emitió un sonido ininteligible. Se preguntaba si Marissa se habría puesto el conjunto tan cortito que le regaló la semana pasada, y cuánto tardaría en quitárselo en cuanto pasase por la puerta. Uf, estaba que se subía por las paredes, ardiendo de deseo. Dudaba poder aguantar hasta que llegasen a la cama. Quizá luego se bañasen juntos, con una de las botellas de vino al lado...

—¡Mierda! —exclamó de pronto Nick dándose una palmada en la pierna muy contrariado.

Pero ¿en qué estaría pensando? El vino. Había olvidado la bolsa con las dos botellas de Pinot Noir en el club.

Miró hacia atrás, hacia el coche en el que iban sus otros hombres. Por suerte, les había dado instrucciones para que los siguieran de cerca hasta que llegasen a casa de Marissa. Por lo menos así podrían hacer algo útil.

—Oye, Val, llama a los otros —dijo inclinándose hacia el asiento del acompañante—. Hay una bolsa de plástico en mi oficina, junto a la mesa, con dos botellas de vino dentro. Diles que den la vuelta y vayan a buscarlas, que me las traigan al apartamento de Marissa y llamen al timbre. Saldré yo a recogerlas.

Val asintió con la cabeza, soltó una mano del volante y sacó el móvil que llevaba en el bolsillo izquierdo de la chaqueta.

—Ah, Val... —dijo Roma.

El chofer lo miró a través del retrovisor.

—Diles que se den prisa —le ordenó.

—Nuestro amigo Nicky se da la gran vida —murmuró Barnhart enfocando la bolsa de plástico que estaba junto a la mesa con la luz de la pistola. El haz se reflejó en las dos botellas de vino tinto—. ¡Vaya! Aquí tiene dos botellas de chambertin.

—Y usa colonia cara —susurró Noriko, que estaba frente a la mesa abriendo cajones y palpando en el interior—. O eso parece. No hay nada en estos cajones. Ni papeles, ni bolígrafos ni siquiera un paquete de chicle.

Barnhart se acercó a ella, sacó uno de los cajones de sus guías y volcó el contenido en el suelo. Luego palpó el hueco dejado por el cajón en busca de compartimentos camuflados.

Mientras tanto, Nimec inspeccionaba el resto de la oficina pasando las manos enguantadas por las paredes, buscando indicios de que hubiese una caja fuerte o un cofre ocultos. Aparte del enorme televisor, el sistema de sonido y el vídeo conectado a ambos, no había nada que llamase la atención. Probablemente, Nick debía de haber visto *El padrino* cientos de veces. Sin embargo, no encontraron cintas, ni compactos

ni nada inusual. Hacía cinco minutos que habían entrado y Nimec no quería permanecer allí más de quince. Hasta el momento, estaban de suerte. Habían localizado la oficina casi nada más llegar al último rellano de la escalera (aparte de la entrada a un almacén, no había en el pasillo más puertas que la de la oficina). Y la cerradura no le había presentado a Noriko más dificultades que la de abajo. Pero no podían perder tiempo.

Al ver que no encontraban nada, Nimec se detuvo a reflexionar mirando en derredor. Incluso en la oscuridad podía ver que todo estaba escrupulosamente ordenado y limpio. Dedujo que Roma era capaz de camuflar cualquier cosa perfectamente. Entonces se fijó en el enorme espejo que cubría una de las paredes de arriba abajo; miró a Barnhart y le dio un toquecito en el brazo.

—Enfoca el espejo, por la parte central —le pidió.

Barnhart asintió y el reflejo de la luz en los paneles del espejo produjo haces estrellados en la estancia.

Nimec, junto al espejo, lo recorrió con la mirada. Por señas le indicó a Barnhart que enfocase hacia la izquierda y un poco más abajo. Luego alzó la mano con la palma hacia afuera para que no la moviese más.

—¿Ves eso? —susurró entusiasmado—. No la muevas.

Barnhart asintió de nuevo. Al fijarse bien en el rodal que abarcaba el haz vio un pequeño círculo, de poco más de un centímetro de diámetro, cuya superficie parecía transparente, como si el azogue hubiese saltado por dentro. Y, al fijarse mejor vio que, en efecto, era un círculo perfecto, demasiado perfecto para no estar hecho a propósito.

Nimec estaba hora prácticamente pegado al espejo, de pie, empujándolo con el carpo de la mano derecha.

En el mismo momento en que Barnhart comprendió que el espejo permitía ver desde el otro lado, el panel se abrió hacia la oficina.

—¡Madre mía! —exclamó enfocando al cubículo—. ¿Qué es esto?

Nimec pensó que era innecesario contestar. Lo que había encontrado era, obviamente, un sistema de grabación de vídeo; una cámara de vigilancia conectada a otra portátil para poder hacer copias inmediatamente. El objetivo de la cámara estaba alineado con el orificio transparente del espejo y enfocado hacia la oficina. Quizá Roma no llevase archivos escritos de sus tratos, pensó Nimec, pero eso no significaba que no tuviese archivos.

Nimec permaneció allí de pie mirando el escondrijo. En un estante, bajo los instrumentos electrónicos, había varias cintas de vídeo y una hoja de etiquetas adhesivas. Sin embargo, las cintas no estaban etiquetadas.

—Parece que no ha catalogado aún sus últimas hazañas —susurró Noriko—. ¿Qué habrá grabado?

—Me parece que tendremos que averiguarlo —contestó Barnhart.

Nimec se apresuró a coger las cintas del estante y se las guardó en la bolsa. Luego

sacó la que había en la cámara y se la guardó también.

—Vamos —dijo Nimec a la vez que cerraba el panel y se volvía hacia sus compañeros—. Larguémonos de...

El ruido de un vehículo que se acercaba lo hizo interrumpirse. Los tres se miraron expectantes e inquietos. Oyeron los neumáticos aplastar la capa de nieve. El vehículo estaba cerca, muy cerca, tal vez justo frente al edificio. Al cesar el ruido del motor, oyeron que cerraban las puertas y unas voces broncas que llegaban desde la calle.

Nimec cruzó la estancia, se apostó junto a la ventana y miró sin apenas asomar el ojo por el marco. Había dos hombres frente a la entrada del club, y parecía haber otros dos en el asiento delantero del coche. Uno de los tipos que estaba en la acera llevaba una especie de guerrera sobre un jersey de cuello de cisne. El otro llevaba un abrigo gris. Ambos eran altos y fornidos. Los reconoció al instante, igual que el vehículo en el que habían llegado. Eran los gorilas de Roma, los que lo flanqueaban al salir del edificio media hora antes.

Mientras Nimec los observaba, los dos que habían bajado del coche fueron hacia la entrada, pasaron bajo la marquesina y se perdieron de vista.

—Tenemos problemas —les dijo a Barnhart y a Noriko.

—Eh, ven aquí —dijo el de la guerrera.

—¿Qué pasa, Vasily?

—Tú ven y echa un vistazo, ¿quieres?

El del abrigo agitó los pies para quitarse la nieve de los zapatos y se le acercó cansinamente.

Vasily se había detenido justo en la entrada y miraba la pared, hacia el panel de control del sistema de seguridad. La alarma tenía el regulador fijado en treinta segundos para que, al introducir el código que desactivaba el sistema, tuviesen tiempo de entrar. Vasily iba a teclear el código cuando reparó en el dato que reflejaba la pantallita de cristal líquido.

Su compañero miró el rectángulo iluminado. Su pálidos caracteres digitales indicaban: Código 29: fallo del sistema.

Vasily miró al del abrigo.

—No lo entiendo.

—Puede ser cosa de la tormenta. A lo mejor se ha ido la luz. O el viento nos ha dejado sin teléfono.

—No sé... Pavel —dijo Vasily moviendo la cabeza con expresión recelosa—. ¿Y si fueses a ver la puerta de atrás?

Pavel permaneció inmóvil unos momentos y frunció el entrecejo sopesando la pequeña molestia de ir hasta la parte de atrás y lo que haría su jefe si ocurría algo.

—Sí —dijo sacando la pistola que llevaba bajo la chaqueta—. Es mejor asegurarnos.

En la oficina, Nimec, Barnhart y Noriko oyeron a los dos guardaespaldas hablar agitadamente y echar a correr escaleras arriba al descubrir que la puerta trasera estaba abierta. Instantes después, vieron que se encendían las luces del pasillo y oyeron rápidos pasos.

Enfilaban hacia el despacho.

Las pisadas se detuvieron frente a la puerta.

Se hizo un largo silencio.

Un silencio opresivo.

Y oyeron girar el pomo.

Nimec tocó a Noriko por encima del codo y ella se colocó en posición de disparar. Su sombra se recortaba en la oscuridad de la estancia. Al abrirse la puerta, los dos guardaespaldas irrumpieron en la sala empuñando sendas Uzi.

Noriko apretó un botón de su láser M203 y un haz cegador de gran intensidad le dio en pleno rostro a Vasily, quien gritó y se llevó las manos a la cara dejando caer el arma. Noriko mantuvo el haz cegador unos momentos más. Vasily retrocedió hacia el pasillo trastabillando, chocó con Pavel y rodó por el suelo entre aparatosas contorsiones.

—¡Mis ojos! —gritó arrodillándose y sin separar las manos de la cara—. ¡Oh, Dios mío, mis ojos, mis ojos!

Pavel lo ignoró y se apostó junto a la puerta sin asomar más que la Uzi. Disparó una ráfaga. Noriko y sus compañeros se parapetaron tras la mesa. Las balas de 9 milímetros reventaron la ventana, hicieron saltar pintura y yeso de las paredes y se incrustaron en la mesa de Nicky, mientras una lluvia de casquillos repiqueteaba en el suelo. Barnhart asomó el cañón de su Benelli y disparó una granada deslumbrante hacia la puerta. La intensa llamarada se mezcló con una nube de humo en el pasillo. Pavel dejó de disparar y se retiró de la entrada. Casi simultáneamente, Noriko llevó el índice al gatillo de su MI6 y disparó una ráfaga de casquillos WRS para cubrir a sus compañeros.

—¡Ahora! —gritó Nimec.

Los tres se abalanzaron hacia la puerta mientras ella seguía con sus ráfagas de proyectiles no letales. Al llegar al pasillo, Noriko giró hacia la derecha y, al ver a Pavel agachado junto a la puerta empuñando la Uzi, le apuntó al pecho. El del abrigo se desplomó hacia atrás como un fardo mientras apretaba el gatillo y disparaba una larga ráfaga hacia el techo. Una lluvia de fragmentos de yeso le cayó encima al tiempo que los disparos rebotaban de pared a pared.

—¡Mierda! —masculló Barnhart entre dientes detrás de Noriko.

Ella volvió la cabeza y vio que se llevaba la mano al costado derecho con un gesto de dolor. En seguida asomó sangre entre sus dedos y una mancha oscura empezó a agrandarse en su mono. Tropezó pero Nimec se acercó a sujetarlo antes de que cayese al suelo.

Mientras tanto la Uzi de Pavel seguía disparando. Noriko se giró hacia él y volvió a darle en el pecho. El ruso gritó y la Uzi se le escapó de las manos. Quedó inerte, en el suelo, como fulminado por un rayo, muerto.

Nimec ayudó a Barnhart a incorporarse y reparó en que sangraba profusamente por el costado derecho.

—Me duele mucho —dijo Barnhart.

Nimec lo miró apretando los labios.

—Intentaremos salir de aquí por donde hemos entrado —dijo—. Con un poco de suerte, los otros dos tipos aún estarán en la parte delantera.

—No creo que pueda llegar a las escaleras —dijo Barnhart negando con la cabeza—. Marchaos sin mí... Ya me las compondré si sube alguien... con la Uzi de ese tipo.

—Haznos un favor. Tony, ¿quieres?

Barnhart lo miró.

—Cállate y colabora.

Barnhart negó con la cabeza de nuevo pero no volvió a protestar.

Noriko se situó a la izquierda del herido, le levantó el brazo y se lo pasó por los hombros. Nimec lo sujetaba con el brazo derecho y con la mano izquierda empuñaba su Beretta. Miró a Noriko y asintió. Entre los dos fueron llevando a Barnhart hacia la escalera.

Nada más llegar los tres al rellano superior apareció un tipo en el descansillo inferior. Empuñaba con ambas manos una Glock de 9 milímetros y los apuntaba. Pero Nimec se le adelantó con dos disparos que lo alcanzaron en ambas rodillas. El guardaespaldas de Nicky rodó escaleras abajo aullando de dolor.

—¡Hazlo callar! —gritó Barnhart.

Se desprendió un aerosol de gas paralizante del arnés y se lo pasó a Noriko, quien notó que estaba ensangrentado pero no dijo nada.

Noriko se zafó del brazo de Barnhart y corrió escaleras abajo. Dirigió el aerosol hacia el rostro del guardaespaldas que se contorsionaba por el dolor y apretó el botón del aspersor. Una neblina casi invisible envolvió al ruso, que alzó las manos en actitud defensiva con los ojos desorbitados. Dejó caer los brazos como globos desinflados y quedó inconsciente en el suelo.

Noriko volvió junto a sus compañeros. Casi habían llegado al último rellano. Nimec se apoyaba en la barandilla con una mano y sujetaba con la otra a Barnhart, que estaba lívido y tenía la cara bañada en sudor. Se mordía el labio inferior y jadeaba a cada paso.

Noriko se apresuró a ayudarlo a bajar el corto tramo que les quedaba y pasó el brazo por detrás de su cuello. Y así traspusieron los tres la puerta trasera que daba al callejón.

El aire frío y la nieve les dieron en el rostro. La tormenta no remitía. Fueron con

todo el sigilo que pudieron hacia la bocacalle. El herido apenas podía caminar y se quejaba cada vez más. La sangre que manaba de su cintura llegaba hasta la nieve.

Entonces apareció un cuarto guardaespaldas por la esquina, justo frente a ellos, esgrimiendo una Uzi de lado a lado. Disparó una ráfaga y los proyectiles impactaron a los pies del trío levantando polvo de nieve. Nimec llevó a Barnhart hacia un lado, fuera del ángulo de tiro del hombre de Nick, y lo apoyó en la valla de rejilla que separaba el callejón de la casa contigua. El guardaespaldas volvió a disparar. Varias balas impactaron en la fachada del edificio e hicieron saltar chispas de una escalera de incendios.

Nimec dirigió el arma hacia su atacante y disparó dos veces, pero estaba en tan mala postura que sus balas se perdieron en la oscuridad.

El secuaz de Nicky se dispuso a disparar de nuevo. Parecía haberse dado cuenta de que uno de los tres que tenía enfrente estaba herido y apuntó con parsimonia y confianza, como si fuese a rematar a un animal herido.

Nimec se arrimó más a la valla protegiendo a Barnhart con su propio cuerpo.

Noriko disparó un momento antes de que lo hiciese el guardaespaldas. Un sonido sordo brotó del cañón del «redvólver», como Noriko lo llamaba, y el adherente filamento empezó a enredarse en el cuerpo del guardaespaldas de arriba abajo formando una especie de capullo. Atónito, el hombre trató de librarse de la increíble malla, pero no conseguía sino enredarse más, hasta que terminó por resbalar y caer en la nieve, de un modo que, en otras circunstancias, habría resultado cómico.

Noriko corrió hacia él, que seguía porfiando por desenredarse, y le roció el rostro con el gas paralizante. Al instante, el guardaespaldas dejó de moverse.

Con el «redvólver» aún en la mano, Noriko corrió hasta la bocacalle mirando hacia ambos lados de la acera bajo la nevada, que arreciaba. A través de las ventanas de los edificios colindantes comprobó que se encendían luces. Era obvio que el tiroteo había alarmado al vecindario, pero no vio a nadie.

Dio media vuelta y volvió junto a sus compañeros.

—¿Estás bien? —le preguntó a Nimec.

—Sí —contestó él.

Noriko miró a Barnhart. Tenía el rostro bañado en sudor y la mirada vidriosa. Temió que fuese a entrar en estado de *shock*.

—Parece que el terreno está despejado —dijo sujetando a Barnhart de un brazo—. Hemos de volver al coche antes de que alguien llame a la policía. ¿Crees que podrás llegar?

Barnhart la miró y esbozó una sonrisa.

—Os echo una carrera —dijo.

Nueva York, 20 de enero de 2000

EL acto sexual era rápido y sucio, igual que la conversación que lo precedía. En este caso, «sucio» se refería a que las imágenes de la cinta eran borrosas y el sonido muy defectuoso.

No era culpa del equipo de grabación. Simplemente, Nick Roma hablaba en voz muy baja cuando la mujer del abrigo negro de piel entró en su oficina.

—Veamos esa parte otra vez —dijo Barnhart.

—¿Te refieres a la de por delante o a la de por detrás?

—Muy gracioso.

—La rebobinaré desde donde es autorizada para mayores hasta donde se adentra en el pomo duro —dijo en tono burlón el enjuto melenudo que manejaba el procesador de audio-vídeo. Luego pulsó un botón de la consola y Barnhart oyó el siseo del disco duro.

Estaba en el estudio de sonido del sótano del cuartel general de Espada, en el centro de Manhattan. Barnhart y el técnico estaban sentados hombro con hombro frente a la consola, y Pete Nimec y Noriko Cousins de pie, detrás de ellos.

Barnhart se inclinó hacia adelante con cierta rigidez a causa de los puntos que aún llevaba en la cintura, bajo el vendaje. Todavía le molestaba mucho la herida, pero la fuerte hemorragia hizo que pareciese más grave de lo que luego resultó ser. Aunque la bala penetró por su costado derecho, fue ligeramente desviada de sus órganos internos por un duro paquete muscular antes de salir. Según los médicos de urgencias que lo asistieron, su extraordinaria complexión lo había salvado.

—¿No podríamos oír lo que dice él? —preguntó Nimec.

—Si no llego a tener la razonable seguridad de conseguirlo, no me habría molestado en digitalizar este polvo —dijo el técnico—. Los gemidos de éxtasis son lo bastante claros e intensos para poner mi motor en marcha.

Nimec y Noriko intercambiaron miradas de conmiseración. Jeff Grolin era uno de los mejores técnicos forenses de audio-vídeo del país (Megan no lo habría captado para su organización de no ser así), pero llevaba su jovialidad al extremo de convertirse en un pelmazo. Nimec se preguntaba si la inadaptación social que afectaba a muchas de las personas que trabajaban en su campo era una deformación profesional o una característica intrínseca de quienes alcanzaban un alto grado de dominio técnico.

—Bueno, chicos y chicas, abróchense los cinturones —dijo Grolin accionando un dial—. Dispónganse a ver *La Gran Aventura*, de Nick Roma, titulada también *El Malo Lujurioso*. Escena uno, toma dos.

Los ojos de los presentes miraron hacia el monitor de veintiuna pulgadas.

En la pantalla, se abría la puerta de la oficina de Roma y entraba la mujer, que se acercaba hacia el objetivo de la cámara de vigilancia. Llevaba el pelo castaño oscuro recogido atrás. Daba la impresión de insinuarse, con los labios entreabiertos, consciente de que el hombre al que se acercaba era sensible a sus encantos.

En la parte inferior izquierda de la imagen se leía: «01 01 2000 1.00 h».

Nimec observaba muy atento a la mujer. Aunque los fluorescentes estaban apagados, llegaba suficiente claridad a través de las ventanas para ver bien sus facciones sin necesidad de realzarlas digitalmente. Además, habían extraído la imagen de su cara y la habían introducido en el banco de datos de Espada para ver si coincidía con alguna de las terroristas internacionales conocidas.

—Podrías llamar —dijo Roma a través de los altavoces Audix. En aquellos momentos, sólo se le veía la parte posterior de la cabeza.

—Sí —dijo ella, y se giró para cerrar la puerta—. Sí —repitió—, podría llamar.

—El interruptor está ahí a tu derecha...

—Pasa a la parte que no se entiende —dijo Barnhart sin apartar los ojos de la pantalla.

—Vale —dijo Jeff, y pulsó el botón de avance rápido—. Pero yo, personalmente, prefiero el sugerente diálogo que tiene lugar durante la gimnasia..., aunque esté un poco... sobado.

La cinta avanzó, Grolin la detuvo y volvió a pulsar el botón de reproducción.

Ahora la mujer estaba mucho más cerca de la mesa, con el abrigo parcialmente desabrochado y una expresión de inequívoco deseo.

—¿A qué has venido? —preguntó Roma en un tono casi susurrante.

—Ya, ¡como si no lo supiera! —exclamó Grolin—. ¡Si ya babea!

—Tschist... Ésta es la parte —dijo Noriko.

—*Ybes zkri drlsts plesstaña... ypongo asnido s nas ches.*

—La misma farfulla de antes —dijo Barnhart.

—Eso es porque aún no he utilizado mi magia electrónica —dijo Grolin.

Congeló la imagen y empezó a manipular en otra consola con más diales, botones y una docena de teclas del tamaño de la del tabulador de un teclado de ordenador.

Mientras tecleaba, una barra de herramientas apareció en la parte superior de la pantalla. La imagen quedó minimizada y reducida a una ventana más pequeña, con gráficos de medición y botones de edición a su derecha.

—Volveremos a intentarlo tratando de eliminar ruidos de fondo.

Grolin rebobinó, y volvió a pasar la cinta.

—¿A qué has venido? —preguntó Roma a través de los altavoces.

Grolin detuvo la imagen y graduó varios diales mirando a la pantalla a través de sus gafas de aparatosa montura de concha.

—Ya sabes... *zkari*... no tendrá tus *les* hasta mañana —decía Roma.

Grolin detuvo el avance de la imagen y rebobinó hasta el fotograma en el que la

voz de Roma bajaba de volumen. Pulsó una serie de botones y de nuevo el avance.

—¿A qué has venido? —Preguntaba Roma—. Ya sabes que *zkry* no tendrá tus papeles *tos* hasta mañana. Y supongo que no habrás venido sólo a *dra... ches*.

—¿Habéis oído eso? —exclamó Barnhart que, al girarse hacia Nimec, hizo un gesto de dolor a causa del brusco movimiento—. Habla de proporcionarle papeles. Presumiblemente, documentación, pasaporte...

—Claro —asintió Nimec—. Ese cabrón contribuyó en el atentado de principio a fin.

—Pues, a propósito —dijo Grolin—, con otro pase mágico, haré que aparezcan todas sus palabras en la cinta.

—Vamos... —dijo Noriko impaciente tamborileando con los dedos en el respaldo de la silla de Barnhart.

¡Vamos ya, pelmazo!, pensó.

Grolin rebobinó y seleccionó varias funciones de mejora en el panel de digitalización.

—¿A qué has venido? —le preguntó Nick Roma a la mujer, que se desabrochaba el abrigo—. Ya sabes que Zachary no tendrá tus papeles hasta mañana. Y supongo que no habrás venido sólo a darme las buenas noches.

—¡Por todos los dioses del Olimpo! —exclamó Grolin—. ¡Ya lo tenemos! Por cierto, ¿quién es ese Zachary?

—¿Será nombre o apellido? —preguntó Nimec mirando a Barnhart.

—Puede ser ambas cosas —contestó Barnhart moviendo la cabeza—. Me informaré. Pero me huelo que debe de ser uno de los falsificadores de Roma, o alguien que trabaja para uno de sus falsificadores. El negocio más sucio de los que explota Roma es la prostitución. Trae a América mujeres rusas, desesperadas por la pobreza, y las prostituye, las convierte en esclavas del sexo. Les proporciona identidades y visados falsos. Es el mismo medio que la *organizatsiya* utiliza para traer al país a sus secuaces y matones.

—El comando que llevó a cabo el atentado de Times Square debió de querer salir del país cuanto antes —dijo Noriko—. Si localizamos al tal Zachary, parece lógico que podamos localizar a sus miembros.

—O, por lo menos, ponernos sobre la pista —comentó Barnhart—. Siempre y cuando, claro está, consigamos dar con la persona en cuestión y hacerla hablar.

—De hacerla hablar me encargaré yo —dijo Nimec mirando a Barnhart—. ¿Cuánto crees que puedes tardar en conseguir la información?

—No mucho, si no vamos desencaminados acerca de la especialidad de esa persona en relación a Roma. Conozco a varios agentes del FBI, detectives de la policía de Nueva York e incluso a miembros de la Fiscalía General del Estado. Tienen expedientes de todos los que ocupan un puesto de importancia en la organización de Nick. Y no me harán preguntas.

—Asegúrate de que sea así —le advirtió Nimec—. Llevo dos días tocando teclas

para conseguir que la grabación de tu tratamiento en urgencias se borre antes de que la entreguen a la policía. No quiero que nadie interfiera en nuestra investigación.

Barnhart asintió con la cabeza y empezó a erguirse para ponerse de pie, pero en seguida desistió, visiblemente dolorido.

—Si me echáis una mano, subiré a mi despacho para hacer unas llamadas sobre este asunto —dijo.

—¿Y se va a perder el momento culminante de la película? —preguntó Grolin—. Pienso reproducirla en versión íntegra y sin censura.

Noriko lo miró irritada.

—Créame, Jeff —le dijo—. Se lo pasará mejor viéndola solo.

Roger Gordian estaba solo, sentado con el móvil en el regazo. Abrumado por el trabajo, con tantas emergencias que afrontar, planes que hacer, analizar y encauzar, descubría que su matrimonio estaba a punto de irse a pique.

Amaba a su esposa.

Su esposa lo había dejado.

De eso hacía casi tres semanas y no había vuelto a casa, ni había llamado.

A veces tenía la sensación de que el matrimonio era un juego en el que las mujeres imponían las reglas, y los tontos que se casaban con ellas tenían que descubrir cuáles eran éstas a ciegas.

Aún no sabía qué había hecho mal.

Sus sentimientos hacia la mujer con la que se había casado no habían cambiado desde el momento en que la conoció. O, mejor dicho, sólo habían cambiado para enriquecerse y hacerse más profundos.

Cuanto más la conocía, más la amaba, y más consciente era de que nunca lograría descifrar su lado misterioso.

En todos los años que llevaban juntos, jamás había sentido más que una superficial atracción hacia las hermosas mujeres que circulaban por los pasillos del poder. Al igual que cualquier otro hombre, si veía una mujer bonita, su reacción visceral era inmediata. Pero entre eso y la infidelidad mediaba un abismo que jamás había cruzado. Por más hermosas que fuesen no eran Ashley, cuya hermosura radicaba tanto en lo que significaba para él como en su aspecto. Había tenido suficientes experiencias sexuales, sobre todo en sus tiempos más «combativos», como para distinguir entre la atracción pasajera y lo auténtico.

Amor. Compromiso. Matrimonio.

Siempre había sentido pánico al pensar que podía terminar perdiéndose en el bosque de mujeres que poblaban el mundo, hasta que conoció a Ashley y comprendió la diferencia la primera vez que se tocaron.

Lo que no podía entender era que no creyese que aún la amaba, incluso más que cuando estaban recién casados. ¿Por qué no lo entendía Ashley así?

No era justo. Sin embargo, en su fuero interno, sabía cuál era el problema.

Tiempo.

Al principio de su matrimonio tenía tiempo para pasarlo con ella. Por entonces, su empresa no era tan grande y los problemas eran más fáciles de resolver.

En la actualidad, parecía que el destino del mundo libre estuviese en juego cada vez que tomaba una decisión. No era capaz de olvidarse de los problemas y marcharse a casa tranquilamente, tras una jornada normal de trabajo, sabiendo que muchos niños rusos pasarían hambre si él no hacía lo que tenía que hacer.

Pero ¿se había molestado alguna vez en explicárselo a su esposa?

Ya era hora de que lo hiciese.

Cogió el teléfono móvil y marcó el número de la hermana de Ashley en San Francisco.

Antes de que Ann le pasase el teléfono, Ashley Gordian adivinó por la mirada de su hermana que era Roger. Sólo su esposo era capaz de hacer que su hermana pusiera aquella cara de desaprobación nada más saludarse.

Así había sido desde el principio. Por entonces, Roger era joven, impulsivo y, a ojos de Ann, pobre como una rata. No le parecía un buen partido ni para su canguro. Se opuso al matrimonio incluso antes de conocer a Roger. El respeto, la influencia y el éxito económico que Roger Gordian consiguió después no la habían hecho cambiar de opinión. Para su anticuada mentalidad, el mundo de Roger era demasiado moderno.

Sin embargo, Ashley comprendió que había encontrado a su alma gemela nada más ver la ardiente intensidad de la mirada de Roger. Y no se equivocó. Se casó con él, no con su linaje, y nunca lo había lamentado. Amaba a Roger en todos los aspectos en que una mujer podía amar a un hombre. Había construido su vida con él durante veinte años. Y no había sido un sacrificio, a pesar de lo que su hermana dijese. Era un hombre bueno, preocupado por los demás, y resuelto a contribuir a que el mundo fuese mejor. Pero ese mundo la había ido alejando de él poco a poco, insensiblemente.

Desde hacía unos años, veía más a su peluquero que a Roger, pese a que, a diferencia de muchas mujeres de la alta sociedad que conocía, no pasaba demasiado tiempo en la peluquería. Aunque hubiese renunciado a su propia carrera para adaptarse mejor al ritmo de su esposo, era una persona con una rica vida interior que sabía estar ocupada, y era inteligente. Pero cuando Roger estaba libre, renunciaba a sus propias actividades y aprovechaba ese precioso tiempo para no alejarse de él. Siempre deseaba estar con Roger, hablar con él y disfrutar de su compañía. Deseaba dejarlo todo y acompañarlo en sus frecuentes viajes de negocios si él quería que lo acompañase.

A pesar de ello, últimamente Roger había estado tan ocupado que, por más

flexible que ella fuese, apenas podía verlo. Había intentado llenar su tiempo con actividades de voluntariado y aferrarse a los momentos que pasaban juntos, momentos que transcurrían ahora en plena noche, mirándolo dormir, después de llegar a casa tan agotado que apenas tenía aliento para darle las buenas noches. Ashley sentía que su vida estaba vacía, falta de alicientes.

Roger tenía su trabajo.

Ella no tenía nada, ni siquiera a Roger.

Era más de lo que podía soportar. Y, durante los días que llevaba en casa de su hermana, había reflexionado muy a fondo. Por su propia supervivencia, las cosas tenían que cambiar. Uno de los dos debía ceder. Roger tendría que componérselas para pasar más tiempo con ella. De lo contrario, se vería obligada a enfocar su vida por otro camino.

Ashley inspiró profundamente al coger el teléfono que le tendía su hermana.

—¿Roger?

—¿Cómo estás, Ashley? Te echo de menos.

Sólo palabras, aunque Ashley supo que eran sinceras. Le alegraba oír la voz de Roger. ¿Cuánto hacía que no le hablaba en aquel tono? ¿Cuánto hacía que no le prestaba verdadera atención? Demasiado. Y le dolía.

—Me sorprende que hayas notado que no estoy en casa —ironizó ella.

—Te aseguro que lo he notado —dijo Roger—. No estás a la hora del desayuno. Empiezo todos los días echándote de menos y, a medida que pasan las horas, aún te añoro más —añadió en tono abatido.

—¿Desde cuándo desayunas en casa? —preguntó Ashley sin alterarse—. Por lo general, sales antes de las siete de la mañana y tomas algo de camino a la oficina.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea mientras Roger digería las palabras de Ashley. Conociéndolo, probablemente sentiría la tentación de negarlo. Pero, como era honesto, contaría hasta diez. Roger tenía una memoria portentosa, fotográfica. Y, en aquellos momentos, probablemente pensaría en los cientos de bollos, roscos y piezas de fruta que había comido en su despacho.

—Tienes razón —dijo al fin Roger, un poco tenso porque le escocía reconocerlo.

—Claro que tengo razón.

—Pero eso no significa que no te quiera —dijo Roger tragando saliva—. Haga lo que haga, siempre querría estar contigo.

—¿Y por qué no lo estás? ¿Cuántas veces hemos almorzado o cenado juntos en los últimos seis meses?

—¿Treinta y ocho? —bromeó él tratando de relajar la tensión.

—Ya. Pues a eso réstale los banquetes, los almuerzos y cenas políticas y de negocios, y réstale también las fiestas —dijo Ashley, que sabía que en aquello no era justa con él pero trataba de defender su vida en común con el hombre a quien amaba—. Si echo yo la cuenta, me saldrían dieciocho, o sea, tres comidas juntos al mes.

—Ya sé que para ti es muy duro, pero también lo es para mí —repuso Roger, y se

detuvo un momento para medir sus palabras—. No siempre me queda elección.

—¿Por qué no? Eres el dueño de la empresa.

—Últimamente, desde que empezamos a construir la estación de telecomunicaciones, he estado tan metido en cuestiones de política internacional que ya no soy dueño de mi propio tiempo. Cuando terminemos la estación, las cosas irán mejor.

—¿Y cuántas veces te has dicho eso mismo y me lo has dicho a mí? ¿De verdad crees que irán mejor, o, simplemente, te embarcarás en otro gran proyecto en cuanto respire un poco?

Se le notaba en la voz que estaba a punto de echarse a llorar. Confió en que Roger estuviese demasiado centrado en su propio dolor para notarlo.

—Ya sé que lo he dicho antes, pero esta vez va en serio.

—Mira, Roger, siempre lo dices en serio —le recordó ella—. Quizá debería decirte más a menudo que estoy orgullosa de ti, de quién eres y de lo que has conseguido. Ya sé que has logrado mucho más que la gran mayoría de las personas. Y sé que es tu vocación, que tienes que hacerlo. Lo que no sé es si soy lo bastante fuerte para esperar a que consideres que ya has hecho bastante.

—Todo el éxito del mundo no me interesa, Ashley, si no estás a mi lado para compartirlo.

—¿Lo dices en serio? —exclamó Ashley casi temerosa de albergar un rayo de esperanza; quizá existiera una pequeña probabilidad de salir a flote—. Pues..., podrías venir aquí, pasar cierto tiempo conmigo, y tal vez ir juntos al psicólogo para tratar de encontrar una solución.

Se hizo una larga pausa. De nuevo oyó que Roger tragaba saliva y suspiraba.

—Mira, cariño, estoy en un momento muy delicado. Si me tomase ahora un descanso, las consecuencias podrían ser muy graves para muchas personas. Quizá dentro de una o dos semanas. ¿Qué te parece?

—Dentro de una o dos semanas surgirá otro problema y tendrás que afrontarlo... Porque eres el mejor —dijo ella—. Eres el mejor —repitió llorosa—. Y no sé qué puedo hacer yo. Te quiero. Adiós.

Antes de que le tentase cambiar de opinión, Ashley pulsó el botón de desconexión. Luego hundió la cabeza entre las manos y rompió a llorar como si no hubiese un mañana. Porque, para ella y para Roger, quizá no lo había.

Brooklyn, Nueva York, 26 de enero de 2000

ANTÓN Zachary era un firme partidario de la rutina, de la estructura y de la reglamentación. Sin la rutina las horas se confundían, el significado de los actos se diluía, la diligencia se convertía en pereza. Tenía la sensación de que, sin la rutina, todo perdía su significado y se venía abajo. Para él, si no había estructura definida, la vida era un nebuloso amasijo de acontecimientos incoherentes sin ningún valor.

No siempre había visto las cosas de este modo. Era un enfoque que había ido adquiriendo a lo largo de muchos años y, más o menos, al mismo ritmo que sus responsabilidades profesionales. Zachary era un hombre muy ocupado, un hombre a quien Nick Roma recurría con frecuencia para realizar tareas imposibles en un tiempo récord. No lo hacía por falta de consideración hacia él, ciertamente. Pero, como la mayoría de los hombres poderosos, Roma carecía de la fina sensibilidad, por así decirlo, que le habría permitido comprender las dificultades del trabajo, la esforzada disciplina y la atención al detalle que exigía toda falsificación convincente: un pasaporte falso, un visado, una partida de matrimonio, de nacimiento, que pudiesen engañar incluso a los más avezados. Para Roma, Zachary, era poco más que un falsificador de papeles, un duplicador de documentos, un sello viviente, una fotocopidora de carne y hueso, un remendón que hacía lo que podría hacer cualquier otro que se lo propusiese. Roma sólo valoraba la habilidad en la medida en que se traducía en resultados inmediatos. Bastaba no cumplir con sus exigencias una sola vez para que te tachase de incompetente, inepto, para que te considerase un imbécil, incapaz de hacer algo que podría haberle encargado a cualquier otro, incluso a un borracho que hubiera sacado del arroyo.

Zachary era consciente de ello y lo aceptaba como el sino de todo artista. ¿Qué inimaginables presiones no habría soportado el gran Miguel Ángel a causa de las exigencias de sus mecenas? ¿Y Shakespeare? ¡Pintad esa bóveda! ¡Terminad de una vez esa obra y esmeraos en los versos! ¡Hacednos reír, llorar, contener el aliento sobrecogidos o entusiasmados, pero daos prisa, corred, daos prisa! ¡Ah, cómo debían de haberse desesperado! Pero ¿qué habría sido de ellos sin el mecenazgo? ¿De qué habrían vivido? La tensión entre el arte y la economía era una constante tan vital como enloquecedora. El combustible de la productividad. El yin y el yang, ¡sí, sí!, el yin y el yang del proceso creativo.

Si por lo menos no produjese insomnio, palpitaciones, úlceras y calvicie prematura...

Ahora cruzaba el paso peatonal de destartaladas tablas de Brighton Twelfth Street, libres de nieve a causa de las ráfagas del viento del océano. Las gaviotas le

daban tijeretazos al aire, revoloteaban sobre su cabeza. El mar, gris, rolaba a su izquierda. A su derecha se extendía la avenida Brighton Beach. El edificio en el que estaba su apartamento, a su espalda; el quiosco en el que vendían el periódico ruso, a dos manzanas de allí; la panadería donde compraba los panecillos para el desayuno, doscientos metros más allá; su agencia de viajes, a la vuelta de la esquina, frente a las vías elevadas del tren.

Mientras se dirigía al trabajo aquella mañana, siguiendo el mismo trayecto que hacía a diario a las seis en punto, como un clavo, Zachary se dijo que ya era hora de dejar a un lado aquellas cavilaciones, inútiles y egocéntricas, los petulantes ramalazos de insatisfacción, y concentrarse en el importante asunto del día.

Nick Roma le había encargado visados de estudiante para seis jóvenes que el dueño de un local de *strip-tease* iba a enviar desde Moscú. Por la razón que fuese, Roma quería que tuviese los visados listos y en el correo a las 13.00 h. Roma le había hecho el encargo a última hora de la noche anterior y Zachary notó que no estaba de humor para pedirle más tiempo. Llevaba varias semanas muy irritable, y en los últimos días aún lo estaba más. Se rumoreaba que estaba muy afectado por algo ocurrido en su club noches atrás, aunque ninguno de sus hombres quiso explicar qué había ocurrido, ni confirmar siquiera que algo había pasado.

Bien, se dijo Zachary al dejar atrás el paso peatonal, Roma tenía sus preocupaciones y sus responsabilidades, y él tenía las suyas. No pretendía inmiscuirse en los asuntos de Roma, no tenía tiempo para interesarse por ellos, ni tiempo para pensar, ni para hacer más que lo que se le pedía. Seis visados de entrada, seis horas para completar el pedido. Eso era todo lo que...

—Perdone...

Zachary se detuvo en seco mirando al hombre que lo abordaba. ¿De dónde había salido?

—¿Sí? —Repondió Zachary sobresaltado.

El desconocido era delgado y fibroso. Llevaba el pelo cortado casi al rape, iba vestido con una gabardina y tenía la mano derecha en el bolsillo.

—Quiero hablar con usted, señor Zachary —dijo el desconocido ladeando la cabeza hacia su izquierda—. Ahí...

Zachary miró en aquella dirección y vio un coche arrimado al bordillo con la puerta trasera abierta. Había alguien frente al volante.

—No entiendo...

Zachary volvió a mirar al desconocido. A juzgar por el bulto que notaba en el bolsillo derecho de la gabardina acaso empuñase una arma.

—¿Qué quiere usted de...?

—Suba al coche —le ordenó el desconocido, que notó que Zachary dirigía la mirada al bolsillo y le acercó lo que tuviese en la mano a la boca del estómago. Era un objeto duro—. Será sólo un momento. Y no sufrirá ningún daño si colabora y contesta a unas preguntas.

—Pero, tengo... cosas que...

—¡Suba al coche inmediatamente! —le ordenó otra vez, apretándole más el duro objeto al estómago—. ¡Vamos! ¡Andando!

Zachary temblaba de arriba abajo. Asintió con la cabeza y se giró hacia la puerta del vehículo, que seguía abierta. Echó a caminar seguido por el de la gabardina sintiendo ahora el objeto duro en la espalda.

Zachary subió al coche seguido de Nimec, que le indicó a Noriko que arrancase, sin dejar de empuñar su media *baguette*, diciéndose que, en adelante, quizá debería incluirla entre sus armas no letales.

Sadov notó que era policía momentos después de trasponer el control de seguridad. Pensó que debían de ser del FBI, aunque también podían ser agentes de cualquiera de las muchas organizaciones policiales encubiertas. Estaba acostumbrado a no quitarle ojo a nadie que diese la impresión de acecharlo.

Lo habían alertado las posiciones que ocupaban; uno, junto al quiosco de prensa del pasillo; el otro, arrimado a la entrada de la sala de espera; y un tercero, a un metro de la puerta de embarque. También los delataba su postura: el mentón ligeramente alzado, erguidos, su discreta mirada observando, abarcándolo todo sin apenas mover los ojos. Los delataban sus trajes y sus abrigos, sus corbatas apasteladas, el ligero abultamiento, unos centímetros por encima del bajo del pantalón, que hacía sospechar que podían llevar una pistolera fijada al tobillo. Los delataba todo eso y su aspecto pulcro, relamido y eficiente.

Se sentó en un sillón de plástico de línea redondeada y miró hacia la hilera de monitores, en cuyas pantallas aparecían los horarios estimados de llegadas y salidas. Su vuelo a Estocolmo saldría dentro de media hora. Estaba pendiente de que lo llamasen de un momento a otro para embarcar.

Normalmente, la vigilancia no habría alterado su aplomo. Había pasado muchos años borrando su pista en multitud de países y era un experto en las técnicas para eludir una persecución. Aunque la red que hubiesen tendido para atraparlo fuese ahora más amplia que antes, los huecos de la malla eran tan grandes como siempre, más grandes, en realidad, de lo que lo fueron en otros casos. Nadie conocía de qué nacionalidad eran los sospechosos del atentado; su patrocinador, por así decirlo, no había sido identificado; e incluso la conexión con Rusia parecía incierta. Podría haber seguido siendo un hombre sin rostro, invisible, camuflado como una mantis, de no ser por la fotografía que había aparecido en el *New York Daily News* al día siguiente del atentado. Luego la habían reproducido en todos los medios: una granulosa imagen tomada por un videoaficionado, por alguien que estaba en lo alto de alguno de los edificios de la confluencia entre la Séptima Avenida y la calle Cincuenta y tres. Un círculo indicaba el rostro del hombre que los titulares consideraban responsable de haber colocado las bombas secundarias. En la fotografía se le veía dejar una bolsa de

deporte en la acera, al lado de una barrera policial junto a la que en aquellos momentos no había ningún agente. Tenía el pelo oscuro y llevaba chaqueta de piel. Sus facciones se veían borrosas y resultaban inidentificables. Con todo, Sadov se había reconocido a sí mismo. Temía que quienes lo estuviesen buscando pudiesen realzar la imagen por ordenador, digitalizarla con escáner. No podía deambular libremente por un aeropuerto en unos momentos en los que su fotografía aparecía en las portadas de todos los periódicos que vendían en los quioscos. Eso lo había retenido en Nueva York una semana más que a Gilea y los demás, quienes se encontraban ahora en los pisos francos de Nick Roma. Durante esa semana se había aclarado el pelo y se lo había cortado. Se había comprado unas gafas sin graduar y había cambiado su indumentaria habitual por un carísimo traje de ejecutivo. Era un buen disfraz y confiaba en que conseguiría pasar inadvertido por el aeropuerto a pesar de la vigilancia montada. Sin embargo, hasta que no traspusiera la puerta de embarque no respiraría tranquilo.

Ya contaba con que encontraría la vigilancia que había detectado en puntos clave, y también contaron con ella los hombres de Roma que organizaron su regreso a Rusia. La ruta que le habían preparado lo conduciría a Suecia y, desde allí, a Finlandia por tren. Después, por el paso fronterizo de Nuijaama hasta las afueras de San Petersburgo. Aunque eso lo obligase a dar un gran rodeo y le exigiese más documentación, consideraban que era la mejor ruta. Los guardias de fronteras finlandeses y rusos eran poco exigentes y sólo inspeccionaban los vehículos de manera muy superficial. Pasaría un somero control de aduanas; rayos X para inspeccionar el equipaje, dos pasos a través del detector de metales, y eso era todo. Estaría a salvo y en terreno conocido.

Sadov hojeaba una revista sin prestar ninguna atención al contenido, mirando por encima de los bordes de las páginas, atento a los agentes que vigilaban la terminal de salidas. ¿Lo había mirado aquel pelirrojo que estaba junto a la puerta de embarque? ¿Había desviado la mirada al alzar él la vista? Sadov pasó otra página. Notaba que los nervios se estaban apoderando de él. Era por culpa de la fotografía, de los días de más que había tenido que pasar en Nueva York.

Aguardó.

Diez minutos después oyó que anunciaban por los altavoces: «Vuelo 206 destino a Estocolmo. Los minusválidos y los pasajeros que tengan asientos en las filas de la A hasta la L, diríjense a la puerta de embarque. Tengan la tarjeta y el billete a mano, por favor.»

Sadov cerró lentamente la revista y la guardó en el compartimento exterior de su bolsa. A su alrededor otros pasajeros se levantaron también de las sillas y se situaron en fila. Volvió a mirar hacia el pelirrojo, que tenía los brazos cruzados sobre el pecho y parecía atento a la sala de espera. Al levantarse Sadov para unirse a la cola, el pelirrojo se balanceó de adelante atrás. Una vez. ¿Sería una señal de aburrimiento e inquietud, un movimiento puramente reflejo para relajarse, o una indicación de que se

preparaba para la acción? Por un momento, Sadov creyó notar que lo miraba. Se colgó la bolsa al hombro y se situó al final de la cola. Vio que el agente que estaba en la puerta de la sala de espera empezaba a avanzar más o menos hacia él. Era un tipo de pelo hirsuto y expresión vigilante. Como un zorro.

Sadov rechinó los dientes. Recordaba los apuros que pasó después de una misión en Londres. De eso hacía poco más de un año. Dos agentes lo identificaron y lo siguieron a lo largo de varias manzanas. Los llevó hacia un callejón y los dejó en el sitio con sendas balas en la cabeza. Pero ahora iba desarmado. Y, con tanta gente alrededor, estaría perdido.

La cola avanzaba y él la seguía con la tarjeta de embarque y el billete en la mano. El pelirrojo estaba ahora casi frente a él, a la derecha de la puerta, mirando escrutadoramente los rostros de los pasajeros. Sadov se preguntaba hasta qué punto podían haber tratado su imagen. En la actualidad, los cuerpos policiales de todos los estados tenían grandes medios técnicos. Además, cabía la posibilidad de una delación, ¿no? Ofrecían recompensa. Sólo el Ayuntamiento de Nueva York había ofrecido cincuenta mil dólares. Y no confiaba por completo en Nick Roma ni en sus hombres. Podían haber sentido la tentación de denunciarlo. No tenía más que pensar en todo lo que había hecho él por dinero.

Sadov siguió avanzando hacia la puerta. Tenía sólo tres pasajeros por delante de él. Una pareja ya mayor y una mujer de unos cuarenta años, bien vestida. El matrimonio intercambió unas frases amables con la azafata y desapareció por el túnel. Ahora le tocaba a la mujer. El pelirrojo le dirigió una mirada superficial y volvió a concentrarse en la cola.

Sadov se dominó para que no aflorase su tensión. No tenía más remedio que seguir adelante y confiar en que nada ocurriese. Mostró su billete. La azafata le sonrió y él correspondió a la sonrisa haciendo un alarde de aplomo. Tenía al pelirrojo casi al lado.

—Perdone, señor —dijo el pelirrojo—. ¿Tendría la bondad de salir de la cola un momento?

Sadov se hizo el desentendido mirando a la azafata. Por el rabillo del ojo vio que el agente con cara de zorro se acercaba por su derecha. No veía al del quiosco, pero no le cabía duda de que estaría también acercándose.

—¿Me ha oído, señor? Querríamos hacerle unas preguntas.

Sadov notó que la sangre se le subía a las orejas. No tendría más remedio que obedecer.

Miró al pelirrojo.

Y entonces comprendió que el agente no se dirigía a él en absoluto sino a otro pasajero que estaba detrás. Respiró aliviado y volvió la cabeza.

El pasajero que estaba en tercer lugar a partir de él era un hombre de su misma edad y estatura. Llevaba pantalones vaqueros y una chaqueta corta. Tenía el mismo color de pelo que Sadov antes de teñirse. Los agentes lo habían cogido sin violencia

de los codos, lo habían apartado a un lado y le pedían su documentación. El pasajero en cuestión, que parecía confuso, nervioso y azorado, metió la mano en la bolsa que llevaba colgada del hombro.

Sadov volvió a mirar a la azafata. Notó que su sonrisa se volvía auténtica, como si de pronto una estatua cobrase vida.

Los agentes habían estado muy cerca, pero ya se alejaban los tres, llevándose a una oveja con piel de lobo, pensó para sus adentros risueño.

—Que tenga un buen vuelo —le deseó la azafata.

Sadov le dirigió una radiante sonrisa.

—Gracias —le dijo al traspasar la puerta—. Seguro que sí.

Washington, 26 de enero de 2000

—¡MANDA cojones! —exclamó el presidente en plena reunión del Consejo de Seguridad Nacional—. ¡Tiene cojones la cosa!

El primer mandatario de la nación estampó la mano en el informe que tenía encima de la mesa, un informe clasificado, redactado conjuntamente por la CIA y el FBI. Sus insólitas exclamaciones atrajeron las miradas de todos los que se sentaban en derredor de la mesa de la sala de conferencias, situada al otro lado del pasillo en el que se encontraba el despacho Oval.

El informe era una muestra sin precedentes de cooperación entre distintos organismos, el FBI y la CIA habían unido esfuerzos para investigar el atentado de Times Square. Habían llegado a algunas conclusiones que, con casi toda seguridad, constituirían un desastre para la política del presidente respecto a Rusia, aparte de romper su propia imagen. Lo que lo había enfurecido, tanto como sumido en el desaliento, era comprender que, si las conclusiones eran acertadas, tendría que reconsiderar su política de apoyo a Starinov y a los miembros más allegados de su gobierno. Siempre había sido muy sensible a las corrientes de la opinión pública, siempre detectaba qué podía amenazar su popularidad, y casi siempre estaba dispuesto a renunciar a una determinada medida si veía en peligro su supervivencia política. Las críticas negativas le resbalaban, salvo que se tradujesen en un descenso de su popularidad según los sondeos. Estaba muy poco acostumbrado a que su coraza se viese afectada por consideraciones morales.

Pero sí se sintió muy afectado al leer los informes, pues el asunto era grave. La posición del presidente había quedado debilitada, comprometida desde dentro.

Si las conclusiones que expresaban aquellos informes eran correctas, si lo eran, se horrorizaría y se sumiría en la mayor consternación. Y lo peor era que tenía plena conciencia de que, pese a todo, tendría que actuar de acuerdo con esos sentimientos, o sería incapaz de perdonárselo. ¿En qué clase de líder nacional lo convertía aquello? ¿Un presidente que tomaba grandes decisiones políticas por cargo de conciencia? ¡Por Dios bendito! ¡Sería pasto de los tiburones de Washington!

—Tal como yo lo veo, aún tenemos capacidad de maniobra en este asunto —dijo el vicepresidente Humes—. La conexión con Basjir es una conjetura. Implicación, pruebas circunstanciales... A mi entender, nadie va a poder demostrar su culpabilidad de manera concluyente...

El presidente apoyó el codo izquierdo en la mesa, formó una uve con el índice y el pulgar y apoyó en ellos el puente de la nariz. Simultáneamente, levantó la mano derecha con la palma hacia afuera, como un agente de tráfico, atajando a Humes.

—Escúcheme, Steve. Escúcheme bien —dijo el presidente—. No se trata de lo que podamos demostrar. Se trata de lo que creamos que es cierto o no. Y estos informes sostienen, de manera convincente, que el ministro ruso de Interior fue el causante de la muerte de mil ciudadanos americanos, en suelo americano, entre los que se encontraba el alcalde de la ciudad más grande del país.

El presidente hizo una pausa, con la nariz apoyada aún en los dedos, casi como si rezase.

—Este ataque no es de una magnitud muy distinta al del bombardeo de Pearl Harbor... y ha ocurrido durante mi mandato.

—Cierto —admitió el consejero de Seguridad Nacional Kenneth Taylor—. Y quizá no esté de más añadir que los japoneses se centraron en un objetivo militar, no civil.

—Existe una diferencia que debemos tener en cuenta —terció el ministro de Defensa Roger Farrand, acariciando su perfilada perilla—. Si Basjir fuese el responsable, habría actuado como miembro de un grupo disidente, no como representante de un gobierno. En realidad, la cosa va mucho más allá. Lo que hizo, si es que lo hizo, fue un intento deliberado de hundir a uno de los líderes de su país.

—Esto lo señalaría como un elemento subversivo y traidor a Rusia, además de como un asesino y delincuente internacional —señaló el ministro de Asuntos Exteriores—. Creo entender el punto de vista de Roger y me inclino a pensar lo mismo en este asunto.

Teniendo en cuenta las malas relaciones que existían entre ambos, ésa era otra señal de alarma para el presidente. ¿Qué más podía ocurrir ya? ¿Que la Tierra se saliese de su órbita? ¿Que se oscureciese el sol? ¿Que se desplomasen las estrellas? Había entrado en aguas desconocidas y los dragones embestían su quilla.

—Agradecería que alguno de ustedes expusiera cuáles son sus conclusiones —dijo el presidente—. Estoy muy cansado, y necesito que me den su opinión lisa y llanamente.

—De acuerdo, señor presidente —dijo Bowman—. Starinov podría señalar públicamente hacia Basjir. No veo razón para que no lo hiciese, teniendo en cuenta la deslealtad de su ministro. Si lo destituyese fulminantemente, se podría salvar la reputación de Starinov, y también nuestras relaciones con él. Después, podríamos hablar de llevarlo ante la justicia, y tal vez formar un tribunal de las Naciones Unidas que lo juzgara por crímenes contra la humanidad —añadió—. Ya sé que es adelantar mucho los acontecimientos, pero creo que es en esa dirección hacia donde deberíamos orientarnos.

—Lo que usted señala es coherente, pero quizá pasa por alto un par de aspectos de la situación —dijo el presidente Ballard—. Las pruebas que hemos obtenido se prestan a muchas interpretaciones, y es probable que Starinov esté en peores condiciones que nosotros para sacar conclusiones..., si llegamos a presentarle las pruebas. Basjir y Starinov son amigos y aliados desde hace muchísimos años.

—Se le podría presionar —dijo el vicepresidente—. Starinov necesita nuestro apoyo para continuar compartiendo el poder con Korsikov y Pedachenko, y, probablemente, para ganar las elecciones, una vez que se haya levantado en Rusia el estado de emergencia. Podríamos dejarle claro que le retiraremos nuestro apoyo si no entrega a Basjir.

El presidente Ballard lo miró con leve expresión de asombro. Minutos antes, Humes había dicho que tenían cierta capacidad de maniobra para evitar que Basjir apareciese como responsable de un asesinato en masa, para no perjudicar a sus objetivos políticos. ¿Por qué regla de tres pasaba de este razonamiento a lo que acababa de sugerir? ¿Siempre había sido tan cínico? Ballard se sintió de pronto como si acabase de descubrir la religión, como si, de ser un fumador empedernido, pasara a activista de la Liga Antitabaco. No obstante, ¿acaso podía ocupar un cargo como el suyo un neoidealista? Daba que pensar.

—No soy contrario a presionar a Starinov llegado el caso —dijo Ballard—. Sin embargo, me parece conocerlo un poco y, créame, no debemos subestimar su lealtad personal.

—«¿Tú también. Bruto?» —citó Taylor.

—Exacto —dijo el presidente irguiéndose en el sillón—. En estos momentos, me temo que deberíamos preocuparnos más por las reacciones en Washington que por las de Moscú. Tenemos a Delacroix alborotando el cotarro en el Senado, en las comisiones de Asuntos Exteriores y de servicios de inteligencia. Se opuso a nuestro paquete de medidas de ayuda a Rusia desde el principio, y estos informes le proporcionarán más madera para su guerra particular.

—Y podemos estar seguros de que no desaprovechará la oportunidad de recabar apoyos —dijo Humes—. La cuestión está en qué se propondrá hacer en concreto.

—Este informe estará en sus manos mañana por la tarde —dijo Ballard mirándolo—. Algo me dice que no tardará usted en tener la respuesta a su pregunta. Sugiero que tenga una réplica redactada y lista antes de que el buen senador suba al estrado.

Se vieron poco antes de medianoche, en la plaza donde se encuentra la catedral de San Basilio. Sólo ellos dos, de acuerdo a lo convenido, aunque ambos llegaron con varios guardaespaldas que se mantuvieron a discreta distancia entre las sombras. La confianza que pudieran inspirarse mutuamente estaba basada en la fuerza.

—Arkadi... —lo saludó Starinov con una leve inclinación de cabeza.

Con las manos en los bolsillos de la gabardina, Pedachenko le dirigió una amable pero artificiosa sonrisa.

—Me alegro de que haya aceptado vernos esta noche, Vladimir —dijo Pedachenko.

Starinov guardó silencio. Hacía mucho frío y se había embozado en un abrigo de lana, bufanda y gorro de piel. Pedachenko iba sin gorro, con su poblada cabellera

agitándose con el viento, y llevaba los botones superiores del abrigo desabrochados, como si desafiara a los elementos.

Aquel hombre era la viva estampa de la arrogancia, pensó Starinov.

Pedachenko alzó la cabeza hacia las cúpulas que señoreaban en lo alto. Los focos que iluminaban la catedral para los turistas estaban apagados a aquellas horas. En la oscuridad, su extravagante arquitectura tenía un aspecto extraño, distante, como si fuese la imagen de un mito semiolvidado.

—Esta noche he pensado un poco en san Basilio —dijo Pedachenko—. El santo loco que desdeñaba toda comodidad, que caminaba desnudo por la nieve, que sólo comía y bebía lo imprescindible para sobrevivir. Sin embargo, pasó a la posteridad por decir la verdad, por ser la conciencia viviente del pueblo ruso; un hombre tan bueno y piadoso que incluso Iván *el Terrible* toleraba sus invectivas.

Starinov lo miró.

—Confío en que no abrace usted semejante abnegación —le dijo.

Pedachenko se echó a reír.

—Estoy muy lejos de ser tan virtuoso como san Basilio —dijo mirando a Starinov—. Somos políticos, Vladimir. Eso, por sí solo, ya nos condena, ¿no cree?

Starinov se encogió de hombros y miró directamente a los ojos azules de su colega. Quería ir derecho al grano.

—Si hemos de tratar asuntos de estado, como supongo que es el caso, ¿no debería estar presente Korsikov?

—Él es, precisamente, la razón de que hablemos aquí en lugar de en una confortable dependencia del gobierno, donde podríamos compartir unas copas de coñac y mirar pensativos cómo crepita la leña en el fuego —dijo Pedachenko con una sonrisa que resultaba ridícula de puro inexpresiva—. Korsikov es el punto débil de esta *troika*, Vladimir. Y, además, es ambicioso. No tenemos por qué contar con él. Tomaremos nuestras decisiones esta noche y él las acatará.

Starinov seguía mirándolo con fijeza.

—Sea cual sea la opinión que le merezca, sigue ocupando el cargo en el Kremlin.

—Pero, quizá no por mucho tiempo.

Starinov permaneció en silencio unos momentos exhalando vapor por la nariz.

—Horas después de la muerte de Yeltsin, formamos los tres un gobierno interino y decidimos, de mutuo acuerdo, que duraría hasta que se celebrasen elecciones —recordó Starinov—. No pienso participar en ninguna conspiración para apuñalarlo por la espalda. Pedachenko alzó la mano.

—Por favor, Vladimir, no me interprete mal —dijo—. Lo que voy a proponerle es del todo limpio. No habrá noche de los cuchillos largos, ni literal ni figuradamente.

Starinov miró escrutadoramente a Pedachenko.

—Explíquese. No quiero llegar a casa de madrugada.

Pedachenko asintió con la cabeza.

—Lo que pareció una buena idea cuando Yeltsin se hundió en una bañera de

vodka ha resultado ser inviable —dijo—. ¿Se ha fijado en los almacenes Gum, frente a esta misma plaza?

—No he tenido mucho tiempo últimamente para ir de compras —repuso Starinov en tono sarcástico.

—Ah, pero incluso desde su alto mirador, debe de ver claro que ya no hay colas frente las tiendas y tenderetes de comestibles —señaló Pedachenko—. Las mercancías acumulan polvo en los estantes. La vacua prosperidad que su fallecido presidente proclamó se ha hundido en un agujero negro —añadió separando las manos—. El país está inquieto, Vladimir. La ayuda alimentaria internacional se ha estancado, los mañosos expolian al pueblo, la degeneración moral ha...

—¡Por Dios, Pedachenko! —lo atajó Starinov—. ¡Mire a su alrededor! Aquí no hay cámaras de televisión. De modo que, por favor, reserve sus lamentaciones para sus telespectadores. Antes le he pedido que fuese al grano.

Pedachenko volvió a dirigirle una sonrisa gélida y superficial. Starinov tenía la impresión de mirar a una máscara de cartón.

—El país necesita un líder que lo guíe, no tres —dijo Pedachenko—. La deformada visión de la *troika* tiene al pueblo desorientado —añadió mirando a Starinov sin parpadear—. He venido a proponerle que dimita, que me ceda el poder en bien de la patria.

Starinov lo miró.

—Ojalá pudiera decirle que me sorprende, Arkadi —respondió—. Pero es justo lo que suponía que iba a decirme.

—¿Y?

—¿Qué alternativa me ofrece? ¿Esa Tercera Gran Guerra Patriótica de la que oigo hablar? —dijo Starinov echándose a reír—. No es más que una maniobra de diversión. Iconos, fanfarria y superioridad étnica bien revueltos. No puedo evitar recordar los mítines de Nurenberg. Pedachenko dejó de sonreír.

—Debería usted medir sus palabras con más cuidado —protestó.

—¡Vaya! ¡Se me ha ofendido! —exclamó con una ambigüedad tan sarcástica como burlona—. Digamos que me recuerda a Milosevic en los Balcanes.

—A quien usted apoyó.

—Por pura necesidad política, como hago con usted —dijo Starinov—. ¡Qué hipersensibles se muestran las personas como usted cuando se las compara con los nazis! ¿Por qué será, Pedachenko? ¿Teme ver al demonio en el espejo?

—Temo que nuestro país pierda el honor y la dignidad. Temo la humillación que representa ir a mendigar a Estados Unidos. Temo que ciertas personas vendan Rusia a sus enemigos. *Zgranista nam pamoshit*, ya nos ayudarán en el extranjero. Ésa es la solución que aplica usted a los problemas.

El viento agitó el cuello del abrigo de Starinov, quien tuvo que contener un estremecimiento al notar el aire gélido bajo la bufanda.

—Escúcheme, por favor —dijo sin alterarse—. El mundo no es como a ambos

nos gustaría, pero corren unos tiempos en los que ningún país puede vivir aislado. ¿Conoce la estación de telecomunicaciones americana, vía satélite, de Kaliningrado? ¿La que construye Roger Gordian? Cuando esté terminada, será técnicamente posible instalar una cabina telefónica en el monte Everest y comunicarse con una persona que esté a miles de kilómetros de distancia sin cables, sólo con baterías solares. Piénselo, Arkadi. ¿No es un milagro y una maravilla? Debe reconocer que en el futuro la humanidad estará en una comunicación mucho más estrecha, no dividida.

—¿Y si su milagro se traduce en que en los valles del Everest resuenen canciones populares americanas?

—Pues, en tal caso, rezaremos para que lo que perdamos por un lado lo ganemos por otro —contestó Starinov. Luego hizo una breve pausa, se encogió de hombros y sentenció—: Por lo llano, Arkadi, rechazo su proposición. No vamos a volver a rumiar pasadas glorias.

Pedachenko, con mirada glacial, guardó silencio.

—No podrá salirse con la suya, Vladimir. El pueblo no permanecerá impasible al ver que el país va a la ruina. Se unirán para seguirme.

—Lo veo a usted tan seguro de ello que me tienta pensar que tiene dotes proféticas —dijo Starinov—. Como san Basilio.

Pedachenko permaneció inmóvil unos momentos, fulminando a Starinov con la mirada de sus intensos ojos azules. Luego irguió los hombros, dio media vuelta y enfiló por el adoquinado hacia donde estaban sus guardaespaldas, al otro lado de la plaza.

Starinov lo observó mientras se alejaba hasta que se perdió en la oscuridad. Luego se alejó en dirección contraria.

Washington, 28 de enero de 2000

LAS luces de la adornada cúpula del Capitolio estaban encendidas y una lámpara roja resplandecía en el dintel de la puerta del lado norte. Los líderes de la mayoría y de la minoría se saludaron con cortesía. Luego se dirigieron a sus asientos a ambos lados del pasillo central, en la primera fila. Los parlamentarios, ayudantes y secretarios estaban sentados. El presidente accidental cogió el maculo, conectaron las cámaras del canal del Congreso, situadas de tal manera que no estorbaban, y dio comienzo la sesión del augusto cuerpo legislativo.

Desde la galería, Roger Gordian observaba al senador Bob Delacroix de Luisiana, que se disponía a tomar la palabra. Iba hacia el estrado muy digno y envarado, con un solemne traje oscuro, seguido a respetuosa distancia por dos secretarios que portaban un oso negro de peluche que medía metro ochenta y llevaba un calzón rojo como los de los luchadores de lucha libre, con la hoz y el martillo bordados.

—Amigos y colegas, hoy voy a presentarles a... ¡Boris *el Oso Luchador*!. — Tronó Delacroix—. Por cierto, la razón de que haya desempolvado su viejo calzón es que le sienta mucho mejor que el nuevo.

Las palabras de Delacroix arrancaron risas y aplausos de los bancos de sus partidarios. Los senadores del otro lado del pasillo intercambiaron miradas y resoplaron con expresión de fastidio.

—Puede que Boris tenga aspecto de oso pacífico, pero no dejen que los engañe. Por más que coma, siempre está hambriento. Y eso se debe a que crece y se hace más fuerte cada día que pasa. Y no duden de que es capaz de morder la mano que le da de comer.

Gordian dejó escapar un gruñido de desaprobación.

¡Señoras y señores!, pensó. ¡Vean, vean, la gran atracción!

—Permítanme que les cuente una pequeña historia acerca de Boris. No es una historia muy bonita, sobre todo para los débiles de corazón, pero cabe extraer una lección de ella —dijo Delacroix—. Érase una vez un oso, llamado Boris, de tan voraz apetito que creía poder comerse el mundo. ¡Era insaciable! Comió, comió y comió hasta engordar tanto que se hundió a causa de su propio peso. Y entonces apareció su tío Sam, lo trató con la dieta del doctor Libremercado, le enseñó buenos modales, a ser civilizado, y trató de convencerlo para que cesase en su glotonería.

De nuevo se oyeron risas procedentes de poco más de la mitad de los senadores presentes. El resto parecía sentirse incómodo.

—Pues, bien, amigos, durante unos años la dieta pareció funcionar. Boris incluso llegó a ponerse un calzón con los mismos colores rojos, blanco y azul de la

indumentaria del tío Sam, aunque con las franjas dispuestas de otro modo, claro está, para que nadie lo llamase mono de imitación.

La voz de Delacroix retumbaba en la bóveda de la cámara.

Gordian recordó de pronto a Burt Lancaster en *The Rainmaker*. ¿O acaso pensaba en aquella otra película en la que Burt Lancaster interpretaba el papel de un predicador? Y lo asombroso era que parecía funcionar. Aunque sólo predicase ante conversos y semiconversos, era obvio que lograba entusiasmarlos.

—Pero luego Boris volvió a sus viejos hábitos —continuó Delacroix—. Boris volvió a ser un glotón, sólo que ahora se había acostumbrado a mendigar al tío Sam, como esos osos pardos del parque nacional de Yosemite que se acercan a tu tienda para pedirte de comer. Y, el bueno del tío Sam, generoso, pródigo, diría yo, no supo decirle que no. Porque Sam estaba convencido de que si mantenía a Boris cerca de su tienda, y dejaba que a través de los faldones de la puerta viese su conducta diaria, Boris aprendería a valerse por sí mismo. Créase o no, el tío Sam le regaló cientos de miles de toneladas de alimentos, decenas de millones de dólares. Me han oído bien: decenas de millones de dólares, ¡sólo para que no se alejase! ¿Y saben qué ocurrió? ¿Lo adivina alguno de ustedes? ¡Que el oso se volvió contra él! Boris se introdujo en la tienda e hizo algo horrendo, tan inconcebible que casi no me atrevo a contárselo a ustedes. Pero no tengo más remedio. De verdad, no tengo más remedio. Porque algunos de ustedes aún no han comprendido que es posible apartar al oso de la hoz y el martillo, ¡pero no apartar la hoz y el martillo del oso!

Se hizo un tenso silencio en la cámara. Todos los senadores habían leído u oído comentar los informes de los servicios de inteligencia que vinculaban a Basjir con el baño de sangre de Times Square. Sabían perfectamente adonde quería ir a parar Delacroix.

Gordian se percató de que estaba muy inclinado hacia adelante, absorto en la interpretación de Delacroix. Pensaba que Delacroix dejaría a un lado el número de Boris al llegar a aquel punto, que abandonaría su histrionismo. Pero estaba visto que no. El senador era un actor nato.

—Se introdujo sigilosamente en la tienda de Sam una noche cuando éste bajó la guardia —prosiguió Delacroix—, una noche en la que estaba de fiesta, una noche que se suponía había de ser de esperanza, de paz y oraciones para un resplandeciente nuevo siglo. Y lo atacó. Lo zarandeó entre sus garras y lo hirió tan gravemente, le produjo tan hondas cicatrices que el dolor durará para siempre. ¡Para siempre! Y ¿saben qué? Agárrense fuerte a sus asientos con ambas manos, mis queridos amigos. Agárrense bien porque lo que voy a decirles desde este estrado es realmente increíble. —Delacroix se apartó del atril, alargó el cuello exageradamente hacia adelante recorriendo la cámara con la mirada y añadió—: ¿Me oyen bien? Bueno, pues sepan esto: el oso tuvo la audacia de presentarse al día siguiente como si nada hubiese pasado. ¡Y para pedir más comida! Y algunos, algunas personas estúpidas o desorientadas..., no daré nombres, pero ustedes ya saben quiénes son, querían que el

tío Sam cerrase los ojos y accediera a darle de comer.

Delacroix se acercó entonces al oso y lo cogió por los hombros.

—No voy a permitir que eso suceda. Decidan a quién piensan apoyar. Que todos sopesen la cuestión, porque voy a subir al cuadrilátero con Boris. Voy a darle una lección. Le voy a demostrar que se acabó vivir a costa del tío Sam, y que más le vale buscarse la vida por su cuenta.

Gordian creía estar curado de espantos y preparado para cualquier cosa, pero lo que vio a continuación lo dejó atónito.

—Vamos, Boris, ataca. ¡Vamos! ¡Derríbame si puedes! —Lo azuzó Delacroix simulando echar espuma por la boca.

Con la chaqueta aleteando y la corbata sobre el hombro, se abalanzó sobre el oso, lo derribó, emuló el proverbial abrazo del plantígrado y rodó por el suelo con él, ante el pasmo de los senadores, del público de las galerías y de las cámaras de televisión. Al fin, puso al oso boca abajo.

—¡Se acabó, Boris! —gritó Delacroix—. ¡Se acabó!

Y al verlo desde la galería, al ver los rostros absortos de los senadores, pensando en qué efecto causaría en la opinión pública la payasada de Delacroix en cuanto los medios la difundiese en los informativos de la noche, Gordian tuvo la sensación de que el senador iba a salirse con la suya.

Nueva York, 29 de enero de 2000

«¡VAMOS, Boris, ataca! ¡Vamos, derribame si puedes!»

Casi veinticuatro horas después de presenciar las bufonadas de Delacroix en el salón de sesiones del Capitolio, Gordian aún no había podido quitarse de la cabeza la escena. En parte, porque se había convertido en pasto de los medios sensacionalistas, tal como pensó que ocurriría. Los informativos nocturnos de todas las cadenas había difundido el *show*. La CNN había hecho lo mismo, e incluso lo había aprovechado como tema central de sus programas «Entre bastidores», «Fuego cruzado» y «La vida de Larry King», y como portada para su informativo especial de las diez sobre la investigación del atentado de Times Square. Además, aquella mañana, la noticia estaba en primera página del *Washington Post* y del *New York Times*.

Tenía que reconocer que Delacroix había logrado un gran golpe de efecto. Había sido alcalde de Nueva Orleans durante dos mandatos consecutivos, antes de conseguir el escaño en el Senado. Se había traído a Washington una reluciente maleta llena de empanadas de Jueves Lardero, pero también un gran sentido de las relaciones públicas, y se había convertido en un singular parlamentario quizá sin igual.

Ahora Gordian trataba de encontrar la postura más cómoda a bordo de un reactor comercial que, ni siquiera en primera clase, era tan cómodo como el sillón de su despacho. Procuraba no pensar en las posibles consecuencias y ramificaciones de la sesión del Congreso del día anterior. Aunque no podía dejar de pensar en sus propios problemas. ¿Cómo era aquel verso? «Todo se derrumba; el centro no resiste.»

Pensaba en la conversación que había tenido con Ashley antes de partir para Washington. Ella había estado en el apartamento de ambos en San Francisco durante el mes anterior y él le había asegurado que se proponía hacer lo necesario para «recomponer» su matrimonio. A pesar de que, hasta que lo plantó aquella Nochevieja, Roger no se había percatado de que su matrimonio se hubiese roto. Quizá necesitase un afinado, pero eso era todo. Y, de pronto, ella lo abandonaba. De modo que ahora se enfrentaba a la perspectiva de compartir su intimidad con una tercera persona, con un miembro de una profesión de la que desconfiaba. No le seducía sincerarse con un perfecto desconocido. A Gordian se le antojaba una lamentable y dolorosa pérdida de tiempo. Ashley y él llevaban casados casi veinte años. Habían criado a una hija maravillosa. Si ellos no sabían encauzar su vida, ¿cómo iba a hacerlo nadie? Recordaba a los psicólogos que había visto después de salir de la cárcel de Hanoi, el interminable e insoportable programa de «descompresión» que, prácticamente, le obligaron a seguir en las Fuerzas Aéreas. Y no era un recuerdo que lo inclinara a confiar en los psicólogos. Suponía que quizá a

muchos otros les hubiese sido beneficioso. No lo ponía en duda, pero a él no le sirvió de nada. Absolutamente de nada.

Con todo, tenía que tomar una decisión. Y era consciente de que si se equivocaba, podía perder a Ashley para siempre.

La voz de la azafata lo sacó de su ensimismamiento.

—Dentro de diez minutos despegaremos. Asegúrense de que su equipaje de mano esté en el compartimento superior o debajo de su asiento.

¿Dónde demonios estaría Nimec? Después de recibir aquella llamada de Pete en plena noche, en la habitación de su hotel, Gordian había cambiado su billete para un vuelo sin escalas desde Washington a San Francisco. Después, desde el mismo avión, había reservado billete para el golfo de aquella misma noche hasta el aeropuerto Kennedy de Nueva York. El mismo avión en el que volaba Nimec. O por lo menos, eso suponía. Pete le había dicho que tenía algo importante para él y que quería entregárselo personalmente. Y lo antes posible. No recordaba que se hubiese comportado nunca con tanto secretismo. Aunque, bien pensado, se dijo Gordian, a lo mejor sólo era que él nunca había estado tan inquieto e impaciente. Sabía que Pete había hecho grandes progresos en Nueva York, y no...

Un sencillo sobre de color beige cayó en el regazo de Gordian, lo que le hizo perder el hilo de sus pensamientos. Al alzar la vista vio que Nimec estaba allí, a su lado en el pasillo.

—Siento haberme retrasado —se excusó Pete—. El tráfico.

—No estaba preocupado —mintió Gordian, con cara de póquer, cogiendo el sobre—. ¿Es esto lo que me ha dicho que quería entregarme personalmente?

Nimec asintió con la cabeza e introdujo su bolsa en el compartimento de arriba.

—¿Puedo abrirlo ahora o he de aguardar a Navidad? —preguntó Gordian.

Nimec se sentó. Llevaba un periódico local en la mano izquierda. Había una foto de Delacroix bajo el titular de la portada.

—No hace falta que espere tanto —dijo Nimec—. Pero preferiría que lo abriese en su despacho.

Gordian dejó el sobre encima de sus rodillas e inspiró profundamente.

—Bueno, ya está bien de intriga. Dígame lo que contiene. Nimec sonrió.

—Muy buenas noticias acerca de muy mala gente.

Kaliningrado, Rusia, 30 de enero de 2000

A Max Blackburn el inicio de sus relaciones íntimas con Megan Breen lo pilló por sorpresa. No se trataba de que, de pronto, una noche hubiese abierto los ojos y se hubiese encontrado en la cama con ella. Aunque poco faltaba. Si un mes atrás, incluso la semana anterior, le hubiesen dicho que en aquellos momentos estaría desnudo en la cama, viéndola cruzar el dormitorio sin más que un albornoz estilo quimono, admirando sus piernas juveniles y estilizadas, pensando en la noche que habían pasado juntos, en cuánto deseaba sentir su cuerpo apretándose contra el suyo en aquel mismo instante, se habría echado a reír. No podía haber una pareja más chocante: un ex oficial del SAS, el legendario Servicio Aéreo de Seguridad, lleno de cicatrices, y una intelectual, ex miembro de la Ivy League, la no menos legendaria sociedad deportiva y cultural universitaria.

Nunca habían sido amigos, ni estaba seguro de que lo fuesen ahora. Incluso dudaba que tuviesen mucho en común, aparte de una lealtad a toda prueba hacia a Roger Gordian, un trabajo que los había obligado a desplazarse a miles de kilómetros de su casa, a un país que no tenían especial interés por visitar, y una atracción física que se apoderó de ellos de un modo feroz. Apenas se conocían. Apenas sabían qué decirse cuando no hablaban de cuestiones profesionales. Pero se comportaban como amantes apasionados y casi insaciables, sin la menor ambigüedad.

—Tendré que marcharme ya, Max —dijo ella sentándose en el borde de la cama—. Scully quiere que nos veamos en el centro de alojamiento esta mañana.

Max se incorporó y se recostó en el cabecero.

—Son sólo las siete —dijo.

—«A primera hora de la mañana» —citó ella—. ¿Qué quieres que te diga? Lo hace para fastidiar.

—¿Y a qué viene tanta urgencia?

—Cualquiera sabe —contestó ella encogiéndose de hombros. El albornoz se abrió ligeramente y dejó ver la curva de su pecho—. Hace un par de días se le metió en el gorro que sobran técnicos en el trabajo de reconfiguración de los programas del banco de datos de Politika. Opina que eso perjudica la dotación de técnicos y de recursos para las instalaciones vía satélite... que, en su opinión, debería ser nuestra absoluta prioridad.

—¿Y lo que ahora tanto apremia?

—Es consecuencia de lo anterior. Dice que, en estos momentos, el personal de seguridad es insuficiente, desde que aumentamos las labores de información inmersos en una delicada situación internacional. O sea, que me va a dar la paliza para

argumentar su punto de vista, y luego me pedirá que aumente la nómina de seguridad.

—Ignoraba que eso formase parte de sus responsabilidades —dijo Max sonriendo—. En realidad, debería ser yo quien se ocupase. Que yo sepa, soy el director adjunto de Espada.

Megan puso la mano en su pecho. Era una piel fresca y, a la vez, cálida. Él sentía algo parecido. Megan era una bocanada de aire fresco que lo calentaba. Quizá fuese una imagen algo vulgar, pero le parecía muy adecuada a su relación. No, relación no. Relaciones le parecía un término más ajustado.

—Scull no acaba de comprender que su autoridad tiene unos límites. Y como lleva tanto tiempo dando órdenes, tampoco los demás acaban de entender esos límites —dijo ella.

—Me pregunto si se habrá enterado de que tenemos relaciones —dijo Max—. Porque me parece que se cabrearía.

—¿De verdad lo crees? —exclamó ella risueña.

—Scull no ha digerido muy bien que lo plantasen. Y, como lo pasa mal, no le gusta la idea de que otros lo pasen bien.

—U otras.

—Pues eso..., u otras.

—Y a base de bien. A veces, incluso múltiple —dijo ella.

Bajó un momento la vista hacia la sábana, a la altura de su cintura, y vio el efecto que acababa de producir su malicioso «toque». Lo miró risueña.

—Hummm... No he pretendido hacerte cambiar de... tema —dijo.

Max se miró la cintura.

—*Semper fidelis* —dijo.

—Hablas como todo un ex marine —dijo ella sonriendo como el gato que acaba de atrapar al canario—. Bueno, volviendo a lo de antes, ¿cómo crees que debería enfocar las preocupaciones de Scull? A las que exterioriza, me refiero.

A Blackburn no le apetecía hablar del tema en aquellos momentos. Era evidente que no quería hablar. Punto.

Dejó resbalar el índice por el muslo de Megan, ansioso por... profundizar.

—¿Me dejas que intente convencerte para que lo llames por teléfono y le digas que llegarás media hora más tarde?

—Me gustaría mucho. Y por eso mismo no voy a dejarte seguir —dijo ella sujetándole la muñeca—. En serio. Contéstame a lo que te he preguntado. ¿Cómo lo ves?

Max suspiró sin exteriorizar su frustración.

—No sé si tardarán más de lo previsto en tener la estación a punto. A diferencia de Scull, no hablo de lo que no sé. Pero tiene razón en cuanto a lo de la seguridad. No nos engañemos, la misión de Espada no es sólo estrictamente empresarial.

—De lo que deduzco que estás de acuerdo en que necesitamos más personal —dijo ella.

—No necesariamente. Yo preferiría mantener lo que tenemos y potenciarlo, reorganizar y ajustar mejor los métodos. Se puede conseguir mucho haciendo...

El sonido del teléfono que tenía encima de la mesita de noche lo interrumpió. Megan lo miró.

—No será Scull, ¿verdad? No va a tener la cara de llamarte para localizarme, ¿no?

—No pondría la mano en el fuego —dijo Blackburn, que se encogió de hombros, cogió el teléfono y tapó el micrófono con la mano—. Si fuese él, ¿quieres que lo mande a hacer puñetas?

—Si es él, seré yo quien lo mande a hacer puñetas.

Max esbozó una sonrisa y contestó.

—¿Diga?

—Perdone que lo moleste, Max. Ya sé que en Kaliningrado es muy temprano, pero se trata de algo muy importante —dijo la voz al otro lado de la línea.

—No, no se preocupe —repuso Blackburn.

Se volvió hacia Megan, tapó el micrófono y musitó: «Gordian.»

Megan puso cara de extrañeza.

¿Eran figuraciones suyas o la imperturbable Megan Breen estaba azorada?, pensó Max. De pronto, recordó rumores de pasillo que aseguraban que Megan había intentado ligarse a Roger desde que entró en la empresa. ¿Sería cierto? Aunque así fuese, no era asunto suyo, ¿no? ¿Por qué iba sentirse herido?

—Se trata de la gente que Pete ha venido vigilando, Max —dijo Gordian—. Los que destrozaron la fiesta de Nochevieja.

—Ajá.

—Tenemos descripciones, y los lugares de entrada y salida al país que utilizaron. Max se irguió.

—Creo que debería atender esta llamada desde mi despacho. Esta línea no es segura —dijo—. Voy a colgar, y lo llamaré inmediatamente.

—Bien. Llame usted —dijo Gordian, y colgó en seguida.

Blackburn retiró la sábana, puso los pies en el suelo y corrió a su armario.

—¿Y por qué tienes ahora tú tanta prisa? —exclamó Megan perpleja.

—Será mejor que te vistas —repuso él poniéndose los pantalones—. Te lo contaré por el camino.

El Kremlin, Moscú, 1 de febrero de 2000

DE espaldas a la puerta y con las manos entrelazadas a la espalda, Starinov estaba de pie junto a la ventana viendo el sol asomar tras las doradas cúpulas de la catedral de la Asunción, cuando Yeni Basjir entró en su oficina.

En la mesa de Starinov, de caoba e instalada sobre una pequeña plataforma, había un informe encuadernado en cuya portada se leía: DOCUMENTO CLASIFICADO.

Basjir cerró la puerta despacio y se adentró dos pasos por la alfombra caucasiana con trenzado en forma de medallones. La estancia siempre le recordaba la rica historia de su entorno. ¿Cuántos zares y ministros habrían estado allí, como ahora estaban Starinov y él, a lo largo de los siglos?

—Yeni —dijo Starinov sin volverse—. Tan puntual como siempre. Es usted la única persona que conozco tan puntual como yo.

—Cuesta desprenderse de los viejos hábitos militares —repuso Basjir.

—¿Ha leído la copia del informe que le he pasado? —preguntó en tono grave.

—Sí.

—Pues hay más. El congreso americano ha aprobado una resolución que obliga al presidente a interrumpir toda ayuda alimentaria a nuestro país. En la práctica, equivale a un embargo agrícola. Las transacciones entre nuestras empresas del sector y las suyas quedarán interrumpidas.

—Ya lo sé.

—No obstante, se me ha hecho saber que estas sanciones podrían quedar en suspenso si hago procesar a una persona que los americanos consideran el instigador de una odiosa conspiración para cometer un bárbaro atentado. Es un hombre que, sin duda, merecería el más duro castigo si las acusaciones que se formulan contra él resultan ser ciertas.

Se hizo un silencio que duró casi dos minutos. Basjir permaneció inmóvil. Starinov siguió sin apartar la vista de las cúpulas de la catedral que semejaban una corona gigantesca.

—Aunque sólo fuese por una vez, me gustaría tener la seguridad de mi juventud —prosiguió al fin Starinov bajando la cabeza—. A veces, me pregunto si será verdad que, tarde o temprano, todo se envuelve en el velo de la duda de tal manera que nos vamos a la tumba sabiendo menos que cuando éramos niños.

Basjir aguardó un momento mirando la espalda de Starinov.

—Vayamos al grano, Vladimir. Si tiene algo que preguntarme, pregúntemelo —dijo. Starinov asintió con la cabeza.

—Yeni...

—Pregunte.

Starinov respiró hondo, se dio la vuelta y miró a Basjir entristecido.

—Quiero saber si el informe que los americanos me han hecho llegar es cierto. Si es usted responsable del atentado de Nueva York —dijo—. Necesito oírlo de su boca, bajo palabra de honor.

—¿La verdad? —preguntó Basjir.

Starinov asintió de nuevo.

—Si yo fuese capaz de asesinar a centenares de seres humanos en un cobarde atentado terrorista, si fuese una de esas personas que creen que los objetivos políticos justifican que se derrame la sangre de mujeres y niños inocentes, tanto si son americanos, rusos o de cualquier otro país, ¿qué valor podría darle usted a mi palabra de honor? ¿Y qué valor tendría nuestra amistad? ¿Cree que un hombre capaz de asestarle un golpe tan duro, capaz de traicionar de esa manera, tendría algún escrúpulo en mentirle?

Starinov sonrió con amargura.

—Creía que era yo quien iba a hacer las preguntas —dijo.

Basjir seguía rígido, inmóvil. Le temblaban un poco las mejillas. Al cabo de unos instantes, prosiguió.

—Voy a decirle la verdad, Vladimir, tal como me pide. He sido muy claro acerca de mi desconfianza hacia el gobierno americano. He disentido de su política de puertas abiertas respecto a los inversores americanos. Sigo creyendo en los ideales básicos del comunismo, y estoy convencido de que debemos estrechar nuestros lazos con China, una nación con la que hace cuatro mil años tenemos frontera común. Soy claro acerca de todas estas cosas. Pero, con la misma claridad, abomino del terrorismo. Y como miembro de su gobierno, que ha jurado el cargo, siempre he actuado de acuerdo a lo que me ha parecido que más le convenía. Puede prescindir de mí si quiere; deshágase de las piezas que entran en conflicto con quienes han arrojado la sombra de la duda sobre mi lealtad e integridad. Creo que ése es para usted el camino más fácil. Aunque me habría gustado que pensara en cómo soy, en quién he sido durante todo el tiempo que hace que nos conocemos.

Basjir hizo una pausa y bajó sus enmarañadas cejas; sus ojos miraban con fijeza a Starinov.

—No he tenido nada que ver con el atentado —prosiguió—. Jamás habría participado en semejante salvajada. ¿Se ha referido usted a mi honor? Pues bien, jamás volveré a deshonrarme contestando a preguntas como las que me acaba de hacer. Encarcéleme, ejecúteme o, mejor aún, disponga que lo hagan los americanos. No tengo nada más que decir.

Silencio.

Starinov lo miró a los ojos sin moverse del otro lado del despacho. Su silueta se recortaba sobre la viva luz de invierno que irrumpía por la ventana.

—La semana próxima iré a mi *dacha* de la costa —dijo Starinov—. Necesito

estar solo y pensar. La presión de Estados Unidos será muy intensa, y se unirá a la de los rusos que aquí desean que claudiquemos. No obstante, encontraremos el medio de afrontarlo. Hagan lo que hagan, lo afrontaremos.

Basjir le dirigió una crispada y casi imperceptible inclinación de cabeza.

—Pues, entonces, vamos a tener mucho trabajo —dijo el ministro.

Ankara, Turquía, 7 de febrero de 2000

NAMIK Ghazi estaba tranquilamente sentado, con la cabeza apoyada en sus manos entrelazadas y los pies cruzados bajo la mesa. Notaba en la cara el agradable calor del sol que entraba por la ventana. Encima de la mesa tenía una bandeja de plata, reluciente, con una copa de vino especiado, un cuenco de cerámica lleno de aceitunas surtidas y una servilleta con un complicado nudo. Las aceitunas estaban curadas en aceite, importadas de Grecia. Le gustaban más que las variedades españolas y eran mejores que las que se producían en su propio país. Se las habían enviado justo el día anterior y, aunque sólo el transporte le había costado un ojo de la cara, no lo lamentaba. ¿Acaso no creían en la Antigüedad que las aceitunas eran un regalo de los dioses, que prevenían la enfermedad y conservaban la juventud y la virilidad? ¿Acaso no era el fruto que brotaba de la rama del olivo, símbolo de la paz? Mientras no le faltasen las aceitunas, las ocasionales y tiernas atenciones de su esposa y de su amante, podría vivir feliz el último tercio de su vida. Sus compañeros americanos y europeos de la base de apoyo de la UpLinks en el Próximo Oriente solían tomarle el pelo por sus gustos para el desayuno. Pero ¿y qué? Pensaba que su herencia colonialista les impedía madurar como seres humanos. Aunque no tenía nada contra ellos, desde luego. Era un jefe benévolo. Los toleraba a casi todos, algunos incluso le caían bien y a varios los consideraba verdaderos amigos. A Arthur y Elaine Steiner, por ejemplo, los había invitado a menudo a su casa, hasta que Gordian se los llevó para los trabajos en Rusia. Incluso aquella pareja a la que tanto estimaba, pues, no eran precisamente unos *gourmets*.

Qué aficionados eran los occidentales a juzgar a los demás, como si sus gustos, en la comida, la bebida y el amor estuviesen basados en algún patrón empírico. ¿Les había comentado él, alguna vez, su impío consumo de tocino para acompañar los huevos que se trajinaban por las mañanas? ¿Su afición a comerse crudas las vacas, por decirlo de algún modo, en el almuerzo y la cena? ¿Las vulgares modas de sus mujeres? ¿A qué retorcida mente se le ocurrió ponerle pantalones a la figura femenina? ¡Occidentales! Cuánta presunción encerraba pensar que podían dictar los gustos a los demás. Él empezaba y terminaba el día comiendo aceitunas y bebiendo vino, y casi todo lo que mediaba entre ambos placeres era un penoso esfuerzo.

Ghazi suspiró y desentrelazó los dedos. Se inclinó hacia adelante y cogió una aceituna del cuenco. Se la llevó a la boca y la masticó, cerrando los ojos con delectación al notar el sabor en la lengua.

Y entonces sonó el intercomunicador.

Lo ignoró.

Volvió a sonar insistente.

Fruunció el entrecejo y pulsó el botón.

—¿Sí? ¿Qué ocurre? —preguntó con sequedad escupiendo el hueso de la aceituna en la servilleta.

—Está al teléfono Ibrahim Bayar, señor —dijo su secretaria que, como siempre, hablaba en un tono agradable y pausado.

¿Cómo podía haber sido tan brusco con ella?

—Me pondré, Riza, muchas gracias —dijo Ghazi, y cogió el auricular algo intrigado.

El jefe de la fuerza regional de seguridad de Espada había sido destinado a Politika por el propio Blackburn. ¿A qué se debería?

—*Gün aydin*, ¿ha hecho progresos en encontrar a la oveja negra, Ibrahim?

—Algo más que progresos —repuso Ibrahim—. Hemos localizado el lugar en el que se oculta, por lo menos, uno de los terroristas. Y puede que también la mujer.

—¿Dónde? —exclamó Ghazi con una ansiedad que le aceleró el pulso.

—En un santuario kurdo de las afueras de Derinkuyu. En estos momentos estoy en una posada del pueblo, Hanedan. Luego le daré detalles.

—¿Va a necesitar más hombres?

—Por eso lo llamo. Envíeme tres equipos y, sobre todo, que venga Tokat. Podría resultar difícil.

—Me ocuparé de ello de inmediato —dijo Ghazi—. Ah, Ibrahim...

—¿Sí?

Ghazi se humedeció los labios.

—Tenga mucho cuidado, amigo y hermano mío.

Capadocia, sureste de Turquía, 9 de febrero de 2000

ANTES de que los hititas se asentaran en la región, cuatro mil años atrás, los trogloditas de la edad de Bronce ya excavaban túneles en las extrañas formaciones volcánicas, en altozanos en forma de cono o de cúpula. Perforaron las laderas de los montes de Capadocia y construyeron una red de comunidades subterráneas, cuyas salas y pasadizos se extendían a lo largo de muchos kilómetros bajo la gredosa toba, auténticas viviendas que albergaban a una población de centenares de personas. En estas viviendas había dormitorios, salones y cocinas, así como temples, cisternas, establos, despensas, talleres y bodegas. Había hospitales públicos, iglesias y recintos de confinamiento; entrantes, salientes, balcones, escaleras y columnas o pilares; frescos y esculturas; incluso muebles, mesas, sillas, bancos y plataformas a modo de camas excavadas en la piedra, firme pero maleable. Pequeñas rendijas entre las viviendas permitían la comunicación para la rutina diaria, y proporcionaban un eficiente sistema de alarma civil en casos de emergencia.

Durante los siglos que duró la ocupación romana, diversos grupos étnicos tribales y luego los primeros cristianos, entre los que según la tradición se encontraba el apóstol san Pablo, encontraron refugio en aquella especie de acolmenada megalópolis del subsuelo. Posteriormente, sirvió de refugio a órdenes monásticas de clausura que huían de la brutalidad de los invasores mongoles, árabes y otomanos. En las últimas décadas, partes aisladas de esa megalópolis, equivalente a los contemporáneos barrios, ciudades y poblaciones de extrarradio, han sido excavadas por los arqueólogos y, en algunos casos, abiertas a los turistas. Partes del complejo están aún por descubrir, o sólo las conocen los lugareños. Ciertos sectores los ocuparon los kurdos que huyeron del norte de Iraq a consecuencia de la guerra del golfo Pérsico, y, en nuestros días, funcionan como ocultos enclaves de las milicias kurdas que combaten contra los gobiernos de Turquía y sus aliados internacionales, entre los que se cuenta Estados Unidos.

Aunque sólo fuera por estas razones, pensaba Ibrahim mientras espoleaba a su caballo por la escarpada ladera, las cuevas excavadas por los trogloditas al sur de Derinkuyu podían ser un escondrijo ideal para Gilea Nastik y su primo Korut Zelva después del atentado de Times Square. Había muchos simpatizantes de los kurdos en aquellos remotos parajes, montañeses que recelaban de los desconocidos y que veían con muy malos ojos que los forasteros se mezclasen en los asuntos locales. Incluso quienes eran políticamente neutrales no querían saber nada del grupo que había acudido allí a la caza de terroristas.

Y como él era el hombre de Roger Gordian en aquella remota comarca, Ibrahim

temía que si los lugareños avistaban a su grupo, que se dirigía hacia allí a caballo, alertasen a los canallas que cometieron la salvajada de Times Square.

Ibrahim iba a medio galope. Los músculos de su caballo, estilizados y sudorosos, se contraían y distendían con potente armonía. Caía un sol de justicia que se reflejaba en la tierra, una tierra baldía, tan dura y agrietada que ningún vehículo todoterreno, ni siquiera los de la pequeña flota de vehículos de ataque rápido de Espada, podía cruzarla.

Había tramos que parecían impregnados de eternidad, pensaba Ibrahim. Tramos que se resistían a los cambios más elementales, donde las carreteras y los tendidos telefónicos no llegaban. En aquella región, todo trayecto largo se hacía a caballo. La tierra no se avenía a componendas. Si no te adaptabas, te derrotaba.

Ibrahim siguió cabalgando. Sujetaba las riendas con suavidad y el caballo cabeceaba rítmicamente sin aparente esfuerzo. A su izquierda y a su derecha, los cascos de las monturas de sus compañeros hollaban la tierra levantando piedrecitas y tierra cenicienta. Todos llevaban monos ligeros y frescos, de color pardo, y portaban subfusiles MI6, con adaptadores WRS y lanza proyectiles de energía cinética M234 RAG. Llevaban máscaras antigás y gafas protectoras colgadas del cuello.

A cosa de un kilómetro, Ibrahim vio sobresalir del terreno una estructura en forma de arco. Las entradas en las paredes de roca conducían a los alojamientos que, en otros tiempos, utilizaban los caravaneros. Los mercaderes que recorrían largas distancias hacían allí un alto en su viaje para ofrecer suministros a las ciudades subterráneas. Descendían a las estancias inferiores a través de pasadizos de escalones largos y suaves.

Ibrahim sabía que ahora aquellos pasadizos estarían llenos de escorpiones, de escorpiones humanos además de los otros. Y la misión de su grupo era irrumpir en su escondrijo y apresarlos sin matarlos. Los terroristas no serían tan considerados. Si tenían oportunidad, lo matarían a él y a todos sus hombres, y dejarían que sus cadáveres se pudriesen sobre la tierra.

En fin, ninguna lucha era justa para ambas partes. Ibrahim y sus compañeros de armas sabían cuál era su misión y pondrían todo su empeño en llevarla a cabo. El resto quedaría en manos de Alá.

Ya a la vista de la guarida siguieron avanzando a través de aquellos parajes desolados y silenciosos.

El mozo de la posada Hanedan salió del pueblo al amanecer, poco antes de que lo hiciesen los forasteros que habían llegado durante los dos últimos días. Iba por atajos poco conocidos, por las pendientes de aquel paisaje lunar escarpado y sobrecogedor. Conducía a su montura sin pausa hacia un jiboso saliente de roca que hacía las veces de acceso principal de las catacumbas. Había otros accesos, boquetes a través de los que se podía entrar y salir. Pero la mayoría conducían a pasadizos bloqueados o

derrumbados a lo largo de los siglos.

Korut debía de haber apostado al grueso de sus centinelas en el saliente. Tendría que alertarlos. Y sin tiempo que perder.

El joven mozo de la posada volvió la cabeza. Vio a los armados jinetes avanzar a lomos de sus caballos como pequeños puntos que levantaban tirabuzones de polvo. Ignoraba quién lo había enviado a aquella cacería humana. A decir verdad, ni a él ni a sus paisanos les importaba. Semanas atrás, Gilea y Korut habían regresado a Derinkuyu, pidiendo ayuda y protección, y se la habían dado. Gilea y Korut contaban con las simpatías de su pueblo, por sus lazos de sangre y de clan, y les eran incondicionalmente leales.

Ibrahim no iba a defraudarlos. Llegaría a ellos antes que los intrusos y los pondría sobre aviso de la amenaza que avanzaba hacia ellos, aunque su caballo echase los bofes por la boca.

Nada de lo que sus parientes pudiesen haber hecho, nada, le impediría que los ayudase a escapar.

Korut introdujo un cargador de treinta balas en su Kalashnikov AKMS, se colgó el fusil de asalto al hombro y corrió por el pasadizo. Sus pisadas sonaban en el hollado suelo de toba. Minutos antes, una voz angustiada le había gritado a través de la rendija de la pared de su habitáculo para alertarlo de que se acercaban hombres armados, de que un grupo de extraños cruzaba los eriales. Estaban a menos de un kilómetro por el sur y era un grupo formado por turcos, americanos y europeos, que había salido a caballo del pueblo por la mañana.

Fue una suerte que Gilea se hubiese marchado ya y le dejase a él allí para que dirigiese los entrenamientos y reclutase más hombres. Gilea ya debía de haber embarcado en el minisubmarino que, desde Amasra, en la costa norte, la llevaría a su destino a través del mar Negro.

No creía que sus perseguidores perteneciesen a la CIA ni a la Interpol.

De ser así, habrían acudido con helicópteros o incluso con aviones, pero no a caballo. Cualquiera que fuese su composición multinacional, tenía que ser un grupo formado por hombres que conociesen el terreno y que utilizara las tácticas de los naturales de la región. ¿Se trataría de la misteriosa organización acerca de la que había recibido información, la misma que envió un grupo a la oficina de Nick Roma en Nueva York?

No había manera de saberlo con seguridad, aunque, en definitiva, ¿qué más daba? Lo habían buscado, lo habían localizado e iban a por él.

Korut rezaba porque viviesen lo bastante para lamentarlo.

Ibrahim vio el brillo del sol en las armas automáticas antes de que hiciesen los primeros disparos. Dirigió la mirada hacia quienes disparaban apostados en las aberturas de la cueva. Vio el retroceso de los rifles y oyó las detonaciones.

Tiró de las riendas para detener a su caballo, a la vez que movía la mano arriba y abajo como si imitase la acción de cortar. Los otros hombres se le acercaron. Sus monturas resoplaban y pequeñas polvaredas se arremolinaban alrededor de sus cascos, levantadas por la andanada de balas de los Parabellum. A aquella distancia, los Parabellum eran imprecisos y sus disparos impactaban lejos del Marico. Con todo, los terroristas disponían de la ventaja de estar en lo alto de la loma. No cabía duda de que habían sido informados de la llegada del grupo Espada.

Por un lado era una contrariedad y un inconveniente que los terroristas estuvieran sobre aviso, pero por otro no, se dijo Ibrahim. Había confiado en el factor sorpresa pero, como no descartaba que el factor sorpresa se volviese en su contra, pues de no estar todos apostados podrían tener un mal encuentro en las inmediaciones, había adoptado precauciones.

Ibrahimladeó la cabeza hacia el americano que iba a su derecha.

—Sitúe a sus hombres en la parte delantera, Mark —le dijo—. Yo rodearé con los míos el sector por el que estoy seguro que nuestro hombre intentará escabullirse.

Mark frunció el entrecejo quemado por el sol y lo miró con sus ojos azules. Luego asintió con la cabeza y les hizo una seña a los doce hombres que estaban a su mando directo.

Mientras sus caballos, que marchaban en formación de flecha, atronaban hacia el saliente de roca, Ibrahim se desvió hacia la izquierda con la otra mitad del grupo, hostigando a su yegua para que se lanzara a un galope tendido.

Al llegar al pie de la pared de roca, escarpada y casi vertical, los hombres del grupo de Espada que iba al mando del americano se llevaron al hombro sus lanzadores RAG, que tenían un alcance máximo de 55 metros, y apuntaron valiéndose de las miras telescópicas. Los disparos de los defensores impactaban ahora muy cerca. Mark vio que uno de sus hombres se tambaleaba en la silla y se llevaba las manos al cuello. En seguida manó sangre entre sus dedos. Otro de sus hombres cayó al suelo con rodiles rojos estampados en la pechera de su túnica. A su lado, uno de los caballos fue alcanzado y se desplomó. Al doblar el animal las patas delanteras, el jinete salió volando hacia adelante y quedó tendido a varios metros de distancia. El relincho de dolor del animal sobrecogió a Mark como si de un grito humano se tratase.

—¡Fuego! —gritó Mark—. ¡Freíd a esos cabrones!

El resto de su grupo disparó a las entradas de la cueva las granadas de energía, a 5000 revoluciones por minuto, que dejaban una estela de propelente. Los proyectiles cayeron junto a los hombres apostados en las cornisas de roca haciéndolos saltar por los aires entre gritos de dolor y confusión a causa del gas lacrimógeno.

Satisfecho por el efecto de su ataque inicial, Mark gritó otra orden. Sus hombres se pusieron las máscaras antigás, desmontaron y empezaron a subir por la pendiente disparando ráfagas de sus WRS. Cegados por el gas, los defensores gritaban, tosían y se agitaban entre aparatosas convulsiones. Algunos andaban a ciegas durante varios segundos agitando los brazos para tratar de mantener el equilibrio, antes de tropezar y caer. Otros trataban de retirarse a gatas, desorientados, incapaces de utilizar sus armas.

Al llegar al saliente, el grupo Espada volvió a cargar sus morteros y dispararon otra salva de granadas RAG/CS hacia las entradas de la cueva.

Luego, mientras las nubes de gas se adentraban por la oscuridad por delante de ellos, irrumpieron en los túneles para neutralizar toda la resistencia.

Korut corrió hacia los escalones que conducían a la salida trasera. La tenue luz de las bombillas que pendían de ganchos en las paredes proyectaba franjas de sombra en sus facciones. Oía los gritos y los jadeos de sus compañeros. Pero en aquel momento no podía hacer nada por ayudarlos. Había creído que aunque la mitad de sus hombres estuviesen en Rusia, podría rechazar el ataque de un grupo que no estuviese familiarizado con el terreno. Sin embargo, los atacantes no se comportaban en absoluto como extraños. ¿Quiénes eran? ¿Cómo habían descubierto el escondrijo subterráneo?

Más adelante tendría que averiguarlo e informar a Gilea de lo que había ocurrido aquel día. Porque, si no huía inmediatamente, no podría hacer nada, ni por ella ni por sí mismo.

Ascendió por la estrecha escalera que conducía hacia la superficie subiendo los escalones de dos en dos y esgrimiendo su arma. Vio la luz del día que le llegaba desde arriba y oyó el relincho de su caballo en el establo.

Al llegar a lo alto de la escalera, no tuvo más que girar hacia un corto pasillo y entrar en el establo. El caballo se rebullía inquieto, sin duda asustado por el ruido de los disparos.

Korut cogió la manta y la silla que colgaban de sendos ganchos de la pared. Ensilló el caballo, puso el pie izquierdo en el estribo y montó. Tiró de las riendas para situar al caballo de cara a la entrada y hundió los talones en el costado del animal.

El caballo se le repropió un momento. Korut logró dominarlo y lo hizo salir al galope, hacia el desierto abrasado por el sol.

El grupo de Ibrahim sabía que en la cueva tenían un establo. Un tendero local, que valoraba más los dólares americanos que su lealtad a sus paisanos, les había facilitado un mapa indicándoles la situación exacta. Tras separarse del grupo de Mark, Ibrahim y sus hombres fueron a apostarse junto al saliente de roca que formaba la entrada,

seguros de que Korut intentaría utilizarla para huir si salía bien librado del ataque en la parte delantera.

Korut los vio en cuanto salió de la cueva, montados en sus caballos formando un semicírculo, apuntado hacia la entrada con sus armas.

—Cerdos —masculló al comprender que estaba atrapado—. ¡Maldita sea!

Alzó su arma para disparar pensando en llevarse por delante al mayor número de enemigos posible, pero un RAG impactó en su torso antes de que tuviera tiempo de apretar el gatillo. Cayó del caballo hecho un ovillo, con las piernas encogidas y llevándose las manos al estómago.

—Vayamos a por él y saquémoslo de aquí —dijo Ibrahim bajando del caballo.

Región de Kaliningrado, 9 de febrero de 2000

GREGOR Sadov estaba en la pista de tiro ejercitándose con Nikita, cuando recibieron la llamada telefónica. Llevaba un móvil prendido del cinturón con el avisador apagado, pero notó la vibración en la rabadilla. Introdujo un cargador en su AKMS, alzó la mira, le pasó el arma a Nikita y cogió el móvil.

—Diga.

—Ya es la hora —oyó Sadov.

Era una voz masculina. Aunque eso no significaba nada, porque era obvio que había sido alterada electrónicamente.

Lo que sí detectó Sadov en seguida, pese a la deformación electrónica, es que se trataba de la misma voz que lo había contratado para varias misiones. No tenía ni idea de con quién hablaba, lo que no era de extrañar, pues en su profesión Gregor estaba acostumbrado a que hubiera varias capas «aislantes» entre él y el contratante. Lo desacostumbrado en esta ocasión era que Gregor no sabía realmente para quién trabajaba. Sabía que se trataba de un alto cargo del gobierno, y podía aventurar quién elegía los objetivos. Sin embargo, también era consciente de que en su trabajo era mejor no saberlo.

—¿Han elegido el objetivo? —preguntó Gregor.

—Sí. Se trata de una estación de telecomunicaciones vía satélite situada en la región de Kaliningrado.

Gregor asintió para sí y no preguntó por qué habían elegido aquellas instalaciones. No necesitaba saberlo.

—¿Algún requisito especial?

No era imprescindible explicar lo que quería decir, sólo debía saber si querían que matase a algunas personas en concreto y si deseaban que algunas sobreviviesen.

—Ninguno. Sólo asegúrese de cumplir con la misión.

—Entendido —respondió Sadov asintiendo de nuevo.

—Hay otra cosa —le dijo la voz deformada electrónicamente.

La mano derecha de Gregor se crispó en el teléfono. «Otra cosa» significaba invariablemente algo que, con toda probabilidad, no le gustaría.

—La misión debe llevarse a cabo lo antes posible.

Gregor sonrió sin ganas.

—¿Concretamente, cuándo? —preguntó—. Necesitamos tiempo para planearla, para llevar a cabo el reconocimiento del lugar, para...

—Esta noche —dijo la voz en un tono tan áspero como tajante—. Mañana a más tardar.

—Imposible.

—Le pagaremos el doble.

Sadov decidió no protestar y aumentar el precio.

—El triple —dijo.

El comunicante, si es que era un hombre, no titubeó.

—De acuerdo.

Gregor se preguntó hasta dónde podría llegar si seguía elevando el precio.

—De acuerdo —repitió la voz—, siempre y cuando mañana por la noche haya cumplido con la misión.

—Cuenta con ello.

Gregor cortó la comunicación y se dio la vuelta. Le cogió el arma a Nikita y empezó a disparar a la silueta que le servía de blanco.

—Vamos —dijo cuando hubo vaciado el cargador—. Tenemos trabajo que hacer.

Región de Kaliningrado, 10 de febrero de 2000

—SE ha vuelto a ir la luz, Elaine.

Elaine Steiner alzó la vista de la caja de conexiones que estaba inspeccionando. Su marido acababa de llegar a la habitación, de nuevo con malas noticias.

—¿Qué ha ocurrido esta vez? ¿No irás a decirme que han vuelto a estropear el generador?

Como parte del acuerdo de Gordian con el gobierno ruso, la estación de telecomunicaciones compraba electricidad en la red circundante. Pero Gordian no se llamaba a engaño. Sabía lo poco fiable que podía ser el servicio en las remotas comarcas que elegía para sus estaciones y, por lo tanto, cada emplazamiento disponía de un generador con potencia suficiente para mantener sus instalaciones on-line. El problema estribaba en que compraban también en la región muchas de las piezas de repuesto necesarias para el generador, al igual que el combustible, y nada tenía nunca el nivel de calidad requerido por los Steiner.

—¡Qué va! —exclamó Arthur—. El generador ha respondido automáticamente y sin problemas a la conexión on-line, como tiene que funcionar. Lo que ocurre es que se ha cortado el fluido procedente del exterior. Hemos llamado a la central y, por lo visto, somos los únicos que nos hemos quedado sin suministro.

Elaine frunció el entrecejo y empezó a sacar sus herramientas. Ella y Arthur llevaban en esa profesión el tiempo suficiente, y habían trabajado en lugares lo bastante violentos como para que se les hubiese agudizado el sentido del peligro.

—¿Cuánto hace que estamos sin luz? —preguntó Elaine.

—Unos diez minutos. La central va a enviar una brigada para comprobar las líneas. No tardaremos en saber qué ha pasado.

Elaine hinchó los carrillos y soltó un bufido de fastidio ante el eterno optimismo de su esposo.

—¿Obreros de aquí? —exclamó—. Tendremos suerte si son capaces de encontrar las líneas. No, cariño, si queremos reparar esto rápidamente, será mejor que lo hagamos nosotros.

Gregor Sadov miró los tres postes del tendido que habían volado y sonrió satisfecho. Prácticamente, les había bastado una pulgarada de goma-2.

Su objetivo era una estación de telecomunicaciones norteamericana vía satélite y, por lo tanto, Gregor sabía que el corte del suministro eléctrico no iba a neutralizar todas sus defensas. Pero también sabía que casi toda la potencia de su generador se

destinaría a mantener en funcionamiento las instalaciones más vitales, como el repetidor.

De modo que Gregor se proponía inutilizar el generador. No le preocupaban demasiado los teléfonos del interior del recinto, pues éste estaba tan lejos de la civilización que, simplemente, no había nadie a quien el personal de la estación pudiese llamar; es decir, no había nadie que pudiera llegar allí a tiempo para ayudarlos. Sin embargo, Gregor no había logrado sobrevivir tanto tiempo corriendo riesgos innecesarios. No podía cortar todas las comunicaciones del recinto, porque para ello tendría que poder desviar al satélite de su órbita. Lo que sí podía hacer era tratar de inutilizar el generador.

Gregor les indicó a sus hombres que subiesen a los blindados. Contaba con siete: tres supervivientes de su grupo y cuatro que Gilea le había enviado para que lo ayudasen. No había tenido muchas oportunidades de trabajar con los nuevos, pero no importaba. Eran hombres de Gilea y no suyos. Y, además, aunque hubiese llevado un año con él no podría estar totalmente seguro de poder confiar en ellos.

Había distribuido a sus hombres entre los cuatro BTR-40. Los hombres de Gilea iban por parejas en dos de ellos, él y Nikita en otro y sus otros dos hombres en el que cerraría el grupo. Cada vehículo llevaba una ametralladora KPV de 14,5 milímetros montada en el techo de la cabina del conductor, y una impresionante parafernalia de combate. Tenían órdenes de liquidar a todo el que se les pusiera por delante, y Gregor se proponía cumplirlas.

Pusieron los motores en marcha y, con Gregor y Nikita en cabeza, enfilaron hacia el recinto, que se encontraba a unos 5 kilómetros de allí. Gregor había tomado medidas para que desde el recinto no oyesen las explosiones que habían derribado los tres postes del tendido.

Al acercarse, Gregor vio un Jeep americano con el logotipo de una empresa pintado en una puerta, que iba hacia ellos. No veía a quienes iban en el interior, daba igual. Debía de ser una brigada de averías, enviada a inspeccionar las líneas para ver qué había ocurrido.

En otras circunstancias los habría dejado pasar de largo, pues una brigada de operarios de averías poco podía influir en el plan global. Sin embargo, tenía órdenes de liquidar a todo el que se cruzase en su camino.

Frenó y miró a Nikita.

—Cárgatelos —le ordenó.

Nikita asintió con la cabeza. Cogió uno de los RPG que llevaba en el asiento de atrás, bajó del vehículo, apuntó y disparó.

Arthur llevaba puesto el cinturón de seguridad porque la carretera era muy accidentada. Elaine no había querido ponérselo. Decía que ya lo había usado bastante en Estados Unidos, donde era obligatorio llevarlo, igual que lo era llevar casco en las

motocicletas, y sillitas para los niños acopladas al asiento de atrás de los coches, no para proteger a los ciudadanos, sino para evitar que el Estado tuviese que gastar más de la cuenta en asistencia médica si se producía un accidente.

Como siempre, conducía Arthur. La verdad era que Elaine lo hacía mejor, pero siempre que iban juntos, era él quien se ponía al volante. Y, debido a eso, y a que iba muy pendiente del camino de cabras que en aquella región llamaban carretera, fue Elaine la primera en avistar al enemigo. Así los calificó en cuanto los vio remontar la pequeña cuesta unos doscientos metros más adelante. El enemigo.

Elaine había empezado a sospechar en cuanto Arthur dijo que se había ido la luz, y que los de la central le habían informado por teléfono de que eran los únicos que estaban sin suministro. Pensó que era demasiada casualidad, sobre todo al recordar lo ocurrido en Times Square hacía poco. Habría dado el sueldo de un mes por tener una arma a mano. Las pocas armas de que disponían en el recinto estaban bajo llave en tiempos de paz y, pese a todas sus sospechas, seguían estando oficialmente en tiempos de paz.

Al ver cuatro vehículos blindados dirigirse hacia el recinto, Elaine comprendió lo que veía: el enemigo.

—Arthur... —dijo.

Pero ya era demasiado tarde. Los cuatro BTR-40 aminoraron la velocidad y se detuvieron. Elaine vio a una mujer bajar del blindado que iba delante y apuntarla con una arma.

—¡Da la vuelta, Arthur! ¡Da la vuelta!

Su esposo alzó la vista y empezó a girar el volante. En aquel mismo instante la mujer disparó.

El disparo de Nikita no dio en el blanco, el proyectil se hundió en la tierra frente al Jeep que se acercaba, abriendo un boquete considerable. Daba igual, pensó Gregor, el efecto sería el mismo. El Jeep no tuvo tiempo de frenar, entró en el bache y alguien salió despedido desde el asiento del acompañante.

Gregor volvió a poner en marcha el blindado y le hizo señas a Nikita para que acabase con ellos.

—¡Vamos! ¡Liquídalos y larguémonos!

En los primeros momentos, Elaine no sintió nada; ni siquiera recordaba lo ocurrido. Sólo sabía que estaba tendida en el suelo, mirando al cielo, que se le antojó demasiado azul, demasiado apacible para ser real. De pronto, todo se le representó como si se tratara de las escenas de una película: los vehículos enemigos, la mujer, el cohete que explotó frente a ellos, Arthur...

—¿Arthur?

Al ladear el cuerpo sintió el dolor, un dolor muy intenso en todo el cuerpo, desde los dedos de los pies a la coronilla. Entonces comprendió que algo muy grave le ocurría, que a causa de la explosión o del golpe, al salir despedida y caer, el terreno helado le había producido lesiones irreparables. Pero en aquel momento eso era lo que menos le preocupaba. Sólo pensaba en Arthur.

Se sobrepuso al dolor, se incorporó lo justo para poder gatear y fue hacia el destrozado vehículo.

Allí estaba Arthur. El cinturón de seguridad había impedido que saliese despedido, pero no le había servido de nada, pues al acercarse vio que el volante se había hundido en su pecho. Estaba aprisionado contra el asiento. Y no se movía.

—Arthur —dijo entre llorosa e implorante—. Arthur...

Se aupó penosamente hasta el asiento, se arrimó a él y se acurrucó a su lado. Estaba muerto. No respiraba. Sus heridas habían interrumpido el bombeo de su corazón. Elaine comprendió que también ella estaba perdida.

—¡Oh, Arthur! —exclamó cerrándole los ojos. Luego, aún tuvo fuerzas para besarlo en los labios—. Duerme, amor mío, duerme —susurró apoyando la cabeza en su hombro por última vez.

Gregor se acercó despacio a los restos del Jeep americano empuñando una Beretta. Tenía la certeza de que los ocupantes del vehículo estaban muertos o, por lo menos, de que ninguno de ellos podía ser una amenaza. Aunque cerciorarse no estaba de más, sobre todo porque era muy difícil ver a través del cristal del parabrisas, cuarteado y ensangrentado.

Rodeó por el lado del asiento del acompañante, miró a través de la ventanilla y vio la escena. Era obvio que el hombre estaba muerto. Pero no tenía la plena seguridad de que lo estuviese la mujer, quien, pese a haber salido despedida del vehículo, había vuelto al interior. Podía estar viva.

La apuntó con su Beretta. Antes de que le diese tiempo a disparar, ella ladeó la cabeza lentamente con expresión de dolor y lo miró a los ojos.

—¿Por qué? —le preguntó con la voz entrecortada—. Hemos venido aquí a ayudar, no a hacer daño a nadie. ¿Por qué matarnos?

Gregor se encogió de hombros.

—Órdenes —contestó.

Y disparó sin más. La bala le entró por la frente, echándole la cabeza hacia el hombro de su esposo. Luego se venció hacia adelante separándose del hombre a quien tanto amaba.

Gregor se acercó a ella y volvió a colocarle la cabeza sobre el hombro de su compañero. Después regresó a su blindado y arrancó de nuevo en dirección al recinto.

Nueva York, 9 de febrero de 2000

AL dirigirse hacia el mostrador que atendía un sargento en la Jefatura Superior de Policía, Roger Gordian estaba muy nervioso y afectado. En parte se debía a que acababa de pasar por Times Square. El lugar del atentado resultaba sobrecogedor, lleno de restos de la tragedia que había provocado. Pese a lo horribles que eran las imágenes que difundió la CNN, él no estaba preparado para el impacto emocional de verlo en directo.

No fue realmente la magnitud de los destrozos lo que lo pilló desprevenido, sino los pequeños detalles que elevaban el horror al nivel de lo personal, como el osito de peluche ensangrentado con una enmarañada cinta rosa. Expuesto durante un mes al polvo y al mal tiempo de Nueva York, el peluche había quedado atrapado entre los restos de un letrero. Rezó para que el dueño del osito hubiese sobrevivido, y estuviese lo bastante libre de dolor y preocupación como para poder llorar la pérdida de su peluche.

Sí, Times Square lo había conmovido. Y ya había hecho planes para ayudar a la reconstrucción del sector. Pero ésa no era la única razón por la que estaba afectado. También era muy consciente del riesgo que iba a correr, y de la explosiva naturaleza de lo que llevaba en el bolsillo del abrigo.

Se acercó al mostrador del sargento.

—Estoy citado con el jefe superior —dijo Gordian.

Cuando su secretaria lo llamó a través del intercomunicador para decirle que Gordian había llegado, Bill Harrison dejó a un lado el montón de informes que había estado estudiando, se quitó las gafas que utilizaba para leer y se frotó los ojos.

—Déme un minuto y luego hágalo pasar —le dijo Harrison a su secretaria.

Desde la muerte de su esposa no dormía bien. El psicólogo del departamento le había dicho que era normal, aunque saber que su reacción era la previsible no mitigaba en absoluto su dolor. Y tampoco lo ayudaba a soportar las pesadillas ni la soledad.

Había renunciado a dormir en su cama, porque allí el recuerdo de Rosie se le hacía insoportable. Entrar al dormitorio que compartieron durante tantos años lo sumía en la mayor desolación. Su ropa, su perfume... Había sacado de allí lo más necesario y se había instalado en el dormitorio de invitados. No le había servido de mucho, pues cada vez que cerraba los ojos para tratar de conciliar el sueño, tenía pesadillas que, una y otra vez, le reproducían el horror que había vivido. Y se

despertaba en plena noche aterrorizado.

Las peores pesadillas eran aquellas en las que la salvaba, los salvaba a todos, y al despertar tenía que afrontar la espantosa realidad.

Rosie había muerto.

Había terminado por pasar la noche en un sillón de la sala de estar. Era tan incómodo que nunca acababa de quedarse dormido completamente. Lo ayudaba a conjurar las pesadillas, pero no era nada beneficioso para su concentración.

Y necesitaba estar muy concentrado si quería solucionar aquel caso.

Se pasó las manos por la cara y por el pelo y se recompuso la corbata. Pensar en otras cosas. Ésa era la fórmula para sobrevivir a su tragedia, se dijo.

Se preguntó qué querría de él una persona tan importante.

Mucho interés debía de tener el magnate, en lo que fuese, para viajar hasta las conflictivas calles de Manhattan desde California, sobre todo desde la California en la que vivía alguien como Gordian.

Probablemente, su apartamento cabría en el garaje de Gordian, e incluso debía de sobrar sitio para aparcar su coche.

¿Por qué habría llamado la secretaria de Gordian para concertar una entrevista privada? ¿Un asunto policial? Parecía improbable.

En fin, no tardaría en averiguarlo. Su curiosidad, el gusanillo que lo inclinó a hacerse policía, era la única emoción que no había resultado afectada por la tragedia.

La puerta se abrió y entró un hombre que había visto innumerables veces en las revistas y en los informativos. Harrison se levantó para saludarlo. A juzgar por la lúgubre expresión de Gordian, su visita no se debía a ninguna excentricidad de millonario. Se acercó a la mesa y dejó su abrigo en un sillón. Luego se volvió hacia el jefe superior de policía.

Se estrecharon la mano y se presentaron.

Una vez cumplidas las formalidades, se sentaron uno frente a otro e intercambiaron unas frases intrascendentes. Haces del sol de la mañana penetraban por la ventana graduable, proyectando una extraña luz sobre una entrevista aún más extraña. Gordian se sentía tan violento como Harrison, y ambos estaban igualmente intimidados. Fue Harrison quien optó por dejar a un lado la charla intrascendente e invitar a Gordian a ir al grano.

—Seis horas de vuelo y, por lo que me ha dicho su secretaria, piensa regresar esta misma noche a San Francisco. Supongo que no habrá venido para hablar del tiempo. ¿Por qué no me dice ya de qué se trata?

El momento de la verdad. Harrison lo vio reflejado en el rostro de Gordian.

—Se trata... de una larga historia —explicó Gordian—. Y puede que no tenga un final feliz.

El magnate sacó un voluminoso sobre del bolsillo del abrigo, que había preferido tener a mano en lugar de dárselo a la secretaria para que lo colgase en el armario. Una extraña actitud en un hombre como Gordian, pensó Harrison, porque, probablemente,

el magnate estaría rodeado de subalternos y de personal de servicio las veinticuatro horas del día.

Gordian sopesó el sobre y lo miró como si temiera que fuese a explotar. Luego recordó dónde estaba y alzó la vista hacia Harrison, que lo miraba sin impacientarse, dispuesto a escuchar.

—No sé si usted lo sabe, pero fui prisionero de guerra —dijo Gordian—. Me derribaron en Vietnam y me encarcelaron en Hanoi.

—Es un dato conocido —le confirmó Harrison, quien no tenía la más remota idea de adonde podía querer ir a parar Gordian.

—Regresé del cautiverio convertido en otro hombre. Me propuse desafiar al mundo, hacer todo lo posible para que nada de todo aquello volviera a suceder —explicó Gordian mirando al jefe superior de policía—. Tengo empleados repartidos por todo el mundo. Trabajan para el bien de todos nosotros, lejos de sus hogares y vulnerables a las mareas políticas de los países en los que residen. Yo los envío a sus destinos. Soy responsable de ellos.

—Lo entiendo —dijo Harrison—. Yo he de enviar, a diario, a miles de hombres de uniforme a ganarse la vida duramente.

—Entonces, comprenderá que yo esté dispuesto a hacer casi cualquier cosa para proteger a mis empleados.

—¿Qué significa «casi»? ¿Dónde se detiene usted cuando algo le parece importante? —preguntó Harrison, que empezaba a intuir de qué podía ir la cosa.

—Depende... Cuando se trata de ciudadanos respetuosos con la ley, nos ceñimos a la letra y al espíritu de la ley del país de que se trate. Siempre. Estoy orgulloso de mi empresa. Pero cuando se trata de terroristas y de criminales..., ¿podría decir que existen zonas oscuras en las medidas de seguridad de mi empresa y dejarlo en eso?

Gordian se dio unos golpecitos en la pierna con el sobre, que produjo una audible fricción en la lana inglesa del pantalón.

—Trataré de no indagar demasiado en sus métodos, salvo que no tenga más remedio. Ambos miraron el sobre.

—El atentado de Times Square ha sido una gran tragedia —dijo Gordian—. Yo estaba viendo la televisión cuando ocurrió. Me recordó demasiado a mis tiempos en Vietnam. Y, aunque no lo haya mencionado, siento gran simpatía por usted.

Harrison inspiró profundamente y tragó saliva. Adivinó que Gordian sabía cómo se sentía en aquellos momentos.

—Gracias. Se agradece mucho viniendo de usted.

—No me gustan los terroristas —prosiguió Gordian tensando los músculos de la mandíbula—. Y cuando amenazan a mi gente, me niego a cruzarme de brazos. Varios de mis empleados tenían parientes entre la multitud.

—Y yo también —musitó Harrison—. Y yo también...

—Perdone... No pensaba... —se excusó Gordian al percatarse de lo que acababa de decir.

—No importa. Me paso el día viendo imágenes del lugar del atentado, examinando las pruebas que reúnen mis hombres, los del FBI y los de la Brigada Antiterrorista, tratando de descubrir algo que nos conduzca a quienes lo hicieron. Créame, no son recordatorios lo que me falta. Voy a averiguar quién le hizo esa canallada a mi esposa y a la ciudad. Tengo a cuatrocientos hombres trabajando sólo en este caso las veinticuatro horas del día. Llegaremos al fondo aunque tenga que cavar con mis propias manos. Debemos hacerlo. Por la ciudad. Por el alcalde. Y por mi esposa. Creo que eso es lo que me mantiene en pie —añadió mirando a Gordian a los ojos—. Pactaría con el mismísimo diablo por la pista que condujese a detener a los responsables.

Gordian le tendió el sobre con manos temblorosas. Harrison lo cogió pero no lo abrió.

—Le mentiría si le dijese que ignoraba lo que contiene ese sobre —le dijo Gordian—. Tampoco le diré que lo hemos obtenido por vías estrictamente legales. Hemos tenido que tomar ciertos atajos.

Harrison no hizo preguntas porque hay cosas que es preferible ignorar.

—Supongo que habrán sabido borrar su rastro.

—No estoy seguro... Pero lo afrontaré llegado el caso. Todo lo que hemos averiguado está en ese sobre, junto con las pruebas. Si quiere que le mantengamos informado desde nuestro lado, le informaré. Y si usted cree que debe informarnos de algo, hasta donde la ley se lo permita, puede devolvernos el favor.

—Gracias —dijo Harrison mirando el sobre—. Mantendré su nombre al margen, si puedo —le aseguró el jefe superior observándole mientras cogía el abrigo en un claro gesto de que daba la misión por cumplida—. Le preguntaré una cosa. ¿Por qué yo? Apenas me conoce.

—Me ha parecido que usted es quien más derecho tiene a ello. Úselo bien.

Sin más, Gordian le estrechó la mano con una firmeza que transmitía simpatía, confianza y consuelo. Luego dio media vuelta y salió. Harrison estaba tan perplejo que se quedó como paralizado. Pensó que la reputación de Gordian, pese a ser excelente, no le hacía justicia. Había que tenerlos como un toro para hacer lo que acababa de hacer. Había que tener un buen par, además de una gran conciencia, a pesar de lo que dijese sobre «zonas oscuras» en sus servicios de seguridad.

El jefe superior sacudió un poco la cabeza para despejársela. Abrió el sobre y vació el contenido sobre la mesa.

—¡Dios mío! —exclamó para sí.

Nombres, fotos, fechas y horas, puntos de entrada y salida, transcripciones de conversaciones, casetes, cintas de vídeo... Todo estaba allí.

Harrison le echó un vistazo a todo y leyó algunos pasajes del informe. Puso la cinta en su vídeo y observó durante unos momentos boquiabierto. Entonces comprendió lo que decían las dos personas que hablaban en la cinta.

¡Dios mío!

Corrió hasta la puerta de su despacho.

—¡Jacquie! —gritó—, llame a los jefes de la Brigada Especial de Times Square y dígalos que vengan aquí inmediatamente. Y llame al FBI.

Harrison volvió a fijar su atención en la pantalla del televisor, que en aquel momento proyectaba unas escenas porno...

Eran las caras de los asesinos de su esposa. Había que pasar a la acción.

En el club Platinum se habían reforzado las medidas de seguridad. Habían triplicado el número de vigilantes y se habían instalado más cámaras de vídeo en el techo, camufladas detrás de portalámparas de plástico negro.

Boris sonrió para sus adentros al repasar la instalación. No se llamaba realmente Boris, sólo era el nombre que utilizaba para aquella misión. No podía evitar pensar que las medidas de Nick Roma para reforzar la seguridad, después de que asaltaron su oficina, encajaban muy bien en aquel dicho americano... ¿Cómo decían? Ah, sí: «Cerrar la puerta del establo cuando ya se han escapado los caballos.»

«Insuficiente o tarde, tanto daba.» Así rezaba otro dicho americano no menos verdadero.

Boris notaba el peso de la SIG Sauer P229, con silenciador, que llevaba bajo la chaqueta del uniforme robado de los empleados del servicio de transporte urgente UPS. Tapó con el enorme sobre acolchado que portaba su tablilla electrónica y fue escaleras arriba hasta la oficina de Nick Roma.

Dos corpulentos guardaespaldas, uno con perfilada barba y el otro perfectamente afeitado, salieron a su encuentro al llegar al descansillo superior, cerrándole el paso antes de que pudiese hacer más que mirar en derredor.

Justo a tiempo, pensó Boris.

—Ya le firmo —dijo uno de ellos.

Boris alzó la vista. Había uno de esos portalámparas de plástico negro en el techo, al fondo del pasillo cubierto por una alfombra gruesa y lujosa. No le sorprendió, pues, por lo que había oído acerca de aquel hombre, sabía que a Nick Roma le gustaba grabarlo todo.

—No hay problema —dijo tendiéndole el enorme sobre al guardaespaldas que estaba a su izquierda, el que no llevaba barba, y alargándole la tablilla al que estaba a su derecha.

Al ir el guardaespaldas a coger la tablilla, Boris pulsó un botón del reverso de la tablilla y activó la pequeña granada deslumbrante del interior del sobre. Luego disparó un pequeño dardo que se hundió en el cuello del barbudo. Su compañero gritaba al abrasarse las manos con las llamas del sobre.

Boris desenfundó entonces su 9 milímetros, les disparó dos balas subsónicas a cada uno de los guardaespaldas y corrió hasta la puerta del despacho de Nick Roma.

Sabía que su objetivo estaba dentro. Y también sabía que la puerta no estaría

cerrada (Nick confiaba demasiado en los humanos para su seguridad personal) y que la alarma de su servicio de seguridad llegaría demasiado tarde.

Nick Roma alzó la cabeza al ver que la puerta se abría lentamente y que entraba un hombre con un familiar uniforme marrón.

—¿Un paquete? ¿De quién? —preguntó pese a que, de inmediato, reparó en que sus guardaespaldas no acompañaban al repartidor de la UPS, como debían haber hecho.

Fue a coger la pistola que tenía en el cajón superior derecho de su mesa, pero su mano no llegó a rozar el arma.

—Con un saludo de nuestro común amigo Yuri Vostov —dijo el repartidor de la UPS.

Nick Roma lo miró sorprendido. Comprendió demasiado tarde.

—Eh, espere un momento...

Boris no aguardó. Le disparó dos balas a la cabeza; la primera justo entre los ojos y la segunda, más difícil porque la cabeza se movía a causa del primer impacto, un poco más arriba.

Boris desenroscó el gastado silenciador del cañón de la pistola y lo repuso al igual que el cargador. Después avanzó hacia la escalera de incendios. Sólo se detuvo un momento para dirigirle al espejo una sonrisa y un saludo con la mano antes de salir de la oficina.

Región de Kaliningrado, 10 de febrero de 2000

LA estación americana se alzaba en la oscuridad como una fortaleza silenciosa. Sin embargo, su aspecto de solidez y seguridad era pura ilusión. Había diez edificios, de una o dos plantas a lo sumo, rodeados de un muro de cemento que abarcaba todo el perímetro. Gregor sabía que había cámaras de rayos infrarrojos y sensores a lo largo de la parte superior del muro que harían sonar la alarma si alguien se saltaba los controles de seguridad. También sabía que ni los rayos infrarrojos ni los sensores iban a servirles de nada a quienes vivían y trabajaban en la estación.

En el sector más cercano a donde ellos se encontraban había una entrada que era lo bastante ancha para que pudiesen pasar dos camiones al mismo tiempo. La verja, de metal reforzado, se abría más allá de las dos garitas de vigilancia que la flanqueaban.

Una instalación típicamente americana, pensó Gregor. En el interior no habría más que un puñado de vigilantes de seguridad pobremente armados, y entre veinte y cuarenta técnicos. No tenían nada que hacer frente a los hombres de su grupo, entrenados y armados hasta los dientes.

De acuerdo con lo planeado, los cuatro BTR-40 se detuvieron a unos cincuenta metros de la verja, bastante más allá del perímetro de luz que proyectaban los focos instalados a lo largo del muro. Habían apagado los faros y todos los miembros del comando se habían puesto las gafas de visión nocturna.

—Prepárate, Nikita —le dijo Gregor mirándola.

Ella lo miró en silencio unos momentos y asintió. Subió a la parte trasera del vehículo, se acercó al mortero M-38 de 82 milímetros atornillado al suelo y ajustó la mira.

Aguardó unos momentos con la intención de darles a sus compañeros de los otros blindados tiempo para prepararse. Luego hizo los primeros disparos. Al cabo de un instante, tres granadas propulsadas por cohetes surcaron la noche en dirección a la verja.

Nikita se quedó allí a observar. En cuanto hubo disparado, volvió a la parte delantera del blindado, que ya se movía, y cogió un RPG del asiento de atrás.

La paz y la tranquilidad de la silenciosa noche se quebró como si un volcán en erupción sembrara la muerte y la destrucción. Una de las granadas impactó directamente en la verja, la arrancó de los goznes y la lanzó hacia el interior del recinto. Las otras dos estallaron en las garitas y mataron a ambos centinelas, además de destrozar las líneas de comunicación con el interior. Nikita había calculado la trayectoria de otro proyectil que tenía un objetivo mucho más contundente. Disparó

hacia arriba y la granada cayó justo encima del techo del edificio que albergaba el generador. Ésa era su única opción para dejar a los americanos completamente incomunicados, pues aunque Gregor supiera que no tenían a nadie a quien recurrir, no quería correr riesgos innecesarios.

El disparo de Nikita fue perfecto y Gregor sonrió satisfecho. Recorrió los cincuenta metros y pasó entre los escombros dejados por las granadas, pese al riesgo que corrían los neumáticos y la parte baja del vehículo, ya que los BTR-40 rusos, una versión de los BTK-60 soviéticos, no eran, en realidad, más que pequeños camiones de transporte de personal, dotados de un insuficiente blindaje de 13,5 milímetros. Sus hombres ya habían identificado el garaje, que hacía también las veces de taller de reparaciones. Planeaban dejarlo intacto, aunque sí pensaban matar a los miembros del personal que pudieran estar trabajando u ocultándose allí. Si sus propios vehículos sufrían daños, se limitarían a robar los Jeeps una vez que hubiesen cumplido la misión.

Los blindados cruzaron la verja en fila india. Gregor iba por delante; los cuatro hombres de Gilea, en los dos vehículos que lo precedían; y sus otros dos hombres, en el BTR que cerraba la pequeña caravana. Una vez en el interior, los cuatro vehículos se separaron y fueron a los sectores que tenían asignados, uno a cada ángulo del recinto. Cuando estuvieron en posición, enfilaron hacia el edificio central, de una sola planta, en cuyo tejado estaba montado el repetidor, disparando a medida que avanzaban.

Apenas encontraron resistencia. Los primeros en caer fueron dos vigilantes de seguridad que estaban al descubierto y desprevenidos. Los demás parecían estar en el interior de sus apartamentos prefabricados, escondidos y rezando por sobrevivir.

Por desgracia para ellos, Gregor tenía órdenes de no dejar supervivientes.

A medida que pasaban frente a los distintos edificios, los hombres de Gregor lanzaban una granada a la puerta para provocar más destrozos e impedir la salida de los supervivientes. Su misión prioritaria era el edificio que albergaba las instalaciones de conexión con el satélite. Una vez lo hubiesen destruido, podrían concentrarse en el resto del recinto.

El único edificio que entretuvo un poco a Gregor fue el que los americanos utilizaban como armería. Dos de sus blindados convergieron frente a él, se detuvieron y dispararon hasta arrasarlo. Luego Gregor reanudó su metódico avance hacia el centro de control.

Max Blackburn hablaba por teléfono con Alan Jacobs, el jefe de seguridad del recinto, cuando las comunicaciones se interrumpieron. Max y sus hombres habían salido a inspeccionar el tendido e iban de regreso a la estación, pero Vince Scull se había rezagado para hacer unas últimas comprobaciones. Alan había llamado a Blackburn en cuanto se interrumpió el suministro eléctrico. Nadie sospechaba que se

tratase de algo deliberado. Sin embargo, de acuerdo a las normas internas, debían mantener una línea telefónica permanentemente abierta hasta que detectaran y solucionaran el problema.

Nada más recibir la llamada, Max Blackburn le dijo al chofer que acelerase y no colgó cuando la comunicación se hubo interrumpido, sino que mantuvo la línea abierta. Miró a Megan. Estaban en la parte trasera de un camión cubierto, como los que utilizaban los agricultores para abastecer a las poblaciones cercanas. El vehículo traqueteaba por la formación de baches que allí llamaban carretera.

—Llama —le dijo él dándole el número de Jacob.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella mientras tecleaba el número, pues las normas internas prohibían almacenar números en la memoria para el marcado rápido.

—No sé —contestó él—. Podría ser.

Megan pulsó el botón para llamar y se llevó el auricular a la oreja.

—Está llamando —dijo ella al cabo de un momento.

Max se inclinó hacia adelante.

—Pise a fondo —le ordenó al chofer.

Megan lo miró con expresión inquisitiva. Blackburn ni siquiera aguardó a que contestase nadie para reaccionar.

—Hay problemas —le aseguró Max—. Tenía que haber dado señal de comunicar. Y eso significa que las líneas principales están inutilizadas.

Ladeó la cabeza, volvió a llamar a Lee Johnson *el Foca*, que era el radiotécnico, y le dijo:

—Utilice el TAC-Sat. Quiero comunicar con el recinto vía satélite inmediatamente. Algo debe de ocurrir allí y necesito saberlo en seguida.

—Es inútil, señor —dijo Johnson al cabo de un momento—. El satélite responde, pero la estación no.

Blackburn asintió con cara de circunstancias.

—¿Cuánto podemos tardar en llegar?

—Unos diez minutos, señor —contestó el chofer.

Blackburn agitó la cabeza. Sabía muy bien lo largos que podían hacerse diez minutos en combate.

—Pues, vuele. No podemos tardar más de cinco minutos.

—Pero, señor... Es que... con estos baches...

—¡Olvídese de los baches! —le ordenó—. Están atacando a nuestros compañeros, y ellos confían en que los protejamos. No podemos protegerlos desde aquí. Cinco minutos. ¡Es una orden!

—Sí, señor. Cinco minutos.

Blackburn asintió con la cabeza y empezó a dar instrucciones a sus hombres. Disponían de cinco minutos para preparar un combate contra un enemigo desconocido; contra un número desconocido de hombres equipados con un armamento desconocido.

Cinco minutos... Era una eternidad para quienes estaban en el recinto, pero insuficientes para que sus hombres se preparasen.

Los miembros del comando de Gregor se habían encontrado con algunos problemas. Aunque no era nada que no pudiesen afrontar, los habían entretenido más de la cuenta.

Gregor esperaba que los vigilantes no fuesen armados, pero al acercarse sus hombres al fortín del corazón del recinto, sus vehículos, iluminados por los incendios que habían provocado, quedaron a tiro de los defensores, que disparaban desde varias portas que se abrían en los cuatro lados del fortín. A juzgar por las detonaciones, los vigilantes no disponían de armas de calibre superior al 38. Pero no era eso lo que le preocupaba. Si el personal de cualquiera de los edificios tenía también armas, el comando podía verse entre dos fuegos antes de poder cumplir con la misión.

Su plan podía irse a hacer puñetas. Hasta aquellos momentos, todo había funcionado como un reloj. Y eso tenía su mérito, teniendo en cuenta el escaso tiempo de preparación. Ahora no tendrían más remedio que improvisar.

Gregor metió la mano bajo el salpicadero y arrancó los cables de los faros. Al mismo tiempo, accionó el interruptor del suelo que encendía los focos montados en el techo.

—¡Prepárate, Nikita! —dijo tirando con fuerza de la palanca del freno.

Gregor se tiró en marcha del BTR-40 y rodó por el suelo con precaución para no salir de la zona de sombra creada por los focos del techo del blindado. Luego plantó una rodilla en tierra, se ajustó las gafas y alzó el rifle. Apoyó el codo en la rodilla izquierda y apuntó a la porta más cercana.

Veía el rostro de un asustado vigilante de seguridad tras lo que parecía una Beretta de 9 milímetros. Era una arma excelente, pero casi inútil en aquellas circunstancias.

Gregor inspiró profundamente y exhaló el aire lentamente. Dominó el ligero temblor de sus manos e hizo un disparo.

Pese a llevar las gafas de visión nocturna no vio que la bala impactase en el objetivo. No obstante, al cabo de un momento, reparó en que no había nadie tras la porta, ni volvían a disparar desde allí.

Instantes después, vio a Nikita lanzar otra granada, con el mortero del BTR, que cayó de lleno en el tejado del fortín. No se oían más disparos. El resto del comando abrió fuego con los lanzagranadas. Al cabo de unos minutos, el pequeño edificio blanco había sido arrasado.

Gregor ordenó a sus hombres abrirse en abanico. Una vez destruido el principal objetivo, tenían órdenes de buscar y matar a todo superviviente.

Por señas, les indicó a los tres miembros de su grupo que retrocedieran un poco. Aquella parte de su trabajo no tenía que ver con la guerra. Era un puro asesinato, y

prefería que fuesen los hombres de Gilea quienes lo hiciesen.

Max Blackburn vio las llamas al acercarse al recinto. Iba inclinado hacia adelante, en la parte trasera del camión, y no dejaba de apremiar al chofer para que fuese más de prisa. A su lado, Megan estaba consternada ante la magnitud de lo que veían.

—¡Dios mío! —exclamó con voz temblorosa.

Max no dijo nada, pero crispó los puños.

Sus hombres estaban preparados. Veían las llamas elevarse hacia el cielo y sabían perfectamente lo que significaban. Todos ellos, incluido el chofer, llevaban sus trajes antibalas y las gafas de visión nocturna. Blackburn había improvisado un plan, y ya habían decidido qué armas utilizarían.

A cincuenta metros del recinto, con los faros apagados, Max ordenó al chofer que aminorase la velocidad y diese un rodeo hasta la parte de atrás. En aquel tramo de la carretera el firme era bastante mejor. De buena gana habría dado una contraorden y le habría dicho al chofer que acelerase, pero era consciente de que no podía hacerlo, pues el personal de la estación confiaba en él, si es que aún quedaba alguien con vida.

No. Por más que le hubiese gustado irrumpir como en las legendarias cargas de la caballería, Blackburn sabía que, en aquellas circunstancias, tenía que seguir una táctica de manual.

Se detuvieron junto a la primera esquina y Max indicó por señas que cuatro de sus hombres bajasen del camión. Saltarían el muro y se apostarían por parejas en cada una de las esquinas delanteras. Otros cuatro se situarían en las de la parte de atrás. Max, Megan y los otros tres saltarían el muro trasero, justo en la perpendicular de la verja de la entrada. El chofer se quedaría en el camión.

Por favor, Dios mío, pensó Blackburn, muy atento a todo movimiento, mientras el chofer doblaba la primera esquina. Sintió el impulso de rezar porque hubiese supervivientes, porque Dios permitiera que por lo menos algunos de sus compatriotas sobreviviesen aquella noche. Sin embargo, no fue eso lo que en realidad pensó. Por favor, Dios mío, que aún no se hayan marchado. Déjame hacerles pagar lo que han hecho.

A su lado, Megan le tocó la mano como si quisiera confortarlo en silencio. Él ni lo notó, pues estaba demasiado pendiente del ruido de los disparos. Sólo pensaba en vengar a sus compatriotas.

Gregor oyó las ráfagas de las metralletas de los hombres de Gilea y sonrió. Dentro de muy pocos minutos ordenaría la retirada.

—Buen trabajo el de esta noche —le dijo a Nikita.

Nikita había hecho una labor impecable, con certeros disparos y un impresionante alarde de sangre fría en los momentos más críticos. Era una gran combatiente. Se

alegraba de que hubiese logrado sobrevivir con él después de tantas misiones.

Oyó dos disparos de AKMS a su derecha y después silencio.

Ya estaba, pensó. Se habían cargado al último. Cogió el transmisor que llevaba prendido del cinturón y pulsó el botón tres veces: corto, largo, corto. Era la señal para reagruparse junto al garaje, el único edificio que no habían dañado. Después liquidarían a los supervivientes, sacarían todos los vehículos que Gregor creyese que podían vender y destruirían el edificio.

Ése era el plan.

De pronto, Gregor notó que una mano se posaba en su hombro y la hoja de un machete en el cuello. Y comprendió en seguida que el plan se había ido a hacer puñetas.

Max estaba orgulloso de su grupo, pues habían sabido dominar sus emociones como verdaderos profesionales. Cumplían su misión en completo silencio y con extraordinaria eficiencia. Con tácticas aprendidas en los rangers de la Armada, las Fuerzas Especiales, las unidades de salvamento de la Armada, y otros grupos especiales de operaciones, iban localizando enemigos y neutralizándolos uno a uno. Sin disparar un solo tiro. Lo más sorprendente era que, haciendo caso omiso de la rabia que sentían, los reducían sin matar a ninguno. Aquel comando terrorista viviría para afrontar un juicio.

Al ver a los dos últimos enemigos frente a ellos, Max alzó una mano para indicar a sus hombres que extremasen las precauciones y avanzó con Megan a su izquierda. Les acompañaban dos miembros del grupo.

Blackburn podría haber extremado la prudencia y dejar que fuesen sus hombres quienes lo hiciesen. Él y Gordian habían discutido el tema innumerables veces, pero Max se negaba a que ninguno de sus hombres, novato o veterano, hiciese lo que él no se atrevería a hacer.

Avanzó con sigilo y aguardó a que el hombre que estaba de espaldas a él cogiese la radio que llevaba prendida del cinturón. Entonces, con la mano derecha, le sujetó el brazo y con la izquierda le acercó la hoja del machete al cuello. No dijo nada. Casi deseó que el hombre reaccionase, que tratara de rebullirse o hiciese cualquier cosa que le diese una razón para hundirle el cuchillo en la yugular.

A su lado, Megan no fue tan delicada. Estaba justo detrás de él esgrimiendo un cuchillo de hoja corta. Se acercó a la mujer que estaba de espaldas, a su izquierda, y, con un giro de la muñeca, invirtió el cuchillo y le asestó un fuerte golpe con el mango en la nuca. La mujer cayó al suelo inconsciente, cuan larga era. Su melena negra sobresalía del casco.

Demasiado fácil, pensó Blackburn. Quería sangre. Deseaba degollar al canalla que había capturado. Pero no podía hacerlo. Ante todo, era un soldado, y aunque trabajase para una empresa privada y no para un país, tenía que ceñirse a su código de

conducta.

Además, algún día, el dolor y la rabia que sentía en aquellos momentos desaparecerían y entonces no querría tener cargos de conciencia.

Siguió controlando a su prisionero hasta que sus hombres lo esposaron. Después enfundó el machete.

—Saquemos de aquí.

Blackburn se alejó en busca de supervivientes. Había sido una larga noche y tenía el convencimiento de que aún no había terminado.

CUARENTA Y TRES

San José, California, 10 de febrero de 2000

—YURI Vostov —dijo Gordian a través del videoteléfono de la mesa de su despacho.

Su voz sonó apagada, sin inflexión, casi mecánica. A Nimec le recordó las voces robotizadas de las películas de ciencia ficción de los años cincuenta. Nunca le había oído hablar en aquel tono. Y, en cierto modo, eso lo inquietó más que todo lo ocurrido en las últimas veinticuatro horas. ¿Qué debía de pasar por la mente de aquel hombre?

Gordian estaba sentado en su despacho y miraba la imagen de Max Blackburn en el pequeño monitor de pantalla de cristal líquido. Al otro lado de la mesa, Nimec sorbía su tercer café de la mañana. No había más que ver sus marcadas ojeras para adivinar que ninguno de ellos había dormido.

—Según los datos que Pete tiene acerca de él, Vostov se dedica al contrabando. Es un narco de baja estofa, casi un camello —dijo Gordian—. ¿Cabe aventurar, de verdad, que pueda ser él quien esté detrás de una conspiración tan compleja?

—Lo de menos es lo que Korut Zelva quiera que creamos —dijo Blackburn—. Puede que piense que, implicando a Vostov, logrará despistarnos, por lo menos durante cierto tiempo.

—¿Despistarnos? ¿Acaso tenemos alguna pista? ¿Durante cierto tiempo? ¿Con qué objeto? —preguntó Nimec—. A mí me tiene sin cuidado que ese tipo sea un descerebrado. Ha de saber que vamos a informarnos a fondo.

Sobre todo después de lo que les han hecho a los nuestros en la estación de Kaliningrado, estuvo a punto de añadir, pero se contuvo.

—Ahí le duele, Pete —dijo Blackburn—. Me inclino a creer que hay gran parte de verdad en todo lo que nos ha dicho acerca de Vostov. Me refiero a que es coherente que él sea el siguiente eslabón en la cadena desde Nick Roma.

Gordian negó con la cabeza.

—Eso sigue sin responder a lo esencial de lo que plantea Pete. ¿Hasta qué punto puede importarnos saber la vida y milagros de Vostov? Me importa un pito que esté involucrada la mafia rusa. No habrían traído a Korut Zelva y a la mujer... —Miró las notas que tenía frente a él para buscar el nombre y luego añadió—: A Gilea Nastik. No los habrían contratado para esto. Son dos terroristas profesionales, de los que van por libre.

—Pero también son gente muy resentida con Estados Unidos desde la guerra del golfo Pérsico —recordó Nimec—. A juzgar por lo que Ibrahim le dijo a Max, acusan a nuestro gobierno de haber incumplido una promesa: apoyar la rebelión kurda contra Saddam Husayn. Y bien sabe Dios que puede que no falten a la verdad.

—Esos supuestos agravios me tienen sin cuidado después de la canallada que han hecho al matar a miles de inocentes —dijo Gordian—. Y nada tiene que ver con el hecho de que quizá Vostov haya utilizado a sus hombres.

—Roger...

—Es que no me encaja —lo atajó Gordian—. ¡No encaja!

Nimec vio que Roger abría y cerraba el puño como para ilustrar su afirmación. Volvió a preguntarse qué debía de pasar por su interior después de la muerte de los Steiner y de los demás.

—Escuche, Gordian, me parece que todos venimos a decir lo mismo —dijo Nimec—. Si estamos de acuerdo en que Vostov está implicado, nuestro siguiente paso debe ser ir a por él. Hacerlo hablar. Y a ver qué le sacamos.

—No creo que debamos aventurar que va a decirnos algo —objetó Gordian, que miró a Nimec y luego volvió a mirar a la pantalla, muy serio—. ¿Es que no se da cuenta? Según el razonamiento que acabo de oírles a los dos, el tal Korut nos señala hacia Vostov para despistarnos. Pero ¿es que no ha pensado en la posibilidad de que Vostov se derrumbe y nos ponga sobre la pista auténtica?

Nimec frunció los labios pensativo.

—Tal vez subestime la presión que podríamos aplicarle —dijo Blackburn gravemente.

—Alguien nos dejó un cadáver en la habitación de un hotel de Milán, y otro en una playa de Andalucía. El primero colgaba de una soga, el segundo estaba degollado. Y ambos eran miembros del comando que cometió el atentado en Times Square. Es obvio que quienquiera que los matase estaba convencido de que nos proponemos ir hasta el fondo.

—Roger —dijo Blackburn—. Lo único que digo es que...

Gordian hizo como si no lo oyese.

—Han matado a Elaine y Arthur Steiner —prosiguió Roger—, a sangre fría. Han matado a dos de las personas más bondadosas y decentes que he conocido. Llevaban cuarenta años casados y estaban a punto de jubilarse. Han matado a decenas de nuestros técnicos, administrativos y operarios; personas que jamás han cogido una arma; personas que estaban allí haciendo su trabajo, ganándose honradamente un sueldo, y puede que aportando su granito de arena a un mundo mejor. Han matado a mis amigos y a mis empleados, y han intentado arrasar mi estación de telecomunicaciones, Max. Saben que es un proyecto en el que nos hemos comprometido hasta el cuello. Lo saben. Y han tratado de asustarnos para que nos marchemos de allí. Ayer llevaron las cosas todo lo lejos que podían. Pero han cometido un error, porque juro por Dios que les haré pagar a esos cabrones lo que han hecho.

Roger Gordian cerró los ojos y siguió sentado en silencio. Le temblaban los labios y crispaba los puños. Nimec lo miró y en seguida desvió la mirada, pues se sentía como un intruso.

Su dolor debe de ser indescriptible, pensó.

—Mire, Roger, quiero cazar a Vostov y ver adonde nos conduce —dijo Blackburn tras un silencio que se le antojó larguísimo—. Pero necesito su permiso para hacer un trabajo rápido y... sucio. Y si eso significa hacer picadillo a ese cabrón...

Max dejó la frase a medias.

Gordian volvió a guardar silencio durante casi un minuto. Luego asintió con la cabeza, aunque más para sí que para los demás.

—No mataremos a nadie, a menos que sea en legítima defensa —dijo Gordian—. No voy a descender al nivel de esa gentuza. Quiero hacerlo de manera que el mundo entero pueda saber la verdad.

—Entiendo.

—Sé que lo entiende, Max. Siento ser tan directo y haber sido un poco brusco con usted.

—No se preocupe —dijo Blackburn—. Son momentos muy duros para todos nosotros.

—Trato de entender todo esto —dijo Gordian tragando saliva—. Necesito entenderlo bien para poder actuar correctamente.

Nadie respondió a las palabras de Roger, porque en realidad ninguno de ellos sabía qué decir. ¿Entenderlo?

Sentado allí, con los ojos fijos en la pared, sin atreverse aún a mirar a Gordian, Nimec se dijo que quizá no llegasen a entenderlo nunca.

Llevaban una orden judicial y llegaron dispuestos al asalto. Porque nadie esperaba que Nick Roma abriese la puerta y se quedase allí tranquilamente mientras lo esposaban y le leían sus derechos.

Suponían que tendrían que utilizar métodos expeditivos.

Iban equipados con su parafernalia de intervención: utensilios de vigilancia de alta tecnología, arietes, trajes antibalas y granadas de gas lacrimógeno.

Incluso tenían apostada una tanqueta en las inmediaciones.

No esperaban encontrar el club Platinum silencioso como una tumba.

Ni la puerta abierta de par en par.

Pero así fue exactamente como lo encontraron todo.

—¡Maldita sea! Ese tipo tiene oídos en todas partes. Sabía que íbamos a venir. Ya debe de estar camino de Rusia.

El oficial que iba al mando, el teniente de la policía Manny DeAngelo, conectó su radio y volvió a ponerse los guantes. Se contuvo para no soltar una retahíla de tacos. Hacía demasiado frío para malgastar energía.

—¿No será una trampa? —aventuró uno de los agentes.

—¡Qué va! —exclamó Manny—. Nick es listo, pero nadie lo ha tenido nunca por sutil. Aunque no estará de más tener mucho cuidado —añadió indicando por señas a

sus hombres que entrasen.

Lo hicieron con cautela, de dos en dos, en formación de cobertura.

En el almacén no había nadie. Lo habían expoliado. Quienquiera que fuese, lo había dejado todo hecho un desastre, y no había olvidado llevarse ni una sola cosa de valor. Habían arrancado los teléfonos de las paredes, reventado las máquinas expendedoras de refrescos en lata y vaciado los cajetines de las monedas. Además, las paredes estaban llenas de *grafitti*. Seguro que más de una banda había participado en el pillaje. Algunos de los garabatos aún estaban frescos.

Vulgares ladrones. Y muy chapuceros.

Por lo visto, el señor Roma también tenía enemigos entre las pandillas del barrio.

—Estos pandilleros deben de rezar porque Roma se haya largado. Porque seguro que, si los coge, los machaca —dijo Manny inspeccionando los destrozos—. Me pregunto si los que han entrado sabrían algo.

—Puede —dijo el agente que estaba a su lado.

Cuanto más avanzaban, peor lo veían todo. El valor de lo que podían vender los vándalos en la calle aumentaba a medida que se adentraban. La oficina de Nick Roma parecía arrasada por una bandada de langostas. Aunque allí sí que se habían dejado algo los vándalos.

—Al jefe no va a gustarle nada esto —dijo Manny al ver el cuerpo de Nick en el suelo.

—No sé qué decirle... A mí me parece que se ha llevado su merecido —repuso el agente sonriendo—. Pero me alegro de que le toque a usted informar.

Manny no se equivocó.

Era casi medianoche y Bill Harrison aún estaba en su despacho. Su mesa estaba tan atestada de informes, y de papeles relacionados con los informes, que necesitaría la ayuda de un arqueólogo para llegar al fondo de la montaña de papeles.

Las fotografías de Nick Roma en el lugar del crimen estaban encima del montón.

A Harrison no le había gustado nada.

Quería llevar ante la justicia al canalla que le había hecho tanto daño. Quería echárselo a la cara, junto con la muerte de las otras víctimas, y decirle lo que había hecho; hablarle de las pesadillas, del dolor y de la soledad en que sumió a todos los que perdieron a sus seres queridos.

Quería meterlo entre rejas y ver cómo la cárcel lo devoraba vivo, lentamente.

Y, luego, sólo después de muchos años, Bill Harrison deseaba que Nick Roma fuese a parar a la silla eléctrica y muriese.

Pero ya era demasiado tarde.

A diferencia de la mayoría de sus víctimas, Nick había muerto rápidamente. Puede que ni se hubiera enterado.

Harrison se sentía frustrado, privado del placer de la venganza.

No le había gustado en absoluto.

Examinaba una y otra vez las fotografías del hombre que se le había escapado... para siempre.

Entonces oyó la voz de Rosie, con la misma claridad que si estuviese a su lado.

—Es mejor así. Ahora podrás vivir.

Harrison ladeó la cabeza. Estaba solo. Desde la calle le llegaba el ruido propio de la actividad a medianoche. Sin embargo, allí no había nadie más que él, y una voz que no era posible que hubiese oído.

—¿Rosie?

Nada.

—¿Rosie?

Silencio.

El dolor se le hacía insoportable. Y, aunque parezca mentira, por primera vez sintió algo parecido a la serenidad. Rosie... ¿habría sido, de verdad, la voz de Rosie la que acababa de oír? Si así era, estaba en lo cierto. Como siempre.

Su sed de venganza era tan destructiva como el hombre de la fotografía. Era un sentimiento que acabaría destrozándolo, devorándolo por dentro.

Y lo que él tenía que hacer era pensar en la justicia.

Debían detener a quienes cometieron la salvajada de Times Square. Tenía que apresarlos y encerrarlos para que no pudiesen volver a hacerlo.

Nick Roma no iba a crear ya más problemas. Una vez se diese curso al papeleo, el caso quedaría cerrado.

No había actuado solo, por supuesto. Bill Harrison no descansaría hasta detenerlos a todos, de un modo u otro.

Pero no lo haría para vengarse, sino para hacer justicia. Y para preservar la paz de los honestos ciudadanos a quienes juró proteger.

Ése era su trabajo, y lo iba a hacer.

El jefe superior de policía se levantó, le dio la espalda a la mesa y fue a coger la chaqueta y el abrigo.

Tenía una hija que lo esperaba en casa, y una vida que encauzar entre los dos. Tenía futuro. Le debía a su esposa rehacerse, saber vivir sin ella.

Apagó la luz, salió y cerró la puerta tras de sí.

Tasheya lo esperaba.

CUARENTA Y CUATRO

Moscú, 11 de febrero de 2000

MINUTOS después de salir del estudio de televisión desde el que todas las noches conducía su programa de debate, Arkadi Pedachenko subió al asiento trasero de su Mercedes y le indicó al chofer que lo llevase al lujoso hotel Nacional, que estaba enfrente de las cúpulas en forma de cebolla de la catedral de San Basilio. Bajó frente a la entrada y cruzó el vestíbulo iluminado por espectaculares arañas de cristal. Correspondió al saludo de los recepcionistas y los conserjes con una ligera inclinación de cabeza. Luego cogió el ascensor hasta la planta en la que se encontraba la suite que tenía alquilada desde hacía varios años.

Pedachenko iba al hotel una o dos veces por semana, casi siempre solo. Al poco rato, se le unía una *dustupniey dyevochkia* o mujer fácil. El chofer y el personal del hotel lo sabían perfectamente pero no lo consideraban un comportamiento escandaloso, aunque se tratase de un destacado político. Al fin y al cabo, Pedachenko era soltero, y su fama de playboy no hacía sino realzar su carisma, pues a la opinión pública le gustaba que sus líderes adoptasen la jovialidad, el encanto y el halo de erotismo que observaban en los occidentales.

Además, a los rusos, especialmente a los moscovitas de alto nivel que formaban el núcleo de los seguidores de Pedachenko, les gustaba disfrutar de la vida. Les resultaba difícil comprender la mojigatería sexual que parecía haberse apoderado de Estados Unidos. Pensaban que había que dejar que los hombres tuviesen sus pequeñas aventuras.

Apenas había tenido tiempo de quitarse el abrigo cuando oyó que Llamaban a la puerta. Fue a abrir y entró una preciosa mujer vestida de negro de arriba abajo, con minifalda, medias, abrigo y boina. El conserje la había visto cruzar el vestíbulo con sus talones de aguja y de inmediato adivinó que se dirigía a la habitación de Pedachenko. Se movía como una pantera en celo. La siguió con la mirada, contemplando sus bien torneadas piernas y su tipo. Y envidió al político, seguro de que aquella noche iba a disfrutar más de lo usual.

La mujer se sentó en un mullido sillón de orejas, estilo reina Ana, se quitó la boina y sacudió la cabeza para soltarse la melena, que le llegaba por los hombros.

—Primero el dinero —dijo con frialdad.

Él se le acercó negando con la cabeza, todavía vestido con sus pantalones y chaqueta de *sport*.

—Me entristece saber que nuestra relación se basa exclusivamente en pagar por los servicios prestados —dijo él con expresión apenada—. Después de todo lo que hemos hecho juntos, confiaba en que se hubiese creado un lazo algo más profundo

entre nosotros.

—Reserva tu labia para los telespectadores de tu programa —replicó ella—. Quiero lo que me debes.

Pedachenko chascó la lengua con expresión de fastidio, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un voluminoso sobre blanco. Ella lo cogió, lo abrió y miró el contenido. Luego se lo guardó en el bolso.

—Por lo menos tienes la delicadeza de no contarlo delante de mí, Gilea. Quizá esto sea el principio de una relación más estrecha y franca entre nosotros.

—Ya te he dicho que te reserves tu palabrería para los demás —dijo ella—. Tenemos asuntos urgentes que tratar —añadió algo crispada—. No tengo noticias de Korut. Debía haberse puesto en contacto conmigo hace dos días.

—¿Y no puedes intentar ponerte tú en contacto con él?

—Mis compañeros no se dedican a pasar el tiempo en hoteles lujosos, con teléfonos en la mesita de noche y servicio de fax —respondió negando con la cabeza—. Suelen estar en un entorno mucho más austero.

Él la miró con dureza.

—¿Crees que es preocupante?

—De momento, no mucho. Podría estar de camino y pensar que es peligroso comunicarse conmigo. No sería la primera vez que ocurre. Pero no debe tardar en enviarme un mensaje, si es que puede.

Pedachenko siguió mirándola.

—Pues... no me gusta —dijo—. En vista del fracaso en la estación...

—No habría sido un fracaso si llego a estar yo al mando de la operación en lugar de Sadv. Tenías que haber esperado a que pudiese hacerlo yo.

—Quizá. No tengo ganas de discutir. Lo importante ahora es que corriamos nuestros errores.

—Tus errores —replicó ella—. No me vengas con rollos psicológicos.

Él suspiró y se le acercó.

—Mira, dejémonos de discusiones y seamos francos. Tengo otra misión, Gilea.

—No —repuso ella—. Ya hemos ido bastante lejos. El ministro, Basjir, está en la cuerda floja y Starinov caerá con él. Tal como planeaste.

—Pero cabe la posibilidad de que alguien llegue a nosotros. Lo sabes tan bien como yo. Lo ocurrido en la oficina del gángster de Nueva York, los rumores de que ha sido alguien vinculado a la empresa UpLink, y luego la resistencia encontrada en la estación de Kaliningrado...

—Mayor razón para andarse con cuidado —dijo ella.

Pedachenko volvió a suspirar.

—Escucha. Starinov ha comunicado al ministerio que, durante varios días, estará en su *dacha* de las afueras de Dagomis. He estado allí antes y te aseguro que es muy vulnerable a cualquier ataque.

—¿No irá en serio lo que insinúas? —exclamó Gilea. Sus ojos brillaron de pronto

como hojas de navaja.

—Te pagaré lo que pidas. Dispón las cosas para ponerte a salvo después.

Gilea lo miró con fijeza, se humedeció los labios con la lengua y empezó a jadear.

Pasó un segundo. Dos.

Lo miró a los ojos.

Y al fin asintió con la cabeza.

—Me lo cargaré —dijo.

CUARENTA Y CINCO

Moscú, 12 de febrero de 2000

TRES hombres con traje oscuro, sombrero flexible de ala ancha y abrigo gris vigilaban la puerta de la sauna cuando el Rover se detuvo frente a la entrada.

—¿Vas tú a echarles un vistazo? —dijo Scull desde el asiento trasero—. Cualquiera diría que juegan a gánsters.

—En cierto modo, es lo que hacen —repuso Blackburn mirando a través de la ventanilla del acompañante—. Dudo que sepan distinguir la realidad del cine negro americano. Pero, jueguen o no, no olvides que todos van armados.

—¿Queréis que vaya con vosotros? —preguntó Neil Perry, que era quien conducía.

Blackburn negó con la cabeza.

—Preferiría que esperases aquí, por si tuviésemos que huir apresuradamente —contestó a la vez que se bajaba la cremallera de la parka. Scull vio la culata de la Smith Wesson 9 milímetros que colgaba de la pistolera ceñida a su hombro izquierdo—. Aunque dudo que nos creen muchos problemas.

—De acuerdo —dijo Perry.

Blackburn miró a Scull por encima del respaldo del asiento.

—¿Preparado? —preguntó.

—Hace días que lo estoy —repuso Scull.

Bajaron del vehículo y cruzaron la acera. El día era soleado y estaban a varios grados sobre cero, o sea, una temperatura bastante alta para el invierno moscovita. Sin embargo, pese a la relativa bonanza, la calle estaba casi desierta y apenas había actividad en las tiendas de Ulitsa Petrovka. El temor a que la escasez de alimentos se agravase, a la retirada de la ayuda de la OTAN y a un posible embargo inclinaba a la población a gastar lo mínimo en previsión de lo peor, pensó Scull.

Al ver que Blackburn y Scull se acercaban a la entrada de la sauna, los gorilas les cerraron el paso. Uno de ellos, muy alto, moreno y con la mandíbula cuadrada, le dijo algo a Blackburn en ruso.

—*Ya nie gavariu pa russkii* —contestó Blackburn.

El ruso repitió lo que había dicho, indicándoles por señas a los dos americanos que se largasen. Por el rabillo del ojo, Blackburn vio que el bajito se desabrochaba un botón del abrigo. Llevaba un bigote que parecía pintado con un lápiz de ojos.

—Le acabo de decir que no hablo ruso —repitió Blackburn siguiendo hacia adelante.

El ruso alto le dio un empujón con el hombro.

—Pues se lo repetiré yo también —dijo el ruso sacando pecho—. Lárguense de

aquí, cabrones americanos.

Blackburn le soltó un puñetazo en la boca del estómago, cargando todo el peso de su cuerpo al hacerlo. El ruso dobló las rodillas con una mueca de dolor, dio dos arcadas y vomitó encima de su abrigo.

Blackburn vio que el gorila del bigote metía la mano en el bolsillo del abrigo. Dio media vuelta, sacó la pistola y encañonó al ruso en el cuello.

—Saque la mano del bolsillo muy despacito, ¿entendido? —le espetó.

El ruso lo miró asustado y sacó la mano del bolsillo. Scull lo cacheó, le quitó la Glock que llevaba y se la guardó en el bolsillo derecho de la chaqueta.

Blackburn miró al tercer hombre, que no se había movido cuando ellos bajaron del coche. Al ver que Blackburn lo miraba, levantó ambas manos.

—Tranquilo —dijo el ruso—. Tranquilo.

Scull lo cacheó, le quitó la pistola y se la guardó bajo la parka.

Blackburn apretó más el cañón de la pistola al cuello del bigotudo.

—Ayuda a tu cantarada a levantarse.

El matón obedeció y se quedó allí junto a sus dos compañeros, temblando.

—¡Vamos! ¡Los tres! Entrad despacito a la sauna —les ordenó Blackburn esgrimendo la pistola—. Si hacéis cualquier tontería, no viviréis para lamentarlo. Os seguiremos. ¡Vamos!

Al cabo de un momento, iban los cinco acera adelante. El ruso más alto aún se tambaleaba un poco, y le resbalaba vómito por el mentón.

Al entrar en la sauna los impregnó un húmedo vaho. Un empleado asomó la cabeza por una puerta, pero en seguida se ocultó y cerró.

Scull miró en derredor y empezó a abrir puertas. A mitad del pasillo encontró lo que buscaba. Un cuartito con estanterías atestadas de toallas y de productos de tocador y de limpieza. Empujó a los matones al interior y les susurró lo que haría si los oía respirar durante las dos horas siguientes. Luego cerró la puerta y arrimó una silla a ella. Podrían salir si se lo proponían, desde luego, pero no sin hacer ruido. Además, tenía el convencimiento de que estaban demasiado asustados para intentarlo.

—Vamos —le dijo Blackburn a Scull.

La cabina de la sauna estaba al fondo a la izquierda. Oyeron jadeos procedentes del interior, de un hombre y, por lo menos, de dos mujeres. Blackburn miró a Scull y asió el pomo de la puerta con la mano izquierda. Al abrir, los recibió una nube de vapor. Blackburn y Scull entraron empuñando las pistolas.

Yuri Vostov se encontraba desnudo. Y también la mujer que estaba sentada en su regazo, de espaldas a sus michelines y con las manos en su vientre. También estaba desnuda la otra mujer, con la cabeza entre sus muslos. Los tres alzaron la vista sobresaltados y perplejos, separándose al ver a los hombres armados que acababan de irrumpir.

Scull cogió un par de toallas que pendían de un gancho de la pared y se las tiró a las mujeres.

—Adiós —les dijo señalando con el pulgar hacia la puerta de la sauna—. ¡*Da svidaniya!*

Las mujeres salieron rápidamente envueltas en las toallas.

Vostov fue a incorporarse.

—Quieto —lo atajó Blackburn alzando la mano izquierda y apuntándole con la pistola que llevaba en la derecha—. Quédese sentado.

Los pequeños y apagados ojos de Vostov saltaron desde Blackburn a Scull, como cantos rodados en la superficie de un estanque.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren de mí?

Blackburn se le acercó sin dejar de apuntarlo.

—Va a decirnos quién ordenó el atentado de Nueva York. Y en seguida.

—¿Están locos? ¿Cómo voy yo a saber...?

Blackburn dirigió el cañón del arma a la entrepierna de Vostov. Y apretó.

Vostov hizo una mueca de dolor y pegó la espalda a los azulejos de la pared.

—¿Quién lo ordenó? —insistió Blackburn amartillando el arma.

Clic.

A Vostov le sudaba la papada. Bajó la vista y luego los miró con ojos desorbitados.

—¿Son de la CIA? —preguntó—. ¡Dios mío! ¡Esto es criminal!

Blackburn le apretó más el cañón de la pistola. Vostov gimió, se encogió y en sus mejillas se formaron pequeñas manchas rojas.

—Los de la CIA no se los reventarían —dijo Blackburn—. Pero yo sí voy a castrarlo si no habla.

—Por favor...

—Le doy tres segundos. Uno, dos...

—Pedachenko —dijo Vostov tragando saliva—. Fue Arkadi Pedachenko. Y otros de fuera del país —añadió—. Aparte esa pistola. Ya les he dicho lo que querían saber.

Blackburn negó con la cabeza y apretó los labios.

—No, en absoluto —dijo—. No ha hecho más que empezar a contárnoslo todo.

Dagomis, costa del mar Negro, Rusia, 12 de febrero de 2000

VLADIMIR Starinov caminaba por la orilla vestido con una parka de color claro, pantalones de chándal y zapatillas de deporte. Iba justo por la línea que marcaba la marea alta. Una brisa salina y semitropical le acariciaba las mejillas. Su cocker spaniel trotaba por detrás de él, correteaba por la blanquísima arena, perseguía a las pequeñas olas que se acercaban y retrocedían. De vez en cuando, mordía penachos de algas que llegaban entre la espuma, los agitaba haciendo aletear las orejas y los lanzaba al agua.

Hacía una noche espléndida, clara. Una media luna se reflejaba en el agua y las estrellas titilaban en el cielo como diamantes esparcidos al azar sobre el paño negro de un joyero.

Por primera vez en mucho tiempo, Starinov tenía una agradable sensación de sosiego. A muchos kilómetros al norte de su dacha, las crueles penalidades que imponía el crudo invierno persistían, la hambruna amenazaba a la población rusa. Sin embargo, allí había encontrado un respiro, una pausa en las abrumadoras exigencias del liderazgo y de la supervivencia política.

A veces, se decía, la vida en el Kremlin era como estar atrapado en una máquina colosal, una máquina que funcionaba de un modo cada vez más descontrolado.

Starinov se detuvo un momento, con las manos en los bolsillos, mirando al mar. A cosa de unos cuatrocientos metros, veía las luces de un pesquero que se deslizaba lentamente como un caracol sobre un cristal oscuro.

—Bueno, *Orne*, bueno... —dijo agachándose a rascarle la cabeza a su perro—. No todo son problemas en esta vida, ¿verdad? Aquí podemos pensar, y recordar que nuestro esfuerzo tiene sentido —añadió mirando la sonriente expresión del perro. No pudo evitar echarse a reír—. ¿No irás a decirme que no sabes de qué te hablo o que no te importa, eh, angelito?

El perro le dio un lametón en la mano.

Starinov dio media vuelta con expresión risueña y minó hacia la casa a través de las dunas. Unas luces amarillentas brillaban tras las ventanas. Vio a dos de sus centinelas que montaban guardia en la entrada. Sus siluetas, inmóviles, se recortaban en la oscuridad. Siempre despotricaban ante su insistencia en prescindir de ellos en sus paseos por la playa. Pero a veces necesitaba estar solo.

Permaneció junto a la orilla unos minutos más, observando al pesquero deslizarse quién sabía hacia qué puerto. Luego se dispuso a volver a la *dacha* para tomar una taza de té. Quizá leyese un poco antes de acostarse. De todas maneras, ya se hacía tarde y sentía un agradable cansancio.

—¡Vamos! —le dijo a Orne dando una palmada para llamar su atención—. ¡Que si no, los centinelas se van a enfadar con nosotros!

Y echó a caminar hacia la casa seguido por su perro, que saltaba a su lado alegremente.

Perfecto, pensó Gilea, que miraba hacia la playa a través de sus prismáticos de visión nocturna.

—¿Qué hace nuestro amigo? —preguntó una voz de hombre a su lado.

—Por lo visto, ya ha salido de su éxtasis y vuelve a la *dacha* —contestó Gilea, y bajó los prismáticos parpadeando para borrar las motitas de color verde que, al mirar de nuevo a la oscuridad sin las gafas, se le formaron en la retina—. Quizá presenta que el frío mar Negro lo espera esta noche, ¿no crees, Adil?

Su compañero, alto y huesudo, emitió un inexpresivo gruñido. Al igual que Gilea y los demás que iban en el barco, llevaba un traje de submarinista negro, aletas y unas gafas de buceo subidas hasta la frente. Todos llevaban medidores de profundidad en las muñecas, y armas y estuches herméticos colgados de los hombros. En cuanto se sumergiesen, las botellas de circuito cerrado que llevaban sujetas a la espalda reciclarían su propia respiración: absorberían el dióxido de carbono exhalado y lo mezclarían con el aire purificado con oxígeno suministrado por depósitos presurizados.

—Ya tenemos listos los subdeslizadores —anunció Adil. Gilea lo miró y asintió con la cabeza. La luz de la luna parecía reflejar esquivras de cristal en sus pupilas.

—Bueno, pues adelante —dijo ella.

Ligeros y silenciosos, los ATV remontaban las dunas y descendían con gran facilidad. Los motores apenas se oían. Los había diseñado, especialmente para Espada, una filial de la UpLink. Tenían capacidad para el conductor y el artillero y de la parte trasera sobresalía el cañón de un mortero fijo. Los tripulantes iban vestidos con trajes negros de nomex, chalecos antibalas, gafas protectoras y auriculares de microfilamento bajo el casco. Llevaban el rostro cubierto de pintura de camuflaje.

El contingente lo formaban doce vehículos, con el de Blackburn y Perry por delante, y el resto en fila india.

Asido al volante con firmeza, Blackburn miraba inquieto a través de sus gafas hacia las largas dunas, impaciente por avistar la *dacha* de Starinov. Estaba furioso por haber tenido que improvisar, por no haber dispuesto más que de unas horas para organizar la misión, por no saber cuándo intentaría atacar el comando para llamar a Starinov por teléfono y alertar a su escolta. Aunque, por otro lado, temía que hubiesen colocado micrófonos ocultos en la casa y que una llamada a Starinov adelantase el ataque de Gilea Nastik y sus hombres. Al final, tuvo que sopesar los

pros y los contras y pechar con las consecuencias, como tuvo que hacer aquella mañana con Vostov, pactando con el diablo.

Ahora conducía el ATV por una duna remontándola con facilidad. La arena le salpicaba en las mejillas y lo retrotraía a su acuerdo con Vostov. Había sido un simple intercambio: el papel del gángster ruso en el atentado de Times Square sería silenciado y Vostov conservaría sus atributos viriles a cambio de revelar todos los detalles de la operación. Vostov lo había contado todo, no sólo lo de Times Square y lo del intento de culpar a Basjir, sino también todo lo que sabía acerca del plan de aquella noche de eliminar a Starinov. Y eso era mucho. Él le había proporcionado a Gilea hombres, armas y transporte a cambio de un millón de dólares americanos. El asalto se haría por mar, y quizá con apoyo terrestre. Su plan era matar a Starinov. Ya no habría más juegos maquiavélicos, no más sutilezas, no más espera a que las pesadas maquinarias de los gobiernos llegasen, tal vez, a enfocar las cosas por donde interesaba a algunos.

Un buen hombre iba a morir, y así se zanjaría la cuestión: con un golpe de gracia a la reforma democrática en Rusia.

A menos que lo evitase su comando, formado por supervivientes del ataque a la estación de telecomunicaciones y hombres procedentes de la misión de Espada en Praga.

Blackburn aceleró y, a través de la radio de frecuencia codificada, ordenó a sus hombres que lo siguieran a su misma velocidad.

Pensaba que, después de haber resistido la tentación de irrumpir aquella noche en la estación, se había visto obligado a hacer algo de parecida naturaleza. Iba contra su impulso natural y contra todo lo que le habían enseñado sobre tácticas de combate, pues un ataque a la desesperada podía convertirse en un verdadero suicidio si el enemigo te esperaba.

Con los flotadores desinflados, los subdeslizadores surcaban el agua como rayas.

Los aerodinámicos sumergibles de goma habían sido fácilmente transportados a bordo del pesquero de Gilea, y descargados con coordinada precisión. Cada subdeslizador, con capacidad para tres buceadores, llevaba dos pequeños pero potentes motores fuera borda. Eran silenciosos, indetectables, y tenían una autonomía de 130 kilómetros. Los buceadores podían permanecer sumergidos durante unas cuatro horas sin tener que preocuparse de las delatoras burbujas producidas por las botellas convencionales. Si descendían a más de quince metros, sin embargo, la mayor presión del agua provocaría que el oxígeno, puro y filtrado, que producía el aparato, tuviese un efecto tóxico en su organismo. Pero la playa estaba cerca, y su método de aproximación no les exigiría más que un corto buceo a escasa profundidad.

Minutos después de desplegarse, los subdeslizadores volvieron a emerger y

enfilaron hacia la playa, a más de ochenta nudos, avanzando como aceite caliente sobre un hule. Al asomar del oleaje, los buceadores abandonaron rápidamente las embarcaciones, sacaron los rifles y los prismáticos de visión nocturna de los estuches herméticos y empezaron a adentrarse en tierra a pie.

A unos centenares de metros playa abajo, la *dacha* de Vladimir Starinov se alzaba sobre un pequeño acantilado. Los centinelas estaban desprevenidos, ignoraban que se acercaban los asesinos. Las ventanas aún proyectaban su tenue luz hacia la oscuridad.

Starinov retiró la tetera del fogón, fue hasta la rinconera y se sirvió agua hirviendo en una taza.

Antes de sentarse, cogió una galleta para su perro de una lata que tenía encima de la repisa y llamó a *Orne* a través del arco de la cocina. Sostuvo la galleta en alto para que el animal acudiese a cogerla. El perro lo miró sin moverse. Hacía unos momentos, había salido de la estancia y se había echado frente a la puerta de la entrada, gañendo y olisqueando sin dejar de agitar la cola.

Starinov pensó que sería el siseo del vapor de la tetera lo que lo había inquietado. No obstante, ahora, a pesar de sus reiteradas llamadas, *Orne* seguía echado frente a la puerta ignorando a su amo.

Starinov se encogió de hombros, se guardó la galleta en un bolsillo del batín y sopló el té para enfriarlo. Aunque el comportamiento del perro fuese quizá algo inusual, no le dio importancia. *Orne* solía agitarse cuando los centinelas hacían sus rondas y, probablemente, eso era lo que le ocurría aquella noche.

Bueno, dejemos que el perro haga lo que quiera, pensó Starinov, que se sentía descansado y relajado después del paseo por la playa y quería disfrutar de esa sensación tan poco habitual.

No iba a darle la menor importancia al pequeño contratiempo de que su perro, por una vez, no le hiciese caso.

En el exterior de la *dacha*, uno de los centinelas, que llevaban uniforme del ejército ruso, creyó oír un ruido al pie del acantilado y fue a inspeccionar pensando que lo más probable era que no fuese más que el viento, que habría lanzado una piedra contra la roca, o una rama. Alzó la vista hacia su compañero, que estaba en la otra esquina de la parte delantera y estuvo a punto de llamarlo. Pero, al ver la brasa anaranjada de su cigarrillo, pensó que no valía la pena hacerlo bajar.

Fue hasta el pie del acantilado y se detuvo a escuchar. Se adentró un poco más en la playa y volvió a detenerse. Frunció el entrecejo. No había visto movimiento en la arena, pero le pareció oír un ruido distinto, un runrún, como el de una embarcación a motor acercándose. No una, sino *muchas*. Todavía estaban lejos pero se acercaban. Sonaban como el zumbido de las abejas. Un enjambre. ¿Tenía relación aquel

zumbido con el ruido que había oído antes? ¿Podía ser una señal de peligro para Starinov?

Se inquietó y decidió alertar a los demás. Al ir a darse la vuelta para regresar a la *dacha*, una mano le tapó la boca y un brazo huesudo se ciñó a su cuello desnucándolo de un brutal tirón.

—¿Has oído ese ruido? —le susurró Gilea a Adil—. Parecen motores.

Adil estaba con ella en la orilla, mirando hacia la noche con una expresión lobuna. Sus compañeros avanzaban hacia la playa. El centinela yacía muerto a sus pies en la arena.

—No...

Adil se interrumpió y señaló hacia la franja de la playa. Gilea siguió con la mirada la dirección de su índice.

—¡Mierda! —exclamó alzando el rifle.

El acantilado sobre el que se alzaba la casa quedaba a la izquierda de Blackburn, quien dio un rodeo siguiendo el arco que formaba la playa. Al poco, los conos de luz de sus faros revelaron las siluetas vestidas con traje de submarinista en la arena, la embarcación en la orilla, el centinela de uniforme que yacía en el suelo desnucado.

—¡Ahí están! —gritó a través de su micrófono—. ¡Ofensiva total! ¡Vamos!

Pisó el acelerador a la vez que sus hombres se dispersaban por la cala. Los submarinistas que estaban junto al cuerpo corrieron hacia el acantilado. En la parte de atrás del ATV, Perry describía amplios arcos con el cañón del WRS y disparaba cortas ráfagas. Un intenso tiroteo empezó en toda la playa.

Uno de los buceadores cayó abatido por las ráfagas de Perry. Los casquillos de plástico impactaron en el pecho de otro buceador, que dejó caer el arma junto al compañero desplomado en la arena.

Blackburn vio que el vehículo que conducía Scull se desviaba hacia la derecha, acosaba a dos atacantes y los obligaba a retroceder hacia el agua. Cuando se hubieron metido hasta la cintura, Scull siguió persiguiéndolos. Se adentró con el vehículo en las olas y los embistió. Una bala impactó en un costado del vehículo de Blackburn, que viró en zigzag para eludir el fuego.

El aire temblaba con los disparos de ambos bandos. Aunque el factor sorpresa le otorgase cierta ventaja al grupo Espada, encontraban una oposición encarnizada. Tiraban a matar. Una ráfaga de balas de 7,62 milímetros impactó en uno de los ATV y el conductor salió despedido como un muñeco de trapo. Le manaba sangre del pecho a borbotones. El vehículo dio dos vueltas de campana expulsando al artillero, que se levantó desorientado y sangrando por debajo del casco. Volvieron a dispararle y cayó muerto antes de lograr incorporarse.

A la derecha de Blackburn, otro ATV dio un bandazo al reventar un neumático. El vehículo perdió la estabilidad y se deslizó sobre dos ruedas levantando una doble cortina de arena. Los dos ocupantes saltaron por los aires y cayeron en la arena. Uno de ellos corrió hacia su compañero para ayudarlo a levantarse. Al ver que un terrorista apuntaba hacia sus hombres, Blackburn dio un golpe de volante y levantó la mano izquierda, lo justo para hacerle señas a Perry, quien asintió, apuntó y ametralló al buceador antes de que pudiesen liquidar a sus dos compañeros.

Entonces Blackburn oyó disparos procedentes de la parte superior del acantilado y maldijo entre dientes.

Starinov, pensó. Y aceleró cuesta arriba.

Los asesinos corrían hacia la *dacha*.

Gilea y Adil cruzaron la cresta del acantilado. Estaban a escasos metros de la casa y habían dejado atrás a un centinela, que se desangraba en la arena con la pechera del uniforme acribillada. Al llegar a la entrada se detuvieron. Gilea le cedió el paso a Adil, quien la emprendió a patadas con la puerta.

Gilea se dio la vuelta vigilante, mirando a derecha e izquierda. Al ver asomar a un centinela por una esquina del chalet, lo abatió antes de que él tuviese tiempo de verla. Otros dos soldados rusos llegaron desde la parte trasera, justo en el momento en que Adil reventaba la puerta. Uno de ellos cayó fulminado por una de las ráfagas de Gilea, el otro se tambaleó y, aunque llegó a disparar, no alcanzó a Gilea y cayó de bruces.

Cuando ella se volvió hacia la casa, Adil estaba tendido en el suelo con la cabeza destrozada. Tenía que haber sido el segundo soldado, que respondió al fuego, se dijo sin inmutarse.

Sólo pensaba en cumplir la misión, que consistía en asegurarse de que Starinov corriera la misma suerte que Adil.

Blackburn llegó a lo alto del acantilado justo a tiempo de ver a Gilea saltar por encima del cuerpo de su compañero y entrar en la casa. Detuvo en seco el ATV, saltó del vehículo y fue tras ella, sacando la Smith Wesson que llevaba bajo la parka a la vez que corría. Perry iba pisándole los talones.

El jefe del grupo Espada quería atrapar a Nastik viva. Pero, si tenía que elegir entre ella y Starinov, haría lo que tuviese que hacer.

En el salón no había nadie. Se volvió hacia Perry y le indicó por señas que fuese hacia la izquierda. Al dirigirse él hacia lo que parecía un dormitorio, oyó gruñir a un perro; después, un disparo y el ruido de alguien que caía contra la pared.

Starinov estaba en la cocina cuando oyó las primeras detonaciones. Al comprender lo que ocurría, al comprender que atacaban su casa, corrió a su dormitorio a coger el arma que tenía en un cajón de la cómoda, una pequeña pistola del calibre 22. Sabía que de poco iba a servirle contra las armas automáticas, pero era lo único que tenía.

Abrió el cajón y, mientras buscaba el arma entre la ropa, una mujer irrumpió en la habitación y lo apuntó con una metralleta. Le sonrió de un modo inhumano. De pronto, *Orne* saltó desde debajo de la cama enseñando los dientes y gruñendo a la vez que se abalanzaba sobre la mujer y le clavaba los colmillos en un tobillo.

Desprevenida, Gilea trastabilló hacia atrás y disparó una ráfaga al aire al tiempo que caía de espaldas contra la pared. Trató de recobrar el equilibrio dándole patadas al perro, pero sólo consiguió deshacerse de él cuando ya le había hundido los colmillos profundamente en la carne.

—¡Quieta! —le gritó Blackburn, que empuñaba la Smith Wesson con ambas manos y la apuntaba—. ¡Suelte el rifle! ¡Suéltelo!

Ella lo miró desde la pared del fondo del dormitorio aferrándose al arma. El perro le ladraba y tenía la pernera del traje submarino empapada en sangre.

Detrás de Blackburn, los hombres con los que había comunicado por radio irrumpieron en el dormitorio conducidos por Scull. Sacaron a Starinov inmediatamente de allí para ponerlo a salvo.

—No sea suicida —dijo Blackburn—. Se acabó.

Ella lo miró, negó con la cabeza y sonrió sin soltar la metralleta. Le temblaban las manos. Y entonces, antes de que a Blackburn le diese tiempo a reaccionar, Gilea le apuntó al corazón.

—Sí, se acabó para mí —dijo ella—. Para ambos.

Con la boca seca y el pulso acelerado, Blackburn siguió apuntándola, atento al menor movimiento de sus dedos, confiando en ser lo bastante rápido para adelantársele. Su concentración parecía formar un estrecho túnel que sólo abarcaba su mano y a Gilea, nada más.

Pasó un instante lentísimo.

Otro.

Ninguno de los dos bajaba el arma.

El aire que los envolvía parecía gelatina.

Blackburn no se percató del súbito movimiento a sus espaldas hasta que fue demasiado tarde. Todo ocurrió a la velocidad del relámpago: la detonación cerca de su oído, la sorprendida expresión de Gilea antes de que la bala impactase en su frente produciéndole un rodal rojo por encima del puente de la nariz. Blackburn vio moverse el cañón de la metralleta y, por un instante, temió sobrecogido que el dedo índice de la mano derecha de Gilea se crispase en el gatillo y disparase a ciegas una

ráfaga que, sin duda, habría acabado con él.

Pero Gilea dejó caer el arma y puso los ojos en blanco. Se le doblaron las rodillas y cayó lentamente al suelo dejando un reguero de sangre y fragmentos de su cerebro y de su cráneo en la pared.

Blackburn bajó la pistola y miró hacia atrás.

Starinov estaba de pie justo detrás de él, rodeado de varios miembros del grupo Espada. El cañón de su pequeña pistola humeaba.

Blackburn y Starinov se miraron.

—Es mejor así —dijo el ruso.

Blackburn tragó saliva pero no dijo nada. El olor a pólvora se le había metido en las fosas nasales.

—Sus hombres me han salvado la vida y yo se la he salvado a usted —dijo Starinov bajando la pistola—. Ahora..., quizá sean tan amables de decirme de dónde han salido ustedes.

Blackburn siguió en silencio unos instantes. Miró hacia los miembros de su grupo, procedentes de distintos países, reunidos para hacer un trabajo tan desagradecido como peligroso. Pensó en Ibrahim y en sus jinetes del desierto en Turquía, en los hombres de Nimec en Nueva York y en las distintas personas que habían hecho todo lo que habían podido para ayudar.

¿Qué podía contestar?

Reflexionó durante unos segundos y se encogió de hombros.

—Somos... un poco de todas partes, señor —dijo al fin Blackburn.

Aeropuerto Kennedy, 17 de febrero de 2000

EL sol al ponerse teñía las dispersas nubes del cielo de la bahía y formaba esplendorosas franjas doradas y escarlatas. A lo lejos, se veía la silueta de Manhattan. Ya encendían las luces en la ciudad que nunca duerme. Nueva York volvía a su cuento de hadas nocturno. Pero Roger Gordian estaba de pie, solo en la pista, ignorando la belleza desplegada ante él.

Veinte de sus hombres volvían a casa dentro de sendos ataúdes.

El dolor y el remordimiento que lo embargaban amenazaban con hacerle caer de rodillas.

Mientras aguardaba, pensaba en los acontecimientos de los últimos meses. ¿Podría haber previsto lo ocurrido de haber hecho las cosas de otro modo? ¿Podrían haber hecho algo, él y sus hombres, que hubiese permitido a sus familiares reunirse para celebrarlo en lugar de para llorarlos?

No acertaba a ver qué podría haber hecho. De poco servía lamentarse. Sin embargo, no creía haber perdido un momento, haber desestimado el menor dato para actuar, una vez comprobada la información.

La tragedia se había abatido sobre ellos de un modo tan silencioso como la bruma nocturna, desencadenada a miles de kilómetros de allí por un puñado de oportunistas impulsados por la codicia y la ambición, sin el menor escrúpulo de conciencia ni la menor moralidad. Cuando aquellos criminales urdieron la trama, ya era demasiado tarde para evitarla.

Se había pagado un alto precio. Gordian se pasó una mano por los ojos.

Lo de Times Square no había sido más que el principio. Más de mil muertos, miles de heridos. Millares de familiares y amigos que nunca volverían a compartir los sencillos placeres de la vida con sus seres queridos. Millares de supervivientes que nunca volverían a tener un día sin dolor, destrozados por dentro y debatiéndose para sobreponerse. Y todo porque quisieron celebrar el glorioso comienzo de un nuevo milenio.

Roger Gordian sabía por su propia dolorosa experiencia lo duro que era pagar tan alto precio.

Pero, por más que lamentase su muerte, aquellas personas no eran sus allegados. Sintió mucho que murieran, pero de nada podía culparse. No las había enviado a la muerte.

En cambio, veinte personas que trabajaban para él en lugares adonde él los envió volvían a casa en féretros, desde su estación de telecomunicaciones de Kaliningrado, desde Capadocia.

A la mayoría los conocía sólo de nombre; a algunos, bastante a fondo; y varios se contaban entre sus amigos más queridos.

Y los había enviado a la muerte.

Jamás volvería a despertar sin haber soñado con ellos. Nunca se lo perdonaría. ¿Y todo por qué? Por la política.

Por la miserable, apestosa y corrupta política.

Aquellas personas que trabajaban para él habían muerto porque un demagogo, sediento de poder, quería ganar unas elecciones.

Era nauseabundo.

Todos los que trabajaban para él eran, cada uno a su modo, buenas personas. Pedachenko no era digno de estar en una misma habitación con ellos. Su delirante ambición los había matado a todos.

Oh, Dios...

Su dolor era lacerante.

Déjalo ya, Gordian, se dijo. Respira hondo. Deja de atormentarte con remordimientos y recriminaciones. Eso no va a cambiar nada. Y ya sabes a lo que conduce.

Cierto.

¿Adonde conducía?

De momento, Rusia seguía estable. Starinov había utilizado la indignación popular, provocada por el complot de Pedanchenko, para consolidar su gobierno. Rusia volvía a recibir ayuda de Estados Unidos y de Europa. La amenaza de hambruna, que podría haberles costado la vida a millones de hombres, mujeres y niños inocentes, se había conjurado de momento.

¿Había valido la pena el sacrificio de las vidas de Elaine y Arthur Steiner?

No. Nada podía justificar ese sacrificio.

Pero tampoco podía cambiar nadie lo ocurrido.

Roger Gordian, que hacía y deshacía entre la élite de los poderosos de este mundo, se veía impotente para cambiar el pasado. No era más que un hombre solo, atormentado por los remordimientos; un hombre que aguardaba en pie la llegada de un avión que estaba a punto de aterrizar lleno de cadáveres que nunca lograría descargar de su conciencia.

¡Qué doloroso era. Dios mío!

¿Qué podía hacer?

¿Cómo podría seguir viviendo?

No encontraba la respuesta.

Por primera vez desde que aguardaba la llegada de aquel vuelo, reparó en la belleza de la puesta de sol que, en aquellos momentos, estaba en todo su esplendor. Era asombroso. Por un instante dejó la mente en blanco y gozó de la maravilla que se desplegaba ante sus ojos. Se percató de que, en realidad, era la primera vez que se dejaba llevar por sus emociones desde la noche del atentado en Times Square.

El mundo seguía allí con toda su imperfecta belleza. Seguía girando sobre su eje, y así seguiría, con independencia de lo que hiciesen los humanos, buenos, malos o indiferentes.

A él correspondía hacer de su futuro lo que pudiese.

Era un regalo al que Elaine y Arthur Steiner se hubiesen aferrado entusiasmados. Deseó tenerlos allí con él, vivos y felices, para hacerlo. Pero no estaban. De modo que tendría que hacerlo él.

Y puede que ahí estuviese la respuesta que buscaba.

No podía cambiar el pasado.

Sólo podía entregarse al futuro y darle lo mejor de sí.

Era el momento de empezar de nuevo.

El avión que aguardaba, un IL-76 de fuselaje gris, bañado ahora en la dorada luz del ocaso, rodaba ya por la pista. Unos hombres hacían señales con luces de color anaranjado para guiarlo hasta detenerse, y otros corrían a bloquear las ruedas del tren de aterrizaje. El vehículo de la escalera mecánica arrancó y se arrimó suavemente al aparato hasta detenerse a escasos centímetros de la puerta. El conductor apagó el motor, fijó los frenos y bajó para hacer manualmente los últimos ajustes.

La puerta del avión se abrió y varias personas empezaron a descender. Eran los supervivientes. Algunos llevaban aparatosos vendajes que testimoniaban la odisea que acababan de vivir. Los que habían sufrido quemaduras más graves se habían quedado en Europa, pues no era prudente trasladarlos en su estado.

A Roger Gordian se le nubló la vista al aflorar las lágrimas que había tratado de contener. Por lo menos, no todos sus empleados habían muerto. Gracias a Max y a sus hombres, muchos de los que sin duda habrían perecido bajaban por la escalerilla por su propio pie. Parpadeó para aclararse la visión.

Se abrió una escotilla de la cola del avión. Una banda de música, formada al pie de la pista para solemnizar la ocasión, empezó a tocar las notas de Bach.

Asomó un féretro, el primero de muchos otros, como Roger sabía perfectamente. El remordimiento volvió a atenazarlo. Se sobrepuso para dejarlo a un lado y se concentró en los recuerdos, en imágenes de los días que había pasado con Elaine y Arthur en sus estaciones de telecomunicaciones repartidas por todo el mundo, en entornos muy distintos. Habían tenido algo tan inmutable como el tiempo. El amor que los Steiner se profesaban era como un faro, un ejemplo para todo aquel que los conociese. La muerte no cambiaba ese hecho. Un amor como el suyo era demasiado perdurable para que pudiera matarlo la bala de un asesino.

Gordian sabía que Elaine y Arthur estaban juntos, dondequiera que fuese, y así es como ellos lo hubiesen querido.

Los féretros se iban depositando en el asfalto de la pista con suma delicadeza. Más recuerdos afloraron en la mente de Gordian. Estaba en deuda con aquellos seres. Había contraído con ellos una deuda impagable.

Había llegado el momento de levantar monumentos en su memoria.

Reconstruiría la estación de telecomunicaciones de Kaliningrado y construiría otras similares. Las utilizaría para asegurarse de que la comunicación fluyese libremente por las estepas rusas y por todas las regiones del mundo. Si algo podía evitar que volviesen a ocurrir hechos como los que ahora lamentaban, si algo podía detener la violencia, era la información. Y él estaba en condiciones de hacerlo factible.

Seguirían luchando.

Pero no bastaría con su esfuerzo.

De nuevo, la imagen de Elaine y Arthur, tal como los recordaba desde la última vez que los vio, se proyectó en su mente. Pasada su juventud, atesoraban los recuerdos de la larga y rica vida que los unía. Entrelazaban las manos como adolescentes, caminaban por un campo bordado con los primeros brotes de la primavera. Su amor se palpaba.

También ese amor era un monumento.

Roger sabía lo que ellos, a su vez, habrían deseado para él.

Había llegado el momento de llamar a Ashley y arreglar las cosas.

La amaba. Y ella lo amaba a él. Era un don demasiado precioso para echarlo a perder. Tenía que aprender a ser consecuente con su amor a Ashley, profesárselo, como Elaine y Arthur se lo profesaban. Se debía a sí mismo y a los Steiner darle una oportunidad a su matrimonio.

Esta misma noche, pensó. La llamaré esta noche.

Y enderezaré las cosas.

Cuando hubieron depositado en la pista el último féretro, cuando la última luz del día se hubo apagado y fue sustituida por la de los focos, Roger Gordian dio la señal para que empezase la ceremonia que había organizado. El mundo nunca olvidaría lo que les había ocurrido, pensó.

Ni él tampoco.

Había llegado el momento de forjar los principios por los que sus hombres habían muerto. Les debía hacerlos realidad.

Un redoble de tambor anunció el comienzo de la ceremonia.

Roger Gordian dio un paso al frente para recibir oficialmente a sus hombres muertos.

Y, al dar aquel paso, comprendió que su viaje no había hecho más que empezar.

Roger Gordian abrió su corazón para entregarse al futuro.